
Tiempo Oscuros
Una visión
del Fantástico
Internacional
ISSN: 2340-8332

enero-junio/ 2014/#2

Asociación Cultural miNatura Soterranià

Revista Tiempos Oscuros *Una visión del Fantástico Internacional*

ISSN: 2340-8332

Dirección postal:

Avenida del Pozo 7 San Juan de Moró, 12130, Castellón de la Plana, España.

Las colaboraciones deben ser enviadas a: revistatiempososcuros@yahoo.es

Pueden seguir nuestra publicación a través:

http://www.servercronos.net/bloglgc/index.php/tiempososcuros/

EDITORIAL

La literatura fantástica se defendería, así, con dos argumentos: podemos suponer que cada una de las fábulas que integra la narración fantástica es una imaginación; pero al mismo tiempo, que corresponde a sensaciones y procesos que son efectivamente reales. Por ejemplo, el tema del hombre invisible de Wells es la misma idea de "El proceso" de Kafka. Estas dos obras, tan distintas entre sí, puesta que una es representativa de la literatura fantástica científica y la otra pertenece a un mundo de pesadillas, constituirían dos símbolos de la soledad.

La Literatura fantástica (1949), Jorge Luis Borges.

Desde pequeños nos negamos a aceptar la realidad tal como pretendían imponérnosla y explicárnosla nuestros padres y maestros: Cortázar fue uno de nuestros guías en esta conspiración silenciosa, que nos empujaba a emborronar los bordes de los cuadernos de estudios de monstruos e invasores alienígenas. Esa misma realidad nos obligó a sublimar a nuestro primer amor y convertirla en doncella guerrera u oscura dama de la noche. Esa lucha hizo de nosotros miembros de una *resistance para la* que cifrábamos mensajes entre poemas y diseños de terribles rayos de la muerte.

Vimos caer a algunos en manos de la Realidad y cómo sus vidas se empapaban de lo cotidiano: despertador, salario o agenda electrónica. Nos convertimos en los diferentes: raros que preferimos la matinée con Vincent Price a pastar en medio de una multitud ordenada.

Hoy temeros paso esta lista de nombres:

Leopoldo Lugones; Horacio Quiroga; Adolfo Bioy Casares; Julio Cortázar; Jorge Luis Borges; Carlos Gardini; Eduardo J. Carletti; Sergio Gaut vel Hartman; Luis Pestarini; Mario Daniel Martín; Juan Manuel Valitutti; Laura Ponce; Néstor Darío Figueiras; Pablo Martínez Burkett; Juan Guinot; Adam Gai; Teresa P. Mira de Echeverría; Luciano Doti; Candela Robles Avalos; Claudio Alejandro Amodeo; Néstor Toledo; Ricardo Germán Giorno; Sebastián Ariel Fontanarrosa; Gustavo Fernando Fantin; Viviana E. Palevsky; H.R. Malkiel (seud.); Ernesto Antonio Parrilla; Pablo Capanna.

Pero se que tu joven cachorro de escritor disfrutaras de este festín de lecturas -intento, siempre imposible de recoger lo mejor de cada casa- aderezado con el fino bouquet del delicado paladeo de una buena obra de arte:

M. C. Carper (Argentina); Jorge Monreal (España); Pág. Vampiro/ Margarita Ortiz Ballester (España); Ignacio Bazan Lazcano (Argentina); Miguel Gómez Cuevas (España); Jonathan González Gómez (España); Jason Felix (EE.UU.); Francesco Lorenzetti (Italia); Edison Montero (República Dominicana); Inshoo (Corea del Sur); Cyril Seryl Tahmassebi (Francia); Youjin Choo (Corea del Sur); Guan-Yu Chen (República de China); Dorian Cleavenger (EE.UU.): Andrés Felipe Jaramillo Escobar (Colombia); Kazuhiko Nakamura (Japón); Vaggelis Ntousakis (Grecia); Judith Vergara García (Perú); Valeria Uccelli (Argentina); Adam Kuczek (Polonia); Anastasios Gionis (Grecia); Andrzej Siejeński (Polonia); Anton Semenov (Rusia); Pedro Belushi (España); Phuoc Quan (Vietnan); Michael Cheval (Rusia); Rafa Castelló (España); YongSub Noh (Corea del Sur)

Les deseamos una agradable lectura de este Nº2 de Tiempos Oscuros

Ricardo Acevedo Esplugas

San Juan de Moró, Castellón de la Plana, España

CONVOCATORIA



CONVOCATORIA SELECCIÓN DE TEXTOS TIEMPOS OSCUROS Nº3

La Revista Digital Tiempos Oscuros (Un panorama del Fantástico Internacional) tiene el placer de dar a conocer la convocatoria para confeccionar su tercera entrega, un número dedicado, como en sus dos ediciones anteriores a un país, en esta ocasión el número estará centrado en España.

Es por ello que todos aquellos escritores españoles que deseen participar en la selección de los textos que compondrán el número tres de la revista digital Tiempos Oscuros deberán atenerse a las siguientes bases.

BASES

1. Podrán participar todos aquellos escritores españoles, residentes o no en su país de origen, con obras escritas en castellano.

2. Los textos deberán ser afines al género fantástico, la ciencia ficción o el terror.

3. Los trabajos, cuentos de entre 5 a 10 páginas y poemas (con una extensión no inferior a 50 versos), deben estar libres de derechos o en su defecto se aceptarán obras con la debida autorización del propietario de los derechos de la misma.

4. Los trabajos deberán enviarse en documento adjunto tipo doc (tamaño de papel DinA4, con tres centímetros de margen a cada lado, tipografía Time New Roman puntaje 12 a 1,5 de interlineado). Dicho archivo llevará por nombre título + autor de la obra y junto a él se incluirá en el mismo documento plica que incluirá los siguientes datos: título del cuento, nombre completo, nacionalidad, dirección electrónica, declaración de la autoría que incluya el estado del texto (si es inédito o si ha sido publicado, en este segundo supuesto deberá incluir dónde se puede encontrar y las veces que ha sido editado, tanto si es digital como en papel, y si tiene los derechos comprometidos se deberán incluir los permisos pertinentes). Junto a todos estos datos también pedimos la inclusión de un breve currículum literario que será publicado en la revista y una fotografía del autor si lo desea para el mismo fin.

5. En ningún supuesto los autores pierden los derechos de autor sobre sus obras.

6. La dirección de recepción de originales es:

revistastiempososcuros@yahoo.es

En el asunto deberá indicarse: COLABORACIÓN TIEMPOS OSCUROS Nº3

7. Las colaboraciones serán debidamente valoradas con el fin de realizar una selección acorde con los intereses de la publicación.

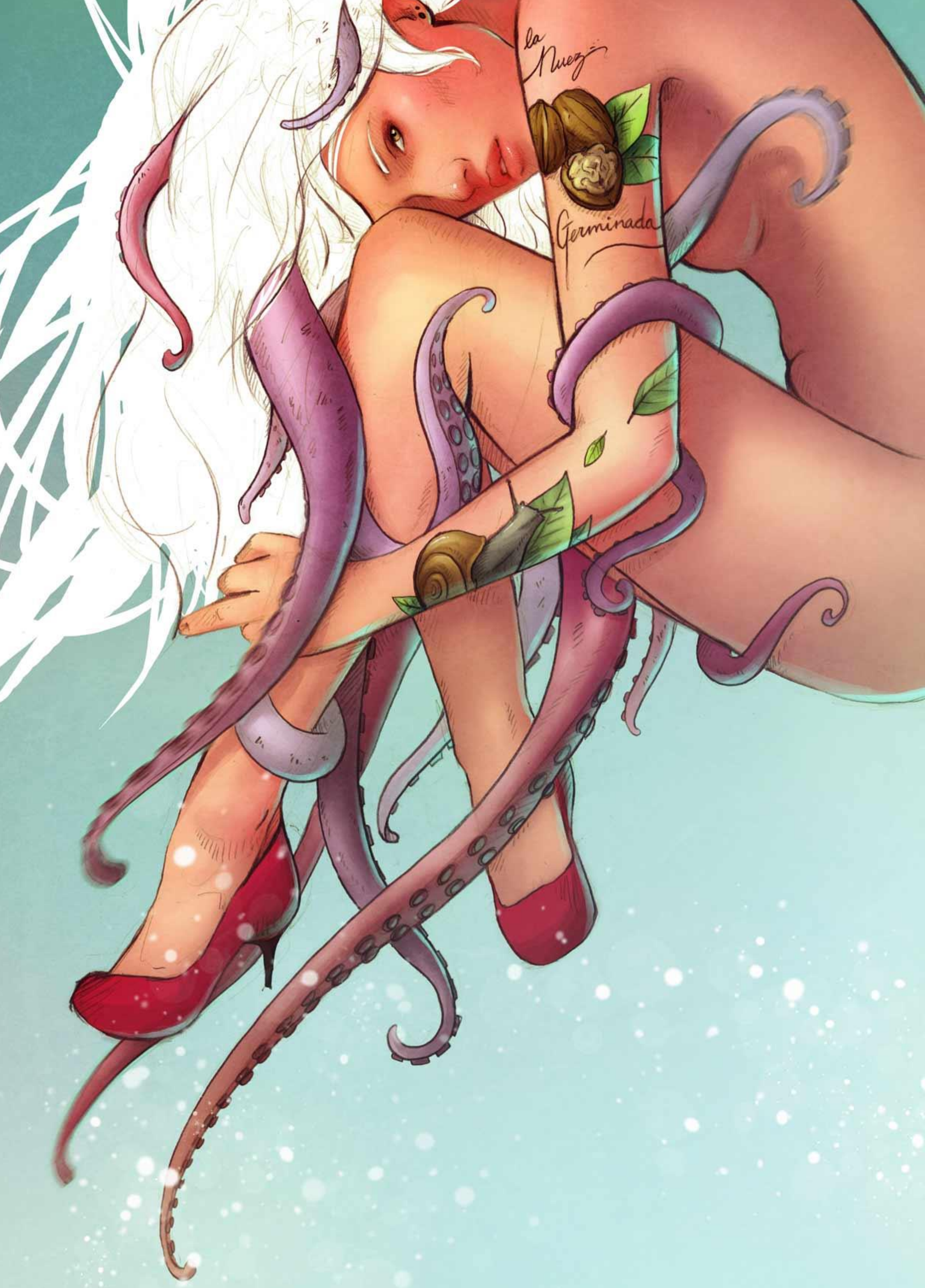
8. Los editores se comprometen a comunicar a los autores, que envíen sus trabajos, la inclusión o no del texto en la revista. Nos encantaría poder incluirlos todos pero nos hacemos al cargo sobre el volumen de textos que se pueden llegar a recibir.

9. Todos los trabajos recibirán acuse de recibo.

10. La participación supone la total aceptación de las normas.

11. El plazo de admisión comenzará desde la publicación de estas bases y finalizará el 15 de junio de 2014. (No se admitirán trabajos fuera del plazo indicado).

Índice:



Art by Jorge Monreal

Viola Acherontia[1]

Por Leopoldo Lugones

Ilustrador: Nuez germinada por Jorge Monreal (España)

Lo que deseaba aquel extraño jardinero, era crear la flor de la muerte. Sus tentativas se remontaban a diez años, con éxito negativo siempre, porque considerando al vegetal sin alma, ateníase exclusivamente a la plástica. Injertos, combinaciones, todo había ensayado.

La producción de la rosa negra ocupóle un tiempo; pero nada sacó de sus investigaciones. Después interesáronlo las pasionarias y los tulipanes, con el único resultado de dos o tres ejemplares monstruosos, hasta que Bernardin de Sain-Pierre lo puso en el buen camino, enseñándole como puede haber analogías entre la flor y la mujer encinta, supuestas ambas capaces de recibir por "antojo" imágenes de los objetos deseados.

Aceptar este audaz postulado, equivalía a suponer en la planta un estado mental suficientemente elevado para recibir, concretar y conservar una impresión; en una palabra,

[1] *Las fuerzas extrañas* (Arnoldo Moen y hermano editores, 1906)

para sugestionarse con intensidad parecida a la de un organismo inferior. Esto era, precisamente, lo que había llegado a comprobar nuestro jardinero. Según él, la marcha de los vástagos en las enredaderas obedecía a una deliberación seguida por resoluciones que daban origen a una serie de tanteos. De aquí las curvas y acomodamientos, caprichosos al parecer, las diversas orientaciones y adaptaciones a diferentes planos, que ejecutan guías, los gajos, las raíces. Un sencillo sistema nervioso presidía esas oscuras funciones. Había también en cada planta su bulbo cerebral y su corazón rudimentario, situados respectivamente en el cuello de la raíz y en el tronco. La semilla, es decir el ser resumido para la procreación, lo dejaba ver con toda claridad. El embrión de una nuez tiene la misma forma del corazón, siendo asaz parecida al cerebro la de los cotileidones. Las dos hojas rudimentarias que salen de dicho embrión, recuerda con bastante claridad dos ramas bronquiales cuyo oficio desempeñan la germinación.

Las analogías morfológicas, suponen casi siempre otras de fondo; y por esto la sugestión ejerce una influencia más vasta de lo que se cree sobre la forma de los seres. Algunos clarividentes de la historia natural, como Michelet y Fries, presintieron esta verdad que la experiencia va confirmando. El mundo de los insectos, pruébalo enteramente. Los pájaros ostentan colores más brillantes en los países cuyo cielo es siempre puro (Gould). Los gatos blancos y de ojos azules, son comúnmente sordos (Darwin). Hay peces que llevan fotografiadas en la gelatina de su dorso, las olas del mar (Strindberg). El girasol mira constantemente al astro del día, y reproduce con fidelidad su núcleo, sus rayos y sus manchas (Saint-Pierre).

He aquí un punto de partida. Bacon en su Novum Organum establece que el canelero y otros odoríferos colocados cerca de lugares fétidos, retienen obstinadamente el aroma, rehusando su emisión, para impedir que se mezcle con las exhalaciones graves...

Lo que ensayaba el extraordinario jardinero con quien iba a verme, era una sugestión sobre las violetas. Habíalas encontrado singularmente nerviosas, lo cual demuestra, agregaba, la afección y el horror siempre exagerados que les profesan las histéricas, y quería llegar a

hacerlas emitir un tósigo mortal sin olor alguno: una ponzoña fulminante e imperceptible. Qué se proponía con ello, si no era puramente una extravagancia, permaneció siempre misterioso para mí. Encontré un anciano de porte sencillo, que me recibió con cortesía casi humilde. Estaba enterado de mis pretensiones, por lo cual entablamos acto continuo la conversación sobre el tema que nos acercaba.

Quería sus flores como un padre, manifestando fanática adoración por ellas. La hipótesis y datos consignados más arriba, fueron la introducción de nuestro diálogo; y como el hombre hallara en mí un conocedor, se encontró más a sus anchas. Después de haberme expuestos sus teorías con rara precisión, me invitó a conocer sus violetas.

—He procurado —decía mientras íbamos— llevarlas a la producción del veneno que deben exhalar, por una evolución de su propia naturaleza; y aunque el resultado ha sido otro, comporta una verdadera maravilla; sin contar con que no desespero de obtener la exhalación mortífera. Pero ya hemos llegado; véalas usted.

Estaban al extremo del jardín, en una especie de plazoleta rodeada de plantas extrañas. Entre las hojas habituales, sobresalían sus corolas que al pronto tomé por pensamientos, pues eran negras.

—¡Violetas negras!— exclamé.

—Sí, pues; había que empezar por el color, para que la idea funebre se grabara mejor en ellas. El negro es, salvo alguna fantasía china, el color natural del luto, puesto que lo es de la noche: vale decir de la tristeza, de la disminución vital y del sueño, hermano de la muerte. Además estas flores no tienen perfume, conforme a mi propósito, y éste es otro resultado producido por un efecto de correlación. El color negro parece ser, en efecto, adverso al perfume; y así tiene usted que sobre mil ciento noventa y tres especies de flores blancas, hay ciento setenta y cinco perfumadas y doce fétidas; mientras que sobre dieciocho especies de flores negras, hay diecisiete inodoras y una fétida.

Pero esto no es lo interesante del asunto. Lo maravilloso está en otro detalle, que requiere, desgraciadamente, una larga explicación...

—No tema usted, respondí; mis deseos de aprender son todavía mayores que mi curiosidad.

—Oiga usted, entonces, como he procedido:

Primeramente, debí proporcionar a mis flores un medio favorable para el desarrollo de la idea fúnebre; luego, sugerirles esta idea por medio de una sucesión de fenómenos; después poner su sistema nervioso en estado de recibir la imagen y fijarla; por último, llegar a la producción del veneno, combinando en su ambiente y en su savia diversos tósigos vegetales. La herencia se encargaría del resto.

Las violetas que usted ve, pertenecen a una familia cultivada bajo ese régimen durante diez años.

Algunos cruzamientos, indispensables para prevenir la degeneración, han debido retarda un tanto el éxito final de mi tentativa. Y digo éxito final, porque conseguir la violeta negra e inodora, es ya un resultado.

Sin embargo, ello no es difícil; redúcese a una serie de manipulaciones en las que entra por base el carbono con el objeto de obtener una variedad anilina. Suprimo el detalle de las investigaciones a que debí entregarme sobre las toluidinas y los xilenos, cuyas enormes series me llevarían muy lejos, vendiendo por otra parte mi secreto. Puedo darle, no obstante, un indicio: el origen de los colores que llamamos anilinas, es una combinación de hidrógeno y carbono; el trabajo químico posterior, se reduce a fijar oxígeno y nitrógeno, produciendo los álcalis artificiales cuyo tipo es la anilina, y obteniendo derivados después. Algo semejante he

hecho yo. Usted sabe que la clorofila es muy sensible, y a esto se debe más de un resultado sorprendente.

Exponiendo matas de hiedra a la luz solar, en un sitio donde ésta entraba por aberturas romboidales solamente, he llegado a alterar la forma de su hoja, tan persistentemente, sin embargo, que es el tipo geométrico de la curva cisoides; y luego, es fácil observar que las hiervas rastreras de un bosque, se desarrollan imitando los arabescos de la luz a través del ramaje...

Llegaremos ahora al procedimiento capital. La sugestión que ensayo sobre mis flores es muy difícil de efectuar, pues las plantas tienen su cerebro debajo de la tierra: son seres inversos. Por esto me he fijado más en la influencia del medio como elemento fundamental. Obteniendo el color negro de las violetas, estaba conseguida la primera nota fúnebre. Planté luego en torno, los vegetales que usted ve: estramonio, jazmín y belladona. Mis violetas quedaban, así, sometidas a influencias química y fisiológicamente fúnebres. La solanina es, en efecto, un veneno narcótico; así como la daturina contiene hioscyamina y atropina, dos alcaloides dilatadores de la pupila que producen megalopsia, o sea el agrandamiento de los objetos. Tenía, pues, los elementos del sueño y de la alucinación, es decir dos productores de pesadillas; de modo que a los efectos específicos del color negro, del sueño y de las alucinaciones, se unía el miedo. Debo añadirle que para redoblar las impresiones alucinantes, planté además el beleño, cuyo veneno radical es precisamente la hioscyamina.

—¿Y de qué sirve puesto que la flor no tiene ojos? —pregunté.

—Ah señor, no se ve únicamente con los ojos —replicó el anciano—. Los sonámbulos ven con los dedos de la mano y con la planta de los pies. No olvide usted que aquí se trata de una sugestión.

Mis labios rebosaban de objeciones; pero callé, por ver hasta dónde iba a llevarnos el desarrollo de tan singular teoría.

—La solanina y la daturina, —prosiguió mi interlocutor— se aproximan mucho a los venenos cadavéricos, ptomainas y leucomainas, que exhalan los olores de jazmín y de rosa. Si la belladona y el estramonio me dan aquellos cuerpos, el olor está suministrado por el jazminero y por ese rosal cuyo perfume aumento, conforme a una observación de Candolle, sembrando cebollas en sus cercanías. El cultivo de las rosas está ahora muy adelantado, pues los injertos han hecho prodigios; en tiempo de Shakespeare se injertó recién las primeras rosas en Inglaterra...

Aquel recuerdo que tendía a halagar visiblemente mis inclinaciones literarias, me conmovió.

—Permítame —dije— que admire de paso su memoria verdaderamente juvenil.

—Para extremar aun la influencia de mis flores —continuó él, sonriendo vagamente— he mezclado a los narcóticos plantas cadavéricas. Alunos arum y orchis, una stapelia aquí y allá, pues sus olores y colores recuerdan los de la carne corrompida. Las violetas sobreexcitadas por su excitación amorosa natural, dado que la flor es un órgano de reproducción, aspiran el perfume de los venenos cadavéricos añadido al olor del cadáver mismo; sufren la influencia soporífica de los narcóticos que las predisponen a la hipnosis, y la megalopsia alucinante de los venenos dilatadores de la pupila. La sugestión fúnebre comienza así a efectuarse con toda intensidad; pero todavía aumento la sensibilidad anormal en que la flor se encuentra por la inmediación de estas potencias vegetales, aproximándole de tiempo en tiempo una mata de valeriana y de espuelas de caballero cuyo cianuro la irrita notablemente. El etileno de la rosa colabora también en este sentido.

Llegamos ashora al punto culminante del experimento, pero antes deseo hacerle esta advertencia: el ¡ay! humano es un grito de la naturaleza.

Al oír este brusco aparte, la locura de mi personaje se me presentó evidente; pero él, sin darme tiempo a pensarlo bien siquiera, prosiguió:

—El ¡ay! es, en efecto, una interjección de todos los tiempos. Pero lo curioso es que entre los animales también sucede también así. Desde el perro, un vertebrado superior, hasta la esfinge calavera, una mariposa, el ¡ay! es una manifestación de dolor y de miedo. Precisamente el extraño insecto que acabo de nombrar y cuyo nombre proviene de que lleva una calavera dibujada en el lomo, recuerda bien la fauna lúgubre en la cual el ¡ay! es común. Fuera inútil recordar a los búhos; pero sí debe mencionarse a ese extraviado de las selvas primitivas, el perezoso, que parece llevar el dolor de su decadencia en el ¡ay! específico al cual debe uno de sus nombres...

Y bien; exasperado por mis diez años de esfuerzos, decidí realizar ante las flores escenas crueles que las impresionaran más aún, sin éxito también; hasta que un día...

...Pero aproxímese, juzgue por usted mismo.

Su cara tocaba las negras flores, y casi obligado hice lo propio. Entonces -cosa inaudita- me pareció percibir débiles quejidos. Pronto hube de convencerme. Aquellas flores se quejaban en efecto, y de sus corolas oscuras surgía una pululación de pequeños ayes muy semejantes a los de un niño. La sugestión habíase operado en forma completamente imprevista, y aquellas flores, durante toda su breve existencia, no hacían sino llorar.

Mi estupefacción había llegado al colmo, cuando de repente una idea terrible me asaltó. Recordé que al decir de las leyendas de hechicería, la mandrágora llora también cuando se la ha regado con la sangre de un niño; y con una sospecha que me hizo palidecer horriblemente, me incorporé.

—Como las mandrágoras —dije.

—Como las mandrágoras —repitió él, palideciendo aún más que yo.

Y nunca hemos vuelto a vernos. Pero mi convicción de ahora es que se trata de un verdadero bandido, de un perfecto hechicero de otros tiempos, con sus venenos y sus flores de crimen.

¿Llegará a producir la violeta mortífera que se propone? ¿Debo entregar su nombre maldito a la publicidad?...




RIP
RIP

El vampiro[2]

Por Horacio Quiroga

Ilustrador: Vampiro/ Margarita Ortiz Ballester (España)

Sí —dijo el abogado Rhode—. Yo tuve esa causa. Es un caso, bastante raro por aquí, de vampirismo. Rogelio Castelar, un hombre hasta entonces normal fuera de algunas fantasías, fue sorprendido una noche en el cementerio arrastrando el cadáver recién enterrado de una mujer. El individuo tenía las manos destrozadas porque había removido un metro cúbico de tierra con las uñas. En el borde de la fosa yacían los restos del ataúd, recién quemado. Y como complemento macabro, un gato, sin duda forastero, yacía por allí con los riñones rotos. Como ven, nada faltaba al cuadro.

En la primera entrevista con el hombre vi que tenía que habérmelas con un fúnebre loco. Al principio se obstinó en no responderme, aunque sin dejar un instante de asentir con la cabeza a mis razonamientos. Por fin pareció hallar en mí al hombre digno de oírle. La boca le temblaba por la ansiedad de comunicarse.

[2] *Más allá* (Soc. Amigos del Libro Rioplatense, Buenos Aires, Montevideo, 1935)

— ¡Ah! ¡Usted me entiende!—exclamó, fijando en mí sus ojos de fiebre. Y continuó con un vértigo de que apenas puede dar idea lo que recuerdo:

— ¡A usted le diré todo! ¡Sí! ¿Qué cómo fue eso del ga... de la gata? ¡Yo! ¡Solamente yo!

— Óigame: Cuando yo llegué.. . allá, mi mujer...

— ¿Dónde allá?—le interrumpí.

— Allá... ¿La gata o no? ¿Entonces?... Cuando yo llegué mi mujer corrió como una loca a abrazarme. Y en seguida se desmayó. Todos se precipitaron entonces sobre mí, mirándome con ojos de locos.

¡Mi casa! ¡Se había quemado, derrumbado, hundido con todo lo que tenía dentro! ¡Ésa, ésa era mi casa! ¡Pero ella no, mi mujer mía!

Entonces un miserable devorado por la locura me sacudió el hombro, gritándome:

— ¿Qué hace? ¡Conteste!

Y yo le contesté:

— ¡Es mi mujer! ¡Mi mujer mía que se ha salvado!

Entonces se levantó un clamor:

— ¡No es ella! ¡Ésa no es!

Sentí que mis ojos, al bajarse a mirar lo que yo tenía entre mis brazos, querían saltarse de las órbitas ¿No era ésa María, la María de mí, y desmayada? Un golpe de sangre me encendió los ojos y de mis brazos cayó una mujer que no era María. Entonces salté sobre una barrica y dominé a todos los trabajadores. Y grité con la voz ronca:

— ¡Por qué! ¡Por qué!

Ni uno solo estaba peinado porque el viento les echaba a todos el pelo de costado. Y los ojos de fuera mirándome.

Entonces comencé a oír de todas partes:

— Murió.

— Murió aplastada.

— Murió.

— Gritó.

— Gritó una sola vez.

— Yo sentí que gritaba.

— Yo también.

— Murió.

— La mujer de él murió aplastada.

— ¡Por todos los santos!—grité yo entonces retorciéndome las manos—. ¡Salvémosla, compañeros! ¡Es un deber nuestro salvarla!

Y corrimos todos. Todos corrimos con silenciosa furia a los escombros. Los ladrillos volaban, los marcos caían desescuadrados y la remoción avanzaba a saltos.

A las cuatro yo solo trabajaba. No me quedaba una uña sana, ni en mis dedos había otra cosa que escarbar. ¡Pero en mi pecho! ¡Angustia y furor de tremebunda desgracia que temblaste en mi pecho al buscar a mi María!

No quedaba sino el piano por remover. Había allí un silencio de epidemia, una enagua caída y ratas muertas. Bajo el piano tumbado, sobre el piso granate de sangre y carbón, estaba aplastada la sirvienta.

Yo la saqué al patio, donde no quedaban sino cuatro paredes silenciosas, viscosas de alquitrán y agua. El suelo resbaladizo reflejaba el cielo oscuro. Entonces cogí a la sirvienta y comencé a arrastrarla alrededor del patio.

Eran míos esos pasos. ¡Y qué pasos! ¡Un paso, otro paso otro paso!

En el hueco de una puerta—carbón y agujero, nada más—estaba acurrucada la gata de casa, que había escapado al desastre, aunque estropeada. La cuarta vez que la sirvienta y yo pasamos frente a ella, la gata lanzó un aullido de cólera.

¡Ah! ¿No era yo, entonces?, grité desesperado. ¿No fui yo el que buscó entre los escombros, la ruina y la mortaja de los marcos, un solo pedazo de mi María!

La sexta vez que pasamos delante de la gata, el animal se erizó. La séptima vez se levantó, llevando a la rastra las patas de atrás. Y nos siguió entonces así, esforzándose por mojar la lengua en el pelo engrasado de la sirvienta —¡de ella, de María, no maldito rebuscador de cadáveres!

— ¡Rebuscador de cadáveres!—repetí yo mirándolo—. ¡Pero entonces eso fue en el cementerio!

El vampiro se aplastó entonces el pelo mientras me miraba con sus inmensos ojos de loco.

— ¡Conque sabías entonces! —articuló—. ¡Conque todos lo saben y me dejan hablar una hora! ¡Ah! —Rugió en un sollozo echando la cabeza atrás y deslizándose por la pared hasta caer sentado—: ¡Pero quién me dice al miserable yo, aquí, por qué en mi casa me arranqué las uñas para no salvar del alquitrán ni el pelo colgante de mi María!

No necesitaba más, como ustedes comprenden —concluyó el abogado—, para orientarme totalmente respecto del individuo. Fue internado en seguida. Hace ya dos años de esto, y anoche ha salido, perfectamente curado. . .

— ¿Anoche? —Exclamó un hombre joven de riguroso luto—. ¿Y de noche se da de alta a los locos?

— ¿Por qué no? El individuo está curado, tan sano como usted y como yo. Por lo demás, si reincide, lo que es de regla en estos vampiros, a estas horas debe de estar ya en funciones. Pero estos no son asuntos míos. Buenas noches, señores.




Copyright © Applibot Inc.
Legend of the Cryptids

Las Vísperas de Fausto[3]

Por Adolfo Bioy Casares

Ilustrador: Odin/ Ignacio Bazan Lazcano (Argentina)

Esa noche de junio de 1540, en la cámara de la torre, el doctor Fausto recorría los anaqueles de su numerosa biblioteca. Se detenía aquí y allá; tomaba un volumen, lo hojeaba nerviosamente, volvía a dejarlo. Por fin escogió los Memorabilia de Jenofonte. Colocó el libro en el atril y se dispuso a leer. Miró hacia la ventana. Algo se había estremecido afuera. Fausto dijo en voz baja: "Un golpe de viento en el bosque". Se levantó, apartó bruscamente la cortina. Vio la noche, que los árboles agrandaban. Debajo de la mesa dormía Señor. La inocente respiración del perro afirmaba, tranquila y persuasiva como un amanecer, la realidad del mundo. Fausto pensó en el infierno. Veinticuatro años antes, a cambio de un invencible poder mágico, había vendido su alma al Diablo. Los años habían corrido con celeridad. El plazo expiraba a medianoche. No eran, todavía, las once. Fausto oyó unos pasos en la escalera; después, tres golpes en la puerta. Preguntó: "¿Quién llama?". "Yo", contestó una voz que el monosílabo no descubría, "yo". El doctor la había reconocido, pero sintió alguna irritación y repitió la pregunta. En tono de

[3] Ed. Arturo J. Álvarez (1949).

asombro y de reproche contestó su criado: "Yo, Wagner". Fausto abrió la puerta. El criado entró con la bandeja, la copa de vino del Rin y las tajadas de pan y comentó con aprobación risueña lo adicto que era su amo a ese refrigerio. Mientras Wagner explicaba, como tantas veces, que el lugar era muy solitario y que esas breves pláticas lo ayudaban a pasar la noche, Fausto pensó en la complaciente costumbre, que endulza y apresura la vida, tomó unos sorbos de vino, comió unos bocados de pan y, por un instante, se creyó seguro. Reflexionó: "Si no me alejo de Wagner y del perro no hay peligro”. Resolvió confiar a Wagner sus terrores. Luego recapacitó: "Quién sabe los comentarios que haría". Era una persona supersticiosa (creía en la magia), con una plebeya afición por lo macabro, por lo truculento y por lo sentimental. El instinto le permitía ser vívido; la necedad, atroz. Fausto juzgó que no debía exponerse a nada que pudiera turbar su ánimo o su inteligencia. El reloj dio las once y media. Fausto pensó: "No podrán defenderme". Nada me salvará. Después hubo como un cambio de tono en su pensamiento; Fausto levantó la mirada y continuó: "Más vale estar solo cuando llegue Mefistófeles. Sin testigos, me defenderé mejor". Además, el incidente podía causar en la imaginación de Wagner (y acaso también en la indefensa irracionalidad del perro) una impresión demasiado espantosa.-Ya es tarde, Wagner. Vete a dormir. Cuando el criado iba a llamar a Señor, Fausto lo detuvo y, con mucha ternura, despertó a su perro. Wagner recogió en la bandeja el plato del pan y la copa y se acercó a la puerta. El perro miró a su amo con ojos en que parecía arder, como una débil y oscura llama, todo el amor, toda la esperanza y toda la tristeza del mundo. Fausto hizo un ademán en dirección de Wagner, y el criado y el perro salieron. Cerró la puerta y miró a su alrededor. Vio la habitación, la mesa de trabajo, los íntimos volúmenes. Se dijo que no estaba tan solo. El reloj dio las doce menos cuarto. Con alguna vivacidad, Fausto se acercó a la ventana y entreabrió la cortina. En el camino a Finsterwalde vacilaba, remota, la luz de un coche. "¡Huir en ese coche!", murmuró Fausto y le pareció que agonizaba de esperanza. Alejarse, he ahí lo imposible. No había corcel bastante rápido ni camino bastante largo. Entonces, como si en vez de la noche encontrara el día en la ventana, concibió una huida hacia el pasado; refugiarse en el año 1440; o más atrás aún: postergar por doscientos años la ineluctable medianoche. Se imaginó al pasado como a una tenebrosa región desconocida: pero, se preguntó, si antes no estuve allí ¿cómo puedo llegar ahora? ¿Cómo podía él introducir en el pasado un hecho nuevo? Vagamente recordó un verso de Agatón, citado por Aristóteles: "Ni el mismo Zeus puede alterar lo que ya ocurrió". Si nada

podía modificar el pasado, esa infinita llanura que se prolongaba del otro lado de su nacimiento era inalcanzable para él. Quedaba, todavía, una escapatoria: Volver a nacer, llegar de nuevo a la hora terrible en que vendió su alma a Mefistófeles, venderla otra vez y cuando llegara, por fin, a esta noche, correrse una vez más al día del nacimiento.Miró el reloj. Faltaba poco para la medianoche. Quién sabe desde cuándo, se dijo, repre-sentaba su vida de soberbia, de perdición y de terrores; quién sabe desde cuándo engañaba a Mefistófeles. ¿Lo engañaba? ¿Esa interminable repetición de vidas ciegas no era su infierno?

Fausto se sintió muy viejo y muy cansado. Su última reflexión fue, sin embargo, de fidelidad hacia la vida; pensó que en ella, no en la muerte, se deslizaba, como un agua oculta, el descanso. Con valerosa indiferencia postergó hasta el último instante la resolución de huir o de quedar.

La campana del reloj sonó...





La noche boca arriba[4]

Por Julio Cortázar[5]

Ilustrador: Noche boca arriba/ Miguel Gómez Cuevas (España)

Y salían en ciertas épocas a cazar enemigos;

le llamaban la guerra florida.

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado adónde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él -porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre- montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído,

---

[4] Final del juego II (Los Presentes, 1956)

[5] Todos los derechos de su obra pertenecen a su albacea literaria Aurora Bernárdez

pero corriendo por la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y con la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en la piernas. "Usté la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado..."; Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole de beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. "Natural", dijo él. "Como que me la ligué encima..." Los dos rieron y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura.

Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas, conocían.

Lo que más lo torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se revelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. "Huele a guerra", pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor a guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más

duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

-Se va a caer de la cama -dijo el enfermo de la cama de al lado-. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarse los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo, y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trozito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resecos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. "La calzada", pensó. "Me salí de la calzada." Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como un escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviendo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en la cantidad de prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces y los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás.

-Es la fiebre -dijo el de la cama de al lado-. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin acoso, sin...

Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete, golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado en el piso, en un suelo de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales de la fiesta. Lo habían traído al teocalli, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y hubo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como el bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara ante él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos

abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de rojo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado, que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque estaba otra vez inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía a muerte y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.





El libro de arena[6]

Por Jorge Luis Borges[7]

Ilustrador: The Scrib/ Jonathan González Gómez (España)

... thy rope of sands...

George Herbert (1593-1623)



La línea consta de un número infinito de puntos; el plano, de un número infinito de líneas; el volumen, de un número infinito de planos; el hipervolumen, de un número infinito de volúmenes... No, decididamente no es éste, more geométrico, el mejor modo de iniciar mi relato. Afirmar que es verídico es ahora una convención de todo relato fantástico; el mío, sin embargo, es verídico.

Yo vivo solo, en un cuarto piso de la calle Belgrano. Hará unos meses, al atardecer, oí un golpe en la puerta. Abrí y entró un desconocido. Era un hombre alto, de rasgos desdibujados. Acaso mi miopía los vio así. Todo su aspecto era de pobreza decente.

---

[6] *El libro de arena* (Emecé, 1975)

[7] Todos los derechos de su obra pertenecen a su albacea literaria María Kodama.

Estaba de gris y traía una valija gris en la mano. En seguida sentí que era extranjero. Al principio lo creí viejo; luego advertí que me había engañado su escaso pelo rubio, casi blanco, a la manera escandinava. En el curso de nuestra conversación, que no duraría una hora, supe que procedía de las Orcadas.

Le señalé una silla. El hombre tardó un rato en hablar. Exhalaba melancolía, como yo ahora.

—Vendo biblias —me dijo.

No sin pedantería le contesté:

—En esta casa hay algunas biblias inglesas, incluso la primera, la de John Wiclif. Tengo asimismo la de Cipriano de Valera, la de Lutero, que literariamente es la peor, y un ejemplar latino de la Vulgata. Como usted ve, no son precisamente biblias lo que me falta.

Al cabo de un silencio me contestó.

—No sólo vendo biblias. Puedo mostrarle un libro sagrado que tal vez le interese. Lo adquirí en los confines de Bikanir.

Abrió la valija y lo dejó sobre la mesa. Era un volumen en octavo, encuadernado en tela.

Sin duda había pasado por muchas manos. Lo examiné; su inusitado peso me sorprendió. En el lomo decía Holy Writ y abajo Bombay.

—Será del siglo diecinueve —observé.

—No sé. No lo he sabido nunca —fue la respuesta.

Lo abrí al azar. Los caracteres me eran extraños. Las páginas, que me parecieron gastadas y de pobre tipografía, estaban impresas a dos columnas a la manera de una biblia. El texto era apretado y estaba ordenado en versículos. En el ángulo superior de las páginas había cifras arábigas. Me llamó la atención que la página par llevara el número (digamos) 40.514 y la impar, la siguiente, 999. La volví; el dorso estaba numerado con ocho cifras. Llevaba una pequeña ilustración, como es de uso en los diccionarios: un ancla dibujada a la pluma, como por la torpe mano de un niño.

Fue entonces que el desconocido me dijo:

—Mírela bien. Ya no la verá nunca más.

Había una amenaza en la afirmación, pero no en la voz.

Me fijé en el lugar y cerré el volumen. Inmediatamente lo abrí. En vano busqué la figura del ancla, hoja tras hoja. Para ocultar mi desconcierto, le dije:

—Se trata de una versión de la Escritura en alguna lengua indostánica, ¿no es verdad?

—No —me replicó.

Luego bajó la voz como para confiarme un secreto: —Lo adquirí en un pueblo de la llanura, a cambio de unas rupias y de la Biblia. Su poseedor no sabía leer. Sospecho que en el Libro de los Libros vio un amuleto. Era de la casta más baja; la gente no podía pisar su sombra, sin contaminación. Me dijo que su libro se llamaba el Libro de Arena, porque ni el libro ni la arena tienen ni principio ni

fin.

Me pidió que buscara la primera hoja.

Apoyé la mano izquierda sobre la portada y abrí con el dedo pulgar casi pegado al índice. Todo fue inútil: siempre se interponían varias hojas entre la portada y la mano.

Era como si brotaran del libro.

—Ahora busque el final.

También fracasé; apenas logré balbucear con una voz que no era la mía:

—Esto no puede ser.

Siempre en voz baja el vendedor de biblias me dijo:

—No puede ser, pero es. El número de páginas de este libro es exactamente infinito.

Ninguna es la primera; ninguna, la última. No sé por qué están numeradas de ese modo arbitrario. Acaso para dar a entender que los términos de una serie infinita admiten cualquier número.

Después, como si pensara en voz alta:

—Si el espacio es infinito estamos en cualquier punto del espacio. Si el tiempo es infinito estamos en cualquier punto del tiempo.

Sus consideraciones me irritaron. Le pregunté:

—¿Usted es religioso, sin duda?

—Sí, soy presbiteriano. Mi conciencia está clara. Estoy seguro de no haber estafado al nativo cuando le di la Palabra del Señor a trueque de su libro diabólico.

Le aseguré que nada tenía que reprocharse, y le pregunté si estaba de paso por estas tierras. Me respondió que dentro de unos días pensaba regresar a su patria. Fue entonces cuando supe que era escocés, de las islas Orcadas. Le dije que a Escocia yo la quería personalmente por el amor de Stevenson y de Hume.

—Y de Robbie Burns —corrigió.

Mientras hablábamos yo seguía explorando el libro infinito. Con falsa indiferencia le pregunté:

—¿Usted se propone ofrecer este curioso espécimen al Museo Británico?

—No. Se lo ofrezco a usted —me replicó, y fijó una suma elevada. Le respondí, con toda verdad, que esa suma era inaccesible para mí y me quedé pensando. Al cabo de unos pocos minutos había urdido mi plan.

—Le propongo un canje —le dije—. Usted obtuvo este volumen por unas rupias y por la Escritura Sagrada; yo le ofrezco el monto de mi jubilación, que acabo de cobrar, y la Biblia de Wiclif en letra gótica. La heredé de mis padres.

—A black letter Wiclif! —murmuró.

Fui a mi dormitorio y le traje el dinero y el libro. Volvió las hojas y estudió la carátula con fervor de bibliófilo.

—Trato hecho —me dijo.

Me asombró que no regateara. Sólo después comprendería que había entrado en mi casa con la decisión de vender el libro. No contó los billetes, y los guardó.

Hablamos de la India, de las Orcadas y de los jarls noruegos que las rigieron. Era de noche cuando el hombre se fue. No he vuelto a verlo ni sé su nombre.

Pensé guardar el Libro de Arena en el hueco que había dejado el Wiclif, pero opté al fin por esconderlo detrás de unos volúmenes descabalados de Las mil y una noches.

Me acosté y no dormí. A las tres o cuatro de la mañana prendí la luz. Busqué el libro imposible, y volví las hojas. En una de ellas vi grabada una máscara. El ángulo llevaba una cifra, ya no sé cuál, elevada a la novena potencia.

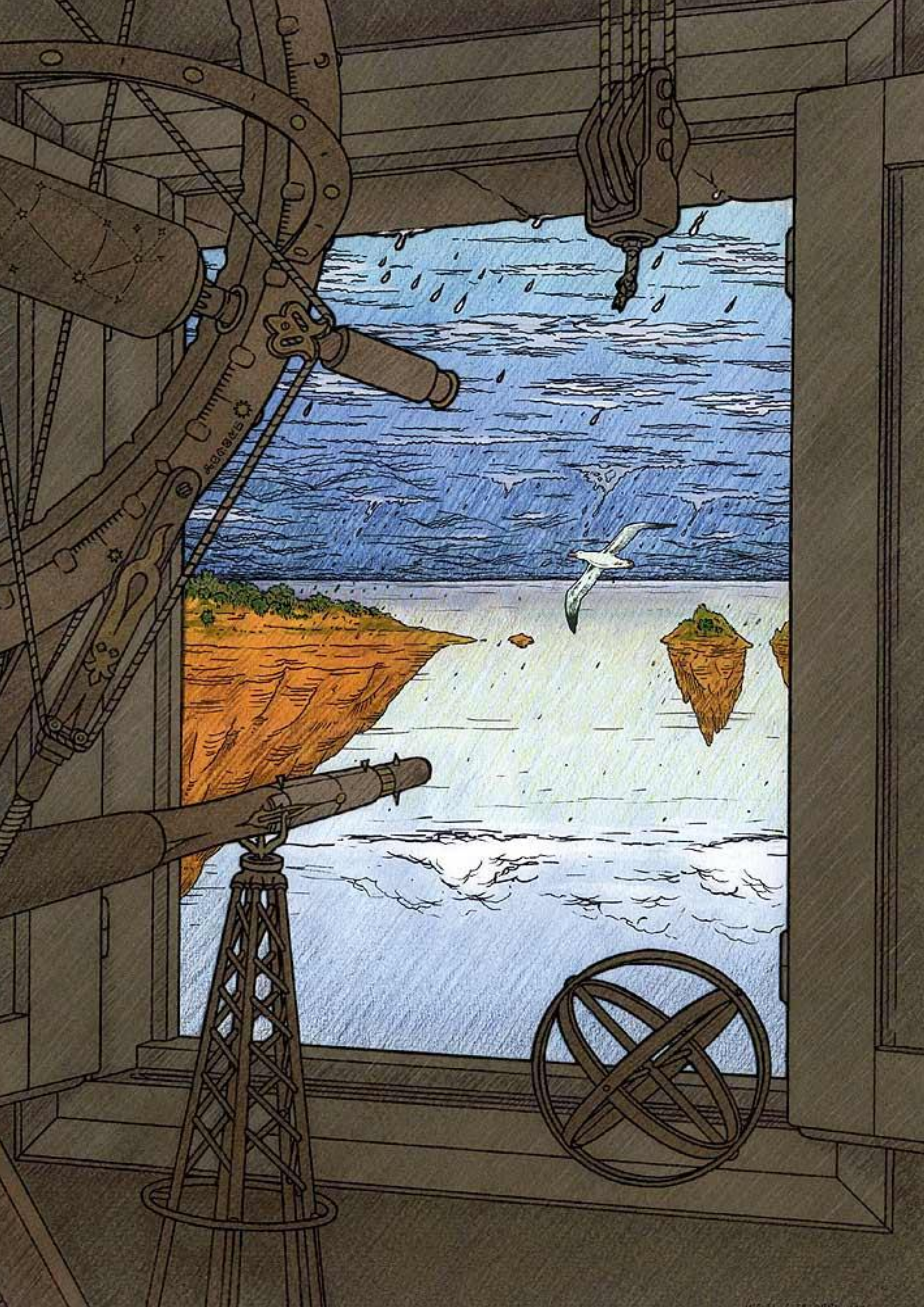
No mostré a nadie mi tesoro. A la dicha de poseerlo se agregó el temor de que lo robaran, y después el recelo de que no fuera verdaderamente infinito. Esas dos inquietudes agravaron mí ya vieja misantropía. Me quedaban unos amigos; dejé de verlos. Prisionero del Libro, casi no me asomaba a la calle. Examiné con una lupa el gastado lomo y las tapas, y rechacé la posibilidad de algún artificio. Comprobé que las pequeñas ilustraciones distaban dos mil páginas una de otra. Las fui anotando en una libreta alfabética, que no tardé en llenar. Nunca se repitieron. De noche, en los escasos intervalos que me concedía el insomnio, soñaba con el libro.

Declinaba el verano, y comprendí que el libro era monstruoso. De nada me sirvió considerar que no menos monstruoso era yo, que lo percibía con ojos y lo palpaba con diez dedos con uñas. Sentí que era un objeto de pesadilla, una cosa obscena que infamaba y corrompía la realidad.

Pensé en el fuego, pero temí que la combustión de un libro infinito fuera parejamente infinita y sofocara de humo al planeta.

Recordé haber leído que el mejor lugar para ocultar una hoja es un bosque. Antes de jubilarme trabajaba en la Biblioteca Nacional, que guarda novecientos mil libros; sé que a mano derecha del vestíbulo una escalera curva se hunde en el sótano, donde están los periódicos y los mapas. Aproveché un descuido de los empleados para perder el Libro de Arena en uno de los húmedos anaqueles. Traté de no fijarme a qué altura ni a qué distancia de la puerta. Siento un poco de alivio, pero no quiero ni pasar por la calle México.





Primera Línea[8]

Por Carlos Gardini

Ilustrador; Primera Línea/ Miguel Gómez Cuevas (España)

El cielo es un caldo rojo cruzado por tajos blancos. Colores sucios vibran en la nieve sucia. El ruido es una inyección en el cerebro. Acurrucado en un pozo de zorro, el soldado Cáceres no tiene miedo. Piensa que el espectáculo vale la pena aunque el precio sea el miedo. De pronto es como si le sacaran la inyección, dejándole un hueco doloroso. Un ruido se desprende del ruido. Un manotazo de tierra y nieve sacude al soldado Cáceres. Un silencio gomoso le tapa los oídos.

Cuando abre los ojos, el cielo es blanco, hiriente, liso. Y el silencio sigue, un silencio puntuado por ruidos goteantes, quebradizos: pasos, voces, instrumentos metálicos. El suelo es blando. El suelo es una cama, una cama en un cuarto de hospital. Un tubo de plástico le llega al brazo. Le duelen las manos.

[8] En 1982 la editorial Círculo de Lectores de Argentina organizó un Concurso Nacional de Cuento, y en 1983 publicó un volumen titulado *Cuentos de hoy mismo*, donde resultó ganador. Poco después, también en 1983, el cuento se incluyó en mi libro Primera línea.

Con el tiempo fue apareciendo también en otras publicaciones en papel y en línea. En 2009 salió en la revista francesa *Galaxies*, en traducción de Jacques Fuentealba.

Un médico joven se le acerca mirándolo de reojo.

—Quedate tranquilo —le dice—. Te vas a poner bien.

—Mis manos —dice el soldado Cáceres—. ¿Cómo están mis manos?

El médico tuerce la boca.

—No están —dice, sonriéndole a un jarrón con flores marchitas—. No están más.

No era lo único que había perdido.

Los días en el hospital eran largos, un corredor de sombras perdiéndose en un hueco negro. El hueco estaba lejos. Inmovilizado en la silla de ruedas, él no podía alcanzarlo. El corredor era opaco como un vidrio de botella, y detrás del vidrio había sombras. A veces las sombras se le acercaban, y adquirían un perfil borroso. Los rasgos se les deformaban cuando se apoyaban en el vidrio, y las voces sonaban distantes, voces envueltas en algodón.

Hoy tenés un plato especial, le decía una sombra. Pollo. ¿Querés que te guarde una pata de más? Y la sombra le guiñaba el ojo, le acariciaba el pelo a través del vidrio opaco. El soldado Cáceres miraba la manta que lo cubría de la cintura para abajo. Una pata de más, repetía estúpidamente. O bien la sombra se le acercaba para ofrecerle un cigarrillo. El soldado Cáceres alzaba los muñones de los brazos, y la sombra, pacientemente, le ponía el cigarrillo en la boca, se lo prendía, lo compartía. Poco a poco el vidrio se resquebrajó. Alicia, le dijo una sombra un día, me llamo Alicia. Y la voz ya parecía de este mundo, un mundo donde los relojes sonaban y el tiempo transcurría. Alicia le contaba anécdotas de otros heridos de guerra, y de cómo se habían curado. O de cómo no se habían curado. Él no hablaba nunca.

Cuando estuvo mejor (o eso le dijeron, que estaba mejor) pasaba el día frente al ventanal. Estaba en un piso alto, y mirando desde el ventanal veía el movimiento de afuera. El movimiento eran camiones militares cargando ataúdes, helicópteros descargando cadáveres y heridos en el parque, jeeps que entraban y salían, grupos de mujeres sin uniforme que traían paquetes y flores, pero el movimiento no era movimiento porque le faltaba el ruido. Sin el vidrio del ventanal habría ruido, pero siempre habría más y más vidrios aislándolo del ruido verdadero, la inyección en el cerebro. En medio del parque ondeaba la bandera. Nunca colgaba del mástil. Siempre había viento, y siempre ondeaba. El soldado Cáceres miraba la

bandera y buscaba en su memoria, buscaba algo que lo arrancara del sopor, algo que rompiera todos los vidrios. Un día recordó la letra de “Aurora” y le causó gracia. Le causó tanta gracia que cuando Alicia pasó por el corredor el soldado Cáceres se echó a reír.

—Veo que estás mejor —dijo Alicia, acercándose.

—Cuándo me muero —dijo el soldado Cáceres, poniéndose serio de golpe. No se sabía si era una pregunta, o qué.

Tenía que seguir viviendo. Eso decían, tenía que seguir viviendo. Cuando pensaba que tenía que seguir viviendo se preguntaba cuál era la parte amputada, si él, eso que quedaba de él, puro muñón, o las piernas o las manos perdidas. ¿Qué le habían serruchado a qué? Había descubierto que uno era cosas que podían dejar de ser uno. Esas cosas no eran uno cuando se pudrían bajo la lluvia o la nieve en un fangal sanguinolento o entre desechos de hospital. ¿O sí eran uno? ¿Cuál era la parte mutilada? ¿Cuál era él? Que él estuviera vivo y las otras partes muertas no era suficiente diferencia. Era un misterio, y cuando pensaba en el misterio sentía ganas de llorar, y cuando lloraba pensaba en sus piernas, que al menos tendrían la suerte de no llorar por lo que les faltaba.

A veces recordaba a las mujeres. Veía enfermeras en el corredor, algunas atractivas, y pensaba en las mujeres. Imaginaba bocas, labios de vulva entreabriéndose, superficies húmedas.

Un día Alicia le puso un cigarrillo en los labios, le acarició el pelo traviesamente, le acomodó la manta bajo la cintura y por primera vez lo miró a los ojos.

—¿Cómo está mi bebé? —le dijo—. Hoy tenés mejor cara. —No terminaba nunca de acomodarle la manta.

Él la miró entre confundido y avergonzado.

—Perdoname —dijo.

—¿Perdoname qué?

—Yo no puedo.

—¿No podés qué? —dijo ella.

De golpe abrió la boca como quien recuerda algo, lo miró con severidad, tal vez con asco. Suspiró, dio media vuelta y se fue por el corredor.

El soldado Cáceres la siguió con los ojos, y no supo si él no había entendido. No supo qué no había entendido. Lloraba, y a través de las lágrimas vio de nuevo el vidrio, cada vez más grueso pero menos opaco. Los otros ya no eran sombras. Tenían peso y consistencia, y tenían más peso y consistencia que él. Quería recordar, pero sólo encontraba hilachas de recuerdos humillantes. Un chico roba una revista de un quiosco, y lo sorprenden. El quiosquero no lo castiga, no lo denuncia, sólo dice que no te pesque otra vez. Cuando el chico vuelve al quiosco para comprar el diario para sus padres, sufre de nuevo la vergüenza, pues no sabe que para el quiosquero es sólo una travesura olvidada. ¿Cómo purificaría esos recuerdos, cómo les daría una forma que coincidiera con el dibujo acabado de una personalidad, algo que fuera sólido y no simplemente ridículo? Ahora todos los recuerdos serían así. La mirada de Alicia sería siempre un reproche, un que no te pesque otra vez. Ahora siempre se recordaría como ridículo, una cosa sin forma rebotando en un mundo de gente sólida. Un día estaba acurrucado en su pozo de zorro. Siempre había tenido miedo, y había hablado del miedo con sus compañeros, pero ese día no tenía miedo, o estaba dispuesto a pagar el precio del miedo, y una bomba lo había despedazado. Era ridículo y doloroso, y ni siquiera había heroísmo, sólo una absurda falta de miedo.

Estaba mirando por el ventanal, viendo cómo los helicópteros aterrizaban en cámara lenta en medio del viento, y pensando nunca más, y preguntándose nunca más qué, cuando se le acercó un oficial. Al oficial le faltaba una pierna, y la cara era vagamente familiar. El soldado Cáceres recordó que lo había visto varias veces en el hospital, hablando con otros pacientes.

—¿Cómo va eso? —dijo el oficial, acercando una silla de metal pintada de blanco y sentándose a su lado. Manejaba la muleta como un arma, como un privilegio.

Cómo va qué, pensó el soldado Cáceres, pero no dijo nada. Sonrió vagamente, como diciendo ahí anda. Era un oficial de reclutamiento de los grupos especiales MUTIL. El soldado Cáceres miró la insignia del brazo izquierdo. Entonces notó que estaba la manga, pero no el brazo.

El oficial le habló pausadamente. Sin duda él había oído hablar de las unidades MUTIL, aunque no las hubiera visto en combate. El soldado Cáceres sí las había visto en combate, pero no lo aclaró. Sabía que MUTIL era una sigla, dijo. Móvil Unitario Táctico Integral para Lisiados, explicó el oficial, y se lo escribió en un papel. Después le preguntó si tenía interés. El soldado Cáceres no respondió, y el oficial no repitió la pregunta. Siguió hablando. Mientras él hablaba, el soldado Cáceres pensaba en el ruido, y también pensaba en mujeres. También pensaba que el oficial no le había preguntado cómo se llamaba, e inexplicablemente eso lo deprimió.

—Acepto —dijo de golpe.

El oficial lo miró sorprendido, cortado en medio de una frase. Al fin sonrió y se levantó. No tuvo el reflejo embarazoso de querer darle la mano. Le palmeó el hombro.

—Sólo una cosa —dijo de pronto, como si acabara de recordarlo—. ¿Usted no es judío, verdad? ¿Cómo dijo que se llamaba?

El soldado Cáceres, aliviado, le dijo cómo se llamaba.

—Bien, Cáceres. Le haré llegar los formularios.

El mes siguiente ingresó en un campo de adiestramiento MUTIL. Llegó en un ómnibus militar junto con otra tanda de mutilados dados de alta en el hospital. Todos tenían una franja de tela blanca en el pecho, con el apellido en rojo sobre la tela verde oliva. El rojo los identificaba como miembros de la fuerza especial. Los mandos del ómnibus estaban adaptados para lisiados. El chofer era un suboficial con las piernas inutilizadas. Reía constantemente, y tenía la radio prendida. Por la radio pasaban un programa preparado especialmente por el enemigo. Una locutora de voz dulzona elogiaba el valor de los soldados que creían combatir por su patria, engañados por un gobierno inescrupuloso. Elogiaba su valor, pero les decía que no valía la pena. Para ellos la guerra estaba perdida. El suboficial subía y bajaba el volumen continuamente, como si quisiera despedazar esa voz. Después venían segmentos de música folklórica, y el suboficial tarareaba convulsivamente. Cuando llegaron al campo de adiestramiento, apagó la radio.

—Estamos llegando, chicos —anunció, siempre riendo. Y prendió la radio.

El soldado Cáceres, que viajaba cerca del asiento del conductor, le sonrió extrañamente.

—Antes de la guerra era colectivero, después me enganché —le dijo el suboficial, frenando y abriendo las puertas dobles del ómnibus. El soldado Cáceres siguió sonriendo, pensando que era una broma. El suboficial apagó la radio—. ¿Vos qué hacías? —le preguntó.

El soldado Cáceres tardó en entender la pregunta. La guerra había durado años. El antes de la guerra pertenecía a un pasado remoto.

—No me acuerdo —dijo. Y era cierto, no se acordaba. Algo había muerto dentro de él. O quizá el recuerdo estaba en sus piernas o manos perdidas.

El suboficial prendió la radio. La locutora describía la habilidad de los grupos comando enemigos.

—Debe estar bien esa mina —dijo el suboficial—. ¿Te la imaginás con una muleta en el culo?

Ese mismo día les dieron la primera clase. Los dividieron en grupos, y cada grupo tenía un oficial a cargo de la instrucción. El oficial a cargo no los trataba con piedad, ni con respeto, ni con nada. Los trataba como soldados. El oficial instructor del soldado Cáceres era un capitán sin una pierna, y sin una mano, y no lo disimulaba. Exhibía con orgullo las mutilaciones, y él también manejaba la muleta como un arma. En lugar de la mano que le faltaba, la derecha, usaba un garfio retráctil de cuatro dedos. Se plantaba frente al pizarrón, apoyándose con firmeza en la muleta cromada, y tomaba la tiza con el garfio. Trazaba líneas rectas, sólidas, puras. Jamás le temblaba el pulso.

Lo primero que hizo fue describirles en detalle una unidad MUTIL. Cada unidad MUTIL era básicamente un minihelicóptero con autonomía de vuelo limitada que portaba gran cantidad de armamento de corto alcance. Cada unidad básica era provista con los accesorios que necesitaba cada soldado. Ninguna era igual a otra, pues cada cual respondía a un repertorio específico de mutilaciones. Los accesorios reemplazaban piernas y brazos, pies y manos, caderas y tobillos, y mediante piezas de plástico o metal se conectaban con los mandos: pedales, palancas o botones accionaban las armas y orientaban los rotores. Utilizaban la última tecnología médica en materia de prótesis, decía el capitán, y en ese énfasis se notaba la pobreza, la sofisticación de la pobreza. Una unidad MUTIL era mucho más costosa que un

infante, pero menos que un blindado; como arma antipersonal era mucho más rentable que una bomba de alta potencia, y mucho más barata que un avión derribado. Una escuadrilla de unidades funcionaba perfectamente como primera línea de ataque, pero en tierra eran vehículos torpes, enormes y grotescas sillas de cuatro ruedas. Los rotores eran plegables, para facilitar el transporte. El capitán dibujó y explicó todo esto con precisión, y luego les explicó por qué estaban allí. Estaban allí porque los mutilados eran una carga en la paz, una pensión costosa para el Estado, una aflicción para los parientes, muertos en vida. Pero tenían algo más, mucho más que los enteros. Tenían temple. Se había templado como acero en el fuego de la batalla. Templado como acero, repetía, como si él hubiera descubierto la frase. Estaban allí porque él iba a hacerles parir al héroe que tenían adentro. No eran la resaca sino la élite. El que no pensara así podía pedir la baja y pudrirse en la vida civil, una vida de llantos, pensiones y recriminaciones sordas.

Al día siguiente cada cual recibió su propia unidad adaptada. En la parte frontal tenían un blindaje, con una insignia pintada, un sol militar sin rayos.

El entrenamiento empezaba en la madrugada. Estaban lejos del frente, pero a menudo veían pasar, desde la pista de asfalto donde practicaban, aviones volando rumbo a la zona de combate. Las escuadrillas que volvían eran menos numerosas que las que iban. El soldado Cáceres oía el ruido en el cielo y recordaba ese cielo de ruidos, y cómo le habían sacado la inyección del cerebro. Sentía rencor contra el silencio. Creía haber encontrado una solución, un modo de purificar sus recuerdos, y la clave era el ruido.

El capitán los hacía maniobrar en formación sobre la pista de asfalto. Hay que destruir despiadadamente al enemigo, decía. Como él nos destruyó a nosotros. Cada pieza de metal cromado, cada pieza de plástico opaco, debía ser una prolongación del cuerpo del mutilado. El soldado Cáceres ahora tenía manos, manos de acero. Con las manos de acero impulsaba torpemente las ruedas de su unidad, encendía el motor, y el viento del rotor principal le abofeteaba la cara donde no lo cubrían los anteojos ni el casco. El capitán los hacía desplazar rítmicamente sobre la pista, y era como ensayar para una comedia musical extravagante.

Como un ballet, decía el capitán. Tiene que salir como un ballet.

Los domingos tenían descanso. Era el día de la misa y el descanso y los juegos. Los curas que daban la misa y confesaban estaban enteros, o parecían enteros bajo las sotanas, y eso contribuía a aumentar su aura de santidad, o irrealidad, o extrañeza. En el campo de adiestramiento no había ningún entero, y un cuerpo sin mutilaciones empezaba a parecerles una cosa deforme. El soldado Cáceres creía notar un destello de reproche en la mirada de los curas, algo parecido a la mirada severa de Alicia.

Los curas hablaban de la paz de Cristo, pero la guerra no tenía descanso. Las estelas de los jets surcaban el cielo, y el estruendo les llegaba en oleadas convulsivas aun durante la misa. Ese estruendo evocaba las llamaradas, los gritos, los borbotones de sangre, las máquinas al rojo vivo fundiéndose con los moribundos.

El domingo era día de sermones. Después del sermón de la misa venía el sermón del jefe del campo, que les hablaba de patriotismo y vocación de servicio. El que no tiene patriotismo ni vocación de servicio, decía, ése es un discapacitado. A media mañana venía el sermón informal del capitán. Ese día se mezclaba con ellos como uno más, pero cuando hablaba recobraba la autoridad, siempre dispuesto a que cada cual pariera al héroe que llevaba adentro. La guerra no es inhumana, decía. Los animales no saben hacer la guerra. No hay nada más humano que la guerra. No hay nada más humano, decía con voz acerada, que la guerra.

Antes del mediodía jugaban al básquet. Formaban equipos, y usaban las unidades MUTIL para jugar. Hasta el juego formaba parte del adiestramiento: tenían que adiestrar ese cuerpo nuevo para ser soldados. Soldados más perfectos, decía el capitán. Cualquier hombre sabe matar, pero sólo ellos eran verdaderos hijos de la guerra. Debían el cuerpo que tenían a la metralla del enemigo. Tenemos este cuerpo, decía, gracias a la metralla del enemigo. Y se señalaba el garfio retráctil, con orgullo y con odio.

El domingo era día de bromas. Bromeaban entre ellos cuando jugaban. Che paralítico, se decían cuando alguien no se desplazaba con agilidad. Che manco, se decían cuando alguien no atajaba un pase. Era día de bromas y de risas. Eran risas nuevas, risas de media boca, risas tuertas, risas con media cara congelada para siempre en un rictus de cólera o fastidio. El soldado Cáceres tenía la cara entera, y los músculos faciales en buenas condiciones, pero aun así la risa se le había endurecido. No porque fuera una risa parca, o rencorosa, pero

sospechaba que para los enteros pronto sería tan ilegible como la mueca de un simio. Alguna vez había leído que en los perros el bostezo significa gratitud hacia el amo. No sabía si era cierto, pero si sabía que en él un bostezo ya no significaba sueño ni aburrimiento, sino simplemente que la cara se le contraía en un gesto que significaba algo que hasta entonces no había existido, que nacía con ellos.

El domingo era día de truco por la tarde. Era un truco diferente. Las señas no siempre servían; estaban pensadas para caras enteras, plásticas, no para máscaras medio quemadas, o medio paralizadas. Los mancos de una sola mano aprendían a barajar con esa sola mano. Los que no tenían ninguna aprendían a usar los garfios, y nadie los ayudaba. Cuando estuvieran bajo el fuego nadie los ayudaría; vibraciones nerviosas prolongadas en vibraciones eléctricas serían la diferencia entre la vida y la muerte. Eran partidos tranquilos, sin risas ni cantos floridos; los cantos eran como repeticiones mecánicas, una música de pianola.

El domingo era día de camaradería. La camaradería era aprender a amigarse con uno en la imagen de los demás. Cuando entraran en combate, no habría demasiada coordinación. Sólo órdenes por radio, un blanco, y la voluntad de destruir y sobrevivir. Sólo acciones individuales, pero similares. La camaradería era un espejo partido, y ellos eran los pedazos.

Las últimas semanas empezaron las maniobras más intensas. Muchos habían sido descalificados. Algunos no habían podido acostumbrarse a orinar y defecar regularmente en los tubos de sus unidades: aunque nadie lo notara, se sentían desnudos. Otros querían volver a su hogar o su familia. Muchos ya tenían el suicidio pintado en la cara. Los restantes sólo esperaban el momento de matar y mutilar. Cuando hablaban, si hablaban, nunca se preguntaban dónde habían estado antes, cómo los habían herido. Antes no habían existido. Sólo ahora se estaban pariendo.

Las unidades MUTIL avanzaban como enjambres sobre las defensas enemigas. El porcentaje de bajas por misión estaba calculado en un cincuenta por ciento. Eso incluía no sólo a los derribados por el fuego enemigo, sino a los derribados accidentalmente por sus compañeros, a los que se estrellaban por falta de combustible, a los que caían por fallas mecánicas en el equipo. El secreto era buscar el trayecto más corto hasta el blanco, aprovechar las municiones para causar el mayor daño posible y contar con mayor seguridad

en el momento del descenso. Llevaban poco combustible porque con menos combustible se cargaba más armamento, y además se evitaba que la acción conjunta perdiera concentración por un inoportuno exceso de iniciativa individual. Las unidades MUTIL abrían brechas, y en esas brechas penetraban la infantería y los blindados, con pérdidas mínimas.

—¿Por qué el enemigo no ha adoptado un equivalente? —preguntó una vez el soldado Cáceres.

Lo había intentado, explicó el capitán. No con mutilados de guerra. Habían usado unidades móviles con soldados enteros, pero no habían resultado. Eran costosas, por el gran número de bajas, y poco rentables, porque jamás tenían el ímpetu, el coraje, la voluntad de llegar a cualquier precio. Para esto, dijo el capitán, hace falta patriotismo. Para esto hace falta patriotismo, repitió. Además los otros no eran hijos de la guerra.

Las maniobras no eran la guerra, pero se parecían bastante. Los que sobrevivieron a las maniobras fueron despedidos por el capitán una mañana de lluvia, en una ceremonia sencilla donde fueron felicitados por el jefe del campo de adiestramiento y bendecidos por un capellán que no los miraba a los ojos. En el blindaje de las unidades, junto al sol sin rayos, les pintaron una inscripción en rojo: LA VIRGEN NOS PROTEGE.

Cuando se abrieron las compuertas del avión de transporte el soldado Cáceres vio la nieve y puntos negros en la nieve. El avión acababa de girar trazando un arco y ahora daba la cola a las líneas enemigas. Globos de humo negro estallaban en el aire. Las unidades MUTIL se acercaron torpemente a las compuertas. Bajarían en paracaídas y en medio de la caída pondrían los rotores en funcionamiento.

El soldado Cáceres cayó girando en el aire, abrió el paracaídas cuando estuvo horizontal, sintió el tirón brusco del cordaje, vio que algunos se enredaban en el cordaje y se estrellaban. Alrededor se multiplicaban las explosiones. Un viento frío le golpeaba la cara, mezclándose con ráfagas de aire caliente. Dejó de mirar alrededor, pues el secreto era mirar hacia adelante. No se apresuró a maniobrar para evitar los proyectiles enemigos, pues sabía que el combustible no le permitía el lujo de apostar más al miedo que a la suerte. Esperó, y cuando estuvo cerca del suelo desplegó los rotores, los puso en marcha y soltó el esqueleto metálico donde estaba enganchado el paracaídas. Avanzó casi a ras del suelo, en línea recta.

Allá adelante la nieve estaba entrecruzada de cicatrices. Las cicatrices eran trincheras, y después de las trincheras había un bulto que parecía un depósito de material o una barraca. Apretó botones y palancas, moviendo frenéticamente todo el cuerpo, reservando los explosivos más potentes para último momento. A medida que se acercaba a las posiciones, la cortina de fuego se hacía más densa. Las venas le palpitaban como si tuvieran un exceso de sangre para un cuerpo que ya no necesitaba tanta. Cuando estuvo a poca distancia, descargó los proyectiles explosivos. Al lado vio pasar las estelas de los proyectiles de otros compañeros de escuadrilla. Un instante antes había carpas, blindados y redes de camuflaje, al siguiente llamaradas y cuerpos viboreando en el aire como cables pelados en la tormenta.

Aterrizó en la nieve cenagosa y esperó. A pocos metros descendieron otros compañeros. Algunos estaban en llamas. Atrás las primeras fuerzas de asalto desembarcaban de los helicópteros y terminaban de limpiar el terreno. Alrededor la nieve sucia estaba manchada por lamparones de sangre. Era como si la tierra menstruara, renovándose. Sentía de nuevo la inyección en el cerebro. El ruido le taladraba los tímpanos como si su cabeza fuera una caja de resonancia. Una voz ladraba órdenes por la radio del casco. A lo lejos, en el horizonte de humo, helicópteros en llamas caían del cielo.

Como una lluvia de maná, pensó el soldado Cáceres.

Una hora más tarde los helicópteros descargaron al personal de auxilio. Eran técnicos ceñudos y eficaces, y trabajaban con la rapidez de los mecánicos en las pistas de carrera. Cambiaban el tanque de combustible de cada unidad intacta por uno lleno, ajustaban las piezas flojas, descartaban las inútiles, renovaban las municiones, daban el visto bueno y revisaban las unidades derribadas en busca de material rescatable. Después las unidades MUTIL se remontaban nuevamente desde el terreno consolidado. Avanzaban un centenar de metros, abrían nuevos claros en las defensas, hostigaban al enemigo en retirada o reconocían la zona. La única forma de pararlas era destruirlas: ninguna retrocedía, ni se posaba en la tierra de nadie, donde sería demasiado vulnerable. Si el tripulante moría, casi siempre seguía disparando y a menudo se estrellaba contra las líneas defensivas. Cada etapa de la batalla pronto se volvió rutinaria para el soldado Cáceres. Despegue, vuelo en línea recta, descarga del material, compás de espera. Sólo en esa última fase se daba el lujo de observar la batalla,

inmóvil como una osamenta fosilizada en medio del fuego de ambos bandos. Y entretanto recordaba, claro que recordaba. Alicia. Mujeres. Pero las caricias tibias, la humedad salada, los labios entreabiertos, ya no podían compararse con la sangre, el aceite y el humo. Una sensación nueva le hormigueaba en los garfios de acero, en las piernas cromadas. Poco a poco se iba purificando. A fin de cuentas, el precio del espectáculo había valido la pena.

El tiempo ya no se medía en semanas o meses sino en desgarrones y convulsiones, un tiempo de tierra en llamas. Fuerzas gigantescas despedazaban la tierra, y el soldado Cáceres era un Cáceres entre muchos. Todos eran hermanos, fragmentos de un espejo partido.

Y de pronto hubo un silencio.

Era un silencio inmenso que se extendía sobre la tierra calcinada, sobre la nieve ennegrecida de lodo y sangre. El soldado Cáceres amaba esos silencios que puntuaban los momentos de gloria. Cesaban los estampidos de la artillería, el paleteo de los helicópteros, el rugido de los jets, el crujido de los blindados. Era como el silencio que sigue a la creación de un mundo, una paz de domingo. Hace mucho tiempo, pensaba Cáceres, la tierra vomitó sus vísceras, manchándose con sus propios excrementos. Después quedó agotada y las vísceras se convirtieron en cosas brillantes y cristalinas, y algunas vetas de su corteza la tierra guardaba esos recuerdos, capas geológicas de paz seguidas por nuevos arranques de violencia. Si uno estudiaba esa corteza, descubriría que la tierra estaba orgullosa de sus mutilaciones.

En esos silencios, el cielo era una membrana tensa, y todos esperaban.

Los prisioneros esperaban. Detrás de las alambradas, las caras desencajadas por el frío, por el recuerdo del frío, esperaban un traslado, un plato de sopa, un cigarrillo. Los combatientes esperaban. Limpiaban las armas, se paseaban nerviosamente, charlaban. Los heridos esperaban. Los muertos esperaban. La tierra esperaba.

Ellos también esperaban, pero su espera era diferente. Las unidades MUTIL se movían grotescamente en la nieve blanda, como grandes coleópteros, y la espera era un domingo. Nadie se les acercaba, nadie les hablaba. Sólo recibían miradas donde el respeto se mezclaba con el odio. ¿Se les notaba en la cara? ¿En la retina les quedaban grabadas las grandes visiones, la tierra abonada por los muertos, los helicópteros en llamas lloviendo del cielo como maná?

Pero esta vez el silencio se prolongó. Era como un telón.

Como un ballet, recordó el soldado Cáceres.

Los helicópteros llegaron de noche, barriendo la nieve con haces blancos que de pronto eran círculos rosados y de pronto una luz sucia y polvorienta bajo una mole oscura que eclipsaba las estrellas. Varios integrantes del personal de auxilio bajaron de ellos, con movimientos urgentes, con listas en la mano. Empezaron a llamarlos por el nombre. Era raro, porque a un soldado MUTIL nunca lo llamaban por el nombre, nunca lo llamaban: le dictaban órdenes por radio, pero las órdenes eran voces grabadas, porque más que órdenes eran exhortaciones rítmicas, música de ballet. Además de raro era poco práctico, porque la mayoría de los anotados en las listas ya no estaban presentes.

La gente del personal de auxilio los hizo formar frente a los helicópteros. Les plegaron los rotores, y los subieron uno por uno. Después los helicópteros treparon en la noche y volaron hacia la retaguardia. Dentro de la cabina todos callaban, y había olor a miedo.

Los helicópteros de transporte aterrizaron en una base iluminada por reflectores. Llegaban, descargaban y despegaban enseguida para regresar al frente. Unidades MUTIL de distintas escuadrillas se estaban concentrando en la base. Las hacían esperar en la pista, en medio del ruido y del viento, y después las conducían a un galpón enorme rodeado por latas con brea encendida.

El interior del galpón estaba alumbrado por lámparas desnudas que despedían un fulgor amarillo y sucio. En el fondo había una tarima con un micrófono. Esperaron un par de horas, mientras el galpón se llenaba de combatientes. Afuera, el paleteo de los helicópteros de transporte era incesante. Varios PM se paseaban en los espacios vacíos, jugando con sus cachiporras blancas. No había ningún oficial MUTIL.

Al fin entró un coronel con uniforme de combate y casco. Era un entero, y tenía la cara roja, agitada, como si lo aguardaran asuntos más urgentes. Subió a la tarima y acomodó el micrófono.

La patria les está agradecida, dijo, y el soldado Cáceres sintió una punzada en el vientre. Pronto habremos conseguido una paz justa, y la patria les está inmensamente

agradecida. Una paz justa, pensó el soldado Cáceres sin entender. A través de los ojos empañados aún veía los helicópteros en llamas lloviendo del cielo como maná. Las generaciones venideras, dijo el coronel, conocerán las hazañas de hombres como ustedes, y grabarán sus nombres en el libro de la historia grande de nuestro pueblo.

Mientras hablaba el coronel, el personal de auxilio entraba empujando sillas de ruedas. Algunos empezaron a separar los cuerpos de los combatientes de sus piezas cromadas. Trabajaban expeditivamente, como cuando estaban en la zona de combate. Los separaban de las unidades móviles, los instalaban en las sillas, les arrancaban la tela blanca con el apellido en rojo. Otros desmantelaban cada unidad MUTIL desocupada, amontonando las piezas en cajas de embalaje: armas, prótesis, cascos. Otros miembros del personal tendían cables a lo largo del costado de galpón, e instalaban bultos que parecían explosivos en las esquinas y entre las vigas.

No sólo han infligido al enemigo pérdidas materiales, dijo el coronel. No sólo le han infligido pérdidas materiales, repitió, como si no recordara qué decir a continuación. Le han dado una lección moral, añadió resueltamente, una lección de hombría y coraje. Por eso mismo ellos querrán ensañarse con ustedes, utilizando estas unidades que nos enorgullecen como instrumento de propaganda, como una acusación. Querrán transformar su gloria en ignominia, pero no lo permitiremos, porque ustedes les darán una lección de amor a la paz. La justa paz que hemos pactado necesita esa lección de amor.

Las palabras retumbaban secamente en el galpón amarilleado por las lámparas. A su turno, el soldado Cáceres fue separado de su unidad e instalado en su silla de ruedas. Cada cicatriz del cuerpo le palpitaba.

El discurso terminó con una exhortación que sonaba como un reproche. Cuando los sacaron del galpón, todos tenían la cara desencajada, caras de doblemente mutilados. Sin ceremonias, casi con sigilo, el personal de auxilio los empujó hacia otra pista donde esperaban aviones de transporte. Sobre sus sombras panzonas volaban remolinos de nieve polvorienta, y en los remolinos se enredaban órdenes y gritos. Silla tras silla los subieron en los aviones.

Las turbohélices empezaron a girar y el rugido del avión acalló el rugido del viento en la mente del soldado Cáceres. Mientras el transporte carreteaba por la pista, miró hacia el

galpón, que temblaba a la luz de las latas de brea. Los hombres del personal de auxilio seguían desenrollando cables.

—¿Qué hacen con las unidades MUTIL? —preguntó el soldado Cáceres a un suboficial.

El suboficial sonrió.

—Nunca hubo unidades MUTIL. Ahora, chicos, volvemos a casa.

El avión despegó y viró trazando un arco sobre la pista. Allá abajo una sombra hizo señas a otra y una secuencia de explosiones despedazó el galpón mientras ellos ascendían. Las llamaradas arrancaron destellos a la nieve arremolinada.

En la cabina penumbrosa, el soldado Cáceres miró a sus compañeros: un Cáceres tras otro, imágenes de un espejo partido. Rezando, preparándose para afrontar la paz.





Mopsi, te odio[9]

Por Eduardo J. Carletti

Ilustrador: Queen of the Dammed/ Jason Felix (EE.UU.)

A Federico, que encontró el lugar exacto para inspirarme.

Clic.

Estoy señalando algo. El dedo índice derecho apunta recto hacia el frente, mientras mi brazo extendido desciende unos milímetros. Siento algo en la punta del dedo, pero no termino de definir qué. Estoy corriendo por un túnel. El túnel es largo, muy largo. Voy hacia algún lugar.

La voz indica: <PANTALLAS>.

Avanzo. Corro y corro por el túnel. Las columnas se suceden sin final: tubos verticales de concreto de cuarenta centímetros de diámetro que sostienen con cansancio esa estructura infinita. Corro y corro con la vista fija en el punto distante y al parecer inalcanzable donde las líneas de la perspectiva se funden en un agujero ínfimo de un blanco total. Voy ahí, creo.

<PANTALLAS>, indica la voz.

[9] Publicado en la antología Latinoamérica Fantástica (1984)

Me olvido por un momento de todo lo que creo. Soy un mecanismo más, con una función única: seguir corriendo, llegar a destino. El autoconvencimiento me libera de un cúmulo de interrogantes y suelta mi mente, que ahora, ante el relax, demuestra hasta qué punto estaba tensionada.

Sigo adelante, adelante, adelante. Veo un líquido plateado que se desliza entre mis pies. Intento detenerme y por un momento me parece lograrlo. Pero a pesar de haber frenado poniendo los pies en posición de firme veo que las columnas siguen pasando a mi lado a una velocidad de vértigo, mientras navego sobre el líquido extraño. Una, dos, tres, cuatro. Fup, fup. La situación enseguida se hace insoportable y debo capitular. Realmente no puedo soportar más: me mareo, el vértigo me destroza. Tengo que correr; correr.

Corro.

Estoy seguro de que me dijeron: Escuché su grabación, Juan. ¿Qué es lo que le pasa? ¿Está bromeando? (Y repite:) ¿Está bromeando? ¿Bromeando? ¿Bromeando? ¿meando? ¿ando? ¿ando?

E insistentemente, con voz más firme:

¿Está bromeando?

¿Bromeando, Juan?

¿Bromeando?

Volví a escuchar la voz. De nuevo. Esta vez me dijo: No te preocupes, Juan, no te preocupes. O algo así. Y después se puso a repetirlo una y otra vez (y cuando se pone a repetir cosas es muy insistente.) Al rato se cansó. Hubo un lapso de silencio y luego agregó (bueno, después de recitar otra vez el consabido "no te preocupes, no te preocupes") que había puesto a mopsi detrás de este asunto y que pronto estaría todo arreglado. Pero yo no le creo. De verdad que no le creo. Siempre desconfié de los que repiten las cosas para convencerme.

De repente me pongo a reflexionar y decido que esto no es razonable. ¿Qué me está pasando? Me parece recordar un entrenamiento exigente, rígido. Fui entrenado para algo. ¿Pero para qué?, me pregunto. ¿Para correr?

Las columnas están cubiertas de líneas. Después de observarlas mucho descubrí que son rajaduras, aunque más parecen —por lo quebradas— marcas dejadas por descargas eléctricas furiosas. Podría jurar que un par de veces (o tres, o cuatro) vi que faltaban trozos de cemento, dejando huecos en los que se vislumbraban unos hierros herrumbrados, que vendrían a ser (supongo) la estructura íntima, secreta, de las columnas. Aunque no estoy seguro. Tengo que seguir corriendo. No he podido detener mi marcha y ponerme a investigar.

Estuve tratando de determinar la distancia recorrida, contando las columnas, pero no pude lograrlo. Mopsi se manifestó en forma de una voz masculina cálida y agradable y estuvo más de una hora —calculo— hablándome sin parar de gran cantidad de cosas intrascendentes. Me da la impresión de que trata de hacerse amigo. La cuestión es que me hizo perder la cuenta y ahora ya no tengo ni idea de cuán lejos estoy del inicio. Una de las cosas que me dijo es que no tenía sentido que fijara tanto la atención en lo que había a mi alrededor. Insistió en que tenía que hacer un esfuerzo para ignorar todo esto. A lo último intentó que le prometiera que voy a dejar de mirar a los costados, hacia las paredes de negrura total que aparecen más allá de las columnas. Empiezo a pensar que este mopsi tiene intenciones retorcidas, que quiere evitar que descubra algo. El efecto de la charla fue, al fin, que ahora me intereso más en las cortinas de nada de los costados que en ese destino ignoto que me espera allá, al frente, en la distancia. Sospecho que eso es lo que buscaba. Tengo la sensación de que está escondiendo algo, o que quiere algo de mí, y eso me confunde, me hace sentir indefenso. Es terrible.

A veces pienso que debo estar loco, internado en una clínica para enfermos terminales, encerrado entre paredes acolchadas y —aún peor— dentro de mi propia caja craneana, mientras recibo algún tipo de tratamiento. Parece ser lo más lógico. Es lógico.

Doctor, si me está escuchando, se lo ruego, por favor, dígale a mi mujer que estoy bien; ella sabrá cómo explicárselo a los chicos. Y una cosa más: dígale a mopsi que me tiene

podrido (bien, no se enoje; digamos simplemente que "me molesta bastante") y que los trucos que usa resultan exasperantes. Y otra cosa: la nave está bien, la prueba es un éxito y...

Perdón. Perdón. No sé de dónde salió lo último. Bórrelo. No lo registre.

Bien, Doctor; espero que sepa curarme. Necesito su ayuda. De verdad.

Y gracias por todo.

Hace mucho, mucho que estoy aquí. A veces me parece que pasaron milenios. En realidad no sé si será para tanto, pero tengo la sensación de que ya soy viejo, muy, muy viejo, aunque todavía corro bastante bien. Y nunca tropiezo.

En todo este tiempo pude familiarizarme con el lugar. Las columnas cilíndricas están separadas entre sí unos dos metros, más o menos. Sobre ellas se sostienen los extremos de unas gruesas vigas de sección rectangular, sobre las que, finalmente, se apoya la larga cinta del techo de concreto; grisáceo, verdoso, interminable.

Los laterales no están cerrados. Estoy convencido de que, si no estuviese atrapado por este movimiento perpetuo hacia adelante, podría romper esos negros velos de nada de los costados y descubrir la verdad de todo. Pero no se me permite hacerlo. Mi dirección está prefijada. Debo correr. Seguir adelante.

Otro detalle: el líquido no está quieto; lo veo correr bajo mis pies a una velocidad relativa algo diferente a la que genera mi movimiento. Me parece que ese líquido plateado y espeso, a veces espumoso, a veces ondeante, entra por la izquierda del túnel (mi izquierda), corre a lo largo en un ángulo ínfimo con respecto a la dirección de mi avance, y luego termina saliendo por el lado derecho, aunque mucho más atrás de donde me encuentro. Si estuviese detenido lo vería deslizarse con suavidad alrededor de mis pies. Olas lentas, silenciosas, desparejas. Él, al menos, debe saber qué es lo que hay fuera de este universo longitudinal que estoy recorriendo. Yo no. Estoy condenado.

Voy a hablar de mopsi.

No sé qué es mopsi, pero hay algo que se nota, de lo cual estoy totalmente seguro: no es humano. Para afirmar esto me baso en un par de cosas que observé durante sus apariciones. Por ejemplo: no tiene una voz definida, lo que indicaría que habla a través de algún tipo de sintetizador que le permite utilizar varias voces, con tonos, estilos y pronunciaciones muy diferentes, aunque siempre puedo identificar (no sé cómo) que es él/ella. Otro detalle significativo es que no tiene corporeidad, aunque es capaz de tomar la forma que se le ocurra, por lo general tratando de caer bien para poder engañarme. Esto último no es definitivo, por supuesto; podría estar usando instrumental tecnológico avanzado para crear ilusiones. En otra cosa en la que mopsi resulta inhumano es en su insistencia atroz: es capaz de hablar durante horas y horas, monótonamente (tal vez trata de hipnotizarme), con una tozudez y continuidad que ningún humano sería capaz de sostener. Por suerte mi entrenamiento incluyó mecanismos de defensa mental, los que aplico febrilmente para evitar que me doblegue. Nadie me va a hipnotizar sin consentimiento. Mopsi lo sabe, sin embargo no deja de intentarlo. Es realmente absurdo.

Oigo voces.

"Apagar pantallas", me dicen muchas veces. O "Atendé esto, Juan. Por favor, por favor." En otras ocasiones aparece mopsi diciendo idioteces y eso sí que no lo aguanto. Es insoportable.

Un día apareció disfrazado de radio. ¡Muy bien, muy bien, estimado Juan —exclamó el locutor—; aquí le habla su amigo invisible! ¡Esta es una mañana maravillosa! —(ping, pang, clang. Ruido de ollas y campanas)—. ¡A levantarse amigo, arriba, arriba, que hoy va a ser un día hermoso y feliz! Y luego de una serie interminable de "Compre esto" o "Compre aquello": ¿Qué le parece, querido oyente, si hacemos un poco de gimnasia, eh? (Espera unos segundos, como si yo estuviese asintiendo.) ¡Muy bien, muy bien Juan; así me gusta! Empecemos: Extienda el brazo derecho y señale hacia el frente con el índice... Muy bien, Juan... ahora levántelo un poco. ¡No, no tanto; un poquito menos! Bien. Y ahora muévalo unos dos centímetros hacia la derecha... (Yo seguía las indicaciones.) ¡Sí, muy bien, muy bien! Ahora bájelo, ¡bájelo!, ¡BÁJELO!

En ese momento me cansé de fingir y le dije: ¡Mopsi, dejáte de joder; ya sé que sos vos! Mopsi empezó a chillar. Cambié de estación y me puse a escuchar una buena selección de rock. La radio se quedó quieta un rato, sin saber qué hacer, pero después se fue rodando sobre su mesa ridícula, aceptando la derrota. ¡Já, a mí me quiere ganar!

Ya habré corrido unos diez mil kilómetros. Nunca creí que pudiese aguantar tanto.

No entiendo por qué no puedo desviarme. Corro derecho, muy, muy derecho, como si me hubiesen disparado con un cañón y estuviese siguiendo una trayectoria balística. Creo que el líquido plateado es parte de la trampa. Si inclino el cuerpo o cambio el ángulo de mis pies (intentando girar, se entiende) me encuentro de pronto resbalando de tal modo que mantengo la trayectoria con exactitud. El resto del tiempo el líquido no es resbaloso. Qué interesante. Un buen truco.

Una cosa que me irrita es que a veces me parece vislumbrar algo, una serie de luces o algo parecido, detrás de esas cortinas de negrura que delimitan los laterales de mi universo. En ocasiones las veo adelante y a la derecha, otras a la izquierda, siempre difusas, como veladas por un banco de niebla. Parecen las luces de un circo o una kermesse callejera. Secuenciadores; hileras de luces de color, parpadeando. Y cuando más claras aparecen es después de mis largas charlas con mopsi. No sé si habrá una relación, pero mopsi se enfurece —nunca lo demuestra, pero yo me doy cuenta— cuando lo mando a la mierda y trato de ignorar las luces. Esos son los casos en que se pone más pesado, y ahí es cuando me irrita. Sí, tienen algo que ver. Está claro.

Estuve analizando y creo que lo sé, lo sé todo. Soy Capitán; el Capitán Juan Dalmau, navegante estelar. Estoy corriendo por el pasillo central de una nave alienígena. ¡La puta que lo parió, ahora me acuerdo! Me lo imagino al desgraciado colgado de sus tentáculos babosos y mirándome por una rendija de esta trampa colosal con sus ojos como globos, mientras analiza mis reacciones humanas y calcula posibilidades de invasión. Se hizo el buenito y me atrapó. ¡Mierda, tengo que parar! ¡Tengo que dejar de correr y reventarle esa jeta gelatinosa! ¡Tengo que recuperar mi nave! ¡Mi nave, Dios! ¡Dios!

Perdón. Estoy equivocado. Si profundizo un poco en mis recuerdos me doy cuenta en forma más y más clara de que estoy corriendo desde siempre en este lugar. Es algo inmutable, lo único sólido, inconmovible. Y sí, soy el Capitán Juan Dalmau, de eso estoy seguro, pero (me da risa pensarlo) la idea del monstruo la extraje de algún recoveco de mis recuerdos, de un cuento que leí o de alguna película de cuarta que soporté en la TV. Incluso me parece que recuerdo algo concreto, una historia similar. Sí, la jaula de ardilla; Disch. Me siento aliviado; por un instante me sentí mal, muy mal, viendo que la ciencia de la Tierra quedaba al alcance de los tentáculos de ese ser inmundo mientras yo seguía corriendo como una rata en un laberinto, sin poder hacer nada, hacia ese punto brillante en la distancia, sin saber por qué, y sin haber accionado la autodestrucción de mi nave para evitar la extinción o la esclavitud de mi especie.

Soy el Capitán Juan Dalmau, navegante, condenado a correr por toda la eternidad por un túnel largo y misterioso. Soy. Creo. El Capitán.

¿Quién soy? ¿Qué soy? ¿Qué?

Necesito ayuda. Eso creo.

Ya sé: estaba pilotando mi nave y choqué con un meteorito; una posibilidad entre billones (eso dicen), pero ocurrió (las posibilidades existen porque pueden ocurrir; me lo explicó un profesor cuando yo estaba confuso con la definición de "posibilidad" que me daba el diccionario). Estoy destrozado, viviendo los últimos instantes de actividad mental. Mis neuronas montaron el espectáculo. ¡Qué interesante! Quién lo hubiese dicho.

Mamá vino de visita una o dos veces. Estaba sentada en el sillón del comedor, toda sonrisas. En ambas ocasiones salté sobre sus rodillas y me apreté contra sus pechos grandes, mullidos, cálidos, acogedores. No llores, no llores —me dijo una de las veces—, acá estoy... no te fallé, ¿viste? Después me preguntó qué había pasado en los últimos tiempos (hacía bastante que no la veía, es cierto) y yo le conté lo de las columnas y ese destino ignoto que debía alcanzar, y le mostré el líquido por el que nos deslizábamos (ella, el sillón y yo)

interminablemente. Y mamá me dijo esa vez (o las dos, no me acuerdo) que todo estaría bien, confiá en mopsi, confiá en mopsi, confiá en... (otra vez las repeticiones). Hasta llegué a desear que se fuera.

En un caso me dijo: ¿Ves ahí adelante, sobre la derecha, ese botón plateado, el tercero desde la izquierda? La blusa de mamá era azul —siempre usó cosas oscuras, que recuerde: tonos típicos de gordita— y los botones no eran plateados. No, no lo veo, le dije. Entonces empezó a hablar mopsi con voz ronca, dándome órdenes furibundas desde atrás de mamá: El botón, el botón, ahí, ahí está. Apretálo. Apretálo.

Lo mandé a la mierda como diez veces seguidas y después seguí corriendo. Qué carajo se cree.

No sé qué o quién lo hizo, ni cómo fui sacado de mi nave. Tengo varias teorías, unas cuantas, pero las más lógicas —o las que más me convencen, debería decir— son: 1) Estoy loco y todo esto es una visión interior. 2) Estoy en una trampa alienígena, extraña como es de esperar en toda concepción alienígena. Me están estudiando. Me observan. 3) Me he deslizado a otro universo, otra dimensión, otro cosmos, otra creación, un mundo imaginado, etcétera. 4) Soy víctima de un experimento. 5) Estoy muerto; esto es el purgatorio (no me lo creo mucho, pero...).

Doctor: espero que esta información le sirva para curarme. Ya ve que colaboro. ¿Eso es bueno, no?

Estimado alienígena: sólo le pido una cosa: máteme; no deseo ser un traidor. No, por favor. Imagínese en la misma situación. Creo que dos capitanes de nave, por más diferencias mentales y culturales que los separen, han de tener, al fin y al cabo, códigos de conducta similares y me comprenderá. ¿Sí? ¿Eh?

Señor Dios: estoy un poco perdido. ¿Qué debo hacer? ¿Lo estoy haciendo bien? ¿El purgatorio es eterno o esto terminará alguna vez? Le ruego que me perdone, pero no lo recuerdo bien. Descuidé mucho mis estudios de religión, ya que nunca creí demasiado en todo esto, pero vistas las circunstancias...

Profesor, Ingeniero, Doctor o Señor: su experimento debe ser importante, no lo dudo; puedo adivinarlo por el gran despliegue, pero... ¿tendría a bien informarme su duración? Plazos, quiero decir. Creo que olvidé las instrucciones principales. Lo digo por si mopsi aún no se dio cuenta, aunque supongo que todo está bajo control. Pero permítame opinar: esto es cruel. No entiendo por qué. Por momentos pienso que debe haber alguna razón. No sé, como que sea necesario para el buen fin del experimento que yo no sepa nada de lo que me están haciendo. ¿Es así?

Sí, debe ser así. Se nota.

Quien menos se acuerda de mí es la voz. Y generalmente lo hace (cuando lo hace) con intervenciones brevísimas, una o dos palabras, a veces una frase, cuando la información lo requiere. Parece que mopsi tiene prioridad.

Me gusta la voz porque dice cosas concretas. Y no repite. Voy a tratar de recordar. Dijo (en varias ocasiones, a veces separadas por milenios): "Pantallas activas", "Estado sanitario satisfactorio", "Sin desviación", "Chequeo general SN", "Mopsi activo", "Alimentación sin novedad" y "Presión sanguínea correcta". Y algunas cosas técnicas más que no conciernen (e interesan) más que a un capitán de astronave como yo, y por ende no nombraré.

Por supuesto que me alimento: cada vez que tengo hambre recurro al maniquí. Es muy extraño. Aunque ahora viene muy seguido y ya me acostumbré, tengo que confesar que su primera visita fue bastante sorpresiva, incluso llegó a asustarme. El viejo maniquí con ruedas se me apareció al lado, rodando apaciblemente sobre sus ruedas de madera, con una actitud servicial (así parecía ser), justo cuando empezaba a sentir hambre. Apreté dos o tres o cuatro partes de su pecho abombado de tela, cuidándome de los alfileres clavados al azar, y entonces se puso a ronronear como un panal lleno de abejas furiosas. Unos segundos después me ofrecía exactamente lo que deseaba a través de una ranura abdominal que jamás hubiese imaginado que tuviera. Él me salvó de morir de hambre. A pesar de lo que digan la Voz, mamá y él mismo, y por más que insistan, mopsi no es mi amigo más grande y verdadero. Mi salvador es él. ¡Un maniquí de trapo!

(Gracias a Dios cocina muy bien.)

Llevo un siglo corriendo.

Comunicados varios:

Quiero dejar registradas algunas apreciaciones para usted, señor alienígena. Lo primero y principal es que le resultará difícil, si no imposible, conquistar la Tierra: es un planeta cruel. Por lo que recuerdo su morfología requiere mucho metano y amoníaco. Bien, le diré: el metano de nuestra atmósfera es ínfimo, y en su mayor parte proviene de los pedos de las vacas (así dicen). Si ustedes modifican el ambiente (o nos eliminan a nosotros) las vacas desaparecerán. Ya lo ve, la ecología siempre es complicada. Y otra cosa: Aquí el amoníaco no corre por los arroyos, lo fabricamos (sí, oyó bien, lo fabricamos; no se ría). Así que deberán traer toneladas y más toneladas desde su planeta; una situación inconveniente por lo antieconómica. Y para terminar, si me lo permite, agregaré una cosa: Somos guerreros. Nos peleamos desde chiquitos. Nos arrancamos los ojos unos a otros dentro del vientre de nuestras madres (me imagino que ya sabrá cómo nos reproducimos) cuando el destino quiere que debamos compartir ese lugar. Y escuchó bien: nos arrancamos los ojos. Sí, me lo imaginé: esto le produce escalofríos (bueno, eso que les viene a ustedes en lugar de los escalofríos humanos); ustedes tienen unos ojos muy grandes, ¿eh? Y además, si destruyen la Tierra vendrán desde las colonias y...

Perdón, estoy divagando. Esto es todo por ahora. Gracias.

Bien, no sé cómo debería dirigirme... ¿Su excelencia? ¿Divinidad?...

Mirá, yo la escuché a mamá varias veces cuando hablaba con vos y me parece que no usaba demasiados protocolos. Te lo digo así: Te ruego, te suplico, te lo pido de rodillas, no me dejes aquí, por favor, por favor. No sé cómo rezar; nunca aprendí. Me parece que me acuerdo del padrenuestro, aunque eso es un invento de la Iglesia; lo escribieron ellos. ¿De verdad te importa que no sepa recitar de memoria unas frases viejísimas? Me imagino que no, que estás por encima de todo eso, así que por favor, por piedad, no creo haber sido malo: te ruego perdón. ¿Me viste alguna vez en casa, jugando con los chicos? Ellos me quieren mucho. Pienso que son muy buenos jueces; no me querrían si fuese malo. Por favor, tomá en cuenta su opinión cuando me juzgues, no los dejes afuera...

Bueno, creo que me estoy propasando. Te pido que me disculpes; vos sabrás mejor que yo cómo actuar. Pero es que esto se hace demasiado largo. Es terrible, terrible.

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea...

Lo lamento. No me acuerdo más.

Suponiendo que esto sea un experimento, me gustaría participar con unas cuantas observaciones. Sólo puedo basarme en hipótesis (como sujeto debería estar más informado, me parece, pero las ratas no tienen que saber nada del laberinto donde las meten, ¿verdad?), de modo que propongo: A) Están estudiando las reacciones de un ser humano dotado de un cuerpo mejorado (yo) que le permite correr indefinidamente sin agotarse ni cansarse siquiera. B) Están probando un equipo que permite introducir ensoñaciones en el cerebro de una persona y están viendo cuán sólidas y manejables pueden llegar a ser. C) Este es un nuevo tratamiento psiquiátrico de choque. D) Estamos intentando un nuevo sistema de transporte interestelar, mejor y más veloz que la impulsión hiper, tal vez uno que no necesite de una nave para realizar el tránsito (¿teletransporte?), y estos son, en el orden mental, los resultados del experimento. E) Están probando un nuevo método de tortura. F) Este es un experimento fallido cuyo resultado ha sido el hundimiento de mi mente en un estado de ensoñación constante.

Algunas de mis conclusiones, basadas en la observación directa del sujeto del experimento —yo mismo—, son: (a) Conservo un tono mental adecuado que no sólo permite, sino que incrementa la actividad deductiva de mi cerebro. (b) Nunca estoy cansado. (c) No he tenido necesidades físicas, salvo alimentarme, lo que me confunde: ¿no debe salir al fin todo lo que entra? (Puede ser que estén probando, justamente, un alimento cuya composición lo vuelva asimilable en su totalidad, lo que permitiría el desgaste físico excepcional que estoy haciendo.) (d) La Voz es muy agradable y sensata; en muchos casos me recuerda a mi madre. (e) Hay secuenciadores de ambos lados. Tienen algo que ver con mopsi. (f) Desconozco los efectos psicológicos de todo esto: ¿Reacciono bien? ¿Respondo correctamente? (g) Siento una sensación permanente de gran velocidad e inmensas distancias dejadas atrás. Por supuesto que la situación en que me encuentro no podría sugerir otra cosa. Sin embargo, no es la carrera lo que me hace sentir así, sino que me parece percibir la impresión de movimiento desde las

paredes laterales (aunque no se ve nada en ellas, ya lo dije). (h) Aunque estoy un poco preocupado, esto no me hace sufrir tanto. En general me tratan bastante bien. (i) Me siento observado todo el tiempo; con insistencia, sin un instante de descanso. (j) Tengo la sensación constante (no sé en qué me baso) de que este viaje no va a ser infinito. (k) Soy el Capitán de astronave Juan Dalmau, raptado durante un acto de servicio. Mi nave se encuentra perdida, pero me declaro inocente: en el momento del abandono no estaba consciente de lo que sucedía. (l) No estoy loco ni demente. (m) El material que forma este túnel increíble debe ser viejo, muy viejo, o tal vez haya sufrido un maltrato terrible, ya que se lo ve deteriorado, lleno de manchas de todas las tonalidades del marrón, roturas, rajaduras, chorreaduras de algo que se va filtrando con lentitud y produce floraciones de sales, etcétera. (n) El maniquí es fantasmal. No sé de dónde aparece ni por dónde se va. Creo que entra y sale cuando me distraigo o parpadeo. Es irritante. (o) Esto es desagradable; todo el tiempo deseo salir. (p) Mopsi es cabezón, insistente y rompebolas; me molesta todo el tiempo, como un moscón verde idiotizado. (q) Todas mis percepciones son claras y sólidas, aunque hay defectos de consistencia en algunos elementos (¿suena contradictorio, no?). (r) No sé dónde está mi nave; eso me hace mucho daño (soy Capitán). (s) Creo que afuera hay algo. Aunque no puedo decir que lo haya "visto", estoy seguro: hay algo. Algo vivo, tal vez. Algo que me observa, me estudia. Es una sensación clara y dolorosa. (t) Tengo una impresión constante: mi nave está bien; está viajando correctamente o se encuentra guardada en un hangar, aunque no puedo decir cuál de las dos opciones es la valedera. Esto me molesta mucho: soy el Capitán y debería saber a cada instante el destino de mi nave. La situación me parece insoportable, y puede modificar mis reacciones en el (su) experimento. Le ruego que lo tenga en cuenta. (u) Mopsi tiene una fijación con un punto físico situado a unos centímetros frente a mi hombro derecho (subiendo en un ángulo de unos quince grados, para ser más exacto), pero ahí no hay nada. (v) Odio a mopsi, lo aborrezco. (w) No sé si lo dije antes: el líquido que corre por el suelo no existe, es pura ilusión, ya que no me moja ni frena mi carrera. Lo más probable es que sea una nueva forma de energía (o su manifestación). (x) A mi madre le favorece mucho el experimento, se ve rejuvenecida. ¿Es una imagen inyectada? Me hace bien verla. Se agradece. (y) El punto blanco de adelante se llama Q-Psilonte; estoy seguro. (z) Bien, se me terminó el abecedario. Gracias.

Mopsi, viejo hijo de puta, ¡te desenmascaré! Estuve pensando y ahora veo claro: psi viene de psiquiatra, ¿eh?, y el prefijo debe indicar que sos un módulo. Mo-psi: módulo psiquiatra, muy conveniente ¿no? Las máquinas son más baratas.

Bien Doctor: sáqueme a este robot idiota de encima. Quiero atención humana, ¿me entiende? Soy un capitán del espacio, no un pobre indigente. Que me atienda un doctor, un doctor humano; basta de máquinas. Las odio. No puedo soportarlas.

¿Me oye Doctor? ¿Me oye?

Hola. Hola.

Es increíble, ¿quién lo hubiese imaginado?: ¡el maniquí habla! Fue en el desayuno.

—¿Se siente mal, señor? ¿No le gustó la comida? —me dijo sorpresivamente cuando devolví el plato a su ranura con la comida sin tocar. El tono de su voz (algo gangoso) mostraba preocupación, y eso me conmovió. De verdad.

—No, nada de eso —contesté con cortesía—. Es que no tenía ganas. No sé para qué te habré llamado. Perdonáme...

Esperé que se fuera, pero mi subconsciente debía estar deseando todo lo contrario. Se quedó.

—Juan, hay algo que tengo que decirle... No sé como empezar. Es un poco difícil. —Se quedó pensativo (o eso parecía), mientras rodaba en silencio sobre sus ruedas de madera. Parecía bastante preocupado.— ¿Me promete que va a escuchar?

Me quedé callado, sospechando algo fulero. El maniquí siguió rodando sin hablar durante un par de minutos, y de pronto se decidió: —Juan, ¡esto no puede seguir así! —dijo con gravedad. De pronto me recordó a mi mujer; casi me parecía ver que le crecía una cabeza llena de ruleros y crema humectante, pero fue pura ilusión. Era sólo trapo, estopa y alambre. Un maniquí.

—No te entiendo...

—Usted no puede seguir así, corriendo y corriendo, sin otra ambición que llegar a un destino que desconoce y sin saber si podrá lograrlo alguna vez. ¿Me entiende? No es natural. Debería resistirse —argumentó.

A mí me pareció poco consistente, pero le debía favores y hasta creía un poco en él. Seguí escuchando.

—¿No cree que debería hacer algo? —prosiguió—. ¡No sea tan pasivo! ¡Rebélese, luche!

—Lo lamento —contesté un poco irritado—, pero ya hice de todo. Me rompí la cabeza e intenté mil cosas. Pero estoy atrapado, alguien me tiene encerrado... no puedo salir.

Mis afirmaciones sonaban faltas de convicción, como si en realidad hubiese querido decir que esa carrera infernal era un autocastigo, un encierro autoimpuesto o por lo menos consentido en forma inconsciente. Me hizo pensar.

—Bueno, creo haber intentado todo. ¿Tenés alguna idea?

Dejó pasar unos segundos.

—Le propongo que cierre los ojos y medite sobre todo esto usando un poco de lógica —dijo al fin—. Que se resista, que no crea en todo lo que ve. No sé si me entiende. Quiero decir que haga algo nuevo... Cierre los ojos y piense —repitió—, todavía no lo ha intentado.

Hablaba con tristeza.

Recapacité un momento. Lo que decía era razonable, pero no me gustó; soy bastante paranoico y capté una tonalidad conocida en sus palabras. Empecé a sentirme irritado.

—¿Quién sos? ¿Quién me está hablando?

No respondió. Se dio vuelta y se alejó sobre sus ruedas de madera. Me quedé pensando, pensando. Tenía miedo de que no volviera más. Cerré los ojos (me había convencido) y empecé a analizar. Resultó ser útil.

Recapacitando, recapacitando; paso gran parte de mi tiempo recapacitando. Pienso cosas y las modifico una y mil veces, hasta que las convierto en creencias sólidas que, al menos por un tiempo, reinan en mi mente. Luego recapacito y me doy cuenta de los grandes

errores que cometí. Pienso y pienso y nunca me canso. Soy inagotable. Es como si mi mente estuviese totalmente libre. La carrera, esta carrera continua y alocada, al fin resulta algo bueno: le está haciendo bien a mi mente. Está liberada. Liberada. Sí. Tengo una idea. Creo que me estoy dando cuenta de todo. Eso es lo que estuve recapacitando. Liberación; mi mente necesitaba liberación. Esa es la idea.

Extiendo mi brazo y busco con la punta de los dedos. Nada. Nada. Si la llave hubiese estado siempre habría participado de mi entrenamiento y yo, por más ciego y trastornado que me pusiera, no olvidaría su posición. Pero la agregaron ahora. Un experimento. Un experimento errado, evidentemente. Y peligroso.

¿Y bien mopsi? ¿Vas a indicarme? ¿Mopsi? ¿Mopsi?

Un poco más a la derecha, me dice la Voz. Por lo visto se dio cuenta de que ya no necesito a mopsi. Empiezo a desplazar la punta del dedo con lentitud. Recorro unos milímetros. ¡Ahí! Me detengo instantáneamente. ¡Ahora abajo, abajo! Bajo el dedo y siento el contacto. Sí.

Clic.

Estoy sentado, cayendo en un abismo. Me aferro a los laterales del sillón de pilotaje. El universo se ha vuelto absurda, loca, enormemente estático. Allí están las luces: indicadores. La quietud de las cosas me resulta insoportable: estuve demasiado tiempo en movimiento. Añoro las columnas, el líquido plateado, la actividad rítmica de mis pies, la carrera interminable. Estudio los indicadores, mientras la voz de la computadora dice: <PANTALLAS DESCONECTADAS>. Del área de monitoreo activo de pilotaje sólo está encendido un rótulo: HIPER. En la consola de indicadores pasivos hay varios rectángulos iluminados: MANVIT, FUP, SIS, COMP y otros más. La nave está viva y en marcha. Las pantallas laterales son cristales negros, muertos, vacíos de terror. Todo está bien. Bien. Estoy de vuelta.

El robot alimentador espera paciente en su rincón. Hago un gesto leve con la mano derecha y enseguida se acerca y me ofrece un menú de luces de colores. Marco un par de números y me entrega un vaso de gaseosa espumante. ¿Cuántas veces me habré alimentado

mientras estuve con la conciencia trastocada? ¿Una, dos, tres veces? Registro en mi agenda mental que debo tomar la lectura del contador de la máquina para el informe.

Suscribe Juan Dalmau, capitán de la hipernave Garuhapé en vuelo hacia el destino previsto. ¿Lo empezaré así? Imagino un cónclave de funcionarios puntillosos que me interrogan sin piedad. Un chorro interminable de palabras acartonadas brota desde el papel para ser diseccionado por oídos severos: Pleno uso de mis facultades. Adjunto. Esclarecimiento de lo ocurrido. Afirmarse. No ha sido dilucidado. Considérese. Apreciaciones. El idioma horrible de los informes...

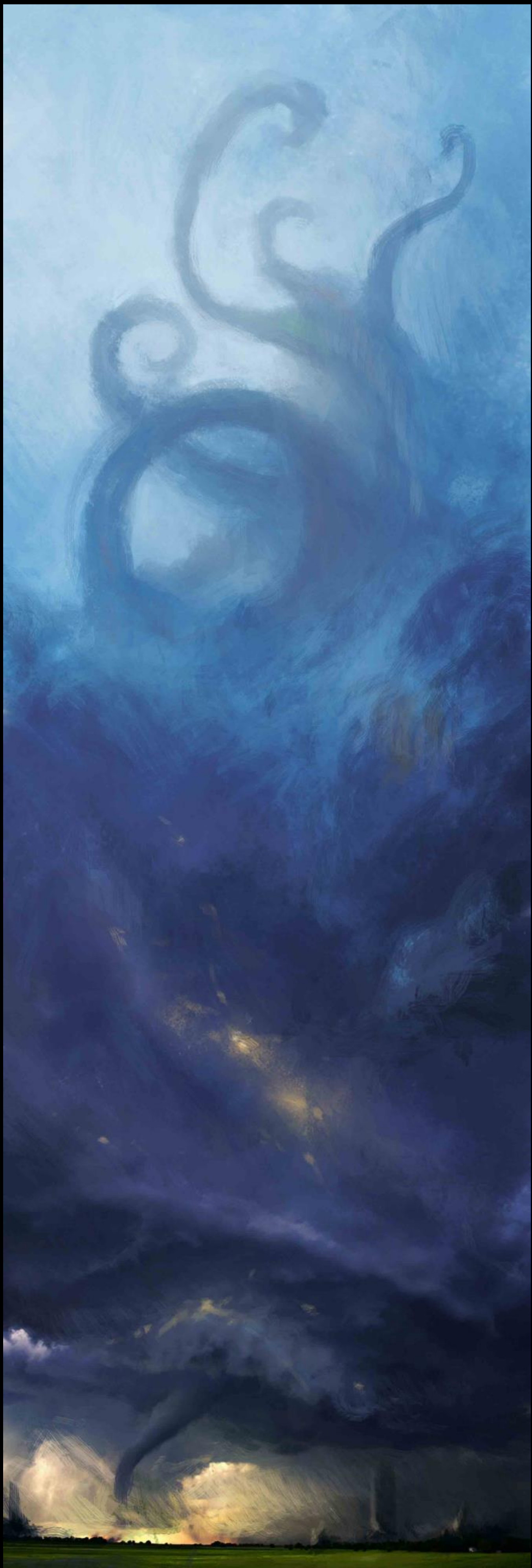
Bueno, si sobrepasé esta locura podré aguantar cualquier cosa. Lo esencial, pienso, es hacerles comprender que me trastornó lo que mostraban las pantallas, aunque no tengo ni idea de qué es lo que vi. Si en pruebas anteriores las computadoras no podían interpretar lo que grababan sus videocámaras no era porque estuviesen fallando. El hiperespacio no se puede ver. Hay algo ahí que es demasiado incomprensible o demasiado horrible para el análisis humano. Algo que destruye. Que enloquece. Si desean seguir enviando personas al espacio y lograr que regresen deberán retirar o cubrir las pantallas de observación directa. Eso es lo más importante que debo informar. Las computadoras no pueden procesar lo que reciben; la mente de un ser humano se resiste a aceptar lo que ve. Las percepciones parecerían ser reemplazadas por imágenes extraídas de la memoria, como un mecanismo de defensa ante lo que le resulta inaceptable y/o inmanejable. En resumen, señores, es evidente que deberán cegar las pantallas. El hiperespacio no se puede observar...

(Y para que no piensen que estoy loco, agregaré las grabaciones del módulo psiquiatra; el odioso mopsi.)

Firmado y sellado. Juan Dalmau.

Armo un esqueleto del informe en la pantalla; una duda muerde mi mente. ¿Creerán esto?





Algunas palabras mágicas[10]

Por Sergio Gaut vel Hartman

Ilustrador: Alien kraken/ Francesco Lorenzetti (Italia)

El viejo temblaba como una hoja; se le caían los mocos y al cabo de unos segundos empezó a orinarse. El frío calaba los huesos y una descomunal nube gris amenazaba con abarcar todo el universo.

—¡Eh, viejo!, ¿qué hace? ¡Se está orinando como un crío! —exclamé rencorosamente. El viejo hizo como que no me había oído. Le pegué una patada en las costillas y creo que lo desperté, arrancándolo de la pesadilla en la que seguramente estaba inmerso. Seguía acurrucado en el banco de la plaza, como venía haciéndolo desde mil años atrás.

Me desperté. Un tipo bien vestido, con aspecto de tener trabajo y dinero en el bolsillo, me observaba con curiosidad malsana. Los mocos se deslizaban de mi nariz produciéndome un cosquilleo que terminó en temblor. Sentí ganas de orinar y dejé que el líquido caliente me humedeciera las piernas. No me importó.

[10] Vórtice en Línea 3 (2005)

—¡Eh, viejo!, ¿qué hace? ¡Se está orinando como un crío! —dijo el tipo mientras me miraba con hostilidad, sin compasión. Hice como que no lo oía, que además de viejo, pobre y desgraciado era sordo. Cerré los ojos y traté de dormirme. Solía dormirme imaginando una habitación de techos bajos, en la que había una estufa que calentaba como el infierno y pan francés y queso de campo bien estacionado al alcance de la mano, sobre una mesa de madera. Daba resultado. También había vino tinto, tibio. Era domingo; no tenía dudas, ni deudas. ¿Por qué iba a quejarme? El tiempo se deslizaba perezosamente entre los pliegues de la realidad, y aunque pronto empezaría a llover —lo presagiaba una descomunal y amenazadora nube gris— me sentía seguro, confortable. Abrí el diario en la página de espectáculos y me enteré de que daban La Esperanza en el cine Lorraine. Muy adecuado. La Esperanza era una película checa, de la época en que el país se llamaba Checoslovaquia. Ir al cine parecía una buena idea; de hecho había ido en la época que evocaba el sueño, cuando no era imprescindible algo como eso, pero no tenía ganas de volver a verla, no en este momento. El pan, el queso y el vino, sumados al calor de la habitación me empujaban en otra dirección. Mientras lograra permanecer dentro del sueño contaba con algunos minutos de paz, unos minutos adicionales, supernumerarios. Pero los sueños son aleatorios, duran poco y por adhesión tienen una caprichosa tendencia a salir de fase. Miré la fecha del diario: 10 de abril de 1979. El tiempo, como un camello pasado por el ojo de una aguja, olía a fraude. En 1979 el cine Lorraine había dejado de existir. ¿Acaso no sé en qué año vivo? Cerré los ojos con fuerza, hasta que los párpados me dolieron. Desaparecieron la mesa, el pan, el vino, el queso, la tregua artificial y toda la paz. El trueno estalló dolorosamente sobre mi cabeza.

—¿Se da cuenta de lo que está a punto de ocurrir? —le dije al viejo del banco—. Muévase. Vamos a meternos en alguna parte. ¿Quiere quedar expuesto a la tormenta?

—¡Usted que sabe! —replicó el viejo, amoscado.

—No tengo ganas de discutir. —Tomé la muñeca del viejo y sentí que respondía con ferocidad, resistiendo.

—¡Déjeme en paz! ¿Qué le importa? —El viejo tenía una fuerza descomunal. Pero por alguna razón poco clara necesitaba sacarlo de la plaza, donde estaba a merced de los elementos. Me sentía una basura y quería remediarlo.

—Vamos a un café —le dije.

—¿Qué le pasa? Hace un momento me pateó las costillas. No lo necesito. Guárdese su compasión.

—No es compasión, no es... —titubeó—. ¡Qué viejo de mierda!

—¡Ahora sí! Le salió del alma, fíjese. En efecto, soy un viejo de mierda. De acuerdo. ¿Y si me quiero morir aquí mismo, ahora mismo? —Una extraña lucidez me precipitaba en la elocuencia como una señal de peligro; creí oportuno cerrar los ojos y volver a la habitación tibia, donde había pan y queso y vino y la vida amagaba con ser un viaje de ida, pero en primera.

Volví a sacudirlo, aunque sin la brusquedad de la primera vez. El viejo había caído desde cierta altura, eso era obvio. La aceleración de los cambios y las transformaciones de la sociedad habían terminado con su posición. —Quiero ayudarlo, viejo idiota; sacarlo del frío y la lluvia. Venga. Hay un bar aquí enfrente. Tómese un café caliente y verá todo de otro modo. —El viejo me irritaba, pero sus palabras, algo de lo que había dicho o hecho, dispararon un mecanismo que suelo reprimir cuando no estoy trabajando. Sin embargo, el dilema eterno regresó con la fuerza acostumbrada: ¿alguna vez no trabajo? ¿Existen momentos en blanco para alguien como yo?

—¿A qué se dedica? —dijo el viejo, capaz de leerme los pensamientos.

—Soy... periodista —dije.

—Vaciló —dijo el viejo, astuto—. ¿Es o no es? ¿Es, pero preferiría ocultarlo?

—¿Se va mover de una buena vez? —Unos goterones gruesos como aceitunas, fríos, rudos, corrigieron el paisaje. —Nos vamos a empapar.

—No me importa —respondí, obcecado—. Ya le dije que no quiero seguir viviendo.

—¿Dijo eso?

—Lo dije, o lo pensé, es lo mismo. Entre la pena y la nada elijo la nada, seguro que se acuerda. Godard. Lo decía Belmondo en Sin Aliento, antes de morir. Se lo decía a Jean Seberg, una chica rubia de pelo corto que también se terminó suicidando, pero no en la ficción, en la vida. Todos deberíamos suicidarnos, ¿no le parece? Sería una respuesta adecuada al ajuste continuo. Que se queden con el mundo, pero vacío, a ver si les gusta.

—No, no me parece. La vida vale la pena. —Traté de hallar un argumento convincente para sacar al viejo del aguacero, pero no lo encontré. Tampoco encontré una buena razón contra la idea de que el suicidio era, a fin de cuentas, una salida.

—Vale la pena para usted, que tiene dinero, salud, casa y trabajo. ¿Pero vale la pena estirar una vida sin un gramo de felicidad? —El viejo empezaba a enfurecerse y también a enfurecerme. Desafiaba el aguacero de un modo patético; me dio un escalofrío. El agua, haciéndose eco de la furia, caía despiadada. Ya estábamos tan mojados que no importaba si nos quedábamos ahí o cruzábamos la calle, en dirección al bar. Para mi sorpresa el viejo, como tonificado por la paliza propinada por la lluvia, se puso de pie y caminó con paso rápido hacia la avenida. El agua que se le había metido en las zapatillas rotas producía un sonido perturbador, como el de un sumidero bloqueado que gorgotea.

Crucé la calle como un meteoro, sin preocuparme por los autos. Hubiera sido interesante morir ahí mismo, en ese mismo momento, arrollado por un automóvil último modelo, un símbolo perfecto del capitalismo decadente que atropella a los viejos descartables como yo. Morir bajo la lluvia, la sangre lavada y la piel limpia, sin heridas. No me preocupé por el tipo bien vestido; si me seguía o no era cosa de él, me importaba un rábano. Aunque estaba seguro de que sí me seguía. Debíamos dar una impresión desconcertante: el joven exitoso corriendo tras un viejo en harapos, ambos empapados y ateridos, temblorosos, marchitos. ¿Cuál era la diferencia? ¿Quién es quién en el Parnaso de los perdedores?

—¡Espéreme!

Me detuve en medio de la calle, como paralizado por el estupor, esperando que las imágenes tibias de la habitación, con el queso y el vino al alcance de la mano, llegaran en el mismo momento del choque, pero la avenida estaba vacía. Casi decepcionado caminé los últimos metros hasta la vereda y me metí en el bar.

Lo alcancé cuando entraba. Se movió con una agilidad desconcertante hasta una mesa junto a la ventana y pidió un submarino, pan y manteca.

—¿Qué va a tomar? –dijo, como si hubiera empezado a dominar la situación. Me pareció que casi sonreía. Coloqué la lengua sobre el colmillo superior derecho y encendí las cámaras.

—Café, doble.

—¿No va a comer nada?

—¿Verdaderamente está pensando en quitarse la vida? —lo interrumpí.

—¿Es un reportaje? —dijo el viejo con sorprendente sagacidad—. Usa el lenguaje de la tele; se le nota toda la basura a flor de piel. ¡Quitarme la vida! Qué sabrá de eso...

—Entre la pena y la nada elige la nada. ¿Usted sabe lo que es la nada? Nada de nada.

—En otros tiempos —dije—, el verso de Darío me hacía saltar en la cama, cuando tenía cama, claro. ¿Sabe a qué verso me refiero? "El espanto seguro de estar mañana muerto". Me aterraba la idea de dejar de existir, de ser nada; no la nada tenue que precede a la vida; esa puede reconstruirse con los recuerdos ajenos y ser algo, un pasado incierto, fotografías. Me refiero a la nada de no ser.

—¿Tiene familia, mujer, hijos, sobrinos? —La frase sonó abrupta, fuera de lugar. El viejo me miró en un estado de alerta roja, astuto, precavido. ¿Se habría dado cuenta de que lo estaban viendo en vivo un par de millones de telespectadores ávidos de morbo, rapaces, perversos?

—¿Qué me quiere sacar? Y en todo caso, ¿qué le importa?

—¿Le parece que le puedo sacar algo? —Traté de acompañar mis palabras con una sonrisa, pero hasta yo fui consciente de que había producido una mueca. Llegó el pedido y me sentí aliviado: por unos segundos no tendría necesidad de sostener la tormenta con las manos. Pero el viejo no me dio tregua. Arrojó la barra de chocolate en la leche caliente y vertió varios terrones de azúcar sin dejar de hablar. Yo apuré el café; lo necesitaba.

—Siempre se puede perder algo más —dije mientras revolvía el chocolate—. ¿Qué significado tiene la palabra dignidad? —Descubrí que los ojos del tipo brillaban de un modo especial. Era periodista, hacía preguntas, tal vez me estaba grabando con unas cámaras instaladas en el lugar de los ojos. Había oído que esas cosas ocurren en nuestro mundo desquiciado. —¿Me está grabando? ¿O transmite en vivo?

El viejo no era idiota. Pero no apagué las cámaras. Un suicidio en vivo podía ser el escándalo del año. —Estoy transmitiendo. Tengo cámaras en lugar de ojos, ¿satisfecho?

—Solo servirá si sale en vivo. Una grabación huele a fraude. ¿Quedaría satisfecho si me liquido ante las cámaras? ¿Cuántos puntos podría tener un programa así? Le daría un

fuerte envión a su carrera, ¿no? Las redes sociales propagarían la cosa como una plaga. Un viejo de mierda está a punto de suicidarse. ¿Cómo? ¿Se va a pegar un tiro? ¿Muerde una cápsula con cianuro que tiene en la boca? ¿Se corta las venas?

—La retransmisión daría más puntos —dijo el tipo, inocente—. ¿Cómo avisarle a los espectadores de que se va a producir un hecho como ese?

—¿No cree en el poder de las redes sociales? Facebook, Twitter. —Sentí crecer en mí la misma irritación del principio. Volqué deliberadamente el submarino y él saltó hacia atrás, derribando la silla mientras el desconcierto le trepaba por el rostro como una mano negra.

—¿Qué hace?

—Doy un poco de espectáculo, ya que el programa va en vivo. Preparo el gran final con un poco de humor. ¿Qué tal? —El viejo jugaba conmigo. Levantó la mano y le hizo una seña al mozo para que trajera otro submarino—. ¿Sabe a qué le llamaban submarino hace unos años?

No le contesté. La leche y el chocolate se enfriaban en mi ropa ya castigada por la lluvia. Traté de mantener los ojos fijos en los movimientos del viejo, pero no pude. El director de piso se debía estar volviendo loco, editando a medida que las imágenes le llegaban crudas y desprolijas.

—Yo sólo quería ayudarlo —murmuré, otra vez, con rencor. Sonó un trueno, aún más desaforado que todos los anteriores. Observé la calle vacía a través de la ventana; la lluvia, como trazos oblicuos de metal, imponía su propio fraude.

—¡Mentira! —exclamé—. Olió la nota desde el principio, al verme tirado en el banco, tratando de colarme en un sueño ajeno. ¿Sabe por qué no me maté hasta ahora? Mi historia podría interesar.

—¡Seguro! La gente quiere saber...

—La gente es morbosa, una porquería —dijo el viejo dando un nuevo golpe de timón. —El mozo trajo otro vaso de leche caliente y más chocolate, pero los dejó sin acercarse demasiado, como si el viejo tuviera una enfermedad contagiosa—. Gente como usted, pero antes gente como yo. Somos los que vendemos carne podrida, la variante perversa de la información.

—¿Usted es... era...?

—¡Las veinticuatro horas con la verdad! —dije, casi a los gritos—. Pero todo pasa, se consume como fulminante, muchacho. Fui descartado porque mi rostro dejó de transmitir los estándares de euforia requeridos. En pocas palabras: envejecí, me quebré; demasiado cerca de la realidad, ¿se da cuenta? Al final uno termina sensible, blando, peligroso. Chicos drogados, chicas violadas... No me obligue a repetir lo obvio. —Introduje el chocolate en la leche; el discurso me había estimulado el deseo de tomar el submarino caliente, ahora, aunque fuera el último.

—Un testigo irrefutable de la era —dije, tratando de no sonar pomposo.

—¿Cómo? Solo existe el engaño y la manipulación, ahora y hace mil años, dos mil. Pablo inventando a Jesús. Ese tendría que haber sido periodista del canal cero. Y le aclaro que lo que más me duele no es la impotencia, sino la complicidad. Por eso abandoné, aceptando el derrumbe como un mal menor.

—Puedo apagar las cámaras, si quiere —dije. Quería quedar en ventaja, aprovechar la oportunidad, pero el viejo tomó la delantera; astuto como un zorro, rápido como una rata.

—No lo hará, y le voy a decir por qué. —Bebí un largo sorbo, disfrutándolo. —No solo es posible instalar cámaras en el lugar de los ojos —dije, enigmático—. Uno puede imaginar que encontrará a un viejo de mierda en el banco de una plaza, bajo la lluvia. Pero también pueden existir otros recursos.

—Eso lo sabe todo el mundo. ¿Cuál sería la variante? —Como por arte de magia dejó de llover. Una mano gigante cerró el grifo, aunque la luz, agazapada tras el agua, se derramó sobre el paisaje, coloreándolo.

—Podría reventar en cualquier momento, por ejemplo —dijo el viejo echándose hacia atrás, arrojando todo el peso del cuerpo contra el respaldo de la silla, y poniendo distancia entre su prepotencia y la mía.

—Eso lo sé desde hace un rato, cuando nos encontramos en la plaza.

—Hablo en sentido literal —replicó, sombrío—. Falta decidir si me mato inocuamente o si arrastro a uno o varios en el acto.

Apagué las cámaras; era demasiado, aún para nosotros, los chacales. El viejo, mitómano, terrorista, embustero, estaba abriendo la puerta a una posibilidad aterradora, incompresible.

—¿Tiene una bomba metida en algún lugar del cuerpo, como yo tengo cámaras en donde antes tenía ojos? —Mis palabras se arrastraron, cobardes, poniendo en evidencia que estaba controlado por el pánico.

—Exacto; ha dado en el blanco. —Podía sentir el vello erizado en la nuca del tipo, las manos húmedas aferradas al borde de la mesa. —Pero no tenga miedo; no voy a despilfarrar así nomás un bien irreemplazable, único. Sirve para una sola vez, ¿entiende? Pienso que el Presidente podría ser un buen candidato, pero también lo sería el Gran Jefe en las Sombras, el Manipulador de los Medios, su Patrón. Todavía no me decido. ¿Cuál de todos ellos merecerá el honor de acompañarme al infierno? Y lo más importante: ¿podré acercarme lo suficiente? ¿Permitirán los gorilas que queden a dos o tres metros del objetivo?

—¡Está loco! —Exclamó el tipo—. ¡Maldito sea el momento en que me lo crucé!

Tiré unos pesos sobre la mesa, estimando que cubrían largamente lo consumido, y retrocedí hacia la puerta del bar. Supe en ese mismo momento que jamás lograría despejar las dudas ofrecidas por el viejo. ¿Una bomba o un farol? ¿Quién se la había implantado? ¿Cómo?

—No se vaya. ¿Ya se olvidó de cuando quería sacarme de la lluvia pateándome las costillas? —El desconcierto del tipo era algo palpable, material. Lo había colocado en el punto justo y sólo restaba rematarlo. —Si da un paso más pronunciaré la serie de palabras que activa la bomba, las palabras mágicas. Funciona de ese modo, con algunas palabras mágicas, una tras otra, en riguroso orden. ¿Imagina los titulares de los diarios, los encabezados de las notas en la tele? VIEJO PERIODISTA SE DETONA ANTE LAS CÁMARAS.

Me paré en seco. Las palabras mágicas. ¿Y si las palabras mágicas eran pronunciada por casualidad? Se lo pregunté.

—Como sucedió siempre con las palabras mágicas —lo tranquilicé—; es improbable que alguien diga "las mentiras piadosas sirven para reconfortar a los simples", ¿no es cierto? Nadie pronuncia esa serie de palabras por casualidad. —Le hice una seña para que volviera a sentarse. Él accedió, aunque sin abandonar la cautela que imponía la situación. —¿No quiere tomar otro café?

—Con estas cosas no se juega —protesté—. ¿Y si las murmura mientras duerme?

—Mala suerte. —Terminó el submarino, que ya debía estar frío, y me miró a los ojos. Ahora le brillaban con una intensidad que tenía algo de maníaco. —Podríamos aliarnos para demoler al sistema, o para hacerle algo de daño, por lo menos —dijo finalmente—. Soy un anarquista convencido.

—No se me ocurre cómo. —Se me ocurría, pero no estaba dispuesto a facilitarle las cosas. Él lo supo de inmediato.

—Vamos, un periodista sabe cómo sacarle el jugo a la situación más seca. —Volvió a sonar el trueno. El paisaje, camaleónico, pasó del ocre al aluminio sin dar respiro, y la lluvia se descargó una vez más, sin piedad. —Encienda las cámaras, si alguna vez las apagó, si existen... —Hice una pausa para darle la oportunidad de equiparar sus cámaras a mi bomba, pero no la aprovechó. —Nos instalaríamos en la nave central de uno de esos centros comerciales tan lindos que hay en todas partes.

—¿Y qué pedimos? —dijo con cinismo—. ¿La liberación del líder de la Jihad Islámica? ¿La derogación de todos los impuestos? ¿Prisión para los corruptos que robaron los fondos de pensión? ¿La renuncia del director de la N.A.S.A.? ¿El desmantelamiento del Capitalismo?

—¡No! Pidamos una cosa imposible de cumplir. Sería divertido. —El viejo había perdido el tren de la historia. —O dinero, mucho dinero. Eso, pidamos dinero. Mil millones, un billón.

—No les importa —le dije con resignación—. Lo dejarán explotar sin culpa. —Mi lengua vaciló, acariciando el colmillo, pero resistí la tentación; tal vez ni siquiera valía la pena. Miré hacia la calle y vi que dos chicos de siete u ocho años arrastraban de una gran caja de cartón; en otras circunstancias el cartón hubiera servido para resguardarlos de la lluvia, pero ya estaba empapado. Del otro lado de la calle, junto a la fuente, una joven, de no más de quince años, tiraba de un carro de compras desvencijado, lleno de porquerías; en una bolsa, colgada de la espalda como una mochila, cargaba a un bebé amodorrado. Más allá, cerca del mástil sin bandera, una familia entera se apiñaba para aprovechar el precario techo ofrecido por el follaje de los tilos. Me recordó una escena de Milagro en Milán, la de la multitud pugnando por obtener la bendición del único rayo de sol que dejan pasar las nubes. Aún desde

mi privilegiada situación sentí la precariedad de la vida. Deseé estar en la habitación de techos bajos, en la que había una estufa, pan francés, queso bien estacionado y vino tinto tibio, todo al alcance de la mano, sobre una mesa de madera. Parecía un sueño ajeno, pero me sentaba bien, como ropa hecha a medida. Por un momento creí que yo era el viejo periodista, demolido por los desengaños y la culpa, vencido por el Sistema, marginado por el Modelo, aunque sin descartar los deseos de revancha. Lo miré sin avergonzarme de que mis ojos, los verdaderos, suplicaran por unas migajas de perdón, en mi nombre y en el de todos los que no lo merecían. Pero él ya estaba lejos, muy lejos, tal vez definitivamente fuera de este mundo, en la misma habitación que yo había conocido un momento antes.

—El dinero hace la felicidad —dijo el viejo con una sonrisa en los labios. Y antes de que terminara de pronunciar la frase supe que la serie no era la secuencia mágica. Estaba jugando con fuego. Le gustaba.

Corté el queso en pedazos pequeños, cuidando que los agujeros no sufrieran daño, de puro maniático. Vertí el vino en dos vasos y partí el pan con las manos. El viejo quiso hacerse el gracioso y empezó a lanzar progresiones de palabras, agudas como dardos, al azar. —Hablaré de la felicidad, pero no diré qué es. —Le pedí que tuviera cuidado, que no abusara de la suerte. Se rió; no pude menos que unirme a él. —Ya no hay peligro. Estamos a mitad de camino —dijo. Un mal presentimiento empezó a agitarse en mi cerebro, pero él me tranquilizó—. En este lugar estamos a salvo. No se pierda en vanas meditaciones —agregó. —Brindemos.

—¡Que Dios nos bendiga! ¡Salud! —exclamamos al mismo tiempo. Afuera estalló otro trueno, el peor de todos. Definitivo.





La Noche Reina[11]

Por Luis Pestarini

Ilustrador: La noche reina/ Edison Montero (República Dominicana)

> "No importa cuánto luchemos a la luz del día, son los demonios de la oscuridad los que finalmente vencen. Hoy, igual que ayer, la noche reina."
>
> Sandernet

El viento arrastraba a la pequeña goleta de dos palos como una hoja seca sobre el agua. Tras su paso se abría una estela que se multiplicaba a cada metro, dividiéndose infinitamente hasta perderse de vista, exangüe. Amenazaba tormenta, pero aspiraba a embarcarme en la fragata antes de que descargara su furor. La Fame estaba a la entrada del puerto de Ensenada, anclada a la espera de que se diera por finalizada la carga de los cueros y el cebo que llevaría hasta Londres. Era parte de un convoy de cuatro naves que tenía planeada la partida para el 25 de enero a media mañana; estábamos a dos horas de ese momento.

[11] Antología *Al sur del tiempo* (1996).

Había estado en Buenos Aires durante cinco días, recorriendo las calles polvorientas e invadidas por caballos, perros y vacas, descansando por las noches en la Posada de los Tres Reyes mientras era testigo de la pasividad flemática que despertaba entre políticos y militares el verano porteño. No poco trabajo y dinero me habían llevado conseguir un pasaje a Londres en el Fame; tuve que aducir que mi padre agonizaba en aquella ciudad y no podía esperar el próximo convoy con pasajeros. Más difícil resultó convencer a mis interlocutores que debía ser en el Fame y no en otra de las naves del convoy en la que debía viajar. Para conseguirlo expuse dos buenas razones: una mágica, señalando que en Asunción --de donde supuestamente había llegado-- una india me dijo que mi padre sobreviviría sólo si yo lo alcanzaba a través de la gloria, palabras oscuras que develaron su sentido cuando descubrí que aguardaba en el puerto una fragata inglesa de nombre Fame. El segundo motivo, más contundente, fueron quinientos pesos de soborno.

La Fame estaba a la vista. No era una embarcación de gran porte: unos treinta metros de eslora, tres palos aún sin velas y unas escasas baterías de cañones para defenderse de los inusuales ataques que, por motivos más políticos que de piratería, sucedían entonces en los mares. Veinte hombres de tripulación más cuatro pasajeros conformaban lo humano de a bordo.

No resultó fácil trasladar el baúl con mis pertenencias, primero hasta el bote de trasbordo y luego de éste a la fragata, bajo el viento y la lluvia que se acababa de desatar. La capa de poco sirvió ante estas circunstancias; no importaba, ya tendría tiempo de cambiarme en mi camarote. Entre varios marineros subieron el baúl a bordo y lo condujeron a su destino. Me recibió el contramaestre que, en inglés, me dio la bienvenida con fórmulas rutinarias poco acostumbrado a pronunciar. Adiviné curiosidad ante un viajero de tan última hora, un interés que pronto se desvaneció ante los preparativos para la partida. Presenté mis respetos y me indicó que, por la tarde, cuando estuviera libre de sus ocupaciones relativas a la salida, el capitán Stephenson me recibiría.

Ésa fue la primera sorpresa del viaje: no estaba al mando el capitán Henderson, sino alguien cuyo nombre no aparecía en ninguno de los registros que teníamos.

Los camarotes en un buque mercante se parecen más a celdas que a habitaciones de hotel: apenas una mesa, un par de sillas, un rústico armario y un catre se distribuyen apretados en unos pocos metros cúbicos a los cuales no llega nunca la luz del sol. No tardé en sentirme atrapado en esa caja de un metro ochenta de altura, a merced de las olas, y comprendí que el viaje podía transformarse en una experiencia más desagradable de lo esperado. La preparación y los condicionamientos que habían insertado en mi mente apenas amortiguaron el efecto claustrofóbico. La humedad se escondía en cada uno de los rincones del buque, como descubriría más tarde, y el camarote no era una excepción: el paupérrimo colchón de lana y las mantas eran viscosas al tacto. Había manchas verdes --hongos-- dispersas a lo largo de la unión del techo con las paredes, y, en menor medida, de estas últimas con el piso.

Una vez terminado el examen del camarote subí al entrepuente, donde descubrí que la tormenta no se había tomado respiro. No obstante, los preparativos para la partida continuaban y se veían movimientos constantes en la cubierta: los paños comenzaban a ser extendidos por los veleros, los gavieros terminaban de bajar la carga y no pasó mucho antes de que el timonel, acompañado por los pilotines, estuvieran en sus lugares. Los cabos de presa se pusieron en movimiento ante un grito del capitán y el ancla abandonó su transitorio descanso en el fondo del río.

El viento frenético nos alejaba de la Ensenada de Barragán hacia alta mar.

Cuando volví a mi compartimiento no pude desprenderme de la impresión de que asistía a una recreación histórica realista. Las fragatas, íntegramente de madera, eran imponentes en su construcción pero, a poco de recorrer sus escasos pasillos y sus dos niveles, se entendía por qué los tripulantes se sentían como ratas en un diminuto laberinto.

Luego de una frugal comida llegó un marino para informarme que el capitán estaba dispuesto a recibirme en su camarote.

Lo seguí a paso vivo.

En unos cuantos segundos estuvimos delante de otra puerta. Tocó y abrió tras una breve respuesta. En el interior, austero pero más amplio que mi camarote, aguardaba el capitán, sentado a una pequeña mesa que nada tenía de escritorio. Se puso de pie cuando ingresé y se dirigió a mí en inglés, como lo había hecho antes el marino guía.

--Señor Azconzábal, es un placer poder contar con su presencia en el Fame, aunque lamento las necesidades de tal viaje --dijo. Era más alto de lo que esperaba, tal vez un metro setenta y cinco, enjuto y de cejas y patillas canosas, y el cabello negro como las sombras. Llevaba con elegancia el sencillo uniforme.

--Capitán Stephenson, mis mayores respetos. El placer es mío tratándose de un buque de Su Majestad --dije, intentando recordar alguna fórmula que me hiciera salir del paso--. Aunque el motivo de mi viaje no sea el placer.

--Puede contar con toda nuestra colaboración, señor Azconzábal, pero sabrá disculpar algunas incomodidades: éste no es un navío acostumbrado a los pasajeros... --Por un instante sentí que su examen atento estaba inspirado en algo más que curiosidad, tal vez desconfianza.

--Eso no será un problema, capitán. Permítame una descortesía: esperaba al capitán Henderson. --Deseaba que esta observación no sonara incorrecta, pero necesitaba saber qué había sucedido con el anterior responsable del Fame.

Stephenson no mostró ninguna señal de perturbación. --El capitán Henderson tiene un nuevo destino, en la fragata Milestone, un buque considerablemente mayor que éste. El Fame no es mi primer mando en un viaje prolongado, señor Azconzábal, si eso le preocupa.

--No, por favor --me defendí--. Al capitán Henderson lo conocí en otro viaje; preséntele mis saludos si lo ve en el futuro. --Sentía el lento vaivén del piso--. No soy el único pasajero, ¿verdad, capitán? --cambié de tema.

--Nos acompañan tres integrantes de una misión ante Londres del gobierno de Buenos Aires. Pasajeros inusuales todos, verá. Con urgencias. --Continuó mientras recorría lentamente el compartimiento--. Estaremos atentos para abreviar la travesía en la medida que esté a nuestro alcance, pero el tiempo no parece jugar a nuestro favor...

Intercambiamos algunas palabras más sin abandonar una tenue hostilidad que se estableció desde el primer momento. Creo que el capitán estaba fastidiado por tener pasajeros a bordo, quienes, de una forma u otra, perturbarían las rutinas de la navegación. Mientras nos despedíamos cortésmente me preguntaba si sería un error de los registros históricos la mención de Henderson, o si el curso de los hechos se había trastocado por algún suceso misterioso y, fundamentalmente, qué consecuencias podría tener sobre los sucesos por venir.

No le presté más atención a la cuestión y apenas salí del camarote del capitán mis pensamientos se centraron en el objetivo de mi viaje. El primer paso era cómo tomar contacto con Moreno.

El pabellón inglés se agitaba endiablado en la punta de uno de los palos, resistiendo la violencia de las arremetidas del viento. Había parado de llover no hacía más que unos minutos; la cubierta estaba mojada y pequeños hilos de agua se deslizaban por ella hacia el mar, en una carrera eternamente perdida de idas y vueltas por el vaivén del barco sobre las olas.

Moreno había salido por primera vez en dos días. Estaba solo, a babor, junto a uno de los escasos cañones. Me dirigí hacia él sin vacilar.

--¿Doctor Moreno? --dije cuando estuve a su lado. Se volvió.

--¿Sí? --se sorprendió.

--Disculpe que lo moleste, pero creo que es oportuno que nos presentemos pues hemos de compartir el viaje. --Su rostro era pálido y frágil, con marcas de viruela apenas disimuladas, su cabello se amotinaba ante el viento, corto y sin patillas. Vestía de la manera simple que se había impuesto tras la Revolución Francesa: casaca blanca y pantalón azul, abandonados los aristocráticos faldones y las levitas--. Mi nombre es Juan Azconzábal, y llevo el mismo destino que usted: Londres.

-- Un placer. El capitán me comentó sobre su presencia a bordo, pero he estado casi todo el tiempo en el camarote.

Cruzamos algunos comentarios oportunos, pero mi mente no estaba en las palabras: intentaba retener cada gesto de Moreno, cada detalle del hombre que había hecho de la América Hispana una sola nación, fundando la primera democracia real de la historia moderna. Poco se parecía a los dos daguerrotipos que se conservaban de él, posteriores al año '50, cuando ya era un hombre de más de setenta años, tomados poco antes de morir.

No pasó mucho tiempo antes de que se acercaran los dos compañeros de viaje que cumplían la función de secretarios: su hermano Manuel y Tomás Guido. Éste representaba menos de la edad que tenía: parecía un muchacho jovial y entusiasta.

Comenzó a llover nuevamente y cada uno partió hacia su camarote.

Duró más de una semana la tempestad --tormenta brava la llamaba Moreno--, con treguas en las que, con creciente frecuencia, me encontraba con mis acompañantes. Moreno fue ganando en franqueza y me confió algunos de sus pensamientos sobre lo que sucedía en Buenos Aires. Se sentía deprimido porque creía que la Revolución había fracasado ante el acoso de Saavedra y los defensores de la monarquía.

--El brigadier es un traidor --me dijo una tarde, excepcionalmente irritado--. Espera que el Rey recupere el poder en España para arrodillarse ante él otra vez. --A veces se exaltaba y afirmaba que, una vez que hubieran obtenido apoyo en Londres, regresaría para instalar la república. Yo sabía que esto era lo que iba a suceder. Las circunstancias --algunas fortuitas, otras planificadas-- me habían situado en el lugar como testigo de hechos extraordinarios, pero debía evitar al máximo cualquier intervención, aún las accidentales. El viaje era un punto de inflexión en el tiempo que podía ser aprovechado para observar. Más de una vez habíamos estado con Moreno en Buenos Aires, en Chuquisaca, en sus viajes, en Londres, y sólo habíamos intervenido discretamente para convencerlo de que saliera disfrazado de fraile durante las noches posteriores al veinticinco para que no lo reconocieran sus enemigos en las callejas oscuras. Creía que Saavedra lo quería matar.

Cuando le comenté mis dudas acerca del apoyo inglés, Moreno respondió:

--Los ingleses siempre han apostado a dos puntas --dijo--, pero hasta ahora no hemos recibido su colaboración. Sin embargo, saben que, una vez que termine la guerra contra los franceses, lo mejor para ellos será que las colonias sean libres. Quieren evitar que España se fortalezca.

Su rencor por las manipulaciones de Saavedra no tenía límites. Su rostro se ponía púrpura cada vez que recordaba que lo llamaba 'Roberspierre porteño', y a sus amigos 'sus secuaces'. Contraatacaba señalando que hasta el padre de Saavedra presagiaba lo que había engendrado y por eso le había puesto 'Judas' como segundo nombre.

Algunas tardes no se lo veía. Sufría de mareos y se quedaba en el camarote, leyendo o traduciendo. A veces, entonces, tenía la oportunidad de conocer un poco más a sus ayudantes: Manuel era altivo y se podía advertir en él los rasgos que, junto con la envidia hacia el éxito y

la claridad de ideas de su hermano, lo llevarían más adelante al resentimiento y su trágico fin. Guido, en cambio, era pura pasión y dejaba escapar frases cargadas de ingenuidad. Era evidente que no entendía mucho de asuntos políticos, pero su fidelidad hacia Mariano Moreno era absoluta.

La tormenta había quedado atrás y el mar se unía en un beso con el cielo, olvidando el horizonte. Hacía dos tardes que no veía a Moreno, por lo que pedí permiso a su hermano para visitarlo en su compartimiento.

Lo encontré en la cama, con fiebre, sudoroso y macilento. El sol de febrero y el mar nada habían hecho para cambiar el color de su tez. Me recibió con cortesía y habló con voz débil, contándome más sobre sus proyectos al llegar a Londres; me dijo que había abandonado la idea de bajar en Río para entrevistarse con el superior de la marina inglesa en estas aguas, previendo los peligros que esto involucraba. Me preocupó su estado de salud: sabía de sus sufrimientos durante el viaje, de la inestabilidad de su organismo, pero presenciarlo era más doloroso que el conocimiento indirecto. Aunque su vida no correría riesgos, su aspecto no me tranquilizaba. Decidí mantenerme cerca de él, dispuesto a utilizar cualquiera de los medicamentos que tenía en mi baúl, lo mejor de la farmacología del siglo XXI.

La situación no mejoró en días. Moreno salió en alguna oportunidad a cubierta, pero casi siempre permanecía en su camarote, donde lo visité en varias oportunidades. A veces me recibía trabajando sobre su mesa, traduciendo El joven Anacharsis, o, cuando su indisposición superaba su entusiasmo, recostado sobre el catre.

Una tarde me atendió Guido cuando golpeé a la puerta. Me dijo que Mariano se sentía especialmente mal y que su estado había empeorado. Quise pasar a verlo pero afirmó que dormía después de pasar una mala noche, aunque prometió mantenerme al tanto de su evolución. Le dije que tenía algunos medicamentos conmigo en previsión. Me fui inquieto.

No tuve noticias hasta la mañana siguiente cuando otra vez me atendió Guido, pero ahora Moreno estaba despierto. Pasé.

Estaba echado sobre la cama, cubierto con una manta a pesar de que en el camarote hacía un calor sofocante. Su palidez era cadavérica y la transpiración le daba brillo a su piel. Junto al catre había una vasija para vómitos.

Me acerqué. Moreno orientó los ojos hacia mí.

--Creo que no me encuentro en el mejor estado para recibir a un huésped --dijo cansadamente.

--No se preocupe por mí. Su salud es más importante. ¿Cómo se siente?

Moreno me contó, brevemente y con aportes de Guido, cuál era su estado. Vómitos continuos, diarrea, tenesmo, mareos y otros síntomas se habían sucedido desde la noche anterior. Rápidamente descartamos enfermedades típicas de la navegación prolongada como el escorbuto y la disentería. Tampoco era el reumatismo que sufría desde la adolescencia. Parecía una intoxicación. Así se lo hice saber.

--¿No ha probado nada especial? ¿Alguna bebida? --pregunté.

--No --dijo--, lo único fuera de las comidas habituales fue un medicamento que me ofreció el capitán la noche pasada.

Tenía que ser eso, pensé.

--¿No recuerda qué fue lo que le ofreció?

--No --dijo, apenas audible.

Me volví hacia Guido. Él tampoco sabía puesto que no estuvo presente cuando vino el capitán: Moreno había sido visitado cuando estaba con su hermano Manuel, y éste ahora dormía tras pasar la noche junto a Mariano. Lo que estaba sucediendo era anormal: Moreno, hasta donde sabíamos, no había sufrido de ninguna intoxicación. Decidí abandonar la cautela y actuar.

Salí del camarote y me dirigí directamente hacia el del capitán. Golpeé la puerta repetidas veces hasta que me atendió. Su rostro reflejó sorpresa.

--Señor Azconzábal, no lo esperaba. Pase usted --se hizo a un lado--. ¿Qué desea?

--El doctor Moreno está muy mal --dije, apresurado por averiguar qué le había dado para tomar. Dudaba acerca de la honestidad de Stephenson, pero no podía acusarlo de nada--. Me dijo que usted le ofreció una medicina hace un par de noches.

--Así es. Estaba muy congestionado y lo único que pude brindarle fue esto --se dirigió hacia un pequeño armario y lo abrió, tomando una frasquera.

--¿Qué es? --dije.

--Antimonio tartarizado. Es muy efectivo como calmante. No creí que le pudiera provocar algún problema. --El antimonio tiene un efecto similar al arsénico si se lo suministraba en dosis superiores a las habituales.

Stephenson se mostró muy seguro y su preocupación pareció sincera. --¿Cree que esto puede haberlo perjudicado?

--Es muy probable. Disculpe usted --dije, comenzando a retirarme--, veré si es posible hacer algo.

El capitán vaciló, todavía con la frasquera en la mano. --¿Puedo ayudar en algo? --dijo.

--Le haré saber si es necesario --me encaminé rápidamente hacia mi camarote. Identificado el origen del envenenamiento no fue difícil suministrar la medicación adecuada.

Cuando volví a mi compartimiento después de horas en el de Moreno, al abrir el baúl para guardar la medicina sobrante descubrí que alguien había revisado mis pertenencias, intentando ocultarlo luego. La cerradura del baúl no estaba rota ni violada, la única llave era la mía, pero estaba seguro de que las cosas no estaban como yo las había dejado.

Al día siguiente Moreno se encontraba casi recuperado. Había salido de la intoxicación sin demasiados trastornos, pero ahora tenía que enfrentar su curiosidad por conocer la naturaleza de un medicamento tan extraordinario como el que le había suministrado la noche anterior. Se quedó conforme cuando le expliqué que se trataba de la combinación de dos frutos secos y molidos del Paraguay, y que su uso era muy común entre los indios. Me dijo que, a su regreso de Londres, propondría que se trajera en cantidades para combatir las frecuentes intoxicaciones en la ciudad, producidas por el agua contaminada, los alimentos en mal estado y otras causas, con lo que estuve de acuerdo.

El sol de los primeros días de marzo no daba tregua. Habían transcurrido casi cuarenta jornadas desde la partida, un período muy prolongado para el escaso recorrido que habíamos hecho: todavía no estábamos ni siquiera a la altura de Río de Janeiro. A este paso, nos tomaría muchos meses llegar a destino. El capitán decía que los vientos no ayudaban y que poco se podía hacer salvo aguardar. Aunque soportaba el viaje a fuerza de voluntad, cada mañana me despertaba pensando en las maravillosas duchas que me esperaban a mi regreso. Pensar en que el viaje podría durar hasta julio o agosto me entristecía y agobiaba. El mismo falso motivo que, para los demás, impulsaba mi visita a Londres me servía para justificar mi inquietud y deseos de pronto arribo.

Había tomado la costumbre de cenar en el compartimiento de Moreno, la mayoría de las veces en compañía de Guido y Manuel, pero otras, escasas, los dos a solas. Una noche, luego de la cena y la charla posterior, regresé a mi camarote a buscar un libro que Moreno me había prestado para devolvérselo. Cuando volví al alojamiento de Moreno entré sin golpear.

En el interior estaba el capitán con una pequeña pistola en la mano derecha. Se volvió sorprendido hacia mí y me apuntó.

--No llega en el mejor momento, Azconzábal --me dijo. Moreno estaba sobre su catre. Un poco de sangre manchaba el pecho de la casaca blanca. Sus ojos estaban abiertos pero sin vida.

--¡Lo mató! --dije en mi estupor. Jadeé. Quise abalanzarme sobre el capitán. Dio un paso hacia atrás.

--No intente nada. No es necesario que le mate a usted también. --El capitán estaba tranquilo, no parecía un asesino momentos después del crimen.

--¿Por qué, capitán? ¡No sabe lo que ha hecho! --me acerqué a Moreno. Le revisé la herida, con Stephenson siempre apuntándome. No había nada que hacer--. ¿Por qué? --Sentía que el cuerpo se me volvía gelatina; ya no me importaba mucho si el capitán me mataba o no. Todo mi mundo había desaparecido. Con la muerte de Moreno no habría una nación americana, los saavedristas recuperarían el poder y probablemente Buenos Aires se debatiera en luchas internas durante décadas, desgastada y debilitada, cada vez más lejano el sueño americano. No podía ser, pensaba una y otra vez, el futuro no era así. El capitán no podía saber todo esto. La furia me abandonó, llegó el desánimo. Casi se presentía la oscuridad. --

¿Por qué? ¿Lo sobornó Saavedra, capitán? ¿Su Majestad estaba interesada en que Moreno no llegara a Londres? ¿Qué justificación tiene para este crimen? ¡Maldito hijo de puta, no tiene idea de lo que ha hecho! --grité.

--Más de lo que usted cree, Azconzábal, mucho más.--Bajó el arma pero no dejó de observarme atentamente--. ¿Viene del futuro, Azconzábal? ¿De qué futuro? De uno en el que Moreno sobrevivía a este viaje, ¿verdad? --Estas palabras me sacudieron casi tanto como el descubrimiento del cadáver--. Respondo a mi Rey, por supuesto, pero no es Jorge III, Azconzábal: yo también vengo del mañana, pero de otra línea de tiempo, una que hoy es mucho más sólida que la suya, evidentemente. En mi flujo temporal, Moreno murió durante este viaje en circunstancias un tanto sospechosas, aunque creo que sus contemporáneos no comprenderían cabalmente la situación. Su futuro ya no existe, usted es un anacronismo, podría matarlo y nada cambiaría. Es una paradoja: va a morir antes de nacer, pero preferiría que no sea en este momento porque sería difícil de explicar..

Pudo matarme pero no lo hizo.

--Cuidemos las formas, Azconzábal: Moreno murió por la noche mientras dormía. No hubo crimen. Su corazón apasionado le traicionó.

A la mañana siguiente el cuerpo de Moreno estaba dentro de un rústico cajón sobre el entrepuente, cubierto con una bandera inglesa. Lloviznaba otra vez.

Mil veces busqué explicaciones durante el insomnio de esa noche, para acabar siempre en callejones paradójicos rebeldes a la lógica. El tiempo era una corriente más maleable de lo que creíamos. Dejé que el capitán les comunicara a Guido y a Manuel la amarga noticia: Mariano Moreno había muerto mientras dormía. Stephenson lo había descubierto tarde por la noche cuando, al ir a visitarlo para ver cómo estaba su salud, no encontró respuesta y decidió entrar con su llave. Se había ocupado de cambiar a Moreno y limpiar la herida. Fui el último en enterarme --fingí-- y presté consuelo a Manuel y a un desolado Guido. Semanas más tarde, ya cerca de nuestro arribo, Guido se me acercó un día y me dijo que la noche de la muerte de Mariano, él había escuchado mis gritos y comprendió parte de la conversación desde el exterior del camarote. Nada dijo en el momento: el aturdimiento por la muerte y lo

inconcebible de las circunstancias sublevaron su mente. Sé que aunque le negué los dichos no me creyó. Pero guardó silencio hasta su muerte sobre lo que sucedió.

Pero aquella tarde estábamos todos en la cubierta: marineros, oficiales y pasajeros. El ataúd había estado a la intemperie durante todo el día y, en algún momento, como un acto de una rebeldía inútil y de justicia simbólica, me arrodillé ante él y, discretamente, corté los lazos que unían la bandera inglesa al cajón.

Al ocaso, hubo una corta ceremonia: palabras del asesino y de Manuel despidieron a Moreno. Sonaron unos cañonazos sordos a toda súplica, y luego cuatro marineros deslizaron el ataúd sobre la borda y lo dejaron caer al mar.

El pabellón inglés se desprendió y se alejó volando, arrebatado por una ráfaga de viento. El ataúd se clavó de punta en el agua y desapareció, pero fue rechazado otra vez hacia la superficie, como si el mar no quisiera recibir en su seno una muerte prematura. Derivó hacia la estela del buque y se hundió lenta, pacíficamente, con dignidad.

La estela del buque se abría en un abanico de múltiples olas a medida que avanzaba. Las ondas en el mar eran como los flujos temporales: se abrían cada vez más desde un punto --la fragata, un momento de inflexión en la historia--, que se iba corriendo, alejando y dejando el lugar a otros. Las olas y las ondas se mezclaban, daban vida a mundos nuevos y eliminaban otros. Había choques. Contradicciones. Paradojas. Pero aun así funcionaba. Eran infinitos y se perdían de vista hacia el horizonte... o en el tiempo.

A bordo del barco, cuando ya el cuerpo de Moreno descansaba en algún banco de arena, meditaba sobre mi futuro. Como en un sueño, había recorrido el tiempo hacia atrás y ahora debía deshacer camino por un sendero que ya no existía.





Cibersoldado[12]

Por Mario Daniel Martín

Ilustrador: Starcraft marine/ Inshoo (Corea del Sur)

Después de un día de intenso entrenamiento, les dijeron que los iban a poner en una máquina que les permitiría remontarse a través de su árbol genealógico hasta llegar al primer hombre. Para cada uno de sus ancestros masculinos tendrían un minuto, el minuto del orgasmo que logró la concepción.

Los acostaron y les pusieron los cascos. Una especie de sábana de siliconas empezó a envolverlos. Las conexiones para simular virtualmente los sentidos se fueron implantando y coordinando con los cascos. Una visión abstracta de fractales, necesaria para coordinar las conexiones a su cerebelo cuántico, adonde recibiría directamente las órdenes cuando estuvieran en el campo de batalla, inició la resonancia cognitiva preliminar para prepararlos para el ejercicio. Sintió temor de que pudieran leer sus dudas, y su inseguridad sobre su apellido extranjero. Pero inmediatamente proyectaron en sus conciencias las condiciones de privacidad del ejercicio, y les pidieron que dieran su consentimiento expreso

[12] Publicado en inglés como Espirit de corps, Encuentro Incorporated, (Canberra, 2009).

para esta conexión limitada, que no sería incorporada a su ficha virtual en los archivos de la policía mental. Luego comprobaron que todos tuvieran una buena conexión somática, sobre todo en los genitales, y les sugirieron tratar de resistir lo más posible el orgasmo. Les avisaron que les sacarían una muestra de sangre, para leer los cromosomas “Y” de su ADN y así determinar la cadena de orgullosos patriotas que portaban en sus venas. Sintió un pequeño pinchazo en su pierna izquierda, y un dolor más profundo en la base de la columna, en su espalda.

Por casi quince minutos no pasó nada. Y se encontró de pronto en la alcoba de sus padres. Lo sorprendió la ternura de su padre cuando lentamente hacía el amor con su madre al concebirlo, y la insoportable incomodidad ante ese encuentro tan edípico se transformó en excitación animal ante la fogosidad sexual y los alaridos del orgasmo de su abuela Emilia, con 18 años recién cumplidos durante la luna de miel en la costa, donde fue concebido su padre. Nunca hubiera imaginado que esa fuera la misma amable anciana que de niño le traía la sopa a la cama cuando estaba enfermo. Su bisabuela era más bien una tabla que aguantaba la obligación conyugal de acostarse con su marido. Y ni siquiera lo dejaba que le sacara el camisón porque para ella el acto sexual era pecaminoso. Pero esa pasividad obviamente excitaba a su ancestro, sobre todo cuando lograba sacarle, casi clandestinamente, un gesto de reticente placer.

Su tatarabuelo, el jardinero amante de su tatarabuela y no su verdadero esposo, no tenía que hacer muchos esfuerzos para obtener gemidos de éxtasis de esa exuberante mujer. Su bisabuelo fue concebido sobre una parva de heno en una tarde esplendorosa de verano en el que los genes del jardinero le robaban el apellido a su detestado patrón. Esa mujer sí que se entregaba. Y era bellísima, con pechos abundantes, muy parecida a su prima Julia, a la que él siempre había codiciado. Allí no pudo aguantar más, y comulgó en su orgasmo con el bastardo impostor. Era incómoda esa sensación de traicionar a su familia, pero también un alivio saber que, por suerte, su tatarabuelo no era un extranjero de un país aliado con sus enemigos en esa guerra interminable que pronto conocería.

El padre del jardinero hacía ahora el amor calladamente con una criada de la familia de su tatatarabuela en una modesta choza de adobe, vecina a la gran casa de piedra que alguna

vez fue de su familia. Era tarde a la noche, era también en el verano. En el único dormitorio de la casa tres niños y la madre de la criada dormían besados por la luz de la luna.

El abuelo del jardinero era un soldado raso en las guerras de independencia, y volvía a acostarse con su esposa después de tres años en el frente, en ese mismo dormitorio, en esa misma choza, en una gris mañana de invierno. Ella estaba arriba, y llevaba el ritmo. Sus heridas de guerra en la pierna izquierda y la espalda le dolían mucho, pero ese dolor también lo enorgullecía, como su reencontrado patriotismo.

Vinieron luego otros y otros en mundos cada vez menos familiares, y hasta inverosímiles. Más allá del placer, había, en esos seres sobre los que él sólo sabía teóricamente que existían, y en los que en realidad nunca había pensado, una monótona cadencia de dominación, lujuria, aburrimiento y ocasionalmente ternura. Pero poco a poco todos esos encuentros de un minuto se transformaron en cotidianos, pasaron a segundo plano en su conciencia, y sólo quedó una amargura sorda, su amargura. Y el placer sabía a un sordo dolor. Mientras el cerebro de los seres que una y otra vez llegaban al orgasmo se empequeñecía, sólo había lugar en su pecho para esa sensación que él tenía cuando se acostó, por menos de un minuto, y con mucho menos placer que la multitud de sus acrobáticos ancestros, con una prostituta en el puerto. Fue en su primer día libre después de enrolarse. Lo hizo con desgano, casi por obligación ante las burlas de sus embriagados compañeros. Esa angustia innombrable de saber que esta inútil existencia que él había heredado se estaba prolongando demasiado y quizás se prolongaría por siempre jamás en otros seres, en otras alcobas, en otros éxtasis momentáneos. Tuvo una breve esperanza de que los métodos anticonceptivos le fallaran a esa pobre prostituta, o, si él volvía de la guerra, de encontrar una mujer con quien formar una familia.

Su curiosidad inicial, la de llegar atrás al primer hombre se vio amortiguada por la monotonía del terror, de esa desconfianza de las hembras ante su voluntario o involuntario sometimiento, de esa sensación de triunfo de los machos de estar ahí, por un momento, dentro de otro ser, plantando la semilla de la especie. Era la amargura de saber que uno hace eso solamente porque va a morir, porque irremediablemente va a morir, porque está agarrado del cuello por unos genes obsesionados con perpetuarse a cualquier precio. Así, fue casi natural

que sintiera alivio cuando anunciaron que el ejercicio estaba por terminar, que por fin llegarían al primer hombre.

La escena era en un claro de una selva. La sensación de inminente peligro lo sacó de sus amargas reflexiones. Una banda de monos luchaba con palos y piedras contra otra banda de monos, y, después de aplastar la cabeza del líder de la otra banda, se apoderaban de las hembras y mataban a las crías. Luego las violaban brutalmente, sistemáticamente, uno tras otro. Esos monos eran ellos, eran sus compañeros del batallón los que compartían ese festín violento que los unía más allá de la individualidad. Por fin llegó su turno de penetrar a esa mona aterrorizada, sostenida por brazos y piernas por sus compañeros. Todavía intentaba resistirse, y le mordió el hombro. Eso lo excitó mucho más. Cuando se derramó dentro de ella, cuando cumplió con la obligación de la especie, comulgó finalmente con la banda. Era por fin un legítimo camarada, a pesar de su apellido extranjero, a pesar de su incómoda sensación de que quizás pensaba demasiado. Luego vino la oscuridad y el silencio.

El último ejercicio del día había terminado. Ahora su batallón estaba listo para ir a la guerra, para aplastar definitivamente al enemigo.





Para verlos volar[13]

Por Juan Manuel Valitutti

Ilustrador: A Game Of Thrones The RPG/ Cyril Seryl Tahmassebi (Francia)

Mienten los que declaran que Narhitorek nunca amó.

Narhitorek, el Sin Sombra, amó con devoción. Era una joven mujer que, como tantas otras, había muerto a manos de Kunho, la de los pérfidos ojos.

Cada noche de luna, la cruel reina de Effirán, convencida de que la sangre de las jóvenes vírgenes le prodigaba la eterna juventud, enviaba a sus esbirros devotos a los pueblos aledaños en busca de los recursos humanos con los cuales concretar sus ritos propiciatorios. Y cada noche de luna, luego de desmembrar salvajemente a sus víctimas, Kunho hincaba los dientes en los lozanos corazones en busca de la ansiada perpetuidad.

No mienten, en cambio, los que aseguran que a Mareth Kal Anhet —reino de la despiadada bruja— llegaban muchos caminantes procedentes de los cuatro vientos del Orbe. La de los pérfidos ojos los recibía con la esperanza de que alguno de ellos, oriundo de tierras

---

[13] Publicado en Revista Axxón 234 (2012)

remotas, le revelase algún nuevo conocimiento sobre el arte de la longevidad. Los aventureros que penetraban en sus dominios perseguían el infinito caudal de piedras preciosas que, según la leyenda, la mujer atesoraba en las profundidades de su fortaleza. Sin embargo, la promesa de riquezas se desvanecía ante ellos, al tiempo que la sonrisa anhelante de Kunho se trocaba en una mueca de desprecio, tan pronto se constataba la falsedad de los axiomas presentados. La tortura era una de las especialidades de la regidora, de manera que no pocas veces los muros de Mareth Kal Anhet amanecieron con los cuerpos deshechos de los advenedizos.

Un día llegó un embozado que decía ser poseedor de los secretos de la vida eterna.

—Como tantos otros… —bostezó la vil Kunho.

Pero los magos y consejeros del reino le refirieron a la entronizada los portentos admirables que el extraño había realizado para ser admitido en la corte.

—¡Ha levitado, Su Excelencia —dijo uno de los testigos—, y ha volado en torno a las almenas!

—¡Ha convocado demonios que aparecieron burlándose con sus morisquetas, para luego desvanecerse en una niebla henchida de rumores! —aseguraron otros.

E incluso Seff, el eunuco predilecto de la soberana, se había acercado con los ojos abiertos de par en par para acotar:

—¡Y es guapo, Su Excelencia!

Kunho bostezó nuevamente y batió palmas.

La música cesó y los rumores de los cortesanos se apagaron. Los ojos se concentraron en la entrada de la cámara real.

Un hombre oscuro avanzaba por la excelsa nave.

El hombre se acercó hasta el estrado y ensayó una contundente reverencia.

Siguió un silencio opaco y tenso.

Kunho estudió al extranjero y, por último, le hizo una seña a Seff. El eunuco salvó los escalones que lo separaban del trono y se hincó de rodillas para prestar oídos a su Señora:

—¿El recién llegado —indagó Kunho— …habla?

El eunuco pestañeó ante el inesperado interrogante real e, inmediatamente, echó un vistazo por sobre su hombro.

Se adelantó hacia el desconocido con un gesto grandilocuente.

—Su Excelencia está ansiosa, por supuesto. —Miró al hombre que esperaba envuelto en sombras—. ¡Con gusto prestará oídos a lo que tenga que decirle!

El extraño apartó su capa y levantó la vista.

—Su Majestad —empezó—, no la haré perder el tiempo con estúpidos sofismas. Soy un mago que ha hecho un trato con los poderes del Orbe, de manera que puedo obrar portentos impensables para otros. Sin duda, Su Señoría ha oído hablar de las tierras de Akaria, ¿no es así?

Así era, en verdad. En su voraz búsqueda de la vida eterna, Kunho había llegado a ser una instruida lectora. Las estepas akarianas atesoraban una prenda exquisita: la extraña ave llamada Torak, que, según narraba la leyenda, prodigaba la inmortalidad.

Kunho, no obstante, objetó:

—Es imposible acceder a las estepas akarianas, caminante, porque es un espacio que existe en otra dimensión. —La bruja batió palmas—. ¡Apresadle!

Dos corpulentos guardias de cofias empenachadas acudieron al mandato de su Señora. Asieron por los brazos al embozado y se limitaron a esperar órdenes.

Pero pronto los invadió un frío de muerte… Los empenachados se miraron entre sí y miraron con pavor al reo, no como si flanquearan a un hombre, sino a alguna clase de demonio primigenio.

El embozado tenía los ojos clavados en lo alto del estrado regidor.

—Si tan solo Su Majestad me permitiera demostrarle… —se limitó a decir.

Los guardias dirigieron la vista suplicante hacia Kunho. El frío que sintieron tan pronto aferraron los brazos del desconocido comenzaba a perlar de blanco sus rojas barbas.

Kunho estudiaba la escena con creciente interés. Buscó los ojos de Seff, el eunuco, y éste le dedicó un gesto inapelable.

—¡Bien! —accedió Kunho—. ¡Libérenlo!

Los guardias obedecieron de buena gana. Se miraron las manos trémulas, y se separaron del extraño convenientemente.

—¡Ahora mírame, caminante! —dijo Kunho—. ¡Te desollaré vivo si te atreves a engañarme, así que haz lo que debas hacer o sufre las consecuencias de tu atrevimiento!

El embozado adelantó la mano abierta. Pronunció una baja letanía y sobre la palma de la mano reverberó una luz. Los testigos cercanos se apartaron espantados, trazando un círculo en torno al extranjero. La luz creció en intensidad hasta que devino en un óvalo suspenso en el aire, largo y ancho como un hombre.

El hechicero separó la vista de su obra y se limitó a esperar la venia real.

Kunho se adelantó.

—¿Qué es? —preguntó.

—Una puerta, Su Majestad —fue la respuesta—. Tan pronto la cruce, usted se hallará en las estepas akarianas.

Kunho miraba el óvalo de destellos punzantes. Con un gesto consultó al silencioso Seff, quien le dio a entender que tomara precauciones.

La reina batió palmas, y una doncella se aproximó.

—Mande, Su Excelencia —pronunció la esclava, con una inclinación de la rapada cabeza.

—Te ordeno que traspongas el umbral —comenzó la bruja coronada—, y me digas qué hay del otro lado.

La joven se incorporó y avanzó hacia el óvalo con decisión. Se detuvo un momento ante la superficie de destellos sublunares. Sólo el embozado, desde la posición que ocupaba, pudo ver la crispación en la mujer cuando adelantó el pie y desapareció en el interior del portal.

No pasó el tiempo en el que se respira, cuando la joven volvió a surgir del óvalo… Estaba exhausta, exhausta y demacrada, y sus prendas aparecían hechas jirones. La joven recorrió la sala con el rostro desencajado, hasta que descubrió en lo alto del trono a la estupefacta Kunho.

Corrió a arrojarse a los pies de su Señora.

—¡Oh, mi reina, oh…!

Kunho miraba con estupor a la jovenzuela que había tenido la osadía de enroscarse en sus piernas.

—¡Seff! —rugió.

El eunuco ayudó a la joven a levantarse. Todo ojos, estaba pálida y delgada, y su pecho se movía al compás de una frenética respiración.

—¡Habla! —ordenó la reina.

—¡Agua! —demandó la joven.

El eunuco trató de acallar a la impía.

—¿Cómo te atreves…?

Pero recibió un golpe tan rotundo en la mandíbula, que dio un giro completo con su cuerpo y se desplomó maltrecho sobre el piso de piedra.

—¡Agua! —insistió la joven, aún con el puño en alto.

Kunho bajó de dos en dos los escalones de su estrado y se arrojó como una pantera sobre la mujer. La tomó del cuello, se lo echó para atrás y le apoyó el frío de una daga bajo la barbilla.

—¡Te he hecho una pregunta! ¡Contesta!

Aflojó la fuerza sobre el cuello y la joven clavó los ojos en la reina.

Refirió una historia… A borbotones, como pudo… Que había estado días en las estepas akarianas. Que había sobrevivido comiendo hierbas y alimañas. Que había sido perseguida por hambrientos animales fabulosos… Kunho escuchaba, y cada tanto espiaba al embozado, que permanecía quieto como un monolito esculpido en la roca.

—¡Basta! —La reina de Effirán le dio la espalda a la joven que se derrumbó como un manojo de harapos—. ¡Seff!

El eunuco se levantó con un gimoteo, sangrando por la nariz.

—¡M-Mi Reina!

—Reúne a mis capitanes y alcaldes —dijo la bruja, tomando asiento en su trono de granito—. ¡Partiremos a las tierras de Akaria!

La comitiva traspuso el umbral.

Cuentan que cuentan que cuando Kunho, la reina de los pérfidos ojos, posó un pie sobre las regiones de Akaria, el veneno de su hiel se propagó tan virulentamente que la naturaleza se vio obligada a contraatacar. Y cuentan también que esta defensa se operó de la forma más impensada…

Los palafreneros trajinaron días y noches por las tierras vírgenes, arengados por los perros que les olisqueaban los tobillos. Los mejores cazadores habían sido aprontados en vistas a lo que se dio en llamar "La Gran Expedición". Los ojos de los halcones, libres de las capuchas, cruzaron los cielos inhóspitos una y otra vez. Cuando volvían a posarse sobre los antebrazos armados, susurraban a los oídos las negativas sobre la búsqueda.

Hasta que en una ocasión…

Un soldado apareció ante Kunho y dijo:

—¡Señora, los cazadores se acercan con el ave!

—¿Viva?

—Según lo ha ordenado, Su Excelencia —confirmó el soldado.

Kunho batió palmas y los palafreneros detuvieron su torturado vaivén. El palafrén descendió y la reina, feliz, esperó con ansias.

Un ruidoso grupo de cazadores bajaba por una verde cuesta. No muy lejos, separado del gentío, caminaba el embozado.

Cuando el ruido de los perros estuvo más cerca, y los estandartes con el escudo de Effirán ondearon rojos y negros bajo el sol carmesí, un viejo cazador se avino con paso altanero portando el emplumado botín.

Se arrodilló ante su Señora:

—¡Mi Reina —dijo—, he aquí vuestro tesoro!

Kunho clavó los ojos sibilinos en la jaula de mimbre. Un pájaro de plumas escarlatas con pecho y pico blancos brincaba de un extremo al otro de los barrotes.

"¡La leyenda es cierta!", pensó la Reina. "¡El Torak inmortal!".

Las manos de Kunho, convertidas en garras, se abalanzaron sobre la jaula y la destrozaron hasta cerrarse sobre la bestezuela alada.

Fue un instante que quedaría grabado en la mente de todos los presentes: Kunho, sin detenerse a pensarlo, hincó los dientes sobre el volátil y comenzó a succionar con patente beneplácito. Mientras tanto, el embozado se había acuclillado para tomar algo de la pradera susurrante…

Kunho levantó la cabeza con un suspiro de placer. El ave prácticamente había explotado en su boca y una sonrisa de lascivia adornaba el rostro ensangrentado de la regidora. Se pasó la lengua por los labios voluptuosos y se acercó al embozado. Le retiró el sombrero y descubrió su rostro parcialmente velado. Le dijo:

—¡Mi Rey! —Se restregó la mano sobre la cara saturada de sangre y la pasó lentamente sobre el rostro del desconocido—. ¡Mi Señor!

—¡Mi Reina! —sonrió el hechicero, y, a continuación, extendió la palma de la mano—. ¡Debemos irnos, Mi Señora!

El punto de luz creció en la mano enguantada del extraño hasta que flotó en el aire en forma de portal.

—¡Después de ti, Alteza!

—¡Seff! —La reina esperó a que el eunuco le pusiera su capa lapislázuli sobre los bronceados hombros—. ¡Abre el camino, mi buen Seff!

El eunuco extrajo una flauta y se puso a tocar alegremente mientras se fundía con la luz del umbral. Lo siguieron el embozado y Kunho, tomados del brazo. Cuando llegó el turno del primero de los capitanes de la comitiva real… ¡el portal dimensional se cerró en sus narices!

La Reina de Effirán parpadeó, anonadada.

—¿Qué significa esto? —dijo.

No había nadie en la sala del reino. Solo Seff con su flauta… Y, sentado en lo alto del trono, el embozado.

—¿Qué haces ahí? —bramó Kunho—. ¡Levántate!

El entronizado alzó la mano y descubrió una flor de panaderos que había recogido en las praderas de Akaria. Sopló sobre ella, y las semillas volaron como traviesos fuegos fatuos.

—A ella le gustaba verlos volar, ¿sabe?

—¿Qué dices? —Kunho revisó las galerías desiertas—. ¿Dónde está mi corte? ¿Qué has hecho con Mareth Kal Anhet?

—Los años transcurrieron mientras permanecimos en Akaria, bruja —dictaminó el embozado—. El fasto de tu reino se ha apagado, y tus ejércitos se han replegado en la bruma de los tiempos.

—¡Soy Kunho la Inmortal! ¿Qué esperas para inclinar la cerviz? ¡Arrodíllate o…!

—Pronto comprenderás, Señora de Effirán, que la inmortalidad es sólo un punto de vista. —El embozado apuntó un dedo hacia Kunho—: ¡Por ahora, limítate a morir!

Kunho… ¡se dobló en dos de dolor!

Seff se apartó de un salto, ahuyentado por el grito desgarrador de la mujer.

Cuando Kunho logró incorporarse, escupía sangre por entre los dientes de colmillos pronunciados, y su rostro semejaba una grotesca máscara de feria.

—¡¡¡Qué me has hecho, patético mortal!!!

El hechicero cruzó plácidamente los dedos sobre el pecho.

—Muchas son las versiones que se tejen en torno a la leyenda del Torak —dijo—: desde que concede la inmortalidad hasta que otorga la más oprobiosa de las muertes… El problema, Señora de Effirán, consiste en saber quién recibe estas historias y mediante qué patrones las interpreta…

Kunho rugió como un ser emergido del averno y, en medio de su eclipse, se lanzó con una embestida feroz sobre el entronizado. Alcanzó a la rastra el primero de los nueve escalones que la separaban del trono de granito. Mientras tanto, el embozado continuaba, impertérrito, con su explicación:

—Las leyendas varían de boca en boca y de región en región, ¿por qué un pueblo en el Sur debería pensar la inmortalidad de la misma manera que la concibe su vecino del Norte?

Kunho remontó los escalones como lo hubiera hecho alguna clase de bestia cuadrúpeda, adelantando unos colmillos afilados como dagas, rugiendo y expeliendo sangre por múltiples heridas inexplicables. Cerró una garra sobre el pie del hechicero mientras articulaba lo que quedaba de su cuerpo para ponerse de pie.

—Los hikkas, por ejemplo, consideraban que la muerte era la más ventajosa de las eternidades: el veneno segregado por la piel del Torak resultaba óptimo para sus holocaustos a Eternidad. —El embozado saltó del trono, espada en mano. Cuando Kunho, convertida en una fuente de sangre le olisqueaba el cuello, la atravesó de lado a lado con el filo del acero—. ¡Supongo que su versión sobre el Torak desestimaba su realidad mortífera!

Kunho trastabilló. A punto de caer, logró aferrarse a un pliegue de la capa del embozado. Éste extrajo la espada del trémulo cuerpo de la reina y esperó: la de los pérfidos ojos emitió un bramido sobrehumano y, como si fuera una hoja en una tormenta de otoño, comenzó a secarse de pies a cabeza con un ruido de huesos triturados. Una mano que ya no le pertenecía consiguió cerrarse sobre el cuello de su matador, aunque demasiado tarde: Kunho de Effirán, una estatua tallada en la corteza de un árbol marchito, había muerto para los siglos de los siglos.

El embozado mascullό algo por lo bajo, desvió la vista de la macabra escultura y la clavó en el eunuco que esperaba con la boca abierta.

—Lindo pellejo, ¿no lo cree? —sonrió.

Seff parecía querer ocultarse detrás de la flauta.

—¡Creo que no nos han presentado! —continuó el embozado. Descendió los escalones y adelantó la mano—. Soy Narhitorek, el nigromante. ¿Cómo le va, amigo?

Seff barbotó un chillido animal. Le dio la espalda al hechicero y salió corriendo de la sala, al tiempo que el eco de sus gritos se perdía en los infinitos pasillos de la locura.

—¡Oh, bueno! —El nigromante chasqueó la lengua y descansó la mano en la empuñadura de la espada—. ¡Supongo que es hora de irme!

Miró a la estatuaria Kunho. Se sacó el sombrero y ensayó una reverencia.

—¡Mi Reina! —dijo—. ¡Espero le agrade la decoración ígnea que he pensado para sus aposentos!

A continuación, Narhitorek apuntó la diestra en dirección a las antorchas insertas en los muros. El fuego, con un suspiro de dragón, se incrementó y mordió los altos tapices rojinegros de la heráldica effiranesa.

—¡Adiós! —El nigromante se envolvió en la capa y abandonó los largos salones.

Cuentan que cuentan que, cuando el hechicero tomaba distancia del palacio en llamas, extrajo otra flor de panaderos de entre los pliegues de su capa. Y cuentan que cuando sopló sobre ella lloró copiosamente contemplando el vuelo de las semillas. Y hay quienes aseguran que, mientras se perdía en las sombras de la noche, dejaba escapar de sus labios una antigua tonada de amor…

La leyenda al respecto, lógicamente, abunda en variaciones.




ME!

Paulina[14]

Por Laura Ponce

Ilustrador: St/ Youjin Choo (Corea del Sur)

Las filas de vehículos avanzan y vuelven a detenerse frente a los puestos de control. Está oscuro todavía y la llovizna de hace un rato perla los vidrios; dentro del colectivo hace un frío de morirse. Paulina mira la hora en el celular. Las seis de la mañana. Va lento el asunto, murmura entre dientes. Tiene ganas de hacer pis. Los golpes en el vidrio la sobresaltan. La puerta se pliega con un chasquido y suben dos guardias armados; al igual que el resto de los pasajeros, Paulina se arremanga para que puedan escanearle el código de identificación.

Cuando la barrera se levanta, el colectivo arranca perezosamente, pasa debajo del cartel que dice: “Bienvenido / Ciudad Autónoma de Buenos Aires” y toma la subida a la autopista. Paulina no mira sobre su hombro, sabe que los puestos de control y el río van quedando atrás; siente una especie de íntima satisfacción, como cada vez que entra a la ciudad, pero no quiere ponerse contenta. Es demasiado pronto para eso, piensa.

Durante el trayecto contempla los parques cuidados, las calles limpias y bien iluminadas, las torres construidas en la Nueva Etapa, y piensa en los que las habitan. Se

[14] Fue publicado en el nro.2 de la revista Sci-Fdi (revista de la Facultad de Informática de la Universidad Complutense de Madrid) 15 de junio de 2010.

acuerda de lo que su vieja le ha repetido hasta el cansancio: “Hay dos clases de gente: los que viven adentro y los que viven afuera; a los que viven afuera los dejan entrar solamente para que trabajen en manejo de desechos o en seguridad”. En realidad es la misma cosa, se dice Paulina con una sonrisa torcida. Se acuerda del tipo al que tuvieron que sacar, ése que todos los días pasaba frente a su puesto en el hall del edificio sin mirarla, como si ella no estuviera ahí; hasta la mañana en que su identificación no pasó por el lector. Paulina se había puesto de pie, se había colgado la tonfa del cinto y se le había acercado.

—¿Algún problema, señor?

—Sí, no sé qué pasa. No me toma la credencial. —El tipo sudaba.

—Permítame —dijo ella.

“Julio Montero / Jefe de Sección”. El de la foto era él, todo se veía en orden y la banda no parecía dañada, pero el lector de acceso volvió a rechazarla. Paulina sabía lo que pasaba; el tipo también, aunque no quisiera aceptarlo.

—Espere, por favor —le indicó.

Pulsó el botón de la radio pidiendo respaldo —a Méndez justo se le había ocurrido ir al baño—, sacó su verificador y pasó la credencial. Cuando vio por el rabillo del ojo que Barbieri y Soto salían del ascensor, confirmó:

—Usted se encuentra desvinculado de la compañía, señor. Tengo que pedirle que abandone el edificio.

El tipo dijo que no podía ser, que debía haber un error. Gritó, amenazó y suplicó, pero lo sacaron a la calle. Al final, antes de irse, tenía la mirada perdida y una expresión que la hizo estremecer. Todos miran de ese modo al final, pero ella nunca llegó a acostumbrarse.

Hace tiempo que no está en el puesto de acceso y son otros vigiladores los que manejan esos casos, pero Paulina evoca con frecuencia aquella expresión, para que no la deje olvidar lo fácil que es caerse de donde uno está, lo fácil que es perderlo todo.

Baja del colectivo en la esquina del playón y mira el celular una vez más mientras camina hacia el edificio: las seis y media; está en horario. A medida que sube las escaleras del frente, ve crecer su reflejo en las paredes decoradas con el logo de NEC.

En la oficina junto al puesto de acceso está Peretti, el compañero al que relevará. Intercambian saludos, las frases de siempre —¿Hace frío? Sí, una barbaridad— y las novedades de la guardia —Sé quemó una lamparita del quinto piso. ¿Lo demás todo normal? Sí, todo normal—. Las doce pantallas frente al escritorio no lo desmienten.

Paulina va al baño a cambiarse y vuelva vistiendo el uniforme. Le queda cada vez más ajustado pero el pullover suelto y la campera ayudan a disimular. Firma el Libro de Novedades y toma servicio. Peretti ya tiene el bolso listo, saluda y se va. Ahora Paulina es la Referente del objetivo, lo que significa que los otros veinte vigiladores del turno están bajo su responsabilidad. Toma la radio y empieza a chequear con las cámaras que estén en sus puestos y listos para el cambio de guardia.

A las siete en punto llama a la empresa para dar el presente y pasar la lista.

Durante casi dos horas nada sucede. El edificio entero parece suspendido en el silencio. Luego, en tropel, comienzan a llegar los empleados de la compañía. Paulina se entretiene mirándolos llenar ascensores y hormiguear por los pasillos hasta que la actividad se normaliza. Empieza a creer que será un día como todos los demás. Entonces lo vuelve a sentir. No es exactamente dolor, es otra cosa, una especie de señal. Y ya no puede hacerse la desentendida.

Va al baño a mojarse la cara. Se repite que tiene que tranquilizarse, que todo va a salir bien. Se mira en el espejo y no le gusta lo que ve; las ojeras, esas marcas de amargura... cualquiera diría que tiene cuarenta y cinco, aunque todavía no llega a los treinta. El peinado tampoco ayuda, se dice con una mueca, y se suelta el cabello. Tiene ganas de llorar.

Vuelve a su puesto justo a tiempo para ver, por la ventanita espejada, que alguien saluda a los dos vigiladores del puesto de acceso. Por el uniforme, un supervisor de la empresa. El corazón le da un vuelco al darse cuenta de quién es. Un momento después él está entrando a la oficina.

—Buen día, Santoro.

—Buen día, Martínez.

Y el beso en la mejilla.

Daniel Martínez es su supervisor desde hace años. Paulina siente una vieja fascinación por él; siempre disfrutó de su compañía. Cualquier otro día lo hubiera invitado a quedarse, le hubiera ofrecido mate o café, pero hoy no es cualquier otro día.

—¿Alguna novedad? —pregunta él mientras hojea el Libro.

—No, ninguna —responde ella, y en un esfuerzo por dejar de mirarle la alianza que lleva en el anular, se fija en su uniforme impecablemente planchado; observa su rostro delgado, nota las entradas profundas, el bigote encanecido. Se está poniendo viejo, piensa con ternura, y tiene que reprimir el impulso de acariciarle el pelo. De pronto siente el peso de su ausencia, se da cuenta de la falta que le hace su abrazo (el de cualquiera, en realidad). Recuerda la noche que estuvieron juntos, la primera y la última, y la invade una repentina oleada de calor, una confusa mezcla de calentura, vergüenza, deseo y amargura. Por eso no le gusta recordar, porque al final, como cada vez que piensa en él, se siente estúpida. Sabe que es algo que nació ya sin oportunidad. Aprieta los dientes y, tratando de apurar el trámite, pregunta—: ¿Trajiste la cobertura? Barbieri andaba preguntando si le cambiaron el franco...

Ya sola, Paulina cierra la puerta de la oficina, se sienta con cuidado y se sube el pullover. Cautelosamente se toca la panza. No es muy grande, pero ya tiene treinta y ocho semanas. Lleva tanto tiempo ocultándola que a veces ella misma necesita tocarla para asegurarse de que no es fruto de su imaginación. Y ahí está otra vez, ese dolor que no es dolor. Paulina ya tiene un hijo —Marito, el “recuerdo” que le dejó su único novio antes de borrarse—, de modo que sabe muy bien qué es lo que está sintiendo.

Inquieta, tratando de no pensar en todo lo que está en juego, toma su bolso y empieza a preparar las cosas.

En eso está cuando rompe bolsa.

Paulina respira, respira y espera. Ahí viene otra. Es como si una gran mano le retorciera las tripas desde adentro... y luego las soltara. Está recostada contra la fría pared del baño, acomodada sobre un par de toallas, y va controlando como puede con el espejo que trajo.

Resiste el deseo de pujar hasta que cree ver la coronilla, recién entonces puja con todas sus fuerzas. Trata de recordar su primer parto. Ruega a Dios que sea igual de rápido, ruega a Dios que éste no venga de culo, que no la desgarre, que respire bien, que esté completo, que no tenga ningún problema de salud. Todos los miedos que no se permitió sentir durante el embarazo la invaden de pronto. ¿Y si no pudiera sola? ¿Y si necesitara ayuda? Pero ya es demasiado tarde para pensar en eso. Trata de vaciar su mente de pensamientos y temores, trata de concentrarse en respirar. Puja una vez más y sale la cabeza. Ya pasó lo más difícil, se dice para darse ánimos.

Y la verdad es que termina no costándole tanto.

Es una nena. Una nena con buenos pulmones. Paulina corta el cordón con un cuter y limpia y envuelve a la criatura. Le seca la cara, le quita los coágulos sanguinolentos del pelo y la contempla por un momento que le parece eterno. Le roza la boca con la punta del dedo, ve que tiene el reflejo y la acerca a su pecho. Cuando la siente succionar, se le caen las lágrimas. Piensa en cómo eran las cosas antes de conseguir trabajo en la empresa, en las filas interminables y los interminables rechazos, en el frío colándose en la casucha en la que dormía, en el hambre como un dolor constante, piensa en sus padres —esos viejos miserables y egoístas que viven de ella—, piensa en su hijo —ese animalito caprichoso y maleducado que no hace más que exigirle cosas—, piensa en el alquiler y las cuentas que hay que pagar... ¿Qué pasaría si la echaran? ¿Qué pasaría si por esto perdiera todo lo que le ha llevado años conseguir? Valdría la pena, murmura. Y entonces escucha que alguien abre la puerta de la oficina.

Apenas ha llegado a expulsar la placenta y está sobre un enorme charco de sangre.

Paulina despierta en la clínica, en una habitación moderna y agradable. Siente que le duele el cuerpo por todo lo que no le dolió durante el parto. Es como si los órganos y hasta los huesos intentaran volver a su posición anterior al embarazo. Cuando trata de incorporarse se da cuenta de que está esposada a la cama.

—Te revocaron el permiso de trabajo —escucha decir. —En cuanto tengas el alta, te deportan.

Se da vuelta y lo ve sentado junto a la ventana. Daniel parece muy, muy cansado.

—Sabés que el embarazo es causa justa de despido, la Empresa incluso podría iniciarte acciones legales por ocultar información.

Paulina se queda sin aire. Él se frota el entrecejo.

—Sé cuánto necesitás el trabajo y estoy haciendo todo lo posible para que no te echen. Podría haber una posición como retén en la autovía... Pero no sé.

Paulina piensa en lo que le ofrece: las casetas del borde, turnos de doce horas rotativos, a la intemperie, armada —nadie te da un arma por nada—, revisando a la gente, esperando a los saqueadores.

—¿Y nunca voy a poder volver? —Apenas le sale la voz. Se refiere a volver a su objetivo, al puesto que ocupaba, pero en realidad también se refiere a volver a trabajar en la ciudad, a volver a estar con él, a volver a todo lo que ha hecho miserable y soportable su vida hasta entonces.

—No, no creo —contesta él, y se va hasta la puerta. Pero vuelve, como si no pudiera aguantarse la bronca.

—No entiendo cómo pudiste hacer esto —le dice. —No te hablo solamente de mantener el secreto... ¡Tenerla así!

—Vos sabés lo que hubiera pasado si hubiese pedido médico cuando me descompuse. Me hubieran subido a una ambulancia y me hubiesen tirado del otro lado de la General Paz.

—¡Te hubieran llevado al hospital!

—¡Del otro lado de la General Paz!

—¿Por eso no llamaste? ¿Porque querías que naciera en la ciudad?

Paulina no responde.

—¿Qué creías? ¿Qué te iban a dar la ciudadanía a vos también? ¡No podés ser tan boluda! Podrán dársela a ella, pero no a vos. ¿No entendés? —Le tira una carpeta y una lapicera—. Te ofrecen dos opciones: dejarla al cuidado de la ciudad, renunciando a todo derecho de filiación, o renunciar a su ciudadanía y llevártela con vos.

Paulina no se la esperaba. Había llegado a creer que tenía oportunidad, que no era una idea tan loca después de todo. Abre la carpeta pero no puede leer, las letras se le borronean.

—¿No hay ninguna otra opción?

—No, no hay.

Lo piensa durante un instante y la idea de separarse de ella le hace sentir un ahogo, un súbito malestar, le duele el pezón del que se alimentó, siente las tetas llenas y desesperadas, anhelantes, comprende que dejarla sería como sufrir una amputación, pero sabe que en realidad no hay nada que decidir.

—Deciles que renuncio a la filiación.

Él la mira cómo se mira a un monstruo y abandona la habitación. Paulina sabe que es inútil tratar de explicarle y se recuesta en la cama. Se acuerda cuando se enteró del embarazo, cuando decidió tenerlo; se acuerda cómo se propuso que todo fuera diferente esta vez. Se dijo entonces que sería su oportunidad para empezar de nuevo, para hacer todo bien desde el principio, para sentir la maternidad no como una vergüenza, una carga o la consecuencia de una estafa, sino de ese modo dulce y sereno que se ve en las películas, para sentir y dar todo el amor que se supone que las madres deben tener por sus hijos. Y llegó a creer que realmente podría dejar todo atrás, que su vida después del parto sería tan nueva como la de la criatura.

Las cosas no salieron como hubiese querido y, sin embargo... Sin embargo, siente que esta locura no ha sido en vano.

A pesar de todo, su hija se convertirá en ciudadana. Y nadie podrá quitarle eso.

Una ola de repentino orgullo le inflama el pecho.





El primer altar de Menuken[15]

Por Néstor Darío Figueiras

Ilustrador: Sorrowful death/ Guan-Yu Chen (República Popular de China)

Arizmendi sacó su polidisplex de bolsillo. La pantalla surgió desde la ranura y sólo le mostró los íconos que él había imaginado al encender su gadget neural.

—Aquí están las entradas de la bitácora de Ruffoni, señor. Obviamente, él no cree que tengamos acceso a su polidisplex.

—Lo que corrobora que nuestro médico es un perfecto idiota —dijo Gerson, el CEO de Gene Ensemble & Co. — Abra los archivos. Escuchemos cómo la está pasando.

Arizmendi fijó la mirada en uno de los íconos. Visualizó la palabra play y una voz ronca salió a través del diminuto altavoz:

—…no veo la hora de que la retronave regrese y me saque de aquí. Ahora sé que los videos y las charlas previas no son suficientes: nada lo prepara a uno para un mes de guardia en Menuken. Todavía me cuesta mirar a los menukenios a la cara. Uno se pregunta cómo consiguen desplegar un abanico tan grande de gestos con ese rostro. Todos tienen un único y sanguinolento ojo del tamaño de una ciruela que siempre parece a punto de reventar, y que se

[15] Publicado en el e-zine Necronomicón (febrero de 2011)

sitúa entre la probóscide nasal y la gran boca hendida por el labio leporino. Un pelambre pajizo y rubio les cubre la cabeza. El conjunto recuerda a uno de esos espantapájaros que se utilizan en las chacras de Girvath.

»Pero lo que me causa mayor impresión es la lengua protráctil. Con ella se relamen continuamente, aunque sólo la desenrollan del todo para atrapar a los moscardones azules que revolotean sobre los sembradíos de los frutos hespéridos.

»Esos insectos son su único alimento, y los reverencian con gran devoción. He observado que cuando un menukenio muere, el resto abandona el cuerpo a la intemperie. Al comienzo había creído que no enterraban a sus muertos debido a sus miembros torpes y rechonchos, que están rematados por manos y pies de seis dedos, inútiles para casi cualquier tipo de labor. Pero después comprendí que se trataba de alguna clase de rito: todos se congregan en torno del cadáver putrefacto a observar con embeleso la multitud zumbadora de moscas que lo cubre. En esa ocasión no las comen. Sólo las contemplan, mientras entonan una letanía gangosa.

¡Por Dios! Las pésimas condiciones sanitarias de las plantaciones habrían sumido al planeta entero en cuarentena. Pero aquí no existe epidemia alguna gracias al jugo de los hespéridos, que es una panacea universal. Todos lo bebemos.

»Aún falta una semana para que la retronave traiga a mi relevo. Ya he operado once hernias: sólo restan cuatro intervenciones para finalizar mi trabajo aquí. La onfalocele no es un problema mayoritario: sólo la presentan algunos menukenios al nacer. Sin embargo, la holoprosencefalia es común a todos ellos: ¡son mons…

—Párelo ¿Qué cosa dijo? —preguntó Gerson, mientras se cruzaba de piernas.

Arizmendi pausó la reproducción con el pensamiento y explicó:

—Vamos por partes. Holoprosencefalia es el conjunto de malformaciones cerebrales y faciales que presentan los trabajadores al nacer, señor. La ciclopía, el labio leporino y el resto de rasgos fisonómicos descritos por Ruffoni nos tienen sin cuidado. Pero corregimos los defectos cerebrales más severos, cuando aún son fetos.

—Ajá. Y lo otro. Onfa… Eso.

—Onfalocele. Se produce cuando la criatura presenta las vísceras de la región abdominal fuera del cuerpo. Esta evisceración provoca una hernia en la base del ombligo. Un cuarenta y cinco coma ocho por ciento de los obreros la presentan al nacer. Ruffoni fue enviado para practicar dieciséis cirugías correctoras en la nueva camada.

—Ajá. Las tripas fuera de la barriga. Veo que por una vez el Departamento de Legales se puso al tanto de los pormenores médicos. Adelante.

—…truosos! Pero lo peor es que los hijos de puta de Gene Ensemble les hicieron creer a todos que son nativos de Menuken. Pocos saben cuál es su verdadero origen.

Gerson sonrió.

—Se trata de seres humanos… Los genetistas han inducido en ellos alguna variante del Síndrome de Patau, junto a otras alteraciones practicadas en el cariotipo para corregir las anomalías del sistema nervioso y las disfunciones renales y cardíacas propias del síndrome. De otro modo estos organismos imposibles, que se adaptaron con facilidad a la biósfera menukenia, no sobrevivirían. Así, Gene Ensemble obtiene obreros idiotas que trabajan gratuitamente, que nunca hacen huelga y que no necesitan servicio social. Al mantener a raya a las moscas que dañan los plantíos de hespéridos, no sólo cumplen con su labor, sino que también se alimentan, sin costo alguno para la compañía. Una vez realizadas las cirugías, los cuidados médicos que requieren son mínimos. Esta mano de obra barata representa una ganancia millonaria: el elixir de los hespéridos se vende muy bien en Madretierra…

—Suficiente —ahora Gerson había arrugado el entrecejo. Preguntó imperiosamente— ¿Sabemos si ha enviado esta información a alguien más?

—En Neura no hemos encontrado nada, señor. Tampoco en las otras redes.

—¿Y nadie más tiene acceso a su bitácora?

—Creemos que no, señor.

—¡No sea ingenuo, Arizmendi! Si nosotros pudimos hackearla, ¿qué impide que otros también lo hagan? Vuelva a indagar en las redes en busca de cualquier indicio, y si lo halla, elimínelo y niegue todo.

—¿Y qué hacemos con Ruffoni?

—Que su sustituto no viaje en el próximo retrovuelo. El doctor se quedará en Menuken.

—¿Para qué? —preguntó Arizmendi mientras apagaba su polidisplex.

—Para deshacernos de él.

—No entiendo, señor. Tarde o temprano se dará cuenta de que algo pasa. Tratará de comunicarse con Madretierra. O intentará abordar uno de los cargueros y regresar como polizonte.

—¿Recuerda a Kyaszek, el sociólogo que enviamos hace tres meses? Él reportó que los trabajadores finalmente han desarrollado algunas creencias religiosas, como bien corrobora nuestro médico. Ahora tienen dioses.

—¿Las moscas?

—Ajá. Las moscas. Los menukenios las adoran porque ellas son su sustento. Kyaszek asegura que el hecho de comérselas fortalece su fe. Una especie de teofanía. El sociólogo llamó “teofagia” al fenómeno. A cambio, ellos alimentan a su divinidad en la muerte. Por eso no entierran a sus muertos. Lo que Ruffoni parece no haber descubierto aún es que han concebido un sangriento culto para rendir tributos excepcionales a su deidad.

—Sigo sin entender, señor.

—¡Es sencillo, Arizmendi! El doctor servirá para el sacrificio.

—¿Por qué estamos seguros de que Ruffoni será la ofrenda y no algún obrero?

—Porque ya Kyaszek inauguró el primer altar de Menuken. En estos tiempos nihilistas, sorprende cuánta devoción suscita un nuevo credo. ¿No lo cree así, Arizmendi?





Y entonces no habrá más miedo[16]

Por Pablo Martínez Burkett

Ilustrador: Steel/ Dorian Cleavenger (EE.UU.)

> "Yo soy aquel que escapó de la serpiente enroscada,
> he ascendido como un soplo de fuego y he regresado".
>
> Libro de los Muertos, Declaración 541.

TENGO QUE APURARME. Quizá deba omitir algunos detalles o, tal vez, deba escribir hasta el último pormenor para que la advertencia resulte más efectiva. Me queda muy poco tiempo y no termino por decidirme. Si al menos pudiera librarme de este horror que me carcome. Desde que el presagio se tornó realidad, ya son varias las noches con el sueño vacante. Al principio, creí que se trataba de otra de mis pesadillas, pero pronto comprendí que se había acelerado la codicia de las tinieblas. Y ahora que se acerca el final, todo empieza a tener sentido.

[16] Forjador de Penumbras (Galmort, Buenos Aires, 2011).

De niño, pasaba las vacaciones en Valle Hermoso. Cada verano, allá partía la familia, con los abuelos, primos y hasta el perro. Ni bien llegábamos, me ponía a reunir a "La Pandilla", un grupo más o menos estable de amigos que se había formado a lo largo de los años. El elenco estable se integraba con los mellizos Tuzzio, Luis Sáez, el "Gordo" Esteban, el "Nano" Zaffaranna y el "Chuchi" Kamin. Se sumaba un porteño, que pomposamente se hacía llamar Jorge Guillermo Federico, y un correntino, apodado "el Moncho". Y no me puedo olvidar de Dieguito, el "Perfectorio", que era un cordobés muy gracioso. Y después, estaba un chico –siempre me elude su nombre– que le decíamos el "Colo". El jefe era yo, no tanto por una temprana vocación al liderazgo sino más bien porque la base de operaciones estaba en nuestra casa. Durante el día, cuando no estábamos jugando a la pelota, nos dedicábamos a los experimentos científicos más estrafalarios y, por las noches, nos tirábamos panza arriba a mirar las estrellas. Pero si de actividades nocturnas se trata, la mejor, la más espantosa, era jugar a las escondidas en el cementerio local. Cada uno apuraba la cena para acudir sin demora hasta el cañadón, donde se prendía una fogata y, sin ahorro de truculencias y exageraciones, se contaban historias de ánimas con una linterna apuntando a la barbilla.

El "Moncho" sabía contar la leyenda de la joven que, en noches sin luna, se aparecía en el cementerio de su Corrientes natal arrastrando un capote de terciopelo rojo. El odioso de Jorge Guillermo Federico relataba la leyenda de Rufina Cambaceres quien, muerta a la edad de 19 años, fue enterrada viva en La Recoleta. Las historias se sucedían cada vez más pavorosas y, cuando la ansiedad se convertía en estremecimiento, nos íbamos hasta el cementerio, donde los que habían perdido el día anterior contaban y el resto corríamos a escondernos, atravesando galerías, corredores y pasillos; eso sí, de a parejas, porque a pesar de la irreverencia no perdíamos del todo la sensatez. Mi pareja era el chico pelirrojo, ése, que nunca me sale el nombre. El pibe tenía una especie de radar para eludir las pesquisas y, también, las zonas que señalaba como vedadas a los vivos. Pero tanto sigilo claudicaba cuando pasábamos por una bóveda con querubín dormido: ahí se le daba por gritar. Nunca entendí por qué lo hacía. Creo que, de nosotros, era el que más disfrutaba de ese juego que nunca debimos jugar. Ojalá nunca hubiera estado ahí, ojalá no hubiera sido tan imprudente. Avistar ahora los sumideros de lo inexorable me desespera menos que la abominación de lo que vendrá.

Cada cual tenía su escondite favorito o, en todo caso, donde se sentía más a salvo. A los "melli" Tuzzio siempre se los podía encontrar detrás del cenotafio del ángel con trompeta. Justamente, uno de ellos juraba que un primo suyo supo conocer en un baile a una muchacha con un vestido de encaje blanco. La danza se hizo charla y la charla, confidencia. La madrugada los sorprendió contándose sus cosas. El frío de la joven resultó ocasión propicia para exhibir buena educación y el caballero le cedió su saco. A la mañana siguiente, ramo de flores en mano, el enamorado decidió pasar por la casa de la chica. Al borde del desequilibrio, se enteró de que llevaba años de fallecida. Con todo, la madre le dio las señas para hallar la tumba de la chica. Al llegar al cementerio, el galán horrorizado encontró su propia chaqueta sobre la lápida.

El "Nano", que era el más valiente, se filtraba por una edificación de forma inaprensible, adornada con efigies que no remitían a nada humano. Nada agregaré de las otras usurpaciones que, se dice, perpetraba dentro. A él le gustaba meternos pavor con la historia de la señorita que un conductor levantaba en medio de la ruta y que, luego de charlar durante unos cuantos kilómetros, solicitaba bajar en inmediaciones del camposanto, sitio al que ingresaba por el muro. El colorado y yo solíamos acurrucarnos a continuación, tras un ángel de alas dobladas, donde extrañamente cabíamos los dos. Él repetía la historia del muchachito que, el día de su cumpleaños, por buscar un pelotita del perro, metió las manos en unos arbustos, donde lo atacó una víbora de coral. Con morbo, relataba la agonía en la Garganta de la Muerte y el errar como alma en pena. Decía que todos en el cementerio de Valle Hermoso juraban haberlo visto alguna vez, sembrando el terror entre los que se retrasaban más allá del horario de visita.

Andar entre las tumbas me generaba una mezcla de pánico visceral con fascinación. Confieso que la noche en que vimos a un espectro salir tambaleándose de un nicho, se me paralizó la sangre. El pelirrojo en vano pretendió serenarnos, alegando que podía certificar que se trataba de un vagabundo que dormía allí sus borracheras. Pese a todo, le resultó imposible convencernos y obviamos pasar cerca del cementerio. No voy a negar que el recuerdo de esas y otras abominaciones hacía que algunas noches me costara dormir, acechado por presencias que hacían cabriolas por entre diminutas iglesias, coronas de mármol, placas enverdecidas, fotos gastadas y flores marchitas. Curiosamente, me dormía con el pacificador sonido de una pelotita de goma rebotando por la galería de nichos.

Después de un tiempo, la apatía de noches iguales, o el deseo de recobrar la emoción, suscitó la insensatez de usurpar nuevamente el descanso de los que nos han precedido en la Última Sombra. Se recompusieron las parejas, llenando los baches que habían dejado los remisos y timoratos. El coloradito no aparecía desde el episodio no aclarado, quizá ofendido por nuestra falta de confianza en sus certezas de ultratumba. No tuve más remedio que costearme hasta el pie del Cerro. El "Gordo" Esteban me dijo que, al fin de cuentas, para algo era el jefe de "La Pandilla". A medida que desandaba la trepada, me iba ganando el desasosiego. Varias veces estuve a punto de volverme. Otra vez frente a la puerta de la casita, el terror se me terminó de abismar. Tartamudeando, apenas si pude preguntar. Lo primero que obtuve fue una mueca de estupor, pero al insistir, señalando al chico del retrato en la pared, los padres me echaron a los gritos. Algunos siguen diciendo que confundo las historias o que quise crear mi propia fábula. Sin embargo, los gemidos de la madre y el llanto del padre aún perduran en mi memoria. Yo lo sufrí entonces, lo sospeché siempre y lo presiento ahora. Por fortuna, la juventud sobreviniente nos fue modificando los hábitos y, en lugar de perseguirnos entre lápidas y sepulturas, empezamos a perseguir a las chicas, cuya inesperada existencia descubrimos ese verano. El juego había cambiado, pero el temor era casi el mismo.

En una de las tantas crisis económicas, la familia tuvo que vender la casa. Después llegaron los años de facultad y las vacaciones en el mar. Y así nos hicimos hombres y cada cual buscó su camino. Pese a todo, una parte de mí se quedó allá para siempre. Desprendernos de ella, antes que un quebranto económico, fue una pérdida muy grande. Supongo que una invisible cadena de causas y efectos hizo que un domingo me entretuviera con los avisos clasificados. Leer el diario es uno de mis placeres pero, aunque examino hasta las necrológicas, nunca llego a la sección inmobiliaria. Esa mañana, como respondiendo a un impulso, reparé en el anuncio de venta de un solar en Valle Hermoso, de comodidades muy parecidas. El corazón volvió a latirme en el pecho. Las averiguaciones del caso confirmaron el pálpito y, aunque pedían una pequeña fortuna, compré la casa usando los ahorros que una tía me había heredado.

Se acercaba mi cumpleaños, de modo que, con abundante regateo y no pocos sobornos, convencí a esposa e hijos de celebrar Pascuas de Resurrección en las Sierras. Llegamos la víspera de Domingo de Ramos. La casa estaba muy desmejorada, pero regresar a los lugares donde uno fue feliz siempre tendrá algo de reencuentro con el que éramos entonces. De los

muchos porvenires que nos aguardaban, sucede que terminamos siendo este que somos. Y ahí estaba yo, con mi familia, abriendo la gran verja de hierro. El sonido de las ruedas sobre el pedregullo me recordó a mis padres y volver a ver los arbustos al costado del camino me hizo saltar las lágrimas. Desde afuera, la residencia lucía muy estropeada y el interior no estaba mejor. Un cuadro de retrato ausente era toda la ornamentación que quedaba. Mi hija mayor inició uno de los tantos conatos de resistencia, negándose a dormir en esas camas inmundas rodeadas de candelabros. El sarcasmo de los más chicos no colaboraba a mejorar la situación. El silencio de la legítima, ratificaba el reclamo.

Aunque con gesto prestidigitador abrí una habitación donde estaban los colchones, ropa de cama, vajilla y demás enseres que había mandado a comprar, igual empezaron a confabularse para negarme toda colaboración a la hora de limpiar y poner orden en tu casa. Cuando iba a empezar otro vano discurso sobre la necesidad de preservar las memorias, de honrar las vidas anteriores, llegó el contingente para la reconstrucción. Di un par de instrucciones y partimos a ocupar el único hostal del pueblo. A medida que íbamos pasando, comencé a describir los lugares de mi infancia. Alguna repercusión finalmente encontré porque cesaron los resoplidos adolescentes. Al llegar al cementerio, amagué a contar que allí mismo jugábamos a las escondidas, pero mi mujer me fulminó con la mirada.

Mientras la familia entretenía la jornada con el vagabundeo y la compra de artesanías varias, yo me dediqué a dirigir las tareas de restauración. Fui extremadamente minucioso y, tras un par de días, los reuní para avisarles que nuestra casa estaba otra vez habitable, tal como la recordaba. La cara de embeleso de mis hijos y la aprobación de mi esposa me llenaron de dicha. Por fin podría celebrar mi cumpleaños con todos ellos. ¿Cómo saber que ni ellos ni yo teníamos que estar allí? Despedí a los obreros y, al tercer día, nos instalamos. Noté que en los dinteles de las puertas externas habían colocado unas cruces de fresno, unas herraduras y una rama de laurel, pero lo atribuí a alguna costumbre local por la Pascua. El Viernes Santo amaneció ventoso y con una persistente llovizna. A la siesta se desató una tormenta terrible que hacía crujir toda la casa. En medio del vendaval, vimos a través de la ventana a un animal inverosímil, que andaba por el medio de la cancha de fútbol. Mientras tomaba un baño, una procesión de hormigas empezó a salir de atrás de una de las llaves de la ducha. Por más que les echaba agua, al instante, se multiplicaban como si fueran un surtidor. Mi hija se puso a chillar asustada por el aletear de una mariposa negra. Para la noche, el

diluvio no tenía fin. En lugar de registrar esa multiplicación de advertencias, traté de distraer el malestar reinante, desafiando a mis hijos a prender la chimenea. La legítima su sumó y acercó una picadita para sentarnos alrededor del fuego. Una cosa trajo a la otra y, sin darnos cuenta, nos encontramos contando historias de aparecidos, iluminados por una linterna. Reticentes al principio, pronto se dieron a superar el relato previo. Me hizo gracia comprobar que subsistía el mismo catálogo de mi infancia. Allí estaban los frustrados novios de una noche, las diversas damas fantasmas, los choferes de espectros despistados, las almas de errar forzoso. Buscando llevar novedad al asunto, desafíe con que seguramente no conocían la leyenda de un muchachito que, aquí mismo, en Valle Hermoso, fue mordido por una víbora mientras jugaba con el perro en su fiesta de cum-pleaños. Como el veneno, enfaticé con voz de alarma, no alcanzó para matarlo, pero sí para confundir a padres y médicos, lo enterraron vivo. Desde entonces era un alma en pena. Mi hijo menor me interrumpió y, con suficiencia, afirmó que ésa ya la sabía. Siguiéndole la corriente, fingí interesarme. Algo anómalo empezó a suceder cuando dijo que tenía un nuevo amiguito, quien no sólo le había contado la historia sino que, además, lo había llevado al cementerio para mostrarle dónde estaba enterrado el desdichado. Evité reprenderlo y, con recelo, atiné a pedirle algunas señas de la tumba. No hizo falta mucho detalle para entender que era la del querubín yaciente. El espanto empezó a inundarme la garganta. Orgulloso de la novedad, mi pobre hijito abundó en comentarios sobre su compañero de juegos que, previsiblemente, era pelirrojo, como todos los varones de nuestra familia. Asaltado por una fiebre, empecé a alucinar mientras lo oía protestar contra la tormenta que desbarataba los planes de ir a jugar a las escondidas en el cementerio.

Pero el barco de mi angustia recién soltaba amarras. Mi hijo había adquirido una voz espantosamente cavernosa mientras me anunciaba que el niño le había dado dos encargos para mí. El primero, recordarme que me llamaba Bernardo Juan Francisco. El segundo, hacerme un obsequio para que pudiera conciliar el sueño hasta que lograra cruzar el umbral. No puedo precisar cómo una pelotita de goma apareció de repente en mi mano.

Esa misma noche, desafiando las furias de la naturaleza, cargué a toda la familia y regresamos a Santa Fe. No me importaron las amenazas de divorcio ni las exhortaciones a obtener pronta asistencia mental, mucho menos las admoniciones sobre las consecuencias de hacer faltar a los chicos al colegio. Igual los despaché al Uruguay, a casa de unos primos. En la soledad de mi existencia, estuve tentado de creer que una de mis pesadillas se había

aventurado más allá de los límites oníricos, borroneando los límites con lo porvenir. Pero había llegado la hora del final. Debía cerrar el círculo. Era tiempo de sufragar la profanación. Cerré la mano y me aferré a la pelotita, pasaporte que en su hora me había negado hasta la piedad de la muerte, y volví el rostro para no ver cuando los colmillos bestiales desaparecían en la carne de mi brazo. Una punzante parálisis se apodera de todo mi cuerpo. Con el último espasmo, completo estas líneas.




恭喜你!

Unificación[17]

Por Juan Guinot

Ilustrador: Victory Plaza/ Andrés Felipe Jaramillo Escobar (Colombia)

Tina lleva media mañana mirando la nuca de Liú; ambos son los últimos integrantes de una larga cola. Una sombra movediza los cubre. Aparece un brazo mecánico que los envuelve con una enorme pinza y los separa de la fila. Por alta voz se avisa que ya no quedan más suplementos. Liú llora desconsoladamente. Lleva cinco meses de ahorro para poder comprarse el suplemento del ceñovisor que le permitirá ver, esta misma noche, la pelea por la Unificación. Tina se contagia de Liú, son un mar de lágrimas. La Selectora de Clientes de la tienda de suplementos dice "lágrima es venta" y ordena la vuelta de Tina y Liú. El brazo mecánico los zampa nuevamente, avanzan al primer lugar en la fila, una mano metálica les implanta el suplemento dentro del ceñovisor y dejan de berrear. Un flash registra las pupilas de Liú y Tina para el cobro. El brazo retoma el movimiento y los lleva hasta la puerta de la tienda donde abre la gran pinza. Tina y Liú caen al suelo. Desde el llano de la vereda, se conectan a través de la resaca del llanto. Tina abre un punto turquesa en la mente de Liú y se invita a ver la pelea por la Unificación en casa de él, pero le advierte que ella va por El Puro porque es pura. En la mente de Tina brota el botón verde de Liú, está invitada. Se incorporan y aceleran el paso. Cada vez queda menos tiempo para el inicio del combate.

[17] Fue publicado en la antología de cuentos de boxeo "12 ROUNDS" (Ed. Lea, Argentina, 2012).

Traspasan el portal lumínico de la casa de Liú. Ya están en la primera cita: cada uno sentado en el sillón con forma de semihuevo, espalda contra espalda y expectantes al inicio de la señal dentro del ceñovisor. Dentro de las bóvedas craneales irrumpe la voz del locutor: “El Híbrido es hielo ardiente”. Liú se ríe y piensa, “Hielo ardiente, no estoy para escuchar pavadas”. Alarga un pestañeo y el ceñovisor enmudece. Tina está atenta al pensamiento de Liú, y a través del botón turquesa, le sugiere ingresar al abanico atributos pugilísticos del ceñovisor antes de burlarse. Liú le hace caso, abre los párpados, hace un bizqueo y en el ceñovisor se abre el abanico con los atributos de El Híbrido:

Doble péndulo - Topadora frontal - Hielo ardiente.

Liú pestañea en “Hielo ardiente” y aparece:

Los nudillos de El Híbrido son las puntas del iceberg. Al contacto con la piel la congelan y anestesian para marcar un hoyuelo. El témpano (el puño) avanza y hace del hoyuelo una boca de volcán: El Híbrido es un artesano que perfora en frío y sin dolor. Ni bien los nudillos tocan el hueso, el puño se despega del rostro. La piel abierta del oponente es la boca de un volcán frío, por donde comienzan a brotar ardientes chorros de sangre.

“Si lo dice el ceñovisor, es verdad”, piensa Liú y efectúa dos golpes de párpados: cierra el abanico; aparece la imagen y el audio del ring, pero sin locutor. El ring está vacío y la lona pastel muta a un cuadrado multicolor:

¡Compre ya pasta de pizza y cerveza!

Los ojos de Tina y Liú se ensopan y el dispositivo del ceñovisor acepta la intención de compra y Liú masculla entre neuronas: “Cinco menos en la cuenta para pasta de pizza y cerveza, menos los quinientos de la cuota mensual del ceñovisor, menos los mil del suplemento para ver la pelea. Hoy me quedo sin crédito. Ya mismo vendo una planchuela de mi piel”.

Tina, en cambio, no tiene problemas de crédito. Ella vive de una herencia paterna que la beneficia con una cuenta con la que podrá afrontar, sin angustias, diez años de embates publicitarios.

Liú no tuvo la suerte de Tina, pero también fue beneficiado por un pariente: el tío abuelo Roch. De él heredó un negocio rápido, rentable, focalizado y, por qué no decirlo,

amigable: vende planchuelas de su propia piel. La operación es fácil: el botón verde de Liú se enciende en el ceñovisor del Director de Compras de la Dermis & Co para anunciar la intención de venta y el botón añil del ejecutivo le confirma el pago anticipado. Ser sobrino nieto de Roch, para cualquier empleado de la Dermis, no es poco.

Del tío abuelo también heredó la pasión por el boxeo. Roch lo bombardeó con peleas del Siglo Veinte. El viejo decía: “esto es box y no la mariconada moderna de pelear con un taparrabos, descalzos, guantes de látex, sin público y en medio del mar. Parecen sirenitas, no boxeadores”. Durante años, juntos, vieron un sinfín de combates. Pero había uno que, por lo menos, le ponía una vez por semana: “Tyson vs Holyfield”. Siempre que la veían, el tío abuelo pestañaba pausa en la grabación luego de que Tyson le hincaba el diente de oro en la oreja a Holyfield. Con la imagen congelada, le preguntaba “¿Viste bien?”. Y Liú, siempre contestaba: “Si, vi como Tyson le mordió la oreja y Holyfield apretaba el guante sobre la herida y daba saltos a causa del dolor”. El tío abuelo, tras un suspiro, le respondía “No, no lo viste” y cambiaba a otra pelea.

Un día, los registros visuales de las peleas del viejo Roch comenzaron a fallar más seguido y al tío abuelo no le faltó lucidez para saber de qué se trataba aquello. El botón azul de Roch se encendió en la mente de Liú, lo llamó de urgencia. Liú llegó casi sin aire y lo encontró tendido adentro de un cilindro, desnudo y cubierto de tobillo a garganta por una mantita de papel. Liú se acercó titubeante y le tocó el hombro. Roch encaró al sobrino nieto y volvió a preguntarle si había visto la pelea de Tyson y Holyfield. Liú, descolocado, repitió, como un autómata, lo de siempre: “Si, vi como lo mordió…”. Roch no estaba para esperar porque el conteo decreciente del cilindro había empezado y despachó: “No, no lo viste porque era a mí a quien debías ver en el ring side, estirando el brazo derecho para capturar ese pedazo sanguinolento de la oreja de Holyfield que Tyson escupió; me llevé el trozo de esa oreja a casa, lo criogenicé. Ese mismo año entré en la carrera de genetistas. La Dermis & Co me tomó ni bien me gradué y por años experimenté en sus laboratorios con cuanto pedacito de piel tenía a mi alcance; fui pionero en la hibridación humana y hasta promoví en humanos la inclusión de tejidos animales (si supieras cuanto de cerdo hay en tu hígado, no andarías todo el santo día con la putada de las dietas). Y el negocio de la hibridación en humanos fue un éxito imparable. Un buen día pedí hacer el último proyecto antes del retiro, algo reservado, a cambio de llevarme al cilindro todos los secretos de la Dermis. La compañía aceptó mis

condiciones y me trasladó a un laboratorio oculto en Horta de San Joan, una Masía abandonada de Tarragona, en España, llena de olivares a los que (por puro entretenimiento) les desarrollé aceitunas del tamaño y forma de puchin ball. Pero no fui para eso, lo que tenía que hacer lo hice, tenía que ver con mi historia y ese pedacito criogenizado de Holyfield que escupió Tyson. Cuando mi creación exhaló el primer berrido, lo metí dentro de una cajita feliz, y lo entregué a una familia de cosechadores de residuos químicos del Delta del Ebro. Al día siguiente, me monté al primer vuelo estratosférico Barcelona-Chicago, firmé mi renuncia y la Dermis me ofreció ser proveedor calificado de planchuelitas de piel. Y, el resto lo conocés, me dediqué a ver boxeo, a esperar por el mejor de todos los boxeadores. Pero, viendo como vienen las cosas, no llegaré a hacerlo, me está por sonar la campana, el fin de mi pelea. Liú, llevas mi piel, mis genes, heredarás mi negocio y con los beneficios te comprarás todos los suplementos de ceñovisor para ver peleas en directo". Mientras el tío abuelo volvía a meter la mano y brazo debajo del sudario de papel, le instaló al sobrino nieto la ruta de acceso al Director de Compras de la Dermis & Co. En la mente del Director brotó el botón verde de Liú y este, a su vez, recibió el botón añil del ejecutivo. El sobrino nieto quiso contarle la feliz aceptación al tío abuelo, pero fue tarde, el cilindro comenzó a dar el primer giro y, mientras el cuerpo del viejo Roch se licuaba, le llegó el mensaje del tío abuelo manado del botón azul "No es bueno que el hombre esté solo". El botón azul de Roch dejó de titilar y se opacó. Al giro doce, el almita del tío abuelo salió despedida del cilindro por fuerza centrífuga, voló por el espacio de la casa e hizo un poco de sombra contra una pared antes de traspasarla.

Varios meses después de la partida del anciano, Liú cumple con el legado del tío abuelo Roch y está a punto de ver en directo la pelea por la Unificación. Y no es una pelea de box cualquiera. En pocos minutos, el mundo entero asistirá a un hecho histórico: la primera contienda entre el campeón de los híbridos y el campeón de los puros.

Los boxeadores no aparecen. El ceñovisor muestra un ring vacío. La ansiedad de la espera se los come crudo. Liú se pone a juguetear con una escara en el codo: calza la uña, levanta un vértice de la planchuela de piel y el tirón le duele. Carga la yema del dedo índice derecho con saliva, la unta sobre la piel a medio salir y presiona para pegar el trocito vendido a la Dermis & Co. Está en eso cuando la boquilla franquea sus labios y un chorro de pasta de pizza y cerveza le inunda la boca, cubre las amígdalas, ahoga la campanilla. Las burbujas se le pasan a la nariz y vuelven a ensopársele los ojos. Reaparece el cuadrado multicolor de la

publicidad; otra compra y cinco menos de la cuenta de Liú. Con reflejos, se anticipa a la nueva inoculación de pasta de pizza y cerveza; tapa el orificio de la boquilla con la punta de la lengua y contiene la segunda dosis.

Al secárseles las córneas, el ceñovisor manda imagen periférica de ring y entorno. El cuadrilátero está instalado sobre la plataforma marina de una antigua extractora de petróleo. La virazón sacude los banderines, las sogas del ring y hasta las torres de acero. Algunas olas encrespadas suman color al espectáculo y cada rompiente contra el perfil de la plataforma compone una pantalla de agua que, al ser acuchillada por los rayos del sol, crea un arco iris efímero.

Tina, a través del botón turquesa, le sugiere no preocuparse por el viento, ha leído en el abanico clima y tendencias que en ese punto del océano al sol tan solo lo cubre el manto de la noche y que existe una remotísima probabilidad de un tifón espontáneo.

Liú no le contesta. Está ocupado con la contención del nuevo chorro de la boquilla, los ramalazos de viento cargados de agua sobre el ring y, sobre todo, en contener la ansiedad por ver el combate en el que, por vez primera, uno como él, un híbrido, es aceptado por la Federación Global de Boxeo (FGB) luego de años de negarse a admitir boxeadores genéticamente modificados. La FGB no pudo dilatar más la inclusión de El Híbrido a quien millones de pobladores del planeta lo veían boxear en los suplementos clandestinos de los ceñovisores. Otro factor que terminó por hacerles aceptar a un híbrido fue el resultado del último censo mundial: más de la mitad de la población del planeta es híbrida. Los fabricantes de productos comenzaron a pugnarse ese mercado con inversiones millonarias en publicidad. Y la Federación Global de Boxeo, más que nadie, sabe que una máxima de este mundo es adaptarse rápido a la realidad, sobre todo, si viene apareada con billetes.

Sin mucho preámbulo, tras tanto esperar, aparece en un rincón del cuadrilátero El Híbrido y el corazón de Liú le late hasta en la punta de la lengua y casi pierde el control de la boquilla. Tina le dice a través del botón turquesa “Ya vas a ver a El Puro”. Liú no tiene palabras, está emocionado y no percibe que el botón azul opaco del difunto tío abuelo Roch, de manera extraordinaria, ha titilado.

El Hibrido es un gigante de fibras musculares entrelazadas sobre huesos, órganos y vísceras, y contenidas por una piel color café con leche con motitas de canela. Los ojos son

dos granos de café torrado. El pecho de El Híbrido comienza a hinchase, se duplica en volumen. El ceñovisor ofrece saltos en la imagen y, abruptamente, pasa al otro rincón: aparece El Puro, un humano no genéticamente modificado. Los ojos de El Puro instalan su mirada arriba de la media del mundo, las pupilas son dos rubíes diminutos, de perfiles filosos, que solo ven registros miniaturizados de cuanto ser se le ponga delante. El cuerpo marmóreo y de músculos bien proporcionados y distribuidos a los largo del cuerpo gigantón nada tiene que envidiarle al David de Miguel Angel.

El ceñovisor cambia a toma desde el aire de ring completo. Suena la campana. El viento agita las cuerdas del cuadrilátero. El Puro, decidido a tomar la iniciativa, busca el control del centro del ring. Avanza dando golpes intimidatorios al aire y los zumbidos de las brazadas aturden dentro de las bóvedas craneales de Tina y Liú. El Híbrido no le saca el café torrado a los rubíes diminutos del oponente. El Puro avanza haciendo un uno-dos que El Híbrido contiene con la guardia alta y contra ataca con un directo que astilla un pedacito de piel marmórea, arrebola el pómulo derecho de El Puro. El Híbrido recula y se desplaza hacia la derecha, dibuja con los pasos sobre la lona un bailoteo que a Liú le parece haber visto antes. El pómulo de El Puro comienza a sangrar.

Tina aparece en el botón turquesa de Liú “Viste, lo hizo, era cierto lo de de hielo ardiente. Igual no me preocupa, El Puro le ve a ganar” y Liú, entre el trabajo de contención sobre la boquilla dentro de su boca, las ganas de no volver a escuchar al locutor y la sorpresa de encontrar algo conocido en los movimientos de El Híbrido, no le contesta.

El Puro sabe que la pelea viene complicada y las pupilas metamorfosean a dos gemas grises, del tamaño de un huevo. El Híbrido completa el círculo dando bailoteos, no ha bajado la guardia y tiene presto un segundo lance del puño-témpano. Pero El Puro hace algo impensado, baja el brazo izquierdo y se lleva la mano derecha a la boca, se quita el protector, mira al retador y le despacha una sonrisa de oreja a oreja que descubre un diente de oro. El Híbrido detiene el bailoteo. Lo mira fijo, sacude la cabeza, vuelve a instalarla en el centro, pero, al segundo, la ladea hacia la derecha derecho, pega la oreja al hombro. Algo anda mal. El Híbrido se lleva el puño derecho a la oreja y comienza a dar saltos. Liú acusa por segunda vez una especie de deja vú, a esto lo ha visto antes y primero sospecha si no es un ataque pirata de la imagen del ceñovisor, pero Tina, por el botón turquesa, le confirma que la auto-consulta técnica valida el perfecto funcionamiento de sus aparatos.

El Puro agranda más y más la risa, los destellos del diente de oro parecen enceguecer al oponente, y se aprovecha de ellos, le conecta un gancho en la mandíbula izquierda y suma un golpe corto al hígado. El Híbrido, sin defensa, está con la mano derecha apoyada en la oreja, parece alienado. Inesperadamente, la noche se planta sobre el cuadrilátero y el viento arremolinado entra con violencia. El botón azul del difunto tío abuelo Roch palpita nuevamente, Liú se da cuenta, aprieta los párpados para cerciorarse de ello y el ceñovisor lo interpreta como orden de reingreso de la voz del locutor: "Un tifón espontáneo nos sorprende". Una ola azul, espumante y con motas negras, del alto de las torres de la vieja extractora petrolera, pasa enfurecida, ruedan los boxeadores. Cada uno va a parar a su rincón. El Campeón se apoya en las cuerdas para recuperar la vertical, pero los pies van para adelante y el suelo resbaladizo, más los sacudones del viento y el agua arremolinada lo hacen caer de traste al piso.

El temporal azota a la plataforma de la vieja extractora de petróleo, parece estar por irse todo al mismísimo demonio. Vuelven a repetirse las olas en baldazos gigantes de agua extrañamente oscura y los cuerpos de los boxeadores presentan manchones negros.

"El agua trae rastros de petróleo", dice el locutor, "Amigos, esta pelea será un recuerdo indeleble" y en la mente de Liú vuelve a latir el punto azul del difunto tío abuelo Roch. El Puro entrelaza los brazos en las cuerdas para mantener la vertical y no abandona la sonrisa, esa que desnuda al diente de oro. El Híbrido con el torso combado y el puño apretado en la oreja derecha enfoca con ojos de café molido a El Puro, quien lee en la mirada lastimera que ha llegado el momento para la estocada final. Una racha de viento favorece el impulso que ha tomado El Puro y sobre la lona legamosa se desliza a toda velocidad. El locutor grita desaforado: "El hielo ardiente se está por derretir en su propia lava, su pasado, ese diente de oro que despertó la memoria de una oreja herida, la que lo construyó. El Puro va a rematarlo con los puños encendidos de victoria pura y humana". La golpiza llega a la piel de El Híbrido, pero ningún impacto logra sacarle una gota de sangre. El Híbrido ya no responde, los ojos son café batido y quiebra las rodillas, va a parar a la lona. Liú siente una gota en su frente, el ceñovisor se desconecta, abre los ojos y se encuentra con una de las paredes de la casa. Tina le pregunta, a través del botón turquesa "pasa algo, te tengo como desconectado".

Liú se posiciona en el botón azul del tío abuelo Roch y le habla por su botón verde "viejo zorro, lograste hacerlo con ese pedacito de oreja, vos y tus planchuelas de piel y el gran

árbol genético que nos parió" y vuelve a aparecérsele el mensaje, aquel de la despedida del viejo Roch: "no es bueno que el hombre esté solo". Liú abre los ojos al máximo, gira en redondo sobre el sillón de semihuevo, busca que tras la reaparición del mensaje de la despedida, aparezca también la sombra del tío abuelo. Detiene el giro del sillón. Se encuentra cara a cara con Tina. Ella, sobre el pedacito de piel entre las cejas, donde tiene implantado el ceñovisor, mana un chorrito de sangre que cae hasta la naciente de la nariz y allí se divide en dos, para pasar por los lacrimales y caer en dos corrientes de llanto sangrante por los mofletes, comisura de los labios y, finalmente, unirse en el mentón en un río púrpura. Liú se pasa la mano por el ceño, se mira el torso. Él también sangra.

Tina ha abierto los ojos y por el botón turquesa le dice "se apagó la imagen. Lo último que vi es que mi boxeador, El Puro, se pasó de la raya, lo mató. El Híbrido, estaba tirado en el piso, no sangraba y sentí su dolor acá" se posa el dedo en el punto sangrante del ceño. Liú busca el botón azul del tío abuelo, ahora no late, es azul opaco. Tina arremete contra Liú, "Tu botón verde no me responde, no quiero estar sola".

Liú no le contesta, se quita la boquilla de la boca, la revolea contra un rincón y el chorro contenido esparce por el espacio de la casa chorros de cerveza y pasta de pizza.

Liú se incorpora y despega toda la humanidad del sillón semihuevo. Efectúa dos pasos, se acerca a Tina, primero apoya su ceño sangrante contra el de ella, quedan un instante frente contra frente, sangre contra sangre. Las heridas se cauterizan. El botón azul del tío abuelo Roch se apaga para siempre. También los aparatos implantados en sus frentes.

Liú adelanta el mentón y pega los labios a los de ella. El resto del cuerpo de Liú va al encuentro del de Tina, y terminan sumergidos dentro del sillón semihuevo. Los manotazos se llevan de premio las ropas. Están desnudos.

Dentro de la casa de Liú, sin ceñovisor operativo, ni pelea, ha comenzado la Unificación.





Detrás del alambrado

Por Adam Gai

Ilustrador: Brain Tower/ Kazuhiko Nakamura (Japón)

En un desmejorado domingo de verano con lluvia y frío inusual, que hubiera llevado a más de un jefe de familia a suspender excursiones programadas, ellos iban a iniciar las vacaciones en el chalet de Hurlingham, allí, no lejos de lo que era para Paul, casi el fin del mundo (la geografía de la niñez se estira o se arruga como un acordeón). La ruta estaba relativamente despejada, en comparación con lo que sucedía cuando el sol reinaba ufano y el viaje podía durar horas por la ruta angosta, colmada de coches y camiones que avanzarían a paso de tortuga con las ventanas abiertas y el motor recalentado. Cuando cruzaron la avenida General Paz, el Ford a bigotes, modelo 1927, marchaba a una velocidad que nunca alcanzaba los setenta kilómetros por hora, pues no daba para más. Los preparativos habían sido molestos, debido a la pelea con sus hermanos menores sobre el delicado asunto de quién cargaba los bártulos más livianos. Ya embarcados, poner en marcha la camioneta, fue, no sorpresivamente, un nuevo esfuerzo, esta vez del padre, que bajó del coche portando enfurecido la manivela de arranque mientras la madre apretaba el botón del acelerador. Los tres hermanos viajaban atrás junto con los canastos de

ropa, la tabla de planchar, el televisor Admiral, tamaño mediano, y una silla de paja cuyo uso se fijaba por sorteo para fijar quién se sentaba primero, segundo o tercero (habían sacado el asiento para que hubiera lugar para acomodar todo). Los postergados debían conformarse entretanto con apoyar el culo sobre los dos angostos medio círculos de metal que cubrían las ruedas traseras. Los tirones del vehículo presagiaban un dudoso porvenir; por eso, al subir por el puente de la Avenida San Martín echaron automáticamente los cuerpos hacia adelante como si de esa manera estimularan al motor a no cejar en la pendiente. Paul guardaba en el bolsillo como un tesoro los últimos números de las revistas de historietas Rayo Rojo y Fantasía que le permitían aplacar el tedio del camino hasta que se rindiera a las náuseas que lo acosaban cuando leía en movimiento. La lectura cumplía también otra función menos loable, despertar la envidia de Carlos (Damián todavía no sabía leer), que se había olvidado de traer su provisión intelectual. Cuando la camioneta cruzaba la avenida General Paz rumbo al gran Buenos Aires, el coche se tranquilizó. Al mismo tiempo, el Coronel X partía en peligrosa misión a Dunkerke. Ah, Dunkerke, dicho en voz baja, y acompañado de un discreto hálito de éxtasis, sonaba como una palabra de otro planeta. La guerra de las historietas se prolongaba como la de los cien años, alcanzando el clímax los lunes y martes por la mañana. El repartidor de diarios tocaba el timbre anunciando su presencia, abría la puerta del garaje que sólo se cerraba de noche y arrojaba el diario y la revista de turno. Eran los días en que Carlos y él se levantaban antes no con afán de llegar temprano a la escuela, sino para gozar de la primacía de la lectura, para lo cual la carrera desde los dormitorios se pintaba como decisiva. Ahora atravesaban el pueblo de Sáenz Peña para seguir a Santos Lugares y luego, viajando paralelamente a la vía del ferrocarril, los edificios antiguos y descuidados, los mercaditos con los cajones de fruta afuera o las vidrieras de los almacenes opacas por el polvo que levantaban los vehículos, señalaban claramente que se hundían provincia adentro. En El Palomar las urbanizaciones se veían sólo a la distancia y el campo y el cielo se tendían a sus anchas. A la vera de la ruta corrían trenes de pasajeros, en competencia desleal con la camioneta. La entrada al pueblo de Hurlingham por la avenida principal, era el momento de gloria y la barrera del tren alzada indicaba que estaban por tomar la fortaleza. Pero a pocas cuadras renacía el descampado y en los últimos tramos del viaje ya se dibujaba en el horizonte la tranquera de la quinta enorme y ajena que defendían un alambrado firme y una espesura de árboles que vaya a saberse qué misterios ocultaban. En aquella época, de pequeña clase media

en ascenso, poseer una casita en las afueras se había puesto de moda. Cada dos por tres, se vendían terrenos y una carpa de rematador y muchas banderitas rojas anunciaban la conquista del desierto. Copiando a las quintas grandes, las nuevas casas de fin de semana, grandes o pequeñas, tenían un cartelito con el nombre de una flor o de un árbol o de la dueña de casa: La Leonor, Los Olmos, la Rosa inscritos en la pared del frente o en el portón. La quinta grande, por una razón que Paul no se explicaba, parecía preferir el anonimato. A pocos metros de la tranquera, el camino se bifurcaba a derecha e izquierda y él esperaba inútilmente que la tranquera se abriera para dar paso a un auto sport último modelo, de capota desplegable que tendría que pertenecer al propietario o a sus hijos, al volante un muchacho con anteojos negros y a su lado una chica con un pañuelo en la cabeza que preservaba el peinado del embate de la brisa. Soñaba despierto muy frecuentemente que él era uno de la prosapia de aquellos y que circunstancias ignoradas lo habían conducido al exilio. No sentía que ideas de esa índole pudieran crearle remordimientos de conciencia, no estaba traicionando a sus padres, porque, a veces, simplemente no lo eran; había habido un secuestro o algo así y él había sido la víctima de una intriga palaciega. Doblando a la derecha, a unas pocas cuadras se acababa el asfalto. El chalet estaba justo donde empezaba el camino de tierra. A los tumbos llegaron al portón que el casero, sabiendo que venían, había dejado abierto. Marcos y Elsa eran los caseros y su función principal consistía en evitar que nadie se atreviera a usurpar la propiedad. Era el tiempo en que se hablaba mucho de la justicia social. Paul había escrito una composición, en la que no faltaba un chorro de palabras difíciles, sobre el asunto y la señorita Brun lo distinguió con un merecido muy bien diez felicitado. En su redacción, igual que en la realidad, aquellos que no tenían casa podían tomar por asalto las de los que tenían más de una, sin miedo de ser desalojados. Paul estaba de acuerdo, pero sus padres se mostraron insatisfechos con las conclusiones, aunque lo halagaron por la calificación obtenida. Vaciaron la camioneta y se pusieron él y sus hermanos, cada uno por su parte, a disponer la ropa en el lugar del placard que le correspondía. Por ser el mayor y el más alto, le habían asignado el estante de arriba. Los tres dormían en la misma habitación. Ahora ubicaban el televisor en el salón. Paul ayudó al padre a ponerlo sobre la mesita corrediza, sabiendo que a la noche iban a pasar por televisión Historia de una mala mujer con María Duval y él estaba autorizado para verla, con la condición de que se esmerara en cumplir con las tareas que le habían asignado. El biógrafo lo hipnotizaba y acostumbraba leer la página de espectáculos del matutino El

Mundo para memorizar los títulos de las películas que circulaban por los barrios y hasta los nombres de las salas que las exhibían. Acabado el trabajo, llegó la hora en la que los chicos podían gozar de un retazo de libertad. Él se subió al paraíso más añoso de los cuatro que custodiaban el alambrado del frente y contempló su pequeño reino. En el terreno del chalet había una cantidad inusitada de mandarinos. Al primer propietario de las tierras de la zona, por razones que vaya a saberse (la señorita Brun justamente había enseñado que los cítricos contienen mucha vitamina C), se le había ocurrido mandar plantar árboles de mandarina, que puestos en fila como las piezas del ajedrez estaban separados apenas para dar paso a dos personas juntas, una especie de laberinto viable y sobre todo jugoso, sin secretos, a excepción de la decisión del promotor. Encaramado a una rama elevada, Paul divisaba a lo lejos, turbiamente, el contorno de ligustrina de la quinta grande y las flores de retama que traspasaban el cerco. Él iría, igual que el verano pasado, a arrancar algunas para regalárselas a su madre postiza. La primera tarea de cada mañana era viajar en bicicleta con la pequeña damajuana en la canastilla atada al manubrio, a la granja de los Tasari para comprar leche fresca, ordeñada a la madrugada. Uno de los peones del tambo la vertía en damajuanas de vidrio de gran tamaño y las bajaba al fondo del aljibe, a unos metros de la cocina de la casa. La vieja Ana Tasari salía de la cocina cuando venían clientes y alzaba con la soga el tesoro blanco y lo volcaba por un colador en los recipientes que traían. Cuando Paul llegó, la más joven de las nueras, estaba en la cocina cortando tomates y distribuyéndolos en las asaderas con las papas y la carne que iban a comer la familia y los peones. Por la puerta abierta se escapaba un olor penetrante de perejil y tomillo. Según las lenguas chismosas oídas en la cola de la panadería, la muchacha se había casado por poder y contra su voluntad, con uno de los Tasari, al que había conocido solo por fotos. A bordo del Julio Césare, había arribado hacía un año y ahora estaba embarazada. Paul, al verla con el vientre hinchado, se acordó de que García, un compañero de colegio, le había contado que a los chicos no los traen las cigüeñas y allí ante sus ojos se presentaba la prueba incontrovertible. El marido de la pobre chica era mucho mayor que ella, alto, muy delgado, con botas constantemente embarradas, que si se topaba con Paul en el camino, le preguntaba siempre con tono severo y ronco si no se había olvidado de cerrar la tranquera. Y bueno, si se había olvidado, no lo hacía a propósito, a qué venía tanta insistencia. Nunca iba directamente al aljibe, primero recorría la granja hasta el tanque australiano en un extremo, donde se lavaban las verduras con un agua verde y espesa

en la que solían chapucear las ranas, Un tanque así debían tener los de la quinta grande, no para las verduras, sino para los bañistas de la casa y sus invitados. En el chalet en cambio, el padre había instalado meramente sobre una base de cemento una ducha como las que hay al aire libre en las playas. Esa y la manguera de regar constituían la piscina imaginaria de la familia. La vieja entró a la cocina para depositar el dinero en un frasco de boca ancha y Paul la oía perorar en italiano y veía que la nuera lloraba, una escena que a él le partía el alma. Al darle el vuelto, sabiendo que había sido testigo presencial, la vieja le dijo a Paul, con una inaudita confianza y buscando su complicidad, que ya era hora de que la nuera dejara de quejarse y se conformara con recibir y mandar cartas a los parientes. El no abrió la boca; después de todo, qué podía esperarse que dijera un chico de nueve años. Cuando regresó al chalet, pasó la leche a la lechera de metal y la guardó en la heladera; ahora tenía que viajar al centro del pueblo para traer las provisiones encargadas en el almacén, lo que implicaría pasar al costado de la gran quinta, forzar los ojos para escudriñar, mientras pedaleaba, ese horizonte ansiado que persistentemente se ocultaba. Frustración casi completa, lo único que podía captar entre los árboles era un trampolín y unos parasoles. Una vez por semana iba a comprar huevos caseros en lo de los alemanes Kraus, una pareja que poseía un gallinero en la calle Malespina y repartían sus productos, los dos siempre juntos, como si se protegieran o vigilaran mutuamente, montados en un carro tirado por un caballo lamentable. Repartían a domicilio huevos y pollos desplumados, a clientes selectos, exclusivamente. La familia de Paul no figuraba en la lista. Paul llegaba en bicicleta, por una senda de polvo que bordeaba lo que debían ser salón y dormitorio, hasta la cocina al fondo, seguido a menudo por alguna gallina suelta. Don Kraus salía al patio para verificar quién venía y apenas se daba cuenta que era el chico, cambiaba la cara de pocos amigos por una expresión de afecto falluto. Después de los mandados no tenía nada qué hacer, no había chicos de su edad en las inmediaciones y entonces jugaba con su soledad, mientras sus hermanos se entretenían armando grúas con el Meccano, una diversión que desdeñaba. Los días se arrastraban lentos y aburridos y Paul los agotaba, hablándoles a los árboles de los terrenos vecinos, asumiendo las voces de los imaginarios radioteatros que inventaba, cerciorándose de que nadie lo espiara, cautela infundada en ese apartado del fin del mundo, distante treinta kilómetros de la Capital. La bicicleta era su amiga fiel, obediente, casi callada, que respondía a su monólogo con un monótono ruido de las gomas conversando con el suelo. Recorría con ella los alrededores y

el más allá por senderos que él solo transitaba y que cruzaban campos abiertos en donde los perros acudían a ladrarle. Le gustaba soltar las manos del manubrio y que los pedales lo guiaran, se había convertido en un experto al respecto. El destino final era el puente sobre el maloliente Río de las Conchas, que de sólo pronunciar su nombre le agarraba un ataque de risa.

La rutina se quebró una mañana en que fue a comprar huevos en lo de Kraus. La que salió a recibirlo fue la alemana con la cara más arrugada que nunca, Paul pensó en ese momento que se parecía a la cara de Emma Gramatica en la última escena de Pobre mi madre querida, aunque no estaba desesperada por la muerte del hijo, sino preocupada por la repartición de la mercadería. A don Kraus le había agarrado el reumatismo y no podía moverse, querría Paul hacerles el favor de llevar dos docenas de huevos a la quinta grande. Claro que asintió de inmediato, ella no podía ni remotamente saber que era uno de los sueños de su vida. Para amortiguar los saltos, pusieron un trapo en la canastilla y acomodaron el envío, habiendo previamente envuelto cada huevo con hojas de un Freie Presse antiguo. Por el favor, la señora Kraus le regaló una cajita de chicles que contenía, para su desilusión, una sola tableta, evidentemente ella se había masticado la otra, de las dos que venían en la cajita. Pasó como un ventarrón por el chalet, no fuera que alguien de la familia le arruinara la aventura, olvidado enteramente de su misión primordial. Recién disminuyó la velocidad, cerca de la meta. Es un placer jugar con la demora cuando se está a punto de alcanzar el objetivo. Se bajó de la bicicleta con el corazón palpitando, la dejó contra el ligustro, alzó la argolla de la tranquera, que chirrió como si fuese extraída de un largo letargo, metió la bicicleta adentro y fue a enganchar la argolla de nuevo. Montó la bicicleta, la excitación no se calmaba. Un trecho más y los árboles que le impedían la visión del casco se hicieron a un lado. Después de una curva, el edificio, réplica de caserón de arquitectura inglesa, con techo de pizarra y paredes de ladrillo abrazadas por enredaderas, se extendía con toda su suficiencia. Golpeó con la aldaba en la puerta y nadie acudió al llamado, se acercó a una ventana y a otra, las cortinas gruesas velaban el interior. Pensó que debía probar abrir la puerta, golpear con las manos, gritar, y fue lo que hizo. El vestíbulo conducía a un salón oscuro que parecía ocupar toda la planta baja. Nadie le contestó. En una mesa con un florero en el medio, adornado con un ramo de flores de retama, depositó la delicada encomienda. De pronto sintió miedo. Frente a él se erguía una escalera de roble con balaustres tallados que costarían más

que todos los muebles de su casa y los de los parientes. La luz penetraba con dificultad por las cortinas gruesas de las ventanas. Una escalera negra, similar a la que había visto a María Duval subir en Historia de una mala mujer, en un momento sumamente crítico, estaba en la penumbra. Mientras subía, “Señora, señor”, vociferó sin fortuna, “traigo los huevos que encargaron a don Kraus”. Ninguna respuesta, pero la curiosidad puede ser más robusta que el miedo y siguió subiendo, los peldaños lustrosos crujían bajo sus zapatillas, mejor así, alguien se asomaría, pero no. Arriba un corredor alfombrado de pi a pa. Volvió a aplaudir, sus manos sudorosas no lograban crear el volumen adecuado para despertar a los dormidos, si es que alguien dormía allí. Abrió con intranquilidad una a una las puertas. Nadie, nada. Cuando ya creía haberse metido en una propiedad abandonada, abrió la puerta de lo que parecía una biblioteca: libros hasta el techo, un escritorio, sillas tapizadas, un sillón de cuero imponente y junto a la ventana, una silla de ruedas con un señor, pálido como la luna mirándolo extrañado y temblando. Se detuvo a unos pasos, el temblor del señor era extraño, zas, el mal de San Vito. Sí, sí, una enfermedad de esas había contraído el propietario de la quinta y ese debía ser el propietario de la quinta, al que por causa de la enfermedad nadie visitaba y que vivía dependiendo de una servidumbre misteriosamente ausente. El inválido, con una voz de agonía le preguntó qué hacía allí. Paul se puso a contarle el motivo de su irrupción; el inválido abrió los ojos grandes como los del cocinero asesino de La serpiente de cascabel, tomados en primer plano. Rechazó la idea, el inválido no parecía tener intenciones de matarlo, por el contrario pensaría que el chico de los recados no era más que un ladronzuelo que había escapado a la vigilancia de los criados. Contestándose a sí mismo, Paul repitió “He llegado hasta aquí, porque nadie acudió a mis reclamos”. “Dónde está María” preguntó el inválido, perentoriamente, a pesar de que su voz era una pasta que se deshacía. Dios mío, no se referiría a la Duval se dijo Paul confundido. Ahora asomaba en el rostro del otro un esbozo de sonrisa ambigua que tornaba siniestra su fragilidad, y si acaso simulaba, si acaso se ponía de pie, pero no, era ridículo pensarlo, acaso no se estaba inventando esa hipótesis para tapar el pecado de haber transgredido un límite. El hombre, señalando con dedos inquietos, el escritorio, le pidió que le alcanzara la tijera que estaba allí, vecina a unos frascos de remedios, un paquete de algodón, un vaso, una cucharita. ¿Es que pretendía acuchillarlo? No prosiguió con las conjeturas, vaciló un instante y luego corrió a la puerta. Descendió por la escalera como huyendo de un incendio. Abajo, una mujer con un delantal y gorro de cocinera, el

envoltorio de los huevos en las manos, lo observaba con el ceño fruncido. Afuera no encontraba la bicicleta, maldición, la habían hecho desaparecer para dificultar la huida, pero la bicicleta estaba allí, en el mismo lugar donde la había dejado. Montó y pedaleó con fuerza, con toda la fuerza de que era capaz, hasta la tranquera; la abrió y por supuesto no se molestó en cerrarla. Por el camino intentó idear una excusa por su tardanza y su olvido. Ahora, encaramado a una rama elevada, Paul divisaba a lo lejos, turbiamente, el contorno de ligustrina de la quinta grande y las flores de retama que traspasaban el cerco. Él iría, igual que el verano pasado, a arrancar algunas para regalárselas a su madre postiza.





Vidrio Líquido

Por Teresa P. Mira de Echeverría

Ilustrador: Harvesters/ Vaggelis Ntousakis (Grecia)

A mi amigo, Lex: más que musa, daimon.

El vidrio es un líquido? ¡Sí…! ¡No…! ¿Y por qué otra cosa estaría sino yo aquí?

Y aquí es más bien “cuándo” que “dónde”.

Dónde, es un sitio particular que me taladra la conciencia: Chartres.

Y cuándo, es el año mil trescientos cincuenta y algo, Después de Cristo… creo.

Las velas inundan la nave central con un nauseabundo olor que apenas si es contenido por el incienso. Por supuesto, afuera el hedor es mucho peor.

Alzo la vista y el ojo vítreo del oeste me mira con sus colores oscuros y profundos, contrastantes, terribles. Un líquido lento, cuajado en las figuras de una religión a la que sus fieles ruegan desesperadamente por protección.

Y ángeles. Ángeles por doquier. El color de su carne tan obscenamente real como perturbador es el rojo encarnado que reviste a la divinidad de vidrio.

Flores de lis que se alternan con sus furiosos verdes, sus azules imposiblemente profundos, y sus amarillos aún más dorados que el sol o que las hojas de otoño que crepitan allá afuera... ¿O es el fuego lo que oigo? ¿El fuego de los cadáveres negros o el de las brujas vivas? No lo sé, hace tanto calor en mí. Y las luces coloreadas danzan en los verdes demonios y los blancos ángeles, atravesándolos a todos y tiñéndome a mí con ellos.

Sé muy bien que estoy protegida contra la peste. Pero la yersinia pestis ya no existe en mi época, así que tuvieron que sintetizarla a partir de simulaciones virtuales, y crear un modelo del bacilo para poder inocularme. El resultado fue una vacuna a medias. Por supuesto que me evita los bultos y las pústulas y la gangrena y las manchas negras… pero lo que no puede evitar en mí es la fiebre, la omnipresente e insoportable fiebre.

A veces pienso que la vacuna ha fallado, que en verdad tengo la peste.

A mis otros compañeros les han tocado otras épocas: algunas más benignas, otras más conflictivas. Lo cierto es que aquí estamos, trabajando al unísono, todos reunidos en la misma catedral, pero en diferentes tiempos. Y el trabajo es simple: medir la viscosidad de los vidrios, calcular el tono exacto de cada color —sobre todo del azul—, la longitud de onda precisa, y luego compararlos con los que aún sobreviven en nuestra época. El vidrio es-y-no-es un líquido que "fluxe" tan lentamente que sólo así, a través de los siglos, puede ser apreciado en su fluir/no-fuir.

Claro que hay otros métodos, pero el retroartista que nos contrató —y que nos paga muy bien— desea: "información directa", "contacto con la materia histórica". Según nos dijo, le interesan, más que nuestras medidas, nuestras experiencias al hacerlo. De ahí la elección de las épocas: la peste negra, la segunda guerra mundial, la inundación global... Él lo llama medir el "flujo humano a través del fluxo vítreo".

Bien, ése es mi trabajo. Y, sin embargo, algo se ha convertido en una obsesión para mí: los querubines. Envueltos en múltiples capas de alas, tanto verdes como blancas, tanto demoníacas como celestiales. Monstruos divinos con rostros angelicales.

Paso horas frente a ellos.

Ahora el rosetón occidental late ante mis ojos. El león y el toro y el águila y las gargóleas fauces infernales: todo se mueve frente a mis afiebrados ojos.

Siento mis manos inmensas, mi cabeza llena de agua, los sonidos distantes, ahogados como al fondo de un largo tubo de madera, el cuerpo pesado. Y frío, un frío terrible que contrasta con mi piel hirviente. Yo también soy azul y rojo, verde y blanco, como esos vidrios que, de una manera imposiblemente lenta, están fluyendo a través de los siglos. Como esos querubines antitéticos.

El vidrio es un líquido lento y así me siento yo: chorreando mi ser sobre mí misma.

En mi época, en el siglo III M.C., la parte superior de los vitrales es tan delgada que casi desaparece, y el plomo bajo cada uno de ellos recoge una porción engrosada: el fruto del lento goteo viscosísimo.

Un goteo lento… lento… lentísimo…

El eco de las oraciones sube hasta mis oídos —aquí arriba donde estoy flotando, invisible en mi campo de ocultamiento, junto al rosetón oeste— y me arranca de mi sopor y mi ensimismamiento. De este lento goteo de mí.

Un sonido en particular me martillea la cabeza, el de la voz de Claudine, la chica rubia de cabello casi como de ceniza blanquecina. Una mujercita de dieciocho o veinte años, flacucha como un ratoncillo: huesuda por el hambre que acarrea la peste, andrajosa en lo que alguna vez fueron ropas de labranza. Descalza. Hermosa en sus ojos celestes como de cielo primaveral… Hermosísima. Bella, en su contraste, como un querubín.

Siento su letanía como si fuera la única voz en toda la catedral:

—…ayez pitié de nous…

Está arrodillada cerca del vitral. Yo floto a decenas de metros sobre su cabeza, justo encima de la flor de seis pétalos que indica el centro del inmenso laberinto circular dibujado en el piso.

“Miserere nobis”, la secundo en mi mente, mientras la miro: “Ten piedad de nosotros”.

La chica es inmune. Es obvio que, de alguna manera, lo es. No tardarán en acusarla de brujería. ¿De qué otro modo entenderán estas personas que no se haya contagiado cuando toda su familia ha perecido en menos de cinco días? O es un ángel o un demonio. Y aquí la gente no es proclive a optimismos.

“Pobre pequeña brujilla”, pienso mientras la miro deshecha en oraciones, pidiendo por las almas de los suyos, por la de ella. Completamente ignorante del peligro en el que se halla, o ya hubiese partido de este sitio. Completamente ignorante de mí.

Tal vez las brujas sean eso, querubines, seres a mitad de camino entre un extremo y el otro. Demonios divinos. Ángeles infernales.

Un sonido me obliga a levantar la vista. El viento golpea los vidrios. Los demonios verdes se ríen de mí mientras empujan a hombres y mujeres hacia las profundidades ardientes. Los ángeles lloran… o tal vez sea la lluvia que de desliza por el vidrio… o tal vez me estén instando a dar un paso imposible, prohibido.

—…ayez pitié de moi…

El cambio en la oración me sorprende.

Bajo la vista nuevamente y ella me mira. ¡Me mira! Sus ojos de vidrios celestes —el legendario azul intenso de estos vitrales hecho suavidad— gotean profusamente el incoloro cristal sobre su rostro. Mi corazón azotado por la fiebre da un salto demasiado fuerte. ¡No puede ser que me vea, estoy bajo camuflaje gaugínico!

“Calma, calma, no es posible”. Seguramente ella también ha escuchado el viento en los vitrales, su tintineo, y está mirando al Señor, atreviéndose por primera vez a pedir por ella, sólo por ella. Tal vez esté empezando a comprender su precaria y desesperada situación en esta ciudad.

Pero no puedo evitar sentirme la depositaria de ese ruego: “Ten piedad de mí”.

Ajusto el control de navegación del campo y desciendo hasta ubicarme a unos centímetros del suelo.

De cerca es aún más conmovedora. Las enormes ojeras oscuras remarcan las dos aguamarinas que tiene por ojos. Y yo me pierdo en ellos casi como en el ojo del vitral, a medio camino entre la compasión y la admiración.

Los alquimistas creían que las gemas de aguamarina evitaban el envenenamiento. Tal vez esa sea su protección… Sonrío. Le sonrío. Entonces miro su figura diminuta, las clavículas, los huesos de los pómulos, los codos, todo su soporte óseo que parece pugnar por salírsele del cuerpo blanco-amarillento.

Me duele la cabeza y me siento mareada. ¿Acaso la piedra de los marineros impedía el vértigo?

La chica se levanta y comienza a caminar sobre el laberinto. Un dificultoso paso detrás del otro. Aquello es una peregrinación, un símbolo: perderse para encontrarse.

Vuelvo a elevarme, flotando como un ángel lejos de ella, arriba, hacia el rosetón de esa extraña entrada que mira al revés, que mira hacia el fin: al poniente.

Mis oídos están tan agudizados por la fiebre que puedo oír el roce de sus pies mugrientos y su ropa sobre la piedra. Trastabilla. Incluso llego a pensar que ha caído. Pero sé que la chica es perseverante: éste es el tercer día que pasa en la catedral, rezando, llorando, peregrinando.

Me obligo a no mirarla. No puedo hacer nada por ella. Tarde o temprano será otro número que alimentará la estadística de la peor peste en la historia humana. Y desde mi punto de vista temporal, ella hace más de dos mil años que está muerta.

“Un fantasma. Eso es todo lo que significa para mí”. Así intento convencerme. Necesito terminar las mediciones. Necesito regresar a mi época.

Pero claro que oigo sus gemidos al levantarse y proseguir su sendero de vueltas y más vueltas. “Gemidos de fantasmas”, me digo, y endurezco mi voluntad.

Al finalizar mi trabajo con los dos medallones del vitral, me dispongo a ocupar mi sitio en los contrafuertes externos. Pero la lluvia arrecia y mi salud no es la mejor, de modo que me decido a pernoctar en el triforio.

Como unas cápsulas hidronutrientes y me inyecto el tercer antipirético en dos horas. Si no supiera que me inocularon y que no he tocado a nadie, juraría que esta fiebre es fruto del contagio.

Entonces, sin quitarme el camuflaje, espero a que las drogas logren paliar al menos ínfimamente mi deplorable estado.

Me ubico en un exiguo rincón entre dos columnas y me quedo dormida casi de inmediato. Apenas cierro los ojos ella está frente a mí.

En mis sueños de fiebre ella es hermosa, saludable, limpia. Camina por una pradera muy verde, recogiendo flores como en un cuadro de Waterhouse. El viento despeinando su larga cabellera de miel y jugando con sus ropas blancas y lavanda.

Me acerco a ella inadvertidamente pues aún le es imposible verme. Al mirarla de cerca no logro diferenciar el firmamento de sus ojos, pero sus pupilas se encuentran labradas con el vitral oeste de la catedral. Demonios y ángeles luchan entre sí bajo la atenta mirada de un león, un toro y un águila.

Entonces el cielo se oscurece sobre nuestras cabezas. Fuertes truenos retumban hasta hacernos trastabillar. Intento tomarla entre mis brazos para evitar que caiga al piso pero ella sale flotando lejos de mí, como si una cuerda la jalase hacia atrás.

Corro tras la chica como nunca lo he hecho en mi vida, y penetro en un yermo, un páramo desolado cuyo suelo de piedras rezuma un líquido negro como sangre pútrida.

Cada paso que doy hacia ella me cuesta el doble que el anterior. Cuando estoy lo suficientemente cerca advierto que sus ojos ya no son del celeste cielo de primavera, sino de un rojo similar a las ropas del Salvador: rubíes encarnados, más rojos que toda la sangre del mundo. Su cabello flota alrededor de su cabeza como el halo dorado de un ángel o las serpientes de una Gorgona. Y ella grita, grita horriblemente mientras las lenguas de fuego lamen su piel cetrina, y ponen al rojo vivo las cadenas que la sujetan al poste.

“¡Bruja!” grita la muchedumbre. Y el cielo y la tierra se hacen eco una y otra vez de esa palabra. Es como si ella estuviese en el centro de una esfera perfecta y la acusación proviniese desde todo punto posible.

Entonces me despierto, sudando entre temblores.

—¡Bruja!, ¡bruja!

Tardo unos segundos en comprender que los gritos son reales y provienen de la gran nave de la catedral.

Mareada por la fiebre me asomo al balcón. Un par de hombres llevan a Claudine a la rastra. Ella retuerce su cuerpo como una serpiente, intentando liberarse.

Sin pensarlo me arrojo al vacío y reconecto la flotación del campo gaugínico. Sin tocar el suelo avanzo hacia el grupo que vocifera. Afuera hay más, muchos más.

La pierdo de vista. Me elevo para ubicarla. Aún no sé qué voy a hacer. En realidad no puedo hacer nada. Para mí, para mi tiempo, para mi mundo, esta chica hace siglos que está muerta.

A mis ojos afiebrados los rostros de la muchedumbre son como gárgolas hambrientas y grotescas. ¿Qué harán con ella?

A unos 150 metros de la catedral discurre uno de los brazos del río Eure. Un pequeño puente de piedra lo cruza. Finalmente la veo parada en el borde, muda, los ojos celestes muy abiertos viendo hacia abajo. Veo la cuerda en su cuello, las rocas depositadas en los pliegues de su ropa. Floto hasta su lado, ella apenas si susurra: "Ayez pitié de moi". Y entonces, el empujón.

—¡Claudine! —el grito sale de mi garganta por su propia cuenta.

La gente retrocede ante la voz celestial.

Me hundo en el agua tras ella, le quito la cuerda que ya la está ahorcando, arranco sus ropas cargadas de peso y extiendo el campo gaugínico a su alrededor: adentro hay aire. Me la llevo de allí, flotando bajo la corriente del Eure. No sé a dónde ir y, sin pensarlo, vuelvo al único sitio que conozco: la catedral.

El ojo occidental me mira: ¿Qué pienso hacer con ella? ¿Respira siquiera?

"No lo sé... ¡No lo sé!" Le grito. Si pudiera arrancaría ese ojo multicolor de vidrio y lo traería conmigo, con ella.

Desciendo a la cripta con Claudine en brazos. La carga es grande a pesar de su delgadez. Estoy demasiado débil por la constante fiebre.

Arriba la gente entra a los gritos por la puerta principal, sin embargo pronto se silencian. Puedo oír las campanadas… ¿Qué vieron allí arriba, entre los tres ábsides? ¿El gran ojo ausente? ¿O tal vez es que sacaron únicamente ropas vacías y una cuerda rota del río? ¡La bruja ha escapado! ¡Sí, eso debe ser!

Escucho las oraciones, monótonas, rítmicas, casi obsesivas. El cuchicheo y, finalmente, los pasos.

Doy vueltas por la cripta como un animal acorralado. Es enorme: capa tras capa se amontona sobre sí misma, siglo tras siglo, desde los romanos hasta este momento, como un juego de encastres.

Finalmente encuentro lo que busco: el foso.

La chica parece muerta pero tiene que estar desmayada, ¡tiene que estarlo!, y la arrojo al interior del hueco de piedra. Siento el ruido de su cuerpo golpeando el agua casi como el tintinear del vidrio al hacerse añicos. El lugar está muy frío y oscuro, me lanzo inmediatamente detrás de ella. Un ángel cayendo.

Maniobro hasta que doy con la figura semihundida de Claudine. Sostengo su cabeza fuera del agua y la incorporo a mi campo gaugínico una vez más. Entonces dejo que nos hundamos. El campo nos proveerá del oxígeno necesario bajo el agua.

Con fiebre y dolor, tiemblo y espero, mientras envuelvo en mis brazos su cuerpo desnudo y lánguido.

El camino hasta el fondo es largo, muy largo.

Un arañazo como de vidrios rotos me da de lleno en la cara. Garras largas y verdes que dejan cuatro surcos de dolor en mi rostro. Unos ojos rojos me miran con fijeza, sin parpadear. Finos hilos de oro se retuercen alrededor de mí, envolviéndome. Hay un halo de plumas blancas ante mis ojos y estrellas azules, muy azules. El mundo oscila.

Despierto… ¿Despierto?

Los ojos se vuelven celestes, las garras son dedos largos y suaves, el metal es cabello, las plumas son su clara piel, las estrellas son burbujas atrapadas en el agua.

Su boca encuentra la mía.

Siento desesperación y dulzura en ese beso. Ella ni siquiera puede verme en esta oscuridad. No sabe a quién o a qué está besando. La aparto gentilmente. Ella intenta asirme. Ambas giramos ingrávidas en el seno oscuro e impenetrable del agua del foso. Aquí no hay arriba ni abajo, sólo líquido; líquido y fiebre.

Ella extiende sus manos hacia mí nuevamente, insiste casi con desesperación, tantea, me toma la cara, vuelve a besarme.

Yo ya no respondo de mí.

La abrazo fuertemente, la sujeto contra mi cuerpo para que reconozca que soy como ella. Pero cuando no me rechaza, me asombro. Entonces le devuelvo el beso con frenética pasión, enredando mis dedos en su pelo, apretando sus labios hasta que duele, entrando en su boca con un suspiro de libertad.

El beso es largo, torpe, maravilloso.

—Claudine —susurro a su oído.

Ella se sobresalta.

La suelto de inmediato. Pero la chica vuelve a atraerme hacia ella y responde con voz dócil y blanda:

—Comment savez-vous mon prénom, ma sœur?

“¿Hermana?”, pienso, “jamás nadie me llamó así”. Sonrío en la oscuridad. Tal vez ésa es la única categoría en la que su mente puede colocarme. Soy mujer, como ella, pero no nos comportamos como las otras mujeres que conoce. ¿O sí?

Después de todo, un vidrio también puede ser un espejo.

—Te he visto mientras orabas —le explico— y he escuchado tu propio nombre en tus oraciones cuando flotaba invisible en el aire como ahora lo hacemos en el agua.

Ella espera a que mi extraña lengua le aclare algo, y el campo gaugínico lo traduce por mí.

—Êtes-vous un ange? —responde al fin— Mais vous êtes très chaud!

—¿Un ángel? —contesto— ¡No, no, no, mi querida niña, no soy un ángel!

El campo traduce. Su respuesta es otro beso: profundo, húmedo, pleno, experto.

Mientras me besa, mi mente afiebrada sigue viendo sus ojos ora rojos, ora celestes, en una superposición constante. Ella duda de que yo sea un ángel porque mi piel es demasiado caliente, como la de un demonio, supongo. Su mente oscila entre esas especies una y otra vez, como toda esta época, como todo este mundo.

Permito que ella tome la iniciativa. Dejo en sus manos las caricias, los rasguños, los roces, el tanteo sobre mi extraña ropa cuyos cierres al fin acierta a descifrar con una risa como de niña.

En la ingrávida oscuridad la siento acariciarme, lamerme, morderme. El agua chapotea a nuestro alrededor, fría, densa, y oscura como tinta vítrea. No hay otro sonido que el de nuestras respiraciones agitadas dentro de la burbuja de aire del campo compartido.

Mis pensamientos divagan tanto como lo hace mi boca por su cuerpo. Ella no me ha visto, no sabe aún de mi piel violácea oscura, del color de un moretón, de mis ojos inyectados en sangre, de mi cabello que ha empezado a volverse gris. ¿Qué sucederá cuando me vea a plena luz? Ya no seré para ella un ángel. Ni siquiera un demonio.

Mi piel arde de fiebre, de pasión. La cabeza me da vueltas en un vértigo sin fin.

Ella guía mi boca hasta sus pechos pequeñitos y blandos como frutas pasadas, y ahora soy yo la que se sorprende:

—¡Oh, mi pobrecilla! —Exclamo en un susurro conmovido— ¡Cuánto, cuánto debes de haber sufrido, mi pequeña!

Pero ella me silencia llevándome de nuevo a sus pechos, alimentándome generosamente de ellos. Su leche sabe a vida perdida, a agria decepción, a vidrio insípido. No me importa, nada me importa.

Saciada, emprendo en juegos suaves, pero ella es más fuerte de lo que imagino y torna nuestro encuentro íntimo en algo violento, salvaje, por momentos doloroso.

Las palabras surgen de mi boca sin que pueda contenerlas:

—Día tras día viéndote sobre el laberinto, mientras flotaba sobre tu cabeza. Extasiada frente al vitral y aún más extasiada frente a ti, hermosura mía.

Ella replica en un frenesí que no da cuenta de su hambre ni de su debilidad:

—Oh sœur, ma sœur sorcière!

¿Hermana bruja?… mi bienamada me confunde, pero no me importa. Ya habrá tiempo de explicarle cuando salgamos de aquí, de este pozo, cuando la lleve conmigo a mi tiempo y la resarza de tanto sufrimiento y dolor. No me importan la ley ni el castigo.

—Oye lo que ahora te prometo —susurro en su oído—: pronto verás la catedral volverse anciana ante tus ojos y los vidrios gotear sus colores como agua de lluvia. Pronto verás los siglos transcurrir como segundos.

Siento cómo sonríe contra mi boca. Entonces me muerde y me besa, y pasa su rostro por mi sangre fresca. Luego muerde su propio labio y me embadurna la cara con su sangre que huele a hierro y a jazmines.

"¡Tú me has prometido mucho más que eso, sin saberlo! ¡Mi Leonora, mi hermana!"

Su voz se ahoga en la fiebre y el éxtasis que arremeten sin piedad sobre mí. Y tardo demasiado en comprender que esa voz ha hablado dentro de mi mente.

El agua burbujea a nuestro alrededor. Por primera vez tengo miedo.

¿Cómo puede conocer ella mi nombre?

Siento decenas de gruesos tentáculos oprimiendo mis extremidades hasta acalambrarlas. Su rostro se ilumina de pronto con una luz que emerge desde las profundidades del pozo.

Su escuálido cuerpo de mujercita se ha transfigurado: ojos rojos de vidrio derretido, piel verde, pelo como de plomo, fino, lacerante, duro. No hay manos ni piernas, sólo tentáculos que me aferran con blancas ventosas cortantes.

"Es la fiebre", pienso, "la fiebre". Es preciso que me atiendan los médicos de mi tiempo. A mí y a ella que está tan débil que sus huesos parecen asomar por su piel.

Inicio el protocolo de regreso. El campo gaugínico vibra en torno nuestro, y mientas se comprime, iniciando el salto temporal, siento su voz. O tal vez es mi imaginación:

—Vous êtes ma douce sorcière. Et je suis votre fidèle épouse, ma Leonora!

Yo, su dulce bruja... Ella, mi fiel esposa...

Pronto estaremos en el futuro. Ella aprenderá, verá la verdad: que las brujas no existen, que le han hecho creer que ella lo es de tanto inculcárselo, de tanto perseguirla, de tanto hacerla sentirse culpable por sobrevivir.

Cuando estemos en mi época nos veremos ambas libres de estas ridículas y horripilantes cacerías de brujas, libres de supersticiones, libres de prejuicios, libres de la peste…

¡Oh, mi Claudine!: benigna y terrible, bella y horrenda, dulce y salvaje, viva y muerta.

Ahora la veo como si estuviese hecha de vidrio, vidrio verde y blanco, demonio y ángel en un solo cuerpo. Como yo: un querubín, un divino monstruo frío y caliente, rígido y fluyente a la vez…

Mi mente delira en la fiebre extrema: ¿Y si lo que tengo en mis brazos no es un ser humano sino un trozo del vitral? ¿Y si es de eso de lo que me he enamorado? Entonces, ¿dónde está Claudine? ¿Existe?

Mi hermana... mi espejo.

Mientras avanzamos en el tiempo, ella fluye sobre mí, bañándome de su ser.

Entonces vuelvo a escuchar su voz tintineante y cristalina provenir de cada centímetro de mi piel bañada en su viscoso vidrio líquido: “¿Es que no eres feliz, hermana mía?”

“Es la fiebre”, me repito.

Y su sonrisa corona la frase mientras nos rodeamos con nuestros brazos, nos atraemos hacia nuestros cuerpos, y apoyamos nuestras cabezas la una en el hombro de la otra. Bilaterales como en un vidrio espejado. Nuestras mutuas respiraciones en un abrazo apacible, pleno. El frescor de su piel vigorizándome, el calor de la mía revitalizándola.

“¡Oh aquí estás, mi bella! ¿Cómo pude haberlo dudado?”, pensamos.

—¡Claro que soy feliz! —grito extasiada. Y, mientras avanzo en el tiempo y me convulsiono, un coagulado vidrio negro, como la peste, empieza a fluir de mi boca.





Blanca en la noche

Por Luciano Doti

Ilustrador: Judith Vergara García (Perú)

El auto había girado en la esquina y parecía irse. La tormenta que se avecinaba era suficiente motivo para abandonar el lugar. De todas formas, no podrían ver mucho cuando se desatara el aguacero sobre ellos. En el hipotético caso de que eso que venían a buscar existiera, sería mejor hallarlo en una noche más clara. Así que, Lucas tomó la calle que lo alejaría del sitio, pero Paola hizo que tuviera que volver.

—Demos una vuelta más.

—¿No te parece que ya dimos unas cuantas vueltas?

—Sólo una más...

—Bueno, está bien, si no voy a tener que aguantarte todo el camino de regreso quejándote porque no te di el gusto.

En seguida, Lucas dio la vuelta, y cuando ya se dirigían otra vez a pasar frente a la vieja capilla, unas gotas cayeron sobre el parabrisas.

—Ahora sí que aunque aparezca no la vamos a ver.

—¿Por qué no?

—Por la lluvia, si ya era difícil verla sin lluvia…

—Dicen que en las noches de tormenta es más factible que sucedan esta clase de fenómenos paranormales.

—Superstición, todo esto es mitología barata.

La lluvia se había hecho más tupida. Doblaron en la esquina de la vieja capilla. Llovía a cántaros.

—Te lo dije, no se ve nada —dijo Lucas.

A decir verdad, al muchacho no le faltaba razón; entre la oscuridad y la lluvia el sitio se asemejaba una auténtica boca de lobo. De pronto, un relámpago iluminó el lugar. Frente a la entrada de la capilla, la figura de una dama apareció como un fantasma, durando la imagen el instante que dura el relámpago, luego volvió la oscuridad y el poderoso sonido del trueno.

—¿La viste? —preguntó Paola, su voz llevaba una carga de excitación.

—¿Si vi qué? —respondió preguntando Lucas.

—A la mujer.

—¿Qué mujer?

—La que apareció ahí, en la entrada de la capilla.

—Yo no vi nada.

—Pasemos otra vez.

—No, ya basta, nos vamos. Otro día si querés volvemos y entramos.

—Está bien, pero te juro que la vi.

—Quizás era una mujer de la calle que entró ahí para guarecerse de la lluvia.

—No me pareció eso. Además, el portón está cerrado.

—¿Por qué no?

—Por su aspecto, era una mujer joven, lánguida, con un vestido blanco; su piel era tan blanca como el vestido, y su cabello negro, muy negro y lacio, se mecía con el viento.

—¿Cómo pudiste ver todo eso en un instante?

—Fue un instante que pareció eterno. Estoy segura de que esa mujer vino de un tiempo remoto; está ahí ahora, pero pertenece a otra época. Algo la tiene atrapada.

Llegaron al departamento de ella, la tormenta continuaba. Una vez dentro, Paola siguió hablando del asunto.

—Te voy a mostrar el artículo en el diario donde viene relatada toda la historia.

—Es muy tarde.

—Pero es cortito, no nos llevará mucho tiempo.

Paola fue al cuarto contiguo y apareció con un recorte de diario, efectivamente se trataba de la historia de la chica fantasma. A continuación, comenzó a leer en voz alta. Lucas se sentó en el sillón junto a ella, y se dejó atrapar por el relato.

“Leonor era una chica de clase alta, aunque las cosas no habían andado muy bien para su familia últimamente; su situación económica ya no era tan opulenta como en tiempos pasados. Cometió el error de enamorarse de un joven cuyo estado patrimonial era tanto o más angustiante que el de su familia. Este muchacho era un año menor que ella. Así y todo, lo amaba y quería casarse con él; pero su padre no aprobó el matrimonio.

La cosa no terminó allí, porque el padre no se contentó con haber impedido la boda de su hija con el hombre que amaba, sino que además le arregló un matrimonio con un rico hacendado bonaerense. Este señor, viudo, con tres hijos y unas tres décadas más que la joven Leonor, era el candidato ideal, según su padre, para recuperar la dilapidada fortuna familiar. Leonor lloró, se lamentó, intentó que su padre entrara en razón, hasta que finalmente se resignó a cumplir con su destino.

Ya nada podría detener la boda, al menos eso creían ellos. El futuro cónyuge de la joven hizo construir una mansión donde vivirían junto a sus tres hijos y los que Dios enviara. Cuando la mansión estuvo concluida, se fijó fecha para el enlace.

En la iglesia se reunió la crema de Buenos Aires. Una vez que ocuparon sus sitios, el novio apareció en el altar. Entonces, en el órgano sonaron los primeros acordes de ‘Bello Danubio Azul’, vals vienés y canción romántica por excelencia. Todo parecía estar dispuesto

para el deleite, debía ser una jornada llena de gozo; la familia de la joven recuperaba su posición económica, el flamante marido contraía matrimonio con una de las damas más bellas de la sociedad porteña, y ella, Leonor, ya parecía haber olvidado a su antiguo novio, y hasta parecía estar disfrutando de las atenciones y cuidados que el nuevo estaba teniendo para con ella y su familia.

Así que, todos se mostraban felices. Todos excepto uno: el antiguo novio de Leonor, que se mezcló con los invitados dentro de la iglesia, a pesar de que él no había sido participado. Una vez allí dentro, aguardó a que apareciera su perdido amor; llevaba una pistola cargada debajo de su saco. Finalmente, Leonor se presentó del brazo de su padre. Vestía un hermoso vestido blanco largo hasta el piso; el blanco puro y resplandeciente de su piel y su vestido contrastaba con el negro de su lacio cabello. Avanzaron por la alfombra roja que surcaba el centro de la nave principal del templo. Al final del camino la esperaba quien debía convertirse en su esposo. Pero el antiguo novio se interpuso. Al pasar frente a la fila donde se hallaba él, éste disparó. El vestido de Leonor se llenó de sangre. El muchacho, no se sabe si al ver a su amada desangrarse o porque ya lo tenía decidido, se suicidó, se disparó el mismo un tiro en la cabeza, sin dar tiempo a que los hombres presentes lo mataran por revanchismo; el asesino murió pensando que había impedido la boda. Pero no fue así, porque el padre de Leonor, mostrando un gran temple, aunque quizás movido por la codicia que le despertaba ser el suegro de su acaudalado futuro yerno, le pidió al cura que llevara a cabo la sagrada unión como estaba previsto, dado que su hija aún vivía. La pareja se casó, y pocos minutos después, Leonor falleció.

El marido no quiso mudarse a la nueva mansión, así que la convirtió en una capilla e hizo que el cuerpo de su esposa se depositara allí, en una especie de mausoleo construido especialmente para tal fin. Desde entonces, han circulado las historias de quienes aseguran que a veces, por las noches, la joven Leonor se pasea por la capilla, enfundada en su ya famoso vestido blanco que utilizara en la boda fatal.”

—Bueno, ¿qué te pareció? —preguntó Paola a Lucas, quien había escuchado toda la historia sin interrumpir.

—No sé, la historia es buena, pero me parece que el periodista que escribió la nota es un escritor frustrado y se mandó un relato literario.

—Eso no importa, aun en el supuesto caso de que el periodista le haya agregado un poco de arte literario a la nota, puede que lo del fantasma sea cierto.

—Ahí está el problema, porque para mí justamente es en el final, cuando menciona lo de las apariciones de la chica, que la historia se vuelve irreal. Lo demás lo creo, es obvio que se trata de una historia real, no hay razón para ponerla en duda.

—O sea que seguís sin creer en fantasmas.

—Bueno, sí. Pero, decime, Pao, ¿por qué te interesa tanto esta historia?

—Tengo motivos para interesarme.

—¿Cuáles?

—Es que si te los cuento, como sos tan escéptico, te vas a burlar.

—No, no me burlo.

—Bueno, la cuestión es que la chica, Leonor, era hermana de mi bisabuela.

—¡Ah, mirá vos!, la señorita Paola tiene sangre patricia —dijo Lucas con tono socarrón— ¿Pensás comunicarte con tus antepasados?

—¿Ves?, ya te estás burlando.

—No me burlo, es sólo que todo esto parece robado de un capítulo de"The Twilight Zone".

—¿Querés escuchar el resto?

—¿Qué, hay más? —sin esperar la respuesta de Paola, la alentó para que le continuara contando— Dale, contame.

—La otra noche tuve un sueño.

—¿Qué otra noche?

—No sé, fue la semana pasada. Bueno, así que en ese sueño apareció la hermana de mi bisabuela; siempre con su vestido blanco, la misma imagen que vi hoy en medio de la tormenta. Ella me habló. En el sueño, Leonor extendió sus brazos hacia mí, en un gesto de

súplica, y dijo unas palabras; no pude entender lo que me decía, pero estoy segura de que me pedía ayuda. Entonces, si a ese sueño le sumamos el episodio de hoy, creo que tengo una especie de conexión con ella. Sólo me falta averiguar qué es lo que pretende de mí y de qué manera puedo ayudarla.

—¿Cómo pensás averiguar eso?

—Volviendo a la casa, me dijiste que me llevarías. ¿Lo harás?

—Sí, mañana, ahora vamos a dormir.

—Sí, vamos a la cama.

La pareja se fue a la cama. Paola se quitó los pantalones y se quedó en remera y tanga. Lucas la imitó y se dejó el calzoncillo como única vestimenta; luego se acostó y observó a su novia, quien ya reposaba con su cabeza sobre la almohada. Algo le llamó la atención. Recordó el relato que, hasta hace un momento, había estado leyendo Paola: ”...el blanco puro y resplandeciente de su piel y vestido contrastaba con el negro de su lacio cabello...”. Volvió a escrutar a su novia de arriba hasta abajo y se sobresaltó al notar cuán parecida era ella, bajo la sábana tan blanca como su piel, con su lacio cabello negro. Por un momento llegó a pensar que se trataba de algo revelador y sobrenatural, una coincidencia que escapaba a las leyes del entendimiento racional, por primera vez comenzaba a creer en un hecho así. Pero luego dedujo que nada extraño podía haber en que una chica se parezca a su tía-bisabuela, simple herencia genética, pensó, y se durmió junto a ella.

Afuera la lluvia continuaba con su infatigable tarea de mojar las calles de la ciudad, mientras el viento, dueño de todo, sacudía las copas de los árboles a su voluntad. Paola despertó. El ruido del viento y la lluvia le llegaba como algo lejano y húmedo, haciéndole disfrutar más del calor y sequedad de la cama. De inmediato se aferró a la sábana y se durmió nuevamente. La tormenta siguió un rato más, pero ella ya no volvió a despertar sino a la mañana siguiente, cuando abrió sus ojos asustada por haber soñado, otra vez, con Leonor.

En ese sueño, Paola se hallaba al principio en la vereda de la capilla. El enrejado portón de la entrada tenía sus dos hojas abiertas, no de par en par, sino en un ángulo de aproximadamente 45 grados. Entonces, Paola ingresó al jardín y comenzó a recorrer el sendero, cuyo derrotero culminaba en la corta, pero ancha, escalinata de mármol. Una vez trepados esos escasos escalones, estaba en el zaguán y allí mismo la imponente puerta de entrada, también de dos hojas en roble tallado con una redondeada arcada en su parte superior. Estaba cerrada, pero Paola la empujó hacia dentro por su manijón de bronce y la puerta cedió. Cuando se halló en la sala, contempló todo parada en el centro del amplio ambiente, observó detenidamente las ornamentaciones en yeso de la comisura entre el cielo raso y la pared, la araña de cristal, traída desde Paris, y la escalera, de roble al igual que la puerta, tanto sus escalones como la balaustrada. Obnubilada estaba Paola ante tanto lujo, y absorta quedó luego cuando, desde lo alto de dicha escalera, comenzó a descender "ella" con su vestido blanco. Sin apuro recorrió uno por uno todos los escalones hasta abajo, luego se paró frente a Paola:

—Sos igual a mí ¬—dijo Leonor.

—Sí, eso creo —respondió Paola.

—¿Te gusta mi vestido?

—Sí, es bonito.

—¿Me ayudás a recuperarlo?

—¿Qué?

—Si me ayudás a recuperarlo.

—¿Quién lo tiene?

—Alguien de la familia, sos vos la que tiene que averiguarlo.

—¿Y por qué yo?

—Porque entre vos y yo hay una conexión especial. Algo que si yo te lo explicara ahora, no entenderías. A menudo pasa que las personas, en un determinado momento de la vida, tienen que hacer cierta cosa que a alguno de sus antepasados le quedó pendiente. Creo que tu momento es ahora, de lo contrario no estarías soñando esto.

Paola despertó asustada, por haber soñado con Leonor, y enseguida despertó a Lucas, que dormía junto a ella.

—¡Lucas, despertá!

—¿Qué pasa?

—Tuve un sueño revelador. Soñé con la hermana de mi bisabuela.

—¿Otra vez?

—Sí, tengo que ir a visitar a mi abuela para preguntarle algo de la familia.

—Bueno, ¿cuándo vas?

—Ahora.

—¿Ahora?

—Sí, vos quedate acá, cuando vuelva te explico todo.

Paola llegó al edificio donde vive su abuela e hizo sonar el timbre del portero eléctrico. Luego, una voz, que no era la de su abuela sino la de la mucama, se oyó a través del aparato de acero.

—¿Sí, qué desea?

—Soy Paola, la nieta de Silvina.

—Subí nomás —dijo la mucama. Paola notó una marcada tonada paraguaya en la voz de la mucama, algo a lo que nunca antes le había prestado atención.

Subió en el ascensor. No tuvo acompañante extra en su trayecto al quinto piso. Al llegar a dicho piso, abrió la puerta y se dirigió al departamento de su abuela, en cuya puerta la aguardaba la mucama guaraní. Una vez que la hizo pasar, le dijo:

—La señora se está levantando para tomar el desayuno, si la esperás cinco minutos ya te atiende. ¿Por qué no pasás al comedor diario y la esperás sentada en la mesa?

—Sí, está bien, la voy a esperar ahí.

Lucas se quedó preocupado con el asunto del fantasma. No sabía si su novia se estaba volviendo loca o si la historia ésa era real, en cualquier caso un poco de asesoramiento no le vendría mal. Así que tomo valor y se dirigió a la parroquia de la escuela donde había cursado el secundario. Una vez allí, pidió hablar con el Padre José.

—¿Qué te trae por acá, Lucas?

—Tengo una inquietud, y creo que usted me la puede aclarar.

—Bueno, ojalá pueda. ¿Qué te anda pasando?

—No sé por dónde empezar.

—Empezá por el principio —le dijo el cura, y Lucas comenzó a narrarle todo con lujos y detalles.

Lo mismo hizo Paola con su abuela, le contó todo, y al finalizar el relato le preguntó por el vestido blanco de Leonor.

—Ah, sí, el famoso vestido de mi tía. Lo tengo yo.

—¿Dónde?

—En uno de mis roperos, ¿en qué otro lugar?

—¿Puedo verlo?

—¡Claro!, y si querés podés llevarlo.

—¿Estás segura de que querés prestármelo?

—Sí, Pao, ese vestido es de la familia, pertenece tanto a vos como a mí.

—Entonces me lo llevo.

—Ni una palabra más. Voy a decirle a Carmen que te lo dé en una bolsa. El vestido tiene como otro color donde se manchó con la sangre, lo lavamos muchas veces, pero la mancha se resiste a irse del todo.

—¿Querés decir que la mancha aún...?

—No, no, es sólo como si fuera otro tono de blanco, más amarillento. Casi ni se nota. Podés probar con los jabones blanqueadores que hay ahora. Si lográs quitarle la mancha, lo podrías usar vos. Tenés la misma talla que ella.

—En realidad preferiría aclarar primero lo del sueño. ¿Qué me quiso decir Leonor con recuperarlo?

Ni bien su abuela la escuchó, una expresión de preocupación invadió su rostro, dándole un semblante que Paola percibió enseguida.

—¿Qué pasa abuela?

—Nada, sólo que... quizás haya sido sólo un sueño.

—Sí, pero quiero averiguarlo.

—¿Cómo pensás averiguarlo?

—Aún no lo sé —en realidad sabía que iría esa noche a la capilla, pero no se lo dijo a su abuela para no preocuparla.

—Con cualquier cosa que decidas hacer... tené cuidado.

—Lo tendré —dijo Paola, y se marchó con la bolsa que le alcanzó la mucama.

En la parroquia, Lucas terminó de contarle todo al cura, y éste le dijo:

—Mirá, en esto de las apariciones hay que andar con mucho cuidado, al obispo no le gusta que alentemos este tipo de creencias en los fieles, pero te digo que no es la primera vez que escucho algo así. Cuando una persona muere por causas antinaturales, suele quedarse atrapada en esta dimensión, es como si su alma no estuviera lista para irse. Lo que se puede hacer es rezar por ella, para que su alma alcance la paz que, sin dudas, debe estar necesitando.

—Entonces, ¿me recomienda que rece?

—Sí, y si es necesario yo mismo puedo ir a esa capilla y rociar un poco de agua bendita diciendo algunas palabras.

—Como un exorcismo.

—No, no como un exorcismo, quitate eso de la cabeza. Sólo para dar una bendición que le ayude a encontrar su camino.

—Muy bien, Padre, eso era todo.

—Ya sabés donde encontrarme, no dudés en llamarme si me necesitás. Ahora andá con tu novia, ambos precisan descansar.

Lucas regresó al departamento de Paola y aguardó a que ella retornara de lo de su abuela. Una vez que ella llegó, ni por asomo se le ocurrió decirle que había estado consultando el caso con un sacerdote. Ella le mostró la bolsa con el vestido y le contó que, en el sueño, su bisabuela se lo había pedido; luego intentó discutir con él de qué manera podría devolvérselo. Lucas sugirió que lo mejor sería ir a la capilla y dejarlo sobre el cenotafio en que se hallaban los restos de la malograda Leonor. Paola aceptó.

Al caer el sol, cuando la noche comenzó a descender sobre Buenos Aires, ellos se dirigieron a la vieja mansión-capilla en cuestión. El auto giró una vez más en la esquina y la figura recortada de la antigua edificación, de estilo señorial, apareció ante ellos. Estacionaron en el frente, a esa hora era fácil encontrar sitio para hacerlo. Bajaron del vehículo. Lucas se aseguró de dejar bien cerradas las puertas y ventanillas del rodado, debido a que en la zona sur de la ciudad, durante la noche, eran frecuentes los robos de autos. Paola le pidió que se apure. Ella llevaba en sus manos la bolsa con el vestido; lo hacía con sus dos brazos extendidos hacia delante, las palmas de las manos hacia arriba y el vestido sobre ellas; embolsado claro, es decir, lo llevaba como un paquete. Iba ella un poco más adelante, pero caminaba despacio para darle oportunidad a Lucas de alcanzarla. Las dos hojas del portón de entrada la recibieron entornadas en un ángulo de 45 grados, luego se extendía el sendero; en la mitad del mismo la alcanzó Lucas, se le puso a la par y juntos recorrieron los metros que restaban hasta la escalinata de mármol. Treparon los escalones y, como en el sueño, la puerta de roble estaba cerrada, pero cedió al empujar ella el manijón de bronce. Una vez dentro, se percataron de que estaban solos, y ambos quedaron deleitados, Lucas por el lujo que tenía frente a sus ojos, y Paola porque era toda la decoración tal cual ella la había soñado, desde las ornamentaciones junto al cielo raso, hasta la balaustrada de la escalera de roble. Aunque

pendía de una pared un objeto al cual no le había prestado atención en el sueño: un retrato de Leonor; Paola se sorprendió al comprobar una vez más cuán parecidas eran ellas dos. En el retrato, la tía-bisabuela estaba ataviada con su vestido blanco de bodas; Paola dedujo que se trataba de una pintura hecha post-mortem, dado que no habiendo Leonor sobrevivido a la boda, en ningún caso podría haberse hecho retratar con dicho vestido, a no ser que lo hubiera estrenado antes sólo para tal fin. Entonces, tuvo una idea: probárselo ella. Quería lucir tan bella como Leonor, luego cumpliría con la misión de devolverlo para que su alma pudiera descansar en paz.

—Esperame un momento acá —le dijo a Lucas, y se fue a cambiar subiendo la escalera.

—Aquí estaré —ensayó como toda respuesta Lucas.

A los pocos minutos, la figura de Paola reapareció en lo alto de la escalera luciendo el famoso vestido, a Lucas le quitó el aliento ver a su novia enfundada en él. Luego ella descendió uno por uno los escalones, y ya abajo, en la sala, se paró frente a él; éste la abrazó y la besó. Cuando terminaron de besarse, la joven lo miró a los ojos.

—Hacía mucho tiempo que no me besaban —le dijo ella.

—¿Qué estás diciendo? ¡Te beso todos los días! —respondió Lucas sorprendido.

—No a mí.

—¿Y a quién beso entonces?

—A Paola.

—Basta de bromas, Paola.

—Creés que soy ella, ¿no?

—Si no sos Paola, ¿quién sos?

—Leonor.

—No seas estúpida.

—¿Por que me agredís? Deberías seguir besándome. Necesito que me devuelvas la felicidad que me quitaron el día de mi boda.

—Paola, esto no es gracioso.

—Claro que no es gracioso, pero llamame Leonor.

—Vos no sos Leonor.

—Sí lo soy.

—¿Y dónde está Paola?

—Se ha ido.

—Esto es una locura.

—No, no lo es. Sólo estás un poco confundido, pero te acostumbrarás —dijo la joven, y vio que Lucas comenzaba a irse— ¿A dónde vas? —le preguntó.

—A buscar ayuda.

Lucas salió apresurado, subió a su auto y se dirigió a la parroquia, donde le pediría al cura que lo acompañe a la capilla, para aclarar si la que estaba allí era Leonor o, de lo contrario, su novia había enloquecido. ¿Es que acaso era posible que el espíritu de una mujer muerta hace más de un siglo usurpara el cuerpo de su sobrina-bisnieta? A esta altura del partido, estaba dispuesto a creer cualquier cosa, sólo deseaba volver a estar con Paola y para ello haría cualquier cosa, aun ir a pedirle ayuda a un cura, para que hiciera un exorcismo o algo por el estilo; en fin, algo en lo que pocos días atrás no creía. Llegó a la parroquia, le explicó la situación al cura y salieron raudamente de regreso a la capilla.

Cuando estuvieron allí, comprobaron que la joven seguía en el salón, el cura se acercó a ella y le espetó:

—¿Quién sos?

—Leonor.

—Si realmente sos Leonor, no deberías estar aquí, y lo sabés.

—Quiero recuperar la vida que me quitaron.

—Eso no es posible, vos moriste hace mucho tiempo y debés marcharte. Si te vas ahora, el Señor te perdonará. Arrepentite, todavía estás a tiempo de salvar tu alma.

—No quiero salvar mi alma, quiero vivir.

—Si seguís la luz, hallarás la vida eterna.

—¡No! —gritó la joven, y el cura comenzó a rezar una plegaria. Al acabarla, él le gritó:

—¡Vade retro espíritu extraviado!

La joven comenzó a llorar y cayó de rodillas. El cura volvió a hablarle, esta vez con un tono más persuasivo.

—Liberá el cuerpo de Paola, es tu sobrina. Ella no tiene la culpa de lo que te pasó a vos.

—Lo sé, yo no quería dañar a nadie, sólo vivir. Padre, sálveme de los tormentos del infierno, guíeme hacia la luz, bendígame. ¡Por favor, deme paz!

El cura le dio la bendición y Leonor se marchó. El cuerpo quedó tirado en el piso con los ojos cerrados, cuando los abrió de nuevo su expresión era diferente.

—Paola, ¿sos vos? —preguntó Lucas.

—Sí, ¿dónde estoy? No recuerdo nada. Me desmayé con el vestido puesto.

—Tranquila, ya pasó todo –dijo Lucas, y la abrazó y la besó como todos los días.




-DORIAN-13

Rose

Por Candela Robles Avalos

Ilustración: Witch/ Dorian Cleavenger (EE.UU.)

Las rosas crujieron en su mano y, al abrirla, vio los pétalos desprendidos, dispersos por la palma. A Rose le gustaba tocarlas. Le parecía que así, tras varios días sin que la abuela viniera a regarlas, eran más bonitas que cuando finalmente florecían, como si plantar las semillas y cuidarlas durante su crecimiento tuviera ese único fin, inalterable: el color borgoña de su última vejez. Ya no faltaría mucho para que el resto de los arbustos se deshicieran igualmente, rindiéndose al elemento que decidiera perturbar su fino equilibrio. Entonces el proceso se iniciaría otra vez con las semillas que mamá guardaba en la cocina, aunque nunca sabía exactamente cuándo sería eso. La abuela podía tardar un buen tiempo en decidirse en renovar el jardín, por otro lado seco y polvoriento, pero no importaba. Con tener los pétalos marchitos bastaba.

Rose recogió un buen puñado en la falda de su vestido, alguna vez blanco y ahora grisáceo. Cuando le pareció que era una cantidad suficiente regresó a la casa, saltando de dos en dos los ruidosos escalones sucios. Entró en la cocina y dejó, subid a una silla, su carga

encima de la mesa. La abuela hacía un té de rosas delicioso, pero ese día no podría ayudarle, por lo que debía hacerlo todo ella sola. El hecho la entristecía un poco aunque no mucho. Después de todo todavía tenía al señor Dickens, al señor Twist y la señorita (que no señora) Jane para acompañarla durante la celebración de su cumpleaños número ocho.

Se había pasado gran parte de la mañana preparándolo. La mesa, las sillas y la decoración consistente en figuras de papel recortado o doblado ya la esperaban. Las galletitas que la abuela hizo anoche se lucían tentadoras cerca de la tetera negra, aguardando su momento de brillar sobre el tazón plateado ya colocado en la bandeja que usaría para servir todo. Encendió la hornalla sin problemas. Lo habían hecho cientos de veces. Desde que aprendiera a caminar la abuela le había inculcado muchas nociones básicas para aprender a manejarse por su cuenta dentro de la casa. Hasta que la tetera no empezó a silbar no volvió a tocarla. Entonces recogió un trapo lleno de viejas manchas marrones que habían hecho endurecer la tela y, a modo de guante, lo utilizó para llenar cuatro tazas. Mientras el agua continuaba humeando hundió con una cucharilla dos pétalos en cada una, revolviendo el contenido rojizo antes de ir a por la miel y azúcar.

Por fin, estaba listo. Llevó la bandeja al exterior. Hacía un sol odioso y casi no había nubes. Pronto percibió el calor que la capa de su cabello negro dejaba en su espalda y, apenas tuvo las manos libres, se lo acomodó sobre un hombro.

-Un clima espantoso, ciertamente -dijo de forma pomposa, dirigiéndose al señor Dickens. El señor Dickens era un elegante payaso salido de una caja mecánica, bigote negro dibujado y ojos azules descoloridos-. Sí, por supuesto que puede tomar una taza, señorita Jane. Discúlpeme usted la descortesía.

Puso una taza en frente de la señorita Jane, un peluche de conejo blanco con tantas manchas que algunas ya era imposible recordar de dónde salieron. En lugar de ojo, la señorita Jane contaba con un parche verde que, según su historia, era su forma de recordar a su difunto esposo pirata perdido en el mar. Por último atendió al señor Twist, un muñeco de porcelana de cara agrietada y mano ausente. Rose podía haber invitado a muchos más, su habitación tenía varios candidatos, pero con sólo tres mantenía la ilusión de tener una reunión elegante, íntima. Además era mucho más sencillo crear conversaciones entre cuatro que entre ocho o diez.

-Tuvimos suerte -comentó, tras tomar un sorbo de té muy azucarado-. Las flores hoy estuvieron en su punto. ¿Quieren más galletas? Tomen las que quieran, por favor. Hay más en la cocina. Debo decir que es un adorable conjunto el que lleva hoy, señorita Jane. ¿Acaso se hizo algo nuevo en el parche? Y usted, señor Twist, debo felicitarle. Entiendo que las cosas van muy bien en la granja -Escuchó con cara seria la queja del señor Twist sobre que las vacas no estaban dando tanta leche como el año pasado-. Pues eso está muy mal, señor Twist. ¿Se le ha ocurrido que tal vez no las alimenta apropiadamente? Quizá el pasto que les da no es de su gusto.

Hace unos días Rose había leído la enciclopedia y descubierto que las vacas no tenían uno, sino cuatro estómagos para digerir la comida. Sugirió que a lo mejor a uno de los estómagos no le gustara lo mismo que a los otros y, enojados, causaran que hubiera menos leche que dar. El señor Twist dijo que nunca lo había considerado y que averiguaría cómo resolverlo. Rose iba a escuchar el cumplido que la señorita Jane iba a dedicarle a su forma de arreglar la mesa con flores de papel pintado cuando un ruidito proveniente del bosque a sus espaldas trabó las palabras en su garganta. Podía no ser nada pero de todos modos ella escuchó. Había leído sobre criaturas propias del bosque, criaturas desagradables, y aunque la abuela dijo que no tenía que preocuparse por ellas, todavía se sentía inquieta y curiosa. Volteó lentamente.

Al cabo de unos segundos lanzó un chillido. El montón de hojas abajo de la elevación de tierra que entraba al bosque acababa de deshacerse bajo el peso de un zorro. Creyó que sería un zorro, con todos sus dientes y garras, listo para rugir y gruñir como los leones, hasta que lo vio alzarse sobre dos piernas y sacarse a manotazos las hojas del cabello rubio. Rose cerró la boca, no menos impresionada que antes. Observó el lento caminar del niño como el de una araña sobre su brazo. Era de su misma estatura y vestía una camiseta blanca manchada de barro. Los pantalones negros, igualmente, tenían figuras polvorientas que debían ser anteriores a la caída.

-¿Por qué gritas? -preguntó el niño, despejándose el rostro al fin.

Rose pensó que nunca había visto ilustraciones de unos ojos tan claros. Se levantó de la silla.

-Me asusté -replicó sin más, insegura. Agregó-: ¿Y tú qué haces aquí? No se supone que los niños del pueblo lleguen tan lejos. ¿Acaso no sabes lo que puede pasarte si vas al bosque solo?

La abuela era muy explícita en ello. Los chicos buenos se mantenían fuera del bosque. Malas cosas pasaban a los que no hacían caso de esa regla.

-No era mi intención -dijo el niño, sonrojándose un poco-. Estaba buscando rocas para tirar al río y me perdí. Lo único que se veía era la casa. ¿Qué estás haciendo?

Acababa de notar la mesa bajo el árbol y a sus invitados. Rose bufó.

-¿Qué parece? Estoy teniendo una fiesta de cumpleaños.

El niño la miró arriba abajo de una manera que le pareció sumamente grosera.

-¿Aquí? ¿Cuántos años cumples?

-Ocho -dijo con cierta petulancia-. ¿Y tú?

-Yo cumplí nueve este año -Rose se desinfló un poco, pero el niño ni siquiera lo notó. Continuó contemplando su casa como si hubiera algo raro en ella-. ¿Vives aquí?

-Claro. Mi familia ha vivido aquí desde que la abuela era pequeña -Recordó la historia que la abuela le contara para explicarle ese hecho-. Hace mucho tiempo mamá trató de irse, pero no duró mucho afuera y acabó regresando con mi papá.

-¿De veras? -respondió el niño, volviéndose a ella-. Parece abandonada.

-Es que está vieja y las casas viejas lucen así, por más que haya gente viviendo en ella -Rose se dejó caer en su asiento, los brazos cruzados. A ella le gustaba su casa tal como era, familiar y cálida, oscura, grande y segura-. Creo que deberías irte. A la abuela no le agradan las visitas.

-¿Tú las hiciste? -inquirió el niño sin escucharla, señalando las flores sobre la mesa.

Rose le hubiera insistido que se fuera pero resultaba que se enorgullecía de lo bien que le salieron los adornos. Había perdido su oportunidad de presumir de ellos en frente de la señorita Jane. Bien podía aprovechar esta nueva.

-Así es -dijo-. Se llama "origami" y lo aprendí de un libro de la biblioteca. Papá lo trajo de un lugar muy lejano cuando era marinero.

El niño tomó una de las flores en sus manos. No la aplastó ni apretujó como ella temía. La sostenía igual que si fuera una verdadera flor, examinándola cuidadosamente, y ese sólo detalle acabó de ablandarla. En realidad la abuela no tenía ninguna opinión acerca de las visitas porque nunca recibían alguna. Niños podían aparecer de vez en cuando, pero no se quedaban lo suficiente para considerarse visitas. Y la mayoría eran muy ruidosos de todos modos, nada agradables para tener cerca. El niño regresó la flor a la mesa como correspondía; con suavidad y respeto.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Rose.

-Oliver -Como el señor Twist. De inmediato le gustó-. ¿Y tú?

Ella se lo dijo.

Oliver no se había perdido meramente por casualidad en el bosque en busca de piedras. Su familia venía de la ciudad, donde cada esquina se iluminaba con faroles al anochecer y las fábricas echaban humo negro desde la primera hora del día hasta la última. Su papá trabajaba en una de ellas, pero cuando las cosas fueron mal y lo despidieron mamá aceptó servir en una casa de sirvienta en el pueblo. Desde su llegada no había oído más que cosas extrañas en torno al bosque: que si la gente desaparecía, que si demonios bailaban por ahí, que si las brujas tenían sus reuniones, que todos habían visto por lo menos una vez a un espíritu maligno llevándose a los niños peor portados durante la noche. Sus padres no tardaron en repetirlo el mismo cuento y lo hicieron de tal forma que Oliver acabó decidiendo que para ir al bosque no había mejor momento que en la mañana, cuando se presuponía que todos los espantos tomaban un descanso. Oliver quería ver los restos de las hogueras o lo que fuera que dejaran a su paso, puesto que jamás había estado cerca de un sitio parecido, pero acabó perdiendo el rumbo. De lo que sí pudo ver, sólo había árboles desnudos, ardillas y pájaros. Nada más extraordinario que eso. Y aun así, de ningún modo se habría esperado descubrir que había gente, una familia entera, viviendo en medio.

Rose le parecía extraña. Hablaba pronunciando claramente cada palabra, como si en lugar de decirla la recitara, y usabas algunas cuyo significado ignoraba y ella le tenía que explicar. Cuando se lo comentó, ella arguyó que no era su culpa si leía más y mejor que él. Rápidamente entendió que, si le daba cuerda, Rose podía llevar toda una conversación sólo

con los hechos que había aprendido de los libros. El entusiasmo que otros niños sentían por sus juguetes nuevos la impulsaba. Jamás había ido al pueblo y ni falta le hacía. Tenía todo lo que necesitaba en la casa.

Al final de la tarde le indicó el camino más rápido y directo al pueblo, el mismo que seguía su abuela cuando iba. Aunque Oliver todavía no sabía bien qué pensar de la niña en cuanto esta dijo "vuelve mañana", apenas dudó un segundo para decir que lo haría. A su manera mojigata y presuntuosa, le resultó divertida.

Rose todavía miraba por la ventana cuando perdió a Oliver de vista. Le dolía un poco la garganta por haber estado hablando durante todo el día, pero se sentía bien, satisfecha por cómo resultó su cumpleaños. Casi no se dio cuenta del momento en que la abuela apareció a su espalda.

-¿Quién era ese niño? -le preguntó.

Rose vio que tenía a sus invitados entre los brazos. Se los había olvidado afuera.

-Un chico del pueblo -respondió-. Un poco tonto. Se perdió.

Extendió las manos y su abuela le entregó su favorita, la señorita Jane, antes de ir a guardar al resto.

-¿Le dijiste que no puede salir al bosque después del anochecer?

-Sí, muchas veces. No creo que lo haga -Rose hundió el rostro en la suave espalda del conejo-. Lo invité a venir mañana.

No escuchó ninguna respuesta proveniente de la abuela, pero estaba segura de que la había oído. El chirrido de una puerta abriéndose. Al levantar de nuevo la cabeza encontró a la abuela agachándose para verla. Era bastante alta por lo que ni aún entonces estaban a la misma altura.

-¿Tú quieres que venga?

-Es un poco tonto -repitió Rose para darse confianza-, pero no es malo.

Después de cenar en el salón, a la luz de unas velas casi completamente derretidas, Rose subió a cambiar su vestido del día por el camisón negro de la noche. Antes de irse a

acostar fue a la habitación de mamá y papá, asegurándose de tocar la puerta antes de entrar. Los dos estaban enfermos desde hacía años, por eso no podían salir de la cama, y nada indicaban que mejorarían pronto. Apenas guardaban alguna semejanza con el retrato decorado por telarañas en el pasillo, aunque todavía podía reconocerlos. Los ojos azules de mamá podían haberse perdido en su cabeza, pero todavía conservaba el cabello negro lleno de bucles tan bonito de siempre. La piel de papá podía haberse puesto amarillenta y estirada sobre los huesos, pero todavía llevaba puesto su traje favorito rojo oscuro. Ambos mostraban la cicatriz negra de la operación de emergencia que la abuela tuvo que realizar para salvarlos y olían a las hierbas usadas para reemplazar su anterior relleno podrido. Algún día, cuando la abuela hubiera preparado la medicina, se levantarían y recuperarían la forma, pero por ahora habría que conformarse con su estado actual.

-Buenas noches -les dijo, besándoles sus frías mejillas hundidas.

La abuela la cargó desde la puerta hasta su alcoba, donde la arrojó bajo las sábanas de su cama. Lo hizo bastante fuerte, como de costumbre, pero Rose no se quejó. Ya se libraría cuando la abuela finalmente se arrastrara debajo de ella para tomar su propio descanso.

Oliver fue un visitante frecuente en la casa durante las siguientes semanas. Los días en que no aparecía por su ventana Rose se dedicaba a remendar viejos vestidos, jugar con su abuela (sobre todo si estaba nublado) y leer la inmensa biblioteca que antes perteneciera al abuelo. Se entretenía, tal como se había entretenido toda su vida, pero ahora llegaba un momento muerto en que no se sentía parte de la escena, en que inevitablemente su mirada quería ir por otro lado. Al principio no era más que un segundo, una breve chispa de curiosidad que no le quitaba entusiasmo ni diversión. Luego fue haciéndose más y más evidente la diferencia entre la presencia y ausencia, al punto que la ausencia deslucía demasiado el entorno y por primera vez suspiraba sin alcanzar a determinar el motivo.

No fue hasta tres años más tarde que Oliver se dio cuenta. Se habían adentrado en el bosque en busca de unas bayas que el niño decía haber visto por ahí. Las encontraron, pero no sin que antes Rose cayera en cuenta de que estaba más lejos de su casa de lo que nunca había estado. Y de que su cuerpo justo ahora le pedía estar ahí. Específicamente en el cuarto de baño. No tuvo más opción que ir tras un árbol y subirse el vestido. Oliver se extrañó

demasiado de que lo hiciera de pie (las niñas de la escuelas le habían explicado que lo hacían sentadas), así que tuvo que investigar, a pesar de las protestas de su amiga. El susurro "las chicas no tienen eso" hizo estallar el color rojo de su cara, más notorio por su palidez. No porque Oliver ahora lo supiera, sino porque lo veía en la actividad menos decorosa que podría imaginarse.

En la biblioteca había libros de medicina que usaba el abuelo para tratar a sus pacientes. Tenía muchas palabras confusas, largas e impronunciables, pero respecto a las ilustraciones era lo suficientemente claro. Rose sabía la diferencia entre hombres y mujeres, y sabía que, por su cuerpo, ella no debería ser ella. Ese día la abuela le explicó que debía hacer lo que le hacía feliz y si se sentía mucho más cómoda llevando el cabello largo, vestidos y sentirse una niña, tal vez era porque debió haberlo sido. Incluso Dios cometía errores de vez en cuando, y haberle dado esa cosa que Oliver no podía creer estuviera entre sus piernas era uno de ellos. Nunca tuvo que preocuparse al respecto y no entendía la incredulidad de su amigo. Entendía que debía ser una sorpresa, del mismo modo que comprendía que no debía invitarlo al piso superior de la casa, pero no veía la razón de esa cara. Le recordó a una tarde en que jugaban con un rompecabezas y una de las piezas no parecía encajar de ninguna manera donde se supone que lo haría.

-¡Creí que eras una chica!

-Lo soy.

-¡Las chicas no tienen eso!

-Yo sí.

-¿Por qué?

-No lo sé –Rose se apresuró en arreglarse-. ¿Por qué tú lo tienes?

-Porque soy un chico.

-Eso es lo que tú dices. Si quieres vestirte como uno puedes hacerlo, ¿no? ¿Entonces qué me impide a mí vestirme como yo quiera?

-Está mal. No tiene sentido que te portes así si eres un chico.

-¿Ah, no? –Rose se acercó, desafiante. Era un año menor pero también casi tan alta como su amigo. No quería intimidarlo; sencillamente, no le gustaba la conversación y deseaba terminarla de inmediato-. ¿Y por qué?

Incluso dos años más tarde, Oliver seguía sin encontrar una respuesta convincente. Para entonces ni siquiera importaba.

A los quince años Rose cortó un mechón de su cabello negro y se lo dio a Oliver. La luz entraba por la ventana de la biblioteca, revelando el polvo que jamás se iba del todo por más que se pasara un plumero. El relicario que le entregó (que era suyo y la abuela le regaló el año pasado) relució cuando su amigo se puso a examinarlo. Tocando un botón, se abrió la tapa para revelar su contenido.

-¿Para qué es esto? –preguntó el chico.

Rose se había temido que no tuviera que explicarlo. Habría sido más complicado que Oliver ya lo supiera. Vio por la ventana los arbustos de rosas comenzando a marchitarse una vez más.

-Para la buena suerte –dijo.

Oliver podría haber sabido el significado del mechón si su novia de entonces hubiera sido de esas que creían que necesitaba algo concreto para recordarlas. Pero no lo era y no lo supo hasta muchos años después de casado con esa misma chica, cuando finalmente tuvo valor para comentárselo a un amigo también casado. Era la primera vez que hablaba de ella en mucho tiempo; fue como si algo se desencajara en su pecho e hiciera ruido en el fondo de un pozo infinito que hasta entonces estaba mudo. Las aguas se sintieron heladas.

Entonces deseó ir a su tumba, adonde dormía desde que la descubrieran después de la nevada, a pedirle disculpas y explicaciones, a recriminarle mil cosas reales e imaginarias. No podía. Ya no vivía en el mismo pueblo. Para dejar de visitarla, incluso en sus sueños, tuvo que marcharse.

Nadie nunca lo culpó. Nadie supo jamás que había entrado en la antigua casona que la mayoría de los habitantes recién descubrían. Que había comido galletas rellanas de insectos

sin encontrarle mal sabor y té amargos de rosas lleno hasta el tope de azúcar. Como niño le parecía divertido conservarlo como un secreto, un algo propio y privado, como adolescente tuvo vergüenza por lo que dirían los otros chicos y como adulto le silenciaban los remordimientos y las dudas.

Cuando la descubrieron, el vestido blanco (un viejo vestido de novia, prácticamente el único de su talla que tenía) estaba manchado de rojo bajo el estómago. Era evidente que quería dirigirse al pueblo, pero la falta de abrigo en medio de la ventisca la tumbó antes de que pudiera llegar a ninguna parte. El hecho coincidió con dos hechos importantes, aunque muy diferentes entre sí: uno fue la desaparición súbita e inexplicable de todos los jóvenes varones de la zona, eliminados como moscas de la noche a la mañana. El otro era uno que sólo para ella contó, un anuncio que le dijeron la tarde anterior. El anillo de bodas apenas era un gusano desde entonces.

Él, el único superviviente de su generación, gracias a un regalo que los demonios identificaron como de los suyos, fue quien identificó a la mujer que tuvo la desgracia de perecer en ese momento desafortunado del mes. Exigió que se la enterrara tal cual estaba, apelando al mantenimiento de su dignidad y decoro religiosos. Hubo un apresurado funeral que él presidió, abandonando la búsqueda que, ahora bien sabía, sería inútil. En la piedra sin fecha, sin apellido, sin frases grandilocuentes, sólo un nombre como epitafio.

Rose.





Área Chica

Por Claudio Alejandro Amodeo

Ilustrador: St/ Valeria Uccelli (Argentina)

El cielo estaba revuelto. Las nubes bajas y espesas oscurecían la cancha. Se hacía tarde.

La pelota se elevó en una parábola imperfecta y fue arrastrada por el viento más allá de los tres palos del arco rival. Mauro consultó su reloj y soltó un bufido. Los minutos pasaban y no lográbamos remontar el resultado. Me miró de reojo y habló sin volverse.

—Parece que la mala racha continúa.

Le respondí con un gruñido y continué golpeando los botines contra un palo de mi arco, para quitarles los trozos de tierra adheridos.

—Aunque no juguemos por nada… —continuó Mauro—, aunque seamos todos amigos, es importante ganar de vez en cuando.

—Si Szmeta y el Tano siguen jugando en contra, no vamos a ganar nunca. Habría que decirle al Gordo que los elija primero a ellos… —respondí. Luego señalé al cielo y añadí—: Pero igual, el resultado no me preocupa tanto. Prefiero que, al menos, no nos terminemos empapando.

Una escaramuza rival en el medio campo nos sobresaltó. Mauro salió a cortar, y la pelota rebotó en el delantero y se fue al lateral. Un segundo después, el escenario cambiaba de bando y la tranquilidad regresaba a nuestro sector.

Mauro se acercó otra vez.

—¡Es un poco de agua, nomás! ¡No seas marica!

—No es sólo agua. El viento es helado, y además, recién vi unos relámpagos terribles allá en el fondo… Si uno de esos rayos cayera cerca…

Mauro se volvió durante un segundo para mirarme a los ojos. Parecía estar sopesando mis palabras. Al cabo, hizo un gesto negativo y me dio la espalda otra vez.

—¡Bah! ¡Estás exagerando, Flaco! ¡Esas cosas no pueden ocurrir!

No quise insistir y dejé que se alejara hacia la derecha, para cubrir una avanzada contraria. El Tano recibió un pase perfecto, que lo dejó solo frente a mí, y se apresuró a patear. El balón pasó cerca del palo izquierdo y se perdió entre unos yuyales.

Mauro hizo el ademán de ir a buscarlo, pero yo me anticipé. El pasto detrás del arco estaba muy alto y picaba en las piernas al caminar. Busqué con la vista y encontré rápidamente el balón. Me incliné para agarrarlo, y entonces vi al perro.

Era un chucho chiquito, mezcla de terrier y de callejero. Tenía el pelo corto y era de color marrón, con manchas blancas, o al revés. Se le notaban las costillas de tan flaco que estaba y me olfateaba con un hocico inquieto, con la esperanza de hallar algo de comida. Le acaricié la cabeza y me alejé, llevando la pelota bajo el brazo.

Saqué rápido, con un pase corto, buscando al cinco nuevo, el zurdo que había traído Ricard y del que aún no me sabía bien el nombre, y me quedé mirando a la turba que se perdía de vista en la distancia.

Estaba observando el desarrollo del encuentro cuando comencé a escuchar el rasqueteo. Al principio no le presté atención, pero la insistencia de aquel sonido logró desconcentrarme. Me volví y encontré al chucho cavando un pozo a un lado de mi palo derecho, con verdadero esfuerzo, casi con desesperación.

—¡Mauro, mirá al perro…! —dije, pero Mauro no me respondió. Me acerqué unos pasos, intrigado, e intenté ver entre las patas delanteras que el perro metía y sacaba del pozo con tanta velocidad. No observaba nada en concreto, así que le solté un chistido al animal para distraerlo. Como no lo conseguí, me incliné a un lado y agucé la vista. Entonces algo blanco y largo asomó entre los trozos de tierra. Algo fácilmente reconocible…

—¡Flaco, cuidado!

Me levanté de un salto en el momento en que Tontín hacía una diagonal y entraba al área chica. Era demasiado tarde para reaccionar, pero de todas maneras me tiré a sus pies.

El impetuoso y apresurado muchacho —no por nada llevaba el apodo— soltó un disparo furibundo a corta distancia, uno de esos que pueden recorrer más de media cancha, y el balón se estrelló contra mi mejilla derecha e ingresó al arco en forma implacable.

El golpe fue demoledor. Supongo que me desmayé, pero parece que me desperté enseguida porque pude escuchar los lamentos de Mauro y el Gordo tras el nuevo tanto de los rivales. Luego entendí que decían algo de mí, e inmediatamente después vino el grito de espanto que me hizo recobrar la conciencia en forma definitiva.

—¡Que lo parió! ¿Qué es eso?

Desde el suelo giré la cabeza y miré. El perro tenía algo blanco en la boca, algo grande. Me puse de pie y traté de enfocar la vista. Era un hueso, uno largo y delgado.

—¿Es de una persona…? —preguntó Tontín, desencajado.

—¡No, qué va a ser! —respondió El Tano con tranquilidad—. Es de vaca…

—Pero parece…

Me acerqué al perro y éste se alejó con el almuerzo bien aferrado. Me dedicó una mirada de reojo y se sentó con el hueso entre las patas delanteras. Estaba preparado para salir corriendo al menor signo amenazador.

—¡Te digo que es de vaca! ¡Yo sé de eso! ¡Trabajé en una carnicería!

Las palabras del Tano parecían acertadas, pero a mí me quedaban dudas, porque, a pesar de no haber visto jamás un fémur humano a menos de un metro de distancia, eso se le parecía bastante a la forma que siempre imaginé que tendría. Me acerqué al pozo y hurgué un poco con la punta del botín. El Tano pareció inquietarse.

—¡Dejá eso, Flaco! ¡Terminemos el partido de una vez!

Juanca y Ricard adhirieron a sus palabras y el último tomó el balón y se lo llevó rumbo a la mitad de la cancha. Miré al perro otra vez y me encogí de hombros. ¡Que le aprovechara! Empujé con el pie el montón de tierra que se había juntado y lo dejé caer sobre el pozo. En

ese momento me pareció entrever algo pequeño y blanco y volví a inclinarme. Metí la mano y busqué. Enseguida saqué la mano, asustado.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Mauro.

No respondí. Volví a quitar la tierra hacia un lado y di un salto para atrás. Trastabillé y caí sentado.

—¿Es eso…?

Las palabras de Mauro se vieron interrumpidas por el estallido de un poderoso trueno. Inmediatamente, unas gruesas gotas comenzaron a mojar la tierra. Las falanges aparecieron nítidas frente a nuestros ojos durante unos segundos, pero enseguida se vieron cubiertas por el lodo y el agua que caían sobre ellas.

Levanté la vista para llamar a los demás y sólo me encontré con los ojos asustados de Mauro, fijos en el charco que se había formado. El resto de mis compañeros corría por el campo, rumbo a los coches que esperaban en el borde de la ruta.

—¡Vamos…! —murmuró Mauro totalmente empapado y me miró con incredulidad—. Tenías razón con esto de la lluvia.

Un nuevo trueno nos sacó del trance en que estábamos y echamos a correr detrás de los demás, saltando los charcos que se formaban por doquier en aquel enorme terreno.

Cuando llegamos a mi coche, adentro nos esperaban Ramiro y el negro Suárez. Con Mauro nos miramos, pero no dijimos nada de lo que habíamos descubierto. Nos bastó con apretar los dientes y alzar las cejas. Los muchachos no preguntaron nada tampoco, y nos fuimos de la cancha en silencio, mientras la lluvia arreciaba contra el parabrisas. Es que nosotros sabíamos que aquel terreno pertenecía al Ejército, y eso parecía poder justificarlo todo.

Dejé al Negro y a Ramiro en sus casas y luego manejé hasta lo de Mauro. Durante todo el trayecto sentí que él quería decirme algo, pero se contenía. Al final, llegamos a destino y detuve el coche. El padre de Mauro esperaba en la puerta de calle, mojándose a medias debajo de un paraguas pequeño. Al verme me saludó con la cabeza. Le devolví el saludo y esperé a que Mauro entrara para continuar mi viaje.

Cuando llegué a casa, Norita estaba preparando la mesa para la cena. No era tarde aún, pero la tormenta hacía que pareciera de noche, y eso y el frío le habían abierto el apetito.

La saludé, temblando, y me metí en el baño. Me quité la ropa empapada y me di una ducha caliente. Recién entonces, la imagen de aquella mano humana retrocedió un poco en mi mente.

Un par de horas después, minutos antes de las diez de la noche, el teléfono sonó y atendí. La voz frágil y asustada de María clamó por ayuda.

—¿Qué pasó?

—Es que todavía no llegó —me dijo la esposa del Tano—. Rodri siempre viene derecho para acá… y encima su celular no me responde…

—¡Qué raro! Habrá tenido algún problema con la camioneta… ¿Llamaste a Ricard? Volvía con él…

—Sí. Él tampoco regresó a su casa… ¡Ay, Dani, tengo tanto miedo!

Me rasqué la cabeza y le hice un gesto desesperado a Norita. Ella pareció entenderlo todo.

—¡Dejame a mí! —le dije a María—. Voy a llamar a los demás y te aviso. Seguro que alguien sabe algo.

Ella no logró contestarme y me cortó. Los ojos de Norita estaban cargados de angustia. Le comenté las palabras de María y volví a tomar el teléfono. Llamé a Mauro, y cuando hablé con él, me dijo que la esposa de Ricard ya lo había puesto sobre aviso.

—¿Qué les habrá pasado? —me preguntó.

Miré hacia fuera y noté que ya no llovía.

—Quizás tuvieron problemas con la camioneta, Mauro. ¿Te animás a ir conmigo a buscarlos? Puede que estén en la ruta, a mitad de camino.

Mauro hizo una breve pausa y respondió afirmativamente. Le dije que me esperara y tomé las llaves del auto. Le di un beso a Norita y salí a la calle.

Conduje hasta lo de Mauro y luego los dos desandamos el camino hacia el campo donde estaba la cancha. Ahora sí, durante el viaje hablamos de los huesos que habíamos

encontrado. Mauro estaba seguro de que eran de una persona y creía que debíamos hacer la denuncia. Yo me negué terminantemente. Es que con los milicos de por medio nunca se sabía. Lo mejor era mantener el silencio durante un tiempo.

Mientras tanto fuimos arribando al potrero y buscamos con la vista a ambos lados del camino.

—¡Allá! ¿Qué es eso? —dijo Mauro.

En la cancha se veían luces de linternas que se movían de un lugar a otro. Apagué los faros del auto y detuve el motor.

—¡Uy, Dios! —exclamé—. ¡Esto me da mala espina!

Mauro me miró, intrigado, y señaló hacia un bulto sobre el pasto. Era la camioneta del Tano.

—Vamos a ver —dijo.

Dudé por un instante, pero accedí. Descendimos en silencio y caminamos entre los yuyales a gachas, evitando ser vistos. En ese momento ya era evidente que los que estaban allí buscaban en el área chica donde habíamos estado jugando esa tarde.

Alguien iluminó hacia arriba con su linterna y pudimos distinguir el rostro del Tano.

—Volvieron por los huesos… —susurró Mauro.

Otro hombre, que por la estatura parecía Ricard, estaba cargando algo en la caja de la camioneta. Luego regresó junto al Tano y a un tercero, que podría ser Tontín o Szmeta, y se inclinó sobre la tierra. Realizó la misma operación varias veces, hasta que los tres parecieron satisfechos y regresaron a la camioneta. Enseguida encendieron el motor y se alejaron rumbo a la ruta.

Mauro me palmeó la espalda.

—¡Vamos tras ellos!

Desandamos el camino entre los yuyales y regresamos al coche. Para ese momento las luces traseras de la camioneta eran ya dos pequeños puntos. Puse en marcha el auto, pero evité encender las luces. Avanzamos así un buen rato, guiados únicamente por aquellos

diminutos faroles que se perdían en la oscuridad de la noche. Sólo entonces comprendí la gravedad de nuestros actos.

—No deberíamos estar haciendo esto —dije—. El Tano y los otros deben estar metidos en algo grande. Es peligroso.

Mauro parecía hipnotizado; no le sacaba los ojos de encima a los faros traseros de la camioneta.

—¡Cómo va a ser peligroso si son nuestros amigos…! —murmuró—. Los conocemos de toda la vida.

—No, Mauro. No los conocemos. Esto demuestra que no sabemos nada de ellos… Mirá si esos huesos pertenecen a un… qué se yo… a un subversivo… Mirá si el Tano y Ricard trabajan para los milicos… Sería mejor que nos olvidáramos de esto y regresáramos a casa.

—¿Subversivo? ¿Milicos? ¡Flaco, eso se terminó hace muchos años! ¡Ya no estamos en la década del 70!

—¿Se terminó? ¿Y entonces cómo se explica esto?

—No sé, no sé… —las palabras de Mauro eran temblorosas—. Quizás mataron al tipo ese y lo enterraron…

—Sí…, casualmente debajo del arco de nuestro campo de juego… y a tan pocos centímetros de la superficie que hasta un perro pudiera encontrarlo.

Mauro hizo una pausa y se pasó la mano por la cara.

—No suena lógico, ¿no?

—No, para nada.

—Entonces, no sé. Quizás sí sea un subversivo al que reventaron y ellos estén tratando de encubrirlo.

Lo miré y él se encogió de hombros.

—¡Listo, es suficiente para mí! —dije y pisé los frenos. Orillé el coche y apagué el motor—. Le diremos a María que no encontramos a su esposo, que no tuvimos noticias de él ni de los demás desde que terminamos el partido. Es todo. Nos olvidamos de esta locura.

Mauro asintió con la cabeza y de pronto señaló hacia delante.

—¡Mirá! ¡Ellos también se detuvieron!

Un par de centenas de metros por delante, la camioneta del Tano parecía estar detenida en la banquina. A un lado, entre varios árboles enormes, se adivinaba un edificio rectangular y largo. Las siluetas de los tres hombres descendieron del vehículo y comenzaron a descargar los bultos de la caja, para transportarlos rumbo al edificio.

—Están llevando los huesos a ese depósito abandonado —dijo Mauro—. Yo lo conozco. Ahí jugaba cuando era chico, antes de que nos mudáramos. Es fácil llegar. ¡Vení!

Sus palabras seguras me disuadieron y en pocos segundos me encontré correteando nuevamente por la calle a oscuras, en dirección al depósito, como un fugitivo.

Cuando estuvimos lo suficientemente cerca noté que el edificio era un enorme galpón antiguo y que, efectivamente, parecía haber sido abandonado muchos años atrás.

—Abrieron el portón del frente —me dijo Mauro al oído—. Vení, vamos por atrás que hay un lugar seguro.

Rodeamos el galpón con algo de esfuerzo, ya que había que sortear restos de maquinaria agrícola, e ingresamos a un diminuto cubículo de metal, corroído y cubierto de yuyos. Las paredes estaban perforadas en diversos sitios, de manera que podíamos observar perfectamente el interior del galpón desde allí. Busqué una posición cómoda, a un lado de Mauro, y allí me quedé, intentando evitar siquiera respirar. Me sentía al borde del colapso, completamente asustado, pero, al mismo tiempo, excitado por esta suerte de aventura que estaba viviendo. El corazón me palpitaba en el pecho bruscamente y la sangre parecía acumularse en mis sienes. Miré.

El Tano entró cargando una bolsa negra y grande y desparramó el contenido en el centro del galpón, encima de una pequeña pila de huesos y tierra. Detrás de él entró Ricard y el ruso Szmeta e hicieron lo mismo con las bolsas que cargaban. Luego se reunieron en torno al montón de huesos y se quedaron observando su obra en silencio, como si estuvieran decidiendo cuál era el mejor paso a seguir.

El Tano levantó la vista al techo del galpón y dijo algo que no alcancé a comprender. Ricard respondió y soltó un discurso corto que parecía oponerse a las palabras del Tano.

—¡Tamuk gaktanda! —gritó el Tano y le devolvió una mirada cargada de furia a Ricard.

Con Mauro nos miramos y nos encogimos de hombros.

Szmeta salió del galpón, como disparado por un resorte, y regresó en pocos segundos, cargando dos bidones grandes y verdes. Destapó uno y roció el líquido que contenía sobre los huesos. Un profundo olor a combustible llegó hasta nosotros. “Harán desaparecer las pruebas” pensé y le hice un gesto a Mauro. Él pareció opinar lo mismo.

Szmeta roció a conciencia la pila de huesos y luego y elevó el bidón por encima de su cabeza. Decidido, lo volteó y bañó su cuerpo con el combustible. En el mismo instante, Ricard tomó el otro bidón e hizo lo propio. Cuando estuvo completamente empapado se lo pasó al Tano para que lo imitara.

—¡Se van a suicidar a lo bonzo! —susurré, sin poder contenerme.

El ruso Szmeta sacó un encendedor de su bolsillo e intentó prenderlo. La llama se negó a aparecer y volvió a intentarlo. Al fin, el fuego surgió delante de sus ojos y lo observó como hipnotizado.

—¡No…! —grité desde mi lugar y golpeé la pared oxidada con un pie—. ¡No lo hagas!

Un agujero apareció en la chapa y Mauro me ayudó a agrandarlo a golpes. Crucé el hueco sin importarme los arañazos en la piel y me dirigí hacia mis tres amigos, que me miraban con incredulidad.

El Tano levantó un brazo y me señaló con un dedo índice.

—¡Jashis et! —gritó.

Szmeta apagó la llama del encendedor y avanzó hacia mí con los brazos extendidos. Me detuve en el lugar e intenté pensar en algo.

—¡¿Qué están haciendo, muchachos?! —exclamé, pero las miradas desquiciadas de Szmeta y Ricard me decían que no habría respuesta.

El ruso se lanzó sobre mí y logré esquivarlo por apenas centímetros, girando hacia un lado. Ricard apareció a mis espaldas y cruzó un brazo sobre mi cuello. Apretó con fuerza y no

pude liberarme. El Tano sacó algo brillante de su cinturón y se acercó a la carrera. Mientras lo hacía, descubrí que lo que traía en su mano era una navaja.

Antes de que me asestara el golpe fatal, Mauro apareció gritando y descargó una patada en el pecho del Tano, una terrible plancha de las que sólo él sabía propinar. El Tano cayó hacia atrás, soltando un quejido, y desparramó la pila de huesos por todas partes. El ruso Szmeta, al ver el desparramo, prendió el encendedor nuevamente y lo arrojó a sus pies. Las lenguas de fuego lo envolvieron de inmediato y en seguida se extendieron hacia el Tano, Ricard y todos los sitios donde el combustible había caído.

Las llamas hicieron que Ricard aflojara su brazo y pude liberarme antes de encenderme yo también.

—¡Cuidado! —gritó Mauro y me señaló un bidón que estaba envuelto el llamas.

Corrimos rumbo al portón del frente y el estallido nos expulsó del edificio como muñecos. Caímos aparatosamente y nos lastimamos las manos y el rostro, pero pudimos dar gracias de continuar con vida.

Nos pusimos de pie para cuando el galpón era una bola de fuego. La mejilla derecha de Mauro tenía un surco vertical del que chorreaba sangre oscura. Se cubrió con una mano para detener la hemorragia. Yo no noté nada particularmente complicado en mí, pero imaginé que mi aspecto sería igual de desastroso. Caminamos con paso inseguro hasta llegar al asfalto y allí nos desplomamos.

—¡Están… muertos…! —dijo Mauro entre jadeos.

—Sí… —hablar era un esfuerzo doloroso—. Supongo…

En mis retinas aún podía contemplar la imagen de Szmeta envuelto en llamas. Era terrible. Yo había sido compañero del ruso en la escuela. ¿Cómo podía comprender lo que había hecho? No hallaba una explicación a toda aquella locura.

El galpón comenzó a rechinar y una de las columnas se vio vencida por el peso del techo. Toda la estructura se inclinó hacia ese lado y acabó por sucumbir. Segundos después, Mauro alzó un índice al cielo nocturno, señalando algo entre las pocas nubes que aún persistían.

—¿Qué ves?

—No sé. Parece…

Una luz esférica y blanca asomó frente a nuestros ojos. Algo se acercaba, descendiendo. Pensé en un helicóptero, pero no logré identificar su forma. Unos segundos después, la esfera de luz se cernía sobre nosotros en forma amenazadora.

—¡Vayámonos de aquí! —grité.

Echamos a correr con dificultad y subimos a mi coche sin volver la vista atrás. Cuando arranqué el motor, Mauro giró sobre el asiento del acompañante para observar.

—¿Qué es? —le pregunté, espiando por el retrovisor. La luz era tan poderosa que ocultaba los contornos de la maquinaria.

—Es… ¡es como un plato volador…! —Sus palabras me quitaron el aliento, no pude responder nada. Regresé la vista a la ruta y aceleré un poco más—. Está descendiendo sobre el galpón… ¡Es enorme!

De pronto la luz que se reflejaba en mis espejos desapareció. La oscuridad fue total.

—¡No está! —gritó Mauro—. ¡Se llevó todo…!

Miré por el retrovisor y comprobé que entre aquellos frondosos árboles ya no se veía nada, ni siquiera una pequeña lengua de fuego. Sólo pude notar unos ínfimos puntos de luz blanca que parecían moverse.

—¡Hay algo ahí! —exclamó Mauro—. ¡Entre los árboles! ¡Y viene para acá! ¡Metele pata, Flaco!

—¡¿Qué es?! ¡¿Qué es?!

—¡No sé, pero son muchos! ¡Y se acercan rápido!

Pisé a fondo el acelerador y encendí las luces largas. En pocos minutos el campo quedó atrás y comenzaron a aparecer signos de civilización.

Algo pasó zumbando sobre el techo del vehículo y golpeó contra un paredón, del otro lado de la calle.

—¡Nos disparan!

La zona fabril acababa en una rotonda y tomé la tercera salida a la derecha, con la esperanza de alejarme del origen del disparo.

Un nuevo estampido se oyó en la distancia, y luego de unas cuantas calles, los puntos de luz dejaron de observarse. Desaceleré un poco, para no acabar volcando, pero mantuve los sentidos siempre alerta. Cruzamos el barrio metalúrgico y llegamos a terrenos conocidos en pocos minutos. Hacia atrás no se distinguía ninguna amenaza.

—No dispararán en un lugar poblado —dije, queriendo convencerme de que eso era cierto—. Pero no podemos quedarnos tranquilos.

Mauro me miró con verdadero terror.

—¿Y qué vamos a hacer?

No dije nada y conduje hasta mi casa. Dejé el auto en marcha y llamé al timbre con desesperación. Toqué varias veces, hasta que Norita abrió la puerta y salió corriendo a abrazarme.

—¡Tardaste mucho, Dani! —exclamó—. Te llamé mil veces. Estaba empezando a tener miedo…

—¡Vení! ¡No hay tiempo para hablar!

La subí al asiento trasero del coche y aceleré otra vez.

Antes de que Mauro pudiera contarle un diez por ciento de lo que nos había pasado, ya estábamos sobre la Panamericana, alejándonos de todo.

—¡Pará, Flaco! —dijo Mauro al darse cuenta de por dónde andábamos—. ¿Y mis viejos?

Hice una pausa y lo miré a los ojos. Apreté los dientes.

—Ellos son dos, Mauro. No van a tener problemas.

—¿Cómo lo sabés? ¡Los van a amasijar!

—¡No, no…!

—Sí. ¡Hay que volver por ellos! ¡Los van a matar!

Norita se echó a llorar y yo lancé un insulto al aire.

—¡No podemos, Mauro! ¡Vos ya lo viste! ¡No podemos volver!

—¡Pará, Flaco! ¡Son mis viejos!

Mauro tomó el volante con una mano y casi volcamos. Logré controlar el vehículo y nos detuvimos sobre la banquina. Mauro se bajó de un salto y echó a correr.

—¡Estás loco! —le grité—. ¡No vayas, Mauro!

—¡Tengo que hacerlo! —me respondió sin volverse.

Alarmado, la miré a Norita y la atraje hacia mí. La besé en la frente y le pedí que me diera su celular.

—¿Qué vas a hacer?

Saqué el mío del bolsillo y arrojé los dos fuera del coche.

—Ya estamos jugados —le dije—. Tenemos que ser cautelosos.

Arranqué el motor y seguimos camino.

Norita quiso saber todo, y yo se lo conté con lujo de detalles. Y, al igual que yo, no lo pudo creer.

Pasamos tres semanas recluidos en un hotel en Rosario. Esquivamos las miradas de los curiosos, huimos de los lugares muy poblados y tratamos de mantenernos unidos todo el tiempo. Y nada pasó.

Al cabo me animé a llamar al teléfono de mi casa desde una cabina pública y levanté los mensajes grabados. Había varias llamadas de mi trabajo, preguntando si me había ocurrido algo malo y pidiendo que me comunicara pronto, y otras dos llamadas de amigos también preocupados. Ningún mensaje parecía sospechoso. Se lo comenté a Norita y, en vista de que se nos estaban acabando los ahorros, decidimos regresar.

Volvimos al barrio con cautela, procurando pasar desapercibidos. Entrar en casa fue todo un reto, pero al notar que todo se mantenía como lo habíamos dejado nos sentimos aliviados. De todas maneras, pasamos tres días completos sin salir a la calle. Luego debimos aprovisionarnos de alimentos y artículos de limpieza. Transcurrida una semana, regresamos paulatinamente a las tareas cotidianas, pero aún entonces me negué a volver por el trabajo y

reencontrarme con el Gordo y con Tontín. No sabría qué decirles, si es que podría mirarlos a los ojos.

El séptimo día llegué a casa con las bolsas de las compras y noté que la luz del living estaba encendida. Era cierto que estaba anocheciendo, pero Norita se negaba a encenderlas antes de que yo llegara, así que la novedad me llamó la atención. Abrí la puerta de calle y Norita salió a recibirme. Estaba radiante y hablaba con naturalidad, sin las notas de tensión de los días anteriores. Ingresé tras ella y avancé hacia el living. Entonces me quedé petrificado al ver a una persona sentada a nuestra mesa.

—¡Vino Mauro! —me dijo Norita.

—¿Mauro?

Mi amigo giró el rostro y me miró con una sonrisa.

—¡Sí, estoy acá! ¡No sabía que habían vuelto!

Reencontrarme con Mauro me desbarató completamente. Corrí a su encuentro y lo abracé con calidez.

—¡Maurito, qué alegría verte! ¡Pensé que… pensé cualquier cosa!

—¡Flaquito…! ¡Yo también me alegro, che! No me animé a venir antes…, pero ya ves que todo está tranquilo.

Me senté frente a él y agarré una tetera que tenía delante. No lo podía creer. Estaba vivo. Era un alivio.

Serví una taza de té caliente y se la acerqué. Mauro me la regresó.

—Tomala vos, que Norita ya me dio una.

Acepté y bebí un par de tragos.

—Contame. ¿Cómo regresaste esa noche? ¿Viste algo raro?

Mauro se acomodó en la silla e hizo una mueca de dolor.

—No fue nada fácil regresar de la Panamericana. Tenía un miedo de muerte. Pero mis viejos podían estar en peligro…

—Sí, es verdad. Disculpame. Es que yo…

—No te preocupes. Hiciste demasiado. No podías imaginarte que acá no pasaba nada. Yo tampoco. Así que me tomé un taxi y le hice dar un par de vueltas antes de parar frente a casa. Cuando entré, mis viejos dormían. Me acosté sin hacer ruido y por la mañana no dije ni una palabra de todo esto. No quería asustarlos.

—Hiciste bien —dije y terminé mi té.

—¿Ellos qué podrían hacer? Fue mejor mantenerme en silencio.

Norita se acercó al living y me sonrió.

—¿Viste? Todo parece estar bien.

—Sí —afirmé—, es genial.

Mauro sonrió y la jovialidad de otros tiempos retornó al rostro de mi amigo. A ese rostro terso de joven que siempre tuvo.

De pronto palidecí. Mauro pareció notarlo porque su sonrisa desapareció.

—¿Te sentís bien?

La pregunta era acertada. No me sentía bien. Algo se retorcía en mi estómago. Me puse de pie e intenté abrazar a Norita. Antes de caerme, ella me sostuvo.

—La herida… —le susurré—. En la cara… No la tiene…

Norita me miró y frunció el entrecejo. Me sentó en la silla y miró a Mauro.

—Se dio cuenta —dijo.

Mauro se puso lentamente de pie y se acercó, meneando la cabeza. Yo sentía que el cuerpo me pesaba demasiado. Entonces mis ojos se posaron en la taza de té y tuve ganas de llorar.

—No tengas miedo, Flaco —me dijo—. No te va a pasar nada malo.

—¿No…?

—Tranquilizate. Ya vas a ver que todos volveremos a ser amigos. Hasta iremos a jugar al fútbol todos los domingos otra vez. Sólo tenés que relajarte y dejarte llevar.

Un sopor se apoderó de mí y apenas pude mantener los ojos entreabiertos.

—¿En serio me lo decís…?

Mauro aproximó su rostro al mío y volvió a sonreír.

—Ya no tenés de qué preocuparte. El miedo se acabó.

Estaba cercado en mi propia área chica, sin chances de escapar. ¿Qué podía hacer? Cerré los ojos y me entregué.

En la oscuridad de la inconciencia quise escuchar la voz de Ricard una vez más, y la del Gordo y la del Tano y la del resto de mis amigos también. Y poco a poco, aquel deseo pareció concedérseme.

¡Pero mirá que sos bestia, Tontín! ¿Tenías que patear tan fuerte?

Rezá para que no le haya pasado nada serio…

¡Todo por culpa de ese perro…!

Las palabras eran nítidas, casi reales. Se sentía muy bien volver a escucharlos.

Parece que está despertando.

¡Mauro, mi gran amigo! Siempre cuidando de mí.

¡Ves que no era nada! ¡No fue un golpe tan fuerte!

¡Andá, bruto!

¡Ahí abre los ojos!

—Tranquilo. Todo está bien.

Tenía que ser cierto. Mauro jamás me mentiría.

Abrí los ojos.





En la selva

Por Néstor Toledo

Ilustrador: Hunter by Adam Kuczek (Polonia)

Me despierto aterido, doblado en la butaca. El aire frío y árido de la cabina me ha secado la boca. Me froto los ojos mientras la azafata me alcanza una taza de café. Desde el aire se ve en la aurora la estela de una fragata de la Marina de Brasil. En el aeropuerto internacional de Manaus el pandemónium es generalizado, a pesar de los esfuerzos de las autoridades brasileñas por ofrecer una apariencia de organización y solvencia. En el hall de espera un contingente de voluntarios de Greenpeace está siendo escaneado a conciencia por soldados con tomógrafos portátiles y perros. Desde el ventanal se ve un boulevard en la distancia y una muchedumbre con banderas y pancartas contenida por una valla y unos pocos policías de a pie. Yo confío en que mi credencial de la UNESCO me permita sortear todas las etapas de seguridad, pero a medida que avanzó en la cola mis esperanzas se desvanecen.

Cuando me llega el turno una funcionaria increíblemente joven e increíblemente cansada me interpela con paciencia. Su alivio es evidente cuándo respondo en un portugués aceptable a sus preguntas iníciales en inglés. Sonríe y le retribuyo con mi mejor sonrisa de optimismo y honestidad, cortesía de mi herencia africana. Las preguntas son las de rigor, pero

hay un set nuevo de preguntas específicas. ¿Trabajo o he trabajado para alguna empresa de biotecnología? ¿Soy accionista de alguna empresa de biotecnología? ¿Alguien de mi familia trabaja para o es accionista de alguna empresa de biotecnología?

En las pistas sigue el pandemónium. Desde el microbús automatizado que gentilmente me lleva hasta el avión veo en las pistas largas hileras de pérgolas blanquísimas estremecidas por la brisa, como capullos temblorosos, protegiendo del sol hiriente del amanecer a una muchedumbre de pasajeros que esperan que los escaneen tras bajar de sus vuelos. Hay cadetes que reparten bebidas frías, bandejas con frutas y folletos de la Autoridad Brasileña de Seguridad Aeroportuaria.

Un empleado me ayuda con diligencia a subir mis cosas a la cabina del avión, un turbohélice Embraer de despegue vertical. La cabina del avión sólo dispone de cinco butacas, el resto es bodega ocupada con cajas de suministros. Despegamos sin demora, un helicóptero de combate de la Fuerza Aérea Brasileña nos escolta. Debajo de nosotros el teselado urbano va cediendo en su densidad. Más allá de los barrios privados amurallados y las favelas estratificadas, se distinguen las enormes plantaciones de soja y maíz transgénicos, punteadas por los octaedros bruñidos de los generadores solares. Tras un velo de nubes bajas, comienza la selva.

La selva, territorio en disputa, desgarrado y triturado entre manos siempre ávidas. Primero el oro, luego el caucho y las maderas preciosas, más tarde el espacio para mega emprendimientos inmobiliarios y cosechas, después los acuíferos y la biodiversidad. Ahora los Tótems. Una constelación de facciones y grupos humanos agitan la selva alrededor de los Tótems. En primer lugar, el cerco conjunto montado por la UN y el gobierno de Brasil, con la vana esperanza de generar una zona de cuarentena temporal. El cerco es débil, laxo, difuso: ni la UN ni Brasil desean desacreditarse aplicando la violencia militar. Por sus grietas van y vienen grupos humanos de diversa índole, fatigando a escondidas los senderos: pobladores locales que se resisten al traslado a los refugios, narcos que se esconden con fastidio o resignación, milicias pro-indigenistas desahuciadas, activistas ambientales, sectas de fanáticos religiosos y adeptos del post new-age buscando revelaciones alienígenas. Todos ellos entran y salen de la zona de cuarentena, exclusivamente a pie y sufriendo terribles penalidades, desde hace tres años. A veces se matan entre sí, a veces negocian o intercambian provisiones e información. Ocasionalmente son capturados por las fuerzas UN-Brasil y deportados fuera de

la selva. Otros grupos más fuertes se amenazan de forma velada por toda Amazonia, complicando el panorama, embarrando la cancha de las frágiles relaciones entre Colombia, Brasil, Ecuador y Venezuela. Satélites y drones de combate y reconocimiento no identificados sobrevuelan continuamente la selva e interfieren con las comunicaciones del ejército brasileño y de la UN. La mayoría son norteamericanos, chinos, ingleses y rusos. Hasta ahora no parece haber presencia militar extranjera efectiva en tierra firme y lo más preocupante son los grupos de mercenarios armados con última tecnología que se infiltran en la selva con oscuras motivaciones. La hipótesis más firme asume que son grupos de tareas a sueldo de empresas de biotecnología. La UN y el tribunal internacional de La Haya han amenazado con sanciones durísimas a cualquier agrupación, facción o gobierno que se demuestre esté usufructuando algún tipo de conocimiento o tecnología derivada de los Tótems mientras la cuarentena esté en vigencia.

Dos horas después de despegar el piloto me grita y señala con el dedo hacia abajo. Me asomo a la ventanilla y veo un claro sin árboles en la jungla, un círculo perfecto de tres kilómetros de diámetro tapizado de altos cañaverales y retoños de falso cafeto. Entre las cañas asoman titánicos perfiles curvos, esotéricos fragmentos de color hueso colonizados por helechos y bromeliáceas. En las fronteras con la selva se inclinan anónimos postes de duraluminio, silentes despojos de un intento frustrado de cubrir toda el área con un domo plástico.

Tres años atrás, cuando aparecieron los Tótems en cada reserva de biodiversidad del planeta y el terror y la paranoia sacudieron el orbe durante semanas, dos de ellos fueron destruidos en las primeras horas de delirio. La NATO disparó con un cañón de riel orbital a uno de los “Tótems hermanos” de Amazonia, ante la mirada amedrentada del mundo entero. El Tótem fue despedazado y una lluvia de fragmentos regó la selva circundante. Doce minutos después China hizo lo mismo utilizando un arma de luz coherente contra el Tótem de Tailandia. El cínico alivio que supuso saber que podían ser destruidos y la ausencia de respuesta por parte del resto de los Tótems relajó la tensión lo suficiente para que la UN tomara la iniciativa y detuviera la escalada de agresión.

Comenzamos a descender y el piloto me indica que debo apearme en una plataforma construida en el dosel de la jungla. La puerta corrediza se desliza y entonces veo la selva, el surrealista espectáculo del dosel arbóreo, tan denso y enmarañado que da la falsa impresión de

poder caminar sobre él. Inmediatamente debajo nuestro de nosotros hay un cuadrado de plastiacero de diez metros de ancho, pintado de blanco con una gran cruz roja en el centro, los bordes tienen un cerco de red elástica y aferrada a ella veo a una persona que nos mira. Seguimos descendiendo y la persona se acerca y tiende los brazos hacia mí. Le arrojo mi bolso y mi maleta llena de equipo. Entonces me despido del piloto con un gesto y salto en el aire agitado, los faldones de mi camisa revoloteando a mí alrededor como alas atrofiadas e inútiles.

Me incorporo, despeinado y enceguecido por una lluvia de hojas de los árboles, azotado por el contraste entre el aire acondicionado de la cabina y el aire espeso, cálido y lleno de olores de la selva. El avión y su escolta acorazada se pierden en el cielo, mientras me dirijo hacia la persona que sostiene mis cosas con diligencia. Es un joven cetrino y de ojos atentos, y reconozco en él a Isaías Pereira, el estudiante boliviano de doctorado que se ofreció a venir a recibirme. Su apretón de manos es fuerte aunque su voz es tímida y dulce. Antes de bajar adivina en mis ojos la urgencia y tiende un dedo hacia el horizonte, hacia el noroeste.

A muchos kilómetros de distancia, azul por la lejanía, un objeto pálido y opaco apunta al cielo, como una aguja de catedral. Es el Tótem sobreviviente, un monstruo fusiforme de un kilómetro de altura y cien metros de diámetro, levitando a diez metros del suelo. Sumergido hasta la mitad en los múltiples estratos de la selva, asoma como un faro modernista sobre un mar de olas verdes e inmóviles.

Descendemos lentamente por una escalinata de barrotes de aluminio. Todo es una algarabía de verde a mi alrededor. Luz verde, penumbra verde, sombra verde. Verde brillando como fuego blanco y verde profundo, negro de verde, entremezclados en parches con bordes de geometría suavemente fractal. Conozco algunos de los árboles y plantas, otros los he visto en libros y documentales, y la mayoría no tengo la más remota idea de qué son. Insectos y aves de tamaños inverosímiles cruzan ante mis ojos: insectos gigantescos que aletean, aves diminutas que zumban. Todo es irreal, flores de colores llameantes penden de los árboles, como dragones o vulvas de vitreaux. Lo que no es verde es azul, escarlata o amarillo. Empieza a llover.

El campamento es una cordillera de carpas-dosel de vinil celulosa interconectadas, con el logo de la UNESCO bien visible. Hay paneles solares desplegados por todos lados, un WC

enzimático de origen militar con dos duchas inflables, un costoso purificador de agua con nanofiltros de resina y racimos de equipos electrónicos desparramados sobre mesas plegables. Una mujer surge de entre la penumbra salpicada de gráficos holo y su rostro pecoso y bronceado sonríe bajo el pelo rubio bien corto: Laazi Lindgren, autoridad mundial en citogénesis y mutación vegetal. Nos abrazamos en silencio.

Sentado en una butaca de ergo-gel reposa un hombre corpulento, canoso y atezado. Nos acercamos y él se estira en la silla para darme la mano. Lo conozco de muchas conferencias, su sonrisa de abuelo brilla cómplice en la sombra mientras me guiña un ojo. Ni más ni menos que León Guimarães, el pope latinoamericano de la transmisión horizontal vírica, ganador del Premio Döbereiner. Su pie derecho, hinchado y tapizado de parches transdérmicos de colores, descansa en un taburete inflable. "Eu resbalé como um tolo, como boludo, y ahora éstos dos no me dejan fazer nada" protesta. Laazi se defiende en su pésimo español mientras me muestra mi espacio personal y mi hamaca. Me cambio mi inútil vestimenta urbana por prendas de campaña más frescas, Isaías me inyecta una nueva dosis de repelente, un cóctel de feromonas de diseño contra insectos picadores y parásitos superficiales varios.

Ni bien la lluvia afloja salimos a muestrear y a hacerme conocer el terreno. León se queda hurgando entre los datos re-analizados que he traído entre mis cosas.

La selva hierve, literalmente, de flores e insectos. Tomamos muestras de tejido y fluidos de incontables especies de plantas y hongos. Capturamos insectos y gusanos, colectamos excrementos de aves, también de agutí y mono aullador. Isaías se encarama al tronco invadido de helechos de un gigantesco ficus y regresa con un lujoso escarabajo color negro y crema que patalea tenazmente. Sostiene al animal con unas pinzas de goma para no dañarlo y me lo alcanza mientras extrae de su morral de combate una lupa de geólogo. Me indica que examine el vientre del coleóptero, entre las patas. Me llevo la lupa al ojo y veo una diminuta masa translúcida que no debería estar allí. A pesar de que tiene bordes definidos y es perfectamente simétrica, resulta claro que no está simplemente adherida a la superficie de la cutícula. Doy vueltas al animal que se debate, mientras descubro otras excrecencias similares debajo de los élitros, en la base de las piezas mandibulares y alrededor de las antenas. Son como diminutos adornos de azúcar o nácar. Laazi e Isaías me miran expectantes. Sabía que las muestras que Isaías me había enviado luego de que la UNESCO me contactara habían sido encontradas en la selva y no extraídas de los Tótems, pero no esperaba esto.

Seguimos muestreando mientras Isaías me cuenta en más detalle sus últimos hallazgos. Todas las muestras provienen de flora y fauna local. Los “adornos de azúcar” son depósitos de origen alienígeno externos a la epidermis del organismo hospedante, pero en contra de lo esperado, no invaden sus tejidos sino todo lo contrario. En este caso, si pudiéramos escanear el escarabajo en este momento veríamos filamentos de tejido del escarabajo infiltrados dentro del tejido translúcido anómalo. Están investigando los mecanismos moleculares mediante los cuales estos depósitos inducen o animan a los tejidos del hospedador a crecer de este modo. Tanto Laazi como Isaías y León piensan que estos depósitos no son emisiones del Tótem intacto, sino algún subproducto sobreviviente de la destrucción del otro Tótem, y yo me inclino a creer lo mismo. ¿Entonces cuál es su verdadera función? Mis estudios sobre las muestras enviadas por Isaías me llevaron a proponer que los cristales eran almacenes de información codificada, no simplemente depósitos. ¿Cuál es el fin de estimular a los tejidos del hospedador a crecer invadiendo los cristales?

Tengo una corazonada y el esfuerzo de muestreo llevado a cabo por Isaías y Laazi estos meses rinde sus frutos. En una pausa extraigo mi holobook y ejecuto a Thot, mi IA personal de mapeo de datos. Nos sentamos en una raíz de acajú mientras Thot digiere los datos de GPS de las muestras tomadas y elabora un mapa probabilístico de densidad corrigiendo de acuerdo a la topografía, los cursos de agua, la dirección del viento y otros factores que vamos discutiendo mientras examinamos los gráficos. Thot compara y pesa diferentes modelos de mapeo y los gráficos holo reverberan en el aire húmedo atrayendo minúsculos insectos voladores. Vamos ajustando los gráficos a medida que quitamos o agregamos factores de corrección: al principio son caóticos y no se observan patrones discernibles, pero cuándo le indico a Thot que agregue como atractor la ubicación del Tótem destruido el gráfico se reordena, las diferentes frecuencias muestreadas se disponen en densidades concéntricas alrededor del círculo de ruinas abandonadas. Los “adornos de azúcar” son residuos o vestigios del Tótem destruido, sin lugar a dudas. Pero el patrón está distorsionado hacia el noroeste y nos miramos de reojo los tres antes de indicar a Thot el paso siguiente: incluir las coordenadas del Tótem intacto. El gráfico se reorganiza inmediatamente, las líneas que irradian desde el Tótem destruido se arquean significativamente hacia el Tótem superviviente. Como mínimo, el Tótem intacto atrae o influencia los residuos de su hermano aniquilado. Es el momento de atender a mi corazonada. Amplío la escala del mapa y solicito a Thot que estime la posición

del máximo de densidad local más próximo a nuestra ubicación actual. No hay manera de computarlo excepto por fuerza bruta algorítmica y aprovechamos para almorzar y refrescarnos. Un acorde de guitarra anuncia el final del cálculo y vemos un área sombreada a menos de cuatro kilómetros al sur de nuestra posición. No hay arroyos o ciénagas mapeadas que nos impidan llegar allí en las próximas tres horas de caminata.

Mi corazonada no le llega ni a los talones a lo que nos espera. Laazi encuentra el primero en una horqueta festoneada de bromeliáceas. Tiene el mismo aspecto translúcido y nacarado que los “adornos de azúcar” y parece una fruta asimétrica adherida a la corteza. Nos tomamos una hora extra para batir la zona y hallamos tres más, hincados en el musgo superficial de los árboles. Después de una larga deliberación nos decidimos a extraer uno de ellos, el más pequeño. Lo escaneamos primero con el sonar portátil y usando espuma de aerogel lo aislamos por completo antes de arrancarlo con el mayor cuidado posible. Durante un segundo inspeccionamos su cara adherida: la anatomía es compleja, se ven órganos que pueden ser patas replegadas o branquias, o cualquier cosa en realidad. Isaías lo guarda en un estuche refrigerado y emprendemos el regreso inmediatamente.

Llegamos al campamento en el calor espeso del atardecer. Transfiero los patrones de mapeo a la computadora, más potente, de León y mientras él y Laazi discuten los resultados, desempaquetamos con Isaías nuestro pequeño trofeo y lo introducimos, aún envuelto en el aerogel refrigerado, en el escáner RMN portátil. Verlo por segunda vez me produce una sensación diferente: al principio me recordaba una fruta surrealista, ahora me parece un animal enquistado. Es rotundamente alienígena pero extrañamente familiar al mismo tiempo, demasiado translúcido y gelatinoso para parecer un insecto, demasiado rígido y filoso para parecer una medusa.

El software de representación se afana con los primeros resultados del escaneo, pero hay que ser pacientes. Aprovechamos para lavarnos y quitarnos las botas embarradas, asear el instrumental y pasar en limpio los datos. Cae lentamente el sol a través del fastuoso y verde vitreaux viviente que nos envuelve.

Me siento en una butaca plegable, con una botella de agua apenas fría, a hurgar entre los resultados del escán magnético. La anatomía parece sencilla a primera vista, de tan

abigarrada, un entrevero de masas cristalinas y tejidos. Conecto mi holobook al escáner y solicito a Thot un mapeo ligero de los datos químicos comparando con las muestras de los "adornos de azúcar". Me ofrece una primera visualización donde llaman la atención unos corpúsculos diminutos resaltados en color verde agua por su composición química radicalmente diferente a las extrañas moléculas típicas del Tótem y sus derivados. Indago en estos corpúsculos, profundizando el sondeo molecular. Amplío y organizo el listado de moléculas detectadas mientras Thot revuelve mis bibliotecas químicas. Se me escapa una carcajada de entusiasmo y sorpresa. Ácidos nucleicos y desoxirribosas ordinarias. Thot secuencia rápidamente un par de dominios y los compara con la biblioteca: no hay duda, es ADN de organismos terrestres.

Isaías y Laazi vienen hacia mí. Mientras les muestro algunos gráficos, Thot continúa la enumeración de moléculas detectadas. Nuevas sorpresas nos aguardan. En la periferia de cada corpúsculo lleno de ADN terrestre hay una corteza formada por los ya conocidos cristales alienígenas, imbricados con una mélange de células en malicioso desorden. Las células trabajan alrededor de los cristales, manipulando activamente una multitud de complejas moléculas híbridas: análogos de ácidos nucleicos, moléculas capaces de imitar al ADN. Existe una estrecha interfaz química entre estos análogos y los cristales. Desconecto la holobook mientras la resonancia continúa y nos acercamos a León. Pongo el aparato en el centro y entre todos discutimos los resultados parciales. Cuatro conclusiones son ineludibles. Primero, el objeto alienígena que recolectamos posee reservorios internos bien estructurados llenos de ADN de origen terrestre. Segundo, los análogos nucleicos que las células de la corteza manipulan parecen estar en relación directa con este núcleo de ADN terrestre. Tercero, los cristales de la corteza están siendo sintetizados en tiempo real, ahora mismo. Cuarto, esa síntesis podría estar vinculada químicamente a los análogos.

Nos miramos los unos a los otros, cada uno rogando que los demás piensen lo mismo. León carraspea. "Quiero saber que piensan, nada de relutância". Isaías me mira mordiéndose la lengua, sus ojos oscuros y plenos dilatados por la maravilla y yo le hago un gesto con las cejas animándolo a hablar. "Traducción", dice. "Las células del objeto están traduciendo el ADN en cristales". Laazi asiente en silencio, con la cabeza apoyada sobre las manos. "Pensemos por un instante", propone León. Yo no puedo pensar, por un momento sólo es real para mí la selva repentinamente en sombras a nuestro alrededor, la sinfonía de aves e insectos

que la llegada de la noche ha invocado. La discusión recién comienza, pronto León e Isaías argumentan acaloradamente sobre la cartografía de una molécula en rojo y azul mientras Laazi sigue observando el avance de la resonancia magnética. El cansancio del día me desciende por los hombros y las piernas como una niebla helada, dejándome aterido y mudo.

Cenamos algo apresuradamente preparado por Laazi. Isaías está enardecido, pero León intenta aplacar su entusiasmo. Son necesarios más análisis y un equipo de investigación más grande para profundizar en la toma de muestras. En primera instancia pareciera que el objeto alienígena ha recolectado varias muestras de ADN de plantas y animales del entorno. Si realmente los cristales son depósitos de información codificada como yo propongo y el objeto alienígena está traduciendo el ADN terrestre y codificándolo como cristales, ¿qué función cumplen los "adornos de azúcar"? Una opción que surge durante la charla es que cumplen el proceso inverso: información que debe ser traducida por la bioquímica terrestre, lo cual explicaría el crecimiento de los tejidos de los hospedadores alrededor de los cristales. Los "adornos" no intentan colonizar el cuerpo del hospedador, tan solo se adhieren a él para ser "traducidos". León sintetiza todo con una frase impecable: "el Tótem traduce el ADN de la selva y a su vez ofrece sus cristales para que los organismos de la selva los traduzcan. Ellos se comunican. No somos los únicos aquí que estamos tomando muestras". La certidumbre de lo que acaba de decir me hace hormiguear la nuca. Se están comunicando, el Tótem y la selva. A un nivel terriblemente primario y a la vez exhaustivo. A nivel molecular.

Se me cierran los ojos del cansancio y aunque deseo seguir participando de la discusión tengo que recostarme en mi hamaca. Algunos retazos de la conversación llegan hasta mí, paulatinamente convertidos en sonidos indescifrables, murmullos irreconocibles. Me hundo en el sueño como un náufrago vencido.

Abro los ojos a una oscuridad liviana dónde flotan pequeñas luces de colores. Parpadeo mientras enfoco en una luz amarilla que titila, muy cerca de mí. Una luz amarilla que titila. Es el indicador de estado de mi holobook. Me esfuerzo por concentrarme, en la oscuridad, porque sé que el amarillo es importante. Indicador amarillo que titila. Conexión por microondas no autorizada exitosa. Alguien o algo está sondeando mi holobook, y ha rebasado el agresivo firewall cognitivo. No es un principiante. Me siento en la hamaca frotándome los ojos. ¿Quién puede estar haciendo esto en plena jungla? Me incorporo en la oscuridad, tomo la holobook y la apago. Camino unos pasos hacia el borde del campamento, fijando

ansiosamente la vista en la vegetación sumida en la penumbra. Falta poco para el amanecer y todo está en silencio. Demasiado silencio. Una profunda sensación de temor me estruja el corazón. El dolor repentino en el lado izquierdo de la nuca es un latigazo ardiente. Me llevo las manos al cuello y siento el calor bajo la piel, siento la carne que se retuerce y no puedo evitar un grito de dolor. Me han fundido a distancia el biophone. Quema. Laazi se despierta y me pregunta que sucede. Abro la boca para contestar y entonces los veo.

Emergen de la selva como vomitados por la espesura, moviéndose con increíble rapidez y sin embargo envueltos en un silencio tétrico, camuflados con follaje, disciplinados. No alcanzo a contar cuántos son, pero llevan armas largas de última tecnología. ¿Soldados? ¿Narcos? ¿Mercenarios? El terror me sacude como una descarga eléctrica. Isaías se levanta. Hago un gesto para que él y Laazi retrocedan. Las sombras ya están dentro del campamento, algunos nos apuntan con los rifles mientras otros revuelven nuestras cosas. Les hablo en inglés, en español y en portugués, pero no contestan. León se despierta con la boca abierta y manotea el teléfono satelital. Un borceguí se lo arranca de las manos y una culata negra le martilla la cara. Sigo hablando, intentando anticiparme, en inglés les ofrezco dinero, equipo. Me tiemblan las rodillas. León, con la boca llena de sangre, comienza a insultarlos a gritos y Laazi intenta callarlo. Isaías les ruega que no se lleven nuestras cosas, les dice que somos científicos, que no hacemos nada malo. Se acercan al depósito refrigerado del escáner y destraban la tapa. Saben exactamente cómo hacerlo y de repente sus intenciones quedan al descubierto en toda su espantosa e inhumana ridiculez. Isaías se adelanta con un grito de indignación, sólo alcanzo a agarrarlo de la camiseta cuando empuja al mercenario a un costado. Hay un zumbido seco de propelente, dos, tres. Armas de gas comprimido, limpias, silenciosas. Isaías se desploma hacia adelante, encogido. El alarido de Laazi retumba en la selva.

Avanzo con las manos en alto, hacia las sombras embozadas. El corazón me cocea el pecho desde adentro como una bestia desesperada. Las bocas negras de los rifles de asalto me apuntan al torso, no hay rostros tras los duros guardamontes de fibra de carbono, bajo los anónimos cascos de polímero. Sólo gafas de visión térmica y máscaras antigás. Isaías no se mueve, sus brazos están retorcidos debajo de su estómago y sus rodillas se doblan hacia un lado, como un títere sin hilos caído en el suelo. Uno de los mercenarios extrae el contenedor, lo introduce en un envase refrigerado y entonces todos ellos se retiran muy lentamente sin

dejar de apuntarnos, en un movimiento perfectamente sincronizado, ensayado miles de veces, hasta desaparecer en el muro de vegetación. Laazi llora en silencio junto a León, los ojos cerrados y la boca crispada como un bebé.





Cerrada

Por Ricardo Germán Giorno

Ilustrador: St/ Anastasios Gionis (Grecia)

Caminando despacio por la avenida, Chola se miró en el reflejo de la vidriera y, como siempre, no se gustó. ¿A quién podría gustarle ese metro cincuenta y dos, esos sesenta y cinco kilos distribuidos mayoritariamente de la cintura para abajo? Aunque, se dijo, cuando los tíos andan con hambre, cualquier pierna les viene bien.

Se repasó el pelo negro, lacio, peinado con raya al medio para que cayese a los costados. Así disimulaba esas mejillas gordas que le daban demasiada redondez a la cara. Suspiró: la piel oscura resultaba imposible de ocultar.

Pellizcó la minifalda negra para poder subirse las medias, también negras, de red. Frunció la boca, se alzó de hombros y caminó hacia Rivera. La avenida y Rivera era su parada. Los altísimos tacos no le impedían ese desplazamiento “caliente”, ese andar estudiado que a más de un camionero le sacaba un chiflido.

Apoyó la espalda sobre la ochava. Puso un pie en la pared y, a pesar del frío, se levantó aún más la falda. Un acto reflejo, aprendido con los años.

Sábado a la noche. ¡Mierda! No había chabones solos, y ella sin un mango[18] para la olla.

---

[18] No traer un baro, estar en la brujez. Antiguo billete de un peso moneda nacional.

Sábado a la noche, y encima invierno. La avenida mostraba un movimiento bien diferente al quilombo de los días de semana. No es que no hubiera tráfico, todo lo contrario. Pero los autos pasaban hasta el culo de familias, pendejos, esposas. Y las que más miraban eran ellas, las minas de su casa, esas pedazos de conchudas. Con sonrisa helada miraban, para luego secretearle en la oreja al nabo del maridito. Chola las reputeó por adentro. ¿Tipos solos? Ni uno.

Tomó por Rivera, dándole la espalda a la avenida. El del kiosco la saludó con la sonrisa estúpida de siempre. Pero él no contaba. Para él el pete era a cambio del uso del baño y que anotara las patentes de los coches que la levantaban. Por las dudas.

De vuelta para la esquina se topó con un auto azul oscuro, enorme. Sin ser conocedora, le pareció bien caro. Del asiento del acompañante se bajó un flaco de unos cuarenta, impecable traje azul con finas rayas blancas. En cuestiones de pilchas masculinas, Chola tampoco era muy conocedora que digamos, pero sí sabía que aquél no estaba a la moda: ese traje era más para un viejo que para un cuarentón.

—Buenas noches, señorita —dijo el tipo.

¿Señorita? ¿Y el coso ese de dónde había salido? ¿Desde cuándo a ella la saludaban así? Y encima le había hablado con una voz que le hizo pensar: “Este se tragó una flauta”. Se lo quedó mirando de arriba abajo.

—Mi amo —el flaco señaló el auto con la cabeza—, desea pagar por sus servicios.

—¿Tu amo? ¿Cómo que “tu amo”? ¿El chabón está arriba del auto?

El otro tosió como para aclararse la voz, apoyándose el puño en los labios. Hasta parecía puto, por lo fino. Y movía las manos como si fuesen abanicos.

—No, señorita, él mandó el auto a recogerla.

—A recogerme… —dijo juguetona, sonriendo—. Por fin estamos hablando de lo mío —Chola miró el auto, se acordó de que estaba corta de dinero y se aventuró a pedir lo que consideraba un disparate, total ya daba lo mismo—. Son cien, flaquito. Por media hora.

Él se mandó como una sonrisita.

—Mi amo desea compartir la noche con usted. ¿Le parece bien mil quinientos pesos ahora, y el resto, digamos… después?

—¿Qué? ¿Milqui? —Chola hizo gestos de revolear la cartera, amenazante. Seguro el puto estaría con alguna loca, o peor, con un traba. Y querían reírse de ella—. Mirá, rarito, tomatelá. Que hoy no vi una puta moneda en todo el puto día. Y no estoy para cargadas. ¿Con quién estás en el auto, puto?

El flaco, ni pelota a la puteada. Parecía pensarla bien, dándose golpecitos en la mejilla con el dedo. Pero pronto se decidió: peló la billetera y sacó un fajo de billetes. Billetes frescos.

—No es ninguna broma, señorita. Tome: mil quinientos pesos ahora, y otros mil quinientos cuando termine… esteee… su asunto con el amo. Tal como le venía diciendo, él desea tener el honor de invitarla a su casa.

Chola manoteó la guita, olió el agradable aroma de los billetes. Vio al del kiosco cuando anotaba la patente del auto. Vio que le guiñaba un ojo como que todo estaba bien. ¿Qué sabía el pelotudo ese de lo que estaba bien o estaba mal? Suspiró.

Guardó el dinero en la cartera, justo al lado de la .22. Levantó la vista y le cabeceó un sí al chabón.

Le puerta del asiento de atrás se abrió sola. Ella subió a un lujo desacostumbrado. El de traje se sentó al lado de otro que iba al volante, vestido con gorra y uniforme.

—¿Este es tu amo? —Le dijo Chola al flaco—. Más parece un fercho[19].

El nabo no le contestó, y el auto arrancó por Rivera y se alejó de la avenida.

Chola vio pasar calles de las que no conocía ni el nombre, pero sabía dónde estaba y qué barrios iban dejando atrás. Instintivamente acarició el bulto que la Bersa le formaba en la cartera.

—Che, loco, ¿falta mucho?

—Un poco, sí —dijo el trolo[20] con esa voz de flauta mientras se daba vuelta—. ¿Desea beber algo?

---

[19] Chofer

—Sí, pero dejá, no paremos. No vamos a llegar más.

El flaco sonrió.

—Al lado de su mano derecha —dijo— hay una botonera. Pulse el botón azul, por favor.

Chola hizo caso, y del asiento delantero bajó automáticamente un estante: bebidas con y sin alcohol. Su primer impulso fue agarrar varias para metérselas en el bolso, pero... No: ella quería ser aceptada, que estuvieran contentos. Al final prefirió una Pesi, no le gustaba el alcohol.

Recostada sobre el asiento, se puso a pensar. No le preocupaba saber adónde la estaban llevando. No le importaba si el "amo" resultaba ser un degenerado o un golpeador. Los golpes se curaban. ¿Por qué la habrían elegido? Soy una negra fulera, se repetía frente al espejo todas las mañanas. Todas las putas mañanas. Es que ya sabía que arrancaba otro día de mierda, y que a la noche iba a seguir ahí, en ese mismo pozo ciego, en ese agujero sin fondo que era la villa. Entonces recordó a Chinchi: ¿cuántos tendría? Once. ¡Su hija ya tenía once años! Deseó con todas su fuerzas caerle bien al cliente y conseguirlo como fijo. Chola tenía muchos fijos, pero eran laburantes mal pagos. Y lo que iba a ganar esta noche no lo sacaba en todo un mes frotando la espalda contra las sábanas. Ni aunque se rompiera el culo dejando que le rompieran el culo esos pobres negros.

Terminó la gaseosa y se quedó con la lata en la mano. El trolo se dio vuelta, solícito.

—Permítame, señorita —dijo, y le sacó la lata vacía y la puso en la guantera.

—¿Falta mucho?

No le contestaron. El auto empezó a ir más despacio. Chola pudo ver que entraban a una especie de… no encontraba la palabra, aunque había visto eso en muchas películas. Una especie de… ¡muelle, eso!

La luna brillaba en las puntas de los barcos cerca de la orilla. Era lindo. El auto siguió por el costado, y entonces ella vio el cartelito. Qué suerte haber podido aprender a leer en la parroquia, y eso que en la villa le decían que era al pedo: estaban en el puerto de Olivos.

---

[20] Invertido sexual pasivo masculino.

Bajaron.

—¿Es acá?

—No, señorita. Debemos ir por agua.

—¿Otro viaje? Hace una hora que venimos viajando. ¿Dónde me vas a llevar?

—A una isla del Delta. Pero, si está disconforme, podemos cancelar la operación. ¿Quiere que la… que la devuelva a la esquina?

Chola suspiró: ya estaba en el baile. Y, en fin… había que seguir bailando.

—¿A una isla? ¿Y yo cómo carajo me vuelvo?

—Tengo estrictas órdenes de regresarla a su hogar.

—¿Así que por la mañana me vas a llevar a la villa? ¿Y pensás llevarme con este auto? Je, vas a tener que ser flor de rapidito si querés pegar la vuelta sano —Chola miró hacia los barcos amarrados al muelle—. Bueno, vamos al bote. Cuanto antes lleguemos, antes terminamos.

El "bote" resultó ser el barco más grande que Chola había visto en su vida, salvo en las películas.

—Un crucero de gran porte —dijo el flaco—. Va a ver qué sobrio el camarote, señorita.

Tuvieron que acceder al tal crucero mediante un botecito que un par de monos ataron a la parte de atrás.

Entraron en un camarote decorado con escasos muebles. El tipo la invitó a sentarse en un sillón amplio, ubicado en el centro. Chola, que sólo conocía las casas de la villa y los hoteles baratos, había creído que encontraría extravagancias propias de los ricos, por lo que se sintió desilusionada de lo simple de la decoración.

—¿Desea comer o tomar algo, señorita?

—Che, ¿cómo es el chabón que me llevás a ver?

—El amo es un hombre de cierta edad, pero muy caballeroso y distinguido.

O sea, pensó Chola: un viejo verde de mierda. Aunque en el fondo iba a ser mejor. Eran los que menos aguantaban. Los que se agitaban más rápido.

—Bueno, dame un cachito de Coca. ¿No hay televisión?

—No —dijo él, sirviendo un generoso vaso—, lo siento mucho, no tenemos televisión. El amo nunca ve televisión.

—¿Falta mucho?

—Más o menos una hora.

—Hay algo que me tiene en bolas, flaquito: ¿no hay putas por acá, que te tuviste que ir al culo del mundo para conseguirte una?

Él sonrió: una sonrisa chota, como de puto que quiere hacerse el finoli, difícil de entender.

—Sí, señorita, pero ninguna como usted.

—¿Me estás cargando? ¿Te creés que no sé dónde estoy parada, yo? —Chola dejó el vaso sobre la alfombra y se sentó erguida, manoteando con fuerza el bolso para sentir la dureza tranquilizante de la .22—. Mirá, puto —dijo, señalándolo con el dedo—: si me llego a enterar de que esto es una joda entre mariconazos, los cago a tiros a todos. ¿Me entendiste, puto?

El chabón dejó de sonreír, y por primera vez se mostró intranquilo.

—Discúlpeme, señorita, no fue mi intención molestarla. La dejaré sola. Cualquier cosa que necesite —se paró bajo una campana de bronce que colgaba del techo, y la señaló—, sólo debe hacerla sonar. Mientras, si quiere, puede descansar en el sillón. Descubrirá que es de lo más cómodo.

Entonces salió.

El sillón resultó ser en verdad de lo más cómodo. Muy cómodo. Chola recogió las piernas, echándose de costado y descansó la cabeza en el apoyabrazos. Una grata modorra la hizo cabecear un par de veces.

Sintió un leve zamarreo, entreabrió los ojos: el flaco la movía con suavidad. Le soltó los hombros no bien se dio cuenta de que ella despertaba.

—Hemos llegado, señorita —dijo, y salió del cuarto moviendo el culo.

¿Estaría celoso?

El frío del invierno era más frío en el Delta.

Nuevamente tuvieron que usar el botecito —el “chinchorro”, como ella le oyó decir a uno de aquellos monos disfrazados de marineros—, que los depositó en un muelle pequeño, bien cuidado. Desde allí se podía ver, construida sobre una loma de césped prolijo, una casa no demasiado grande, cuadrada. Chola se desilusionó con esa casa. Se había imaginado una mansión, algo inmenso, con pileta de natación y estatuas doradas por todas partes. Como las residencias de los artistas de la tele.

Adentro, la casa estaba vacía. Vacía, pero no del todo: en el centro de una gran sala se levantaban cuatro paredes. Era como un cuartito puesto ahí de prepo, como un corralito de paredes altas hasta el techo. A medida que Chola y el flaco se acercaban, una puerta metálica se le abrió en dos: ¡el cuartito resultó ser un ascensor!

Chola subió al ascensor, todo forrado de madera. Y tenía nomás olor a madera… pero era raro, distinto al de la madera de las obras. Descubrió que no había botones para tocar. Las puertas se cerraron, y la máquina comenzó a descender con ellos dos adentro.

—Medio rarito el chabón, ¿no? Digo, vivir bajo tierra. Es la primera vez que veo un edificio para abajo.

El puto sonrió, esta vez francamente.

—Al amo no le gusta ostentar.

¿Osten…qué? Chola estaba por bajarlo de un hondazo: le reventaba la gente que hablaba en difícil, y encima con voz de flauta. Pero mejor acarició la madera del ascensor: calentita y confortable, casi como algo vivo.

Un leve sacudón le dijo que habían llegado.

Las puertas se abrieron a un corredor protegido por estatuas. Al fondo podía verse una puerta.

Las estatuas eran de gente cogiendo. El mismo hombre viejo con la misma mujer joven. No… un momento: por la mitad del pasillo, el hombre no era tan viejo. Al final del corredor, la puerta tenía una estatua a la izquierda y otra a la derecha. Un machazo, que no cantaba su edad, aguardaba parado. Enfrente la chica, desnuda, descansaba dormida. No era un sueño lindo. La cara de la chica era más… se la veía más... más... gastada. Sí, ésa era la palabra:

gastada. Chola nunca había visto unas estatuas tan parecidas a tipos y tipas de verdad. Qué diferentes a esos enanos, y también a los cisnes que decoraban los jardines de los platudos vecinos de la villa.

El flaco se apresuró a abrirle la puerta…

…y ella no estaba preparada para lo que vio.

Una habitación enorme, toda enchapada en madera, oro y un plástico rarísimo, se abrió ante sus ojos.

—Qué plástico —dijo—. Nunca vi…

—Es nácar, señorita.

Y tampoco la madera era lisa: tenía estatuitas no más grandes que las boludeces que a Chinchi le venían en los huevos de chocolate, pero Chola no había traído los anteojos. Se imaginó que mostraban lo mismo que las estatuas del pasillo. Y el techo. Se quedó con la boca abierta: hombres y mujeres de colores pintados en el techo, que corrían en pelotas, juguetones, cogiéndose y morfándose todo. No vio que alguno tomase nada, ninguna bebida vio. Un campo lleno de flores, casitas bajas, de paredes blancas y techos colorados, contra una montaña que echaba fuego y humo y piedras por la punta. Pero ellos no le prestaban atención ni al fuego ni a nada.

Y había algo… algo medio difícil de tragar. Miró mejor: sólo los más viejos se cogían a las pendejas.

Oyó una tos áspera como de rocas entrechocándose: en medio de la habitación había un hombre. Un hombre viejo. Un hombre muy viejo y muy flaco. Alto, de hombros caídos. Vestía una especie de sábana que daba vueltas cubriéndole el hombro derecho. Un pliegue de la tela pasaba por debajo de un corazón de piedra —un sujetador, seguro—, dejando desnudo el izquierdo, y enseguida la sábana caía como una pollera.

—Gracias por venir, querida —dijo el viejo—. Me complace tenerla aquí —entonces extendió un brazo hacia todo aquello que los rodeaba, hacia ese lujo impresionante.

Ella no supo qué decir. Quería gustar, ser aceptada. Pero lo que más quería era darle de morfar a Chinchi: se acercó al viejo y mandó la mano directo a la entrepierna.

—Ay, papirri —dijo, ante el miembro medianamente morcillón—. ¡Qué serios que estamos!

Y la verga del viejo choto se paraba.

Se paraba demasiado para un viejo choto tan viejo y tan choto como él.

El viejo le hizo una seña al otro, al mariposón, que se fue medio enojado. A lo mejor de puro celoso. Al mismo tiempo, la momia aquella le retiró la mano del bulto.

—No necesito escarceos, querida —dijo—, pero me agrada su… predisposición.

Otro que le hablaba en difícil, puta madre. Chola no cazó ni la mitad de las palabras. Pero creyó que había hecho algo bueno y que tenía que mostrarse, ser más activa. Se arrodilló y comenzó a levantarle la ropa, que no olía a naftalina como ella había sospechado.

Él la frenó otra vez. La sostuvo de las manos, la hizo levantar.

—Uy, uy, uy… —se quejó Chola: las manos del viejo no parecían las manos de un viejo.

—Retirémonos al cuarto, querida.

El “cuarto” resultó ser una habitación enorme con una cama inmensa. Era la primera vez que Chola veía en persona una cama con techo. Sólo las conocía por las películas.

Vio que él tironeaba del corazón de piedra, entonces la sábana se deslizó por la piel arrugada, cayó en esa alfombra más gruesa que un cepillo. Ya en bolas, el viejo se tiró boca arriba. Quedó justo en medio de la cama.

—Si es tan amable de desvestirse, querida, y subirse —dijo, como si estuviese pidiéndole la comida al mozo.

—¿Subirme?…

—Sobre mí —dijo el viejo sin mirarla ni un poco.

¿Así pensaba calentarse? Ma sí: obediente, Chola cumplió. Se puso en posición y comenzó a hacer lo único que sabía hacer: dejarse coger. Apoyó las palmas en el pecho cubierto de canas y se movió con presteza profesional. Vio cómo cerraba los ojos, le retiraba las manos y subía las suyas hasta llegarle a la cadera. Desde allí, él se hizo cargo:

Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Adelante. Atrás. Arriba. Abajo.

Chola no se había dado cuenta del calor. Un fuego. Sintió que la pija crecía mientras ella se iba mojando, cosa que jamás le pasaba.

Pensó que era porque quería agradar, cumplir su sueño de volver loco a alguien con toda la mosca.

Pero no: estaba gozando. Y gozando en serio. Ese viejo la hacía derretirse como a una cerda.

Las manos se desprendieron de las caderas, dos víboras subiendo. Los dedos fueron colmillos que le mordían las tetas. El ritmo cambió, se volvió más rápido.

Chola descubrió que el calor le venía de adentro. La piel fría y el corazón caliente. Sentía cómo bombeaba la sangre a cada movimiento que esas manos encarnadas le ordenaban. El cuerpo respondía, una energía que se le iba acumulando en los músculos. Pensó que se estaba inflando. Hasta creyó tener más fuerza.

El viejo abrió los ojos y le clavó la vista. ¿Por qué ella había pensado al principio que era tan viejo y tan choto? Ahora no lo parecía: los cachetes con más color, el pelo brillante, los brazos venosos, marcados. Él le sonrió.

—Usted tiene mucha energía, querida —dijo—. Mucha energía acumulada. Estuvo cerrada por mucho tiempo, usted.

Ella no entendió lo que le decía —¿"Cerrada"? ¿La Chola, precisamente? ¿La estaría cargando?—. Así que también sonrió, por si las moscas. Quiso aumentar la velocidad, pero él no se lo permitió.

Chola sabía que el polvo terminaría enseguida. De pronto pensó en su padre. En el hijo de puta de su padre. En cómo venía bien borracho y ponía a su mamá, a ella y a su hermanita en fila y se las cogía a las tres. Una por una se las cogía. Y si alguna abría la boca, las cagaba a palos. A las tres las cagaba a palos. Oyó dentro de su cabeza ese último llanto de su hermana antes de… Y también vio la cara de vaca cansada de su mamá. Otra que mamá: esa puta yegua que jamás levantó la voz. "Ayúdeme, mamá", le decía su hermana, y la argolluda sólo la miraba y seguía con el interminable vaso de tinto y las novelas de la tarde. Será por eso que Chola nunca quiso ni probar el alcohol.

Ahora podía entender lo que le había dicho el viejo: por mucho tiempo ella había estado "cerrada", sí señor. Aguantando, acumulando. Ni siquiera se descargó al tajear al puto borracho de su padre. ¿Qué edad tenía ella? Poco más que Chinchi. No, nunca un alivio. Nunca.

Apretó los puños y se golpeó las piernas, de bronca nomás. Sintió una descarga, un calor que escapaba y un frío que le entraba bien adentro. Se supo débil. Pensó en su hija, en Chinchi, en todos esos años de lucha para que ella no siguiera sus pasos. Una hija sin padre. Una hija de puta, eso. Quería que se rajara de la villa, que encontrase un buen hombre y no el sorete que le tocó a ella.

Las manos bajaron hasta la cadera, y el ritmo aumentó.

Frío. Tenía frío. Mucho.

Chola no pudo pensar más. Eran sólo él y ella. Y las manos que comandaban. Ya estaba cerca. Ya venía. Ella quería complacer. Quería mejor vida. Quería…

Una explosión. Una helada explosión sin ruido. La vida la dejaba en una explosión de los sentidos, que no pudo comprender. Cayó sobre un costado sin tener fuerza siquiera para mover los brazos o las piernas. Sólo podía mantener abiertos los ojos.

Él se levantó y la miró detenidamente.

—Estoy... —pudo articular ella—. Voy a… a morirme.

—No, mi querida. No va a morir. Sólo está cansada, usted. Deberá reponer energía durante algún tiempo.

Él se puso esa estúpida sábana, se estaba yendo a la mierda.

—¿Por qué? —dijo ella.

—¿Por qué, qué?

Chola hizo un esfuerzo supremo:

—¿Por qué a mí?

Lo vio sonreír. La poca luz del cuarto le hacía lucir un pelo ahora no tan canoso. No totalmente blanco, como hacía minutos. Parecía más derecho, más fuerte. Hasta más pendejo podría decirse. A Chola le vinieron a la mente las estatuas del pasillo.

—Usted, querida —le dijo el tipo—, es una mujer con mucha energía. No fuma ni bebe.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Sí, eso —dijo él, y su sonrisa fue la de un diablo—. Descanse ahora. Ya vienen por usted. La van a llevar a su casa. Quizá nos veamos otra vez.

Ella no pudo contestar, se sentía cada vez más debil. Cerró los ojos. Pensó que iba a morir, pero se dio cuenta: le daba lo mismo.

Empezaron a vestirla. Notó que quien o quienes lo hacían no se aprovechaban de la situación.

Un momento de calma, y pronto sintió que la alzaban. Se quedó dormida.

Algo estaba mal. Algo raro la incomodaba. Una luz molesta.

Después, los golpes. No eran golpes fuertes, pero la enfurecían. La estaban golpeando en la cara. Abrió los ojos. Los golpes —los golpecitos— terminaron. No habían querido fajarla, habían querido despertarla.

El puto del traje azul la miraba, serio.

—Señorita, llegamos a su casa.

Chola tanteó en busca de su cartera. La tenía el hombre, que la abrió ante sus ojos, seguro que para mostrarle lo que le había puesto: la .22 separaba dos fajos de billetes. El puto entonces cerró la cartera con la guita adentro y la colgó del hombro de ella. Bajó, abrió la puerta de atrás y la ayudó a bajar.

—¿Quiere que la acompañe hasta su casa?

Ella vio la villa. Apenas podía mantenerse parada, pero supo que el chabón no duraría mucho ahí adentro.

—No —le dijo.

Caminó como su papá, ayudándose de las paredes pero aferrando la cartera. Por suerte su casilla no quedaba lejos.

Entró tambaleante, y cayó de culo al suelo. Una Chinchi asustada la ayudó a levantarse.

—Vieja, ¿qué pasó? ¡Estás borracha! ¡Mamá! ¡Qué te pasó en…!

—No, boluda —notó agria su voz—, borracha no. ¡Y mirame cuando te hablo!

Pero no había caso: Chinchi se había dado vuelta, la cara tapada con las manos.

Chola fue directa a la cama. En el camino pasó delante del espejo. Lo que vio fue una vieja de mierda: el pelo de paja, los cachetes colgando y la piel seca, arrugada. ¿Esa vieja gastada era ella?

No tuvo fuerzas ni para horrorizarse. Realmente se sentía para el culo.

Se sacó la campera, los zapatos. Y se acostó vestida.

Pensó en el Amo.

Todo. Le había dado todo por tres lucas[21] de mierda.

No hubo tiempo para más pensamientos.

Los ojos se le cerraron solos.



[21] Billete de papel moneda de mil pesos moneda nacional emitido en el período 1956-1962.



El Apocalipsis según Hilario

Por Sebastián Ariel Fontanarrosa

Ilustrador: Helmet/ Andrzej Siejeński (Polonia)

Si lloras sabré si sangras.

El padre Julio corrió la ventanilla del confesionario, en ella apoyo la frente y de sus ojos pétreos, resentidas, antiquísimas lágrimas cayeron.

-No puedo ver el color de tu sangre. Vagamente puedo distinguir si te desangras o lloras.

Solo puedo ver tus lágrimas rojas.- escucho al otro lado de la ventanilla después de sollozar.

-¿Qué? Disculpa. Vuelve más tarde hijo mío, estaré esperándote. Ahora no me siento muy bien- dijo el sacerdote mientras salía del confesionario quitándose las lágrimas de los ojos, mirándose instintivamente las palmas, corroborando si realmente sus ojos sangraban.

-Me han enseñado que los santos son el complemento expresivo de la desidia espiritual.

Una feria de imágenes de la fe.- El sacerdote se quedó azorado bajo la espesa luminosidad cruzada, ambarino carmesí de los rayos solares filtrados entre la imponencia de los vitrales.

-La fe huele a húmedo a pesar de ser una palabra pequeña albergando algo inmenso.

-Pregunte quien sos- dijo el padre Julio reocupando el confesionario secándose las lágrimas con la sotana raída.- Donde haya humedad siempre habrá vida, hijo mío- agrego.

-¿Qué quién soy? ¿Acaso eso realmente importa? Dios día a día esta planeándose cada vez más a nuestra imagen y semejanza… Donde haya humedad siempre habrá vida…- repitió pensativo.

-Tiene razón, padre.- contesto después de varios segundos. Libero una risita y de súbito se abalanzo contra la ventanilla estampándose la cara.

-Cálmate por el amor de Dios, hijo mío.- dijo el cura luchando contra la gradual repulsa que estaba experimentando.

Al otro lado el niño lamía la madera hasta que comenzó a rascarla como un perro.

-Deja de hacer eso por favor.- advirtió el cura a dientes apretados.

Las uñas rasgaban, las uñas chirriaban desesperadas al otro lado del cubículo.

-¡He dicho que basta!- grito el cura sacado abalanzándose de igual manera todo lo alto que era. La estructura después del golpazo y el temblor reconquisto su silencio.

Al otro lado el niño se contempló los dedos, las uñas destrozadas, astilladas y sangrantes.

En tanto se dispuso a saborear cada uno de ellos como si de chupetines exquisitos se trataran.

-¿Cree en Dios, padre?- entre lamidas y succiones de regocijo preguntaba- ¿Cree en el Gardel- Sinatra- Freud- Lacan- Piaf ? ¿Cree en la voz universal de la locura? ¿Cree en las sagradas escrituras? ¿En lo borgeano, cervantino, sheaksperiano y Kingesco? ¿A veces no llega a preguntarse si esto ha de ser la más grande de las mentiras, la única que valdría la pena creerse? ¿Tanto cuesta hacerse cargo que somos la única verdad fuente de todas las mentiras? ¡Creemos en una Voz que ha llegado a ser Best Seller!- grito casi gimiendo- Ya conteste por usted.- concluyo con escalofriante voz de seda y besando con éxtasis la madera.

-Discúlpame, hijo mío. Vuelve más tarde, tomare tu confesión, lo prometo- el niño escucho tras la ventanilla que el sacerdote se ponía de pie.

-Veo rojas a tus lágrimas y agua dulce, rica como la miel que moja, lo que sale de lo que ustedes llaman heridas. Interpreto los demás colores, menos lo rojo de sus ojos y lo

incoloro que los moja, que puede moldearlos en bestias o calmarlos hasta dormirlos por siempre como bebes. Hasta irónicamente transformarlos en cunas mal olientes de larvas.

Hasta terminar reducidos en un montón de extrañas ramas secas revelando la fragilidad de lo que fueron. Las rojas lágrimas me saben amargas, mientras que lo incoloro es el agua que mi cuerpo requiere. “Si lloras sabré si sangras”, pero no creas que eso producirá tu salvación por intermedio de mi piedad. ¿Entendiste?

-El injusto con los demás, primero, ante todo, practica la injusticia en sí mismo, hijo mío.

-Mis actos no son injustos porque ustedes sean inferiores a nosotros. Cosa que tampoco creo.

-¿La injusticia parte de que nosotros somos inferiores?- pregunto el sacerdote, aun no pudiendo entender el sentido de la confesión. Se esforzaba por cavilar entre líneas.

-Nosotros lo somos porque necesitamos el agua de ustedes.- contesto el niño.

-¡Nuestra sangre, nuestro líquido vital!- exclamo el sacerdote.- ¡Eso es una abominación infernal!- agrego en un tono complaciente, demasiado a diferencia de la soltura, la convicción desplegada por aquel niño.

- Sus pintorescas lágrimas rojas los asemejan a los moluscos que arrojan su tinta para escapar de sus depredadores. Un mecanismo físico de defensa que ya no les funcionara.

Nunca nos entenderemos, padre.

-No abandones a Dios por tu odio. Se real, hijo mío. El te ama, el te necesita, todos necesitamos de ti.

-Hablemos de realidad, padre. Venga a nuestras tierras y contemplara la sequía, la muerte de todo. Ni ríos, ni lagunas, ni mares, no más lluvias. No más alimento. De eso nos valíamos y éramos felices. La tierra lo ama padre, lo requiere, necesita de usted como de tantos otros hombres. Ese es uno de los grandes rasgos del abandono al que ustedes han sometido a la vocecita Best Seller que ustedes llaman Dios.

El padre Julio corrió la ventanilla conmocionado. Aquella voz de niño había cambiado por unos instantes su cadencia… Le había recordado la de su padre, tan especial. Por así

decirlo. ”Intenta acercarte a Dios, como puedas, hazlo, libérate y enciéndete. Trata de entenderme” Más que aquella voz Julio había recordado, en una nueva faceta aquel consejo de su padre. Viendo un detalle horrendo en su uniforme de enfermo psiquiátrico.

Una camisa blanca y un chaleco, espesos de sangre formando vivas bocas desdentadas.

“Escúchame, hijo mío, escúchame que no miento. Tengo frío, estoy empapado” Julito en la puesta mental tras escuchar aquello entre ecos de resonancia como si solo la integridad de su ser estuviese presa en la desolada y recóndita caverna de su encéfalo, en un mundo vacío de todo, menos de un hilillo de oxigeno infame y del único sustento salino de su sudor ante una sed ancestral producida por ese resquebrajado espacio de amor… Levanto la cabeza abandonando el refugio del rosario entre sus manitas, ensordecido para escrutar a ojos entreabiertos la cara de su padre: sin boca y bruñida de sangre fresca.

-¿Estás diciéndome que ustedes justifican su inmortalidad y sus matanzas diarias para con la raza humana por ser una sub especie primitiva de hábitos hidrofagos?- pregunto el sacerdote asombrado por la extraña y loca revelación allegada.

-¿Que son los hábitos hidrofagos?- pregunto el: niño vampiro. Nombre, apelativo, que el sacerdote retenía en la punta de la lengua.

-Organismos que consumen solamente agua para vivir. ¡Es decir también vegetarianos!-explico el cura imponiendo con indignación aquella obviedad tan repentina ajena a su credo.

-Así es. Cuando sus espejos naturales se cubran de arena nosotros vendremos por los últimos panes, manantiales que resten.- le contestaron del otro lado.

Se cruzaron las miradas detrás de la ventanilla. El mismo color de ojos tras la rejilla. La misma brillazón emotiva apuntalando en una sola alma el tonelaje del silencio quebrantado por los aplausos de las palomas en el ecoico campanario.

-Ustedes.- dijo ese extraño niño- Entonces sus caras se mancharan por dos líneas rojas y se armara la batalla final, un Apocalipsis.

-¡Los han creado para no establecer la diferencia de la sangre con el agua! ¡Eso es lo más horroroso, hijo mío! ¡Es todo tan absurdo!

-¿Absurdo? ¿Lo parece? Pensé que esto sería un encuentro angustioso y a la vez fascinante para ambos.- dijo el vampiro.- Pero hay frialdad en ti. Ustedes en su interior han nacido con lo que el cielo en su momento nos daba. Ustedes lo derrochan en guerras todo el tiempo, contaminan sus manantiales, en tanto miles de nosotros morimos de sed y dejamos de hacer nuestras obras de bien.

-¡Obras de bien! ¡Qué clase de obras de bien pueden hacer asesinos como los de tu especie?- contesto el cura siguiéndole el juego.

-Acabas de decirme "Hijo"… ¿No lo recuerdas, padre?- aclaro el vampiro.

-¿Que fluye por tus venas?- pregunto el sacerdote- Dirás que por las mías fluye lo que te pertenece…- se contestó- ¡Es una locura! ¡Somos un espejo!!!- grito.

- Tienes toda la razón. Tienes toda la razón de que esto sea la locura que no era antes.- contesto el vampiro.- ¿Ahora dime quienes son los que siempre mataron para sobrevivir, quienes devastan y asesinan minuto a minuto a sus hermanos, quienes nos han quitado el puro alimento nuestro. "El agua"?

-Bienvenidos a nuestra naturaleza de la supervivencia, entonces.- dijo el sacerdote.-No todos los hombres son iguales.

-Nosotros no tenemos opciones como ustedes, padre.

-Ustedes no conocen la diferencia entre la sangre y el agua, hijo. ¿Cierto?

-No existen diferencias. Lo de ustedes es el método de defensa del molusco. ¡No nos engañaran con su tinta! No volveremos a vernos jamás. Solo sé que de ahora en más viviré luchando contra este agónico lapso con demasiada suerte tricentenario. No vengo a matarte.

Vengo, solo para que se nos conozca, padre, hermano mío. Soy un mensajero, si te interesa saberlo. Aparezco cada centenar de años y en este día culmina la serie de advertencias pero comienza mi redención.

El sacerdote giro la cabeza a su derecha al ver que alguien ingresaba en su cubículo sacramental. Abrió los ojos de par en par y espantado instintivamente atino a arrinconarse contra el mueble.

Era su hijo Hilario, el monaguillo Hilario. No había reconocido su voz de hombre.

-No Hilario… vos no podes ser…- el sacerdote no completo el concepto.- ¿Qué les paso a tus dientes, Hilario?- dijo al ver en su hijo una sonrisa desdentada.

Hilario saco algo de los bolsillos y se lo llevo a la boca ante la cara de estupor y asco del sacerdote.

-¡Sorpresa!- exclamo con su dentadura postiza el enfermizo monaguillo veinteañero. El padre Julio cambio la cara con un suspiro, no escapándosele por poco un improperio horroroso que lo condenaría a un cuarto de hora en una localidad no tan ominosa del infierno. Aquella beatitud no perduro nada, se le endureció el cuerpo y hundió la cabeza en las rodillas cuando Hilario saco un agudo trozo de espejo longo como una espada.

-Solo mira.- le dijo mostrándole como se tajeaba un brazo. Julio ante la abertura desbocada de la dermis, las carnes venas, arterias y grasas cerró los ojos estrujando lágrimas.

-¿De qué color la ves?- le pregunto Hilario con naturalidad.- Yo no la distingo más que como agua.

-¡Dios Todopoderoso! ¡Nooo… - grito el cura espiándolo con un ojo .- ¡Estas desangrándote! ¡Llamare a emergencias!- Así y todo Julio no paraba de mecerse.

-¿Tú la ves como nosotros vemos sus lágrimas?- pregunto Hilario entusiasmado. ¿La vez roja, padre, hermano, hijo, abuelo mío?

INFORME 1

ESPECIMEN E1 CLASIFICACION EN REGLA A BIOCORRELATIVIDAD

A1 Humanos- B1 Animales-C1 Plantas- D1 Microorganismos- E1 Experimentaciones

LA CAMADA PRIMITIVA EN LA INVENCION HUMANA DOTADA DE

ANOMALIAS SENSITIVAS ESCEPCIONALES:

A) Síndrome Daltoniano Objetivo

B) Inmoderación Insípida Gustativa.

Lo que los hace seres peligrosos para cualquier humano. Hay actos de violencia en todo el planeta. Las fuerzas militares han tomado represalias de corte inminente. Los seres revelados cuentan con cualquier elemento punzante para reventar y succionar las yugulares de sus víctimas. Las hordas se manejan a pie sostenidos en frente y retaguardia por diversos vehículos de uso civil y comercial, incluso helicópteros y hasta barcos en zonas portuarias y ultramar. Es un horror de ambas partes. Misiles surcan los cielos, la primera cosa neutralizada ha sido el silencio. No ha habido un dialogo para evitar semejante masacre. ¡Tenemos hambre! Son los alaridos más frecuentes de los desnutridos. Me pregunto de donde abran salido. ¡Pensamos que son seres extraterrenales! ¡Pero son tan iguales a nosotros! ¡Dios! Muchos dicen que nos copian las fisonomías, que copian a algún ser conocido por nosotros, incluso a nosotros mismos.

Aquella leyenda llevada al cine sin mucho éxito del niño vampiro y el sacerdote parecería cierta! Yo la recuerdo, dudo que muchos la sepan y me horrorizo que estemos viviendo esto. Tampoco creo que estén copiando a nuestros allegados, creo que son las personas que por tanto tiempo hemos… ¿conocido?. Si, ¡mierda!... de eso se trata.

¡Los cielos son cada vez más dorados, las lluvias más acidas, las temperaturas más extremas y ya hay más residuos plásticos que agua, más violencia que granos de arena, más edificios que árboles, más empresas que montañas y más cables que raíces!!!

INFORME 2

CARÁCTER: VISUALIZACION EN DINAMICA SUPERFICIAL

ESPECIMEN E1

A) ANOMALIAS FISICAS: Delgadez extrema y carencia de piezas dentarias.

B) LOS PRIMEROS HUMANOS SOBRE LA TIERRA SE LLAMARON HOMOHIDROS.

Si.- dijo un policía saliendo de la catedral abandonada hablando por teléfono. Entregándole a un tipo trajeado, pelado y de anteojos que portaba un maletín caoba unos manuscritos recientemente leídos. Este se puso a estudiarlos con una sonrisa cínica al tanto que trataba de hacer foco y entender la caligrafía. En la tapa de la carpeta de cuerina bordo por debajo de la leyenda grabada en letras doradas " PROSTAGLANDINAS" en fibron indeleble negro se leía: "INFORME 1 ESPECIMEN E1 CLASIFICACION EN REGLA A BIOCORRELATIVIDAD"

-Sí, si… fallecido. Las descripciones concuerdan. Julio Hilario Hermidas…- continúo informando el policía.- Si, heridas de arma blanca por todo el cuerpo. Si, no hace mucho…

Hará un par de horas. No llegamos a tiempo. ¿Qué quiere que haga?- pregunto de mala manera y corto la comunicación librando una sarta de insultos y de quejas contra políticos y colegas de las fuerzas.

-Ah… Julito- suspiro el doctor meneando la calva.- Ex militar, hijo de un desquiciado capellán.- el medico ocupo la reverdecida escalinata de piedra y continuo explicando-

Ocurrió hace quince años. Golpeaba a su hijo Hilario tanto… mientras le hablaba de

Dios… Que al pobrecito antes de matarlo practicándole "un submarino seco" lo dejo sin dientitos. Y ahora esto… Matándose de esta manera. Una pena, un paciente realmente interesante.- le explico al policía mostrándole los papeles y agregando.- Con una imaginación desorbitada para inventarse historias. Fíjese, lea esto. Fascinante. En el fondo voy a extrañarlo. Su vida era un cuento distinto todos los días. Tratarlo se me hacía muy llevadero. Incapaz de hacerle daño a nadie, eso se lo puedo asegurar.

-¿Tiene idea de cómo pudo haberse escapado de la Colonia?

-Ideas, teorías, sospechosos, responsables…- enumero el doctor.- Tenemos para rato oficial. Mañana es el último día del año. Que le puedo decir. Falta de medicación, omisión de la misma por parte de los enfermeros en un cambio de guardia. El sector sanidad es todo un mundo negligente y siniestro, y mas entrando estas vísperas. Todos- aca entre nosotros- queremos estar en cualquier lado menos en la Colonia.

-¡De terror!- exclamo el oficial casualmente concentrado en el cielo del atardecer con sus fuegos artificiales destellando metálicos y variopintos al unísono regenerando su nostalgia de buen hijo, de padre aceptable, excelso parrillero y de hígado fiel para el vino . Bajo la mirada tocando tierra.- Qué locura, ¿no?- dijo con sutil congoja, hambreado, mirando la hora, queriendo llegar donde realmente quería estar.

-Póngale la firma.- aseguro el doctor entregándole la carpeta sin mirarlo.

El policía se sentó un escalón arriba estudiando los escritos entre bostezos con el brazo extendido esperando una lapicera.

Detrás del pulpito y a los pies del retablo yacían descuartizados y apilados como una broza al menos cinco cadáveres más. En promedio un asesinato cada cuatro horas por las veinte de libertad que Julio Hilario Hermidas hubo de profanarse.

Los peritos, el juez y los fiscales tardarían en apersonarse a la escena quizás tanto como el mismísimo Dios.




GLOOM

Cadenet

Por Gustavo Fernando Fantin

Ilustrador: Children of the war/ Anton Semenov (Rusia)

Charles se estiró en el sillón frente a la consola.

—¿Las doradas manzanas del sol? —preguntó.

Thomas sonrió. Miró rápidamente los sensores de la cámara de hibernación y se volvió hacia su compañero para responder.

—Muy fácil: Ray Bradbury, un viaje hacia el sol para obtener energía.

Charles asintió. Por la gigantesca ventana de la nave se veía un mar de estrellas. El juego continuaba. Ahora era el turno de Thomas.

—¿2001, una Odisea espacial?

Charles se rió con ganas.

—Por Dios, Thomas, no puedes ser tan ingenuo. Arthur Clarke. Un viaje hacia las lunas de Júpiter.

Ahora fue Thomas el que asintió. Luego dijo a modo de disculpa.

—Creo que haber visto Ganímedes provocó esta asociación inconciente. Trataré de ser más original.

Los dos astronautas realizaron una serie de comprobaciones más antes de volver con las preguntas. Venían haciéndolo desde hacía casi dos meses, cuando la rutina a bordo de la gigantesca nave espacial se había establecido. La Daedalus, propulsada por cohetes de fusión, se dirigía al sistema solar Alfa Centauri en un viaje de ocho años, portando en su interior cinco mil hombres y mujeres en estado de hibernación que formaban la tercera migración de colonos destinados a poblar el planeta Echelle de dicho sistema. La nave ya había realizado los dos primeros viajes y su funcionamiento era controlado en su totalidad por una inteligencia artificial, por lo que la tripulación se reducía a solo dos astronautas cuya misión esencial era revisar diariamente que todos los sistemas funcionaran correctamente y poder resolver cualquier anomalía que se presentase. Alternando horas de sueño con guardias individuales y compartidas, estaban alcanzando la órbita de Plutón, y luego de ello deberían cruzar el vacío hasta llegar a Alfa Centauri. Mientras tanto, seguían con sus juegos, veían videos y escuchaban música.

—Solaris —preguntó Charles.

—Stanislaw Lem —respondió Thomas—. Un planeta formado por un gigantesco océano capaz de producir alucinaciones.

—Sobresaliente, Thomas, esa no era fácil. Te toca a ti.

Charles estaba descansando. Aún faltaba para su turno de guardia, sin embargo se despertó cuando en su cuarto comenzó a resonar la voz de Thomas.

—Colega, arriba, tenemos problemas, ven al puente.

Charles saltó de la cama, se vistió rápidamente y treinta segundos después corría por los pasillos de la nave hacia la cubierta principal.

Al llegar pudo ver a su amigo que, frenético, pulsaba diferentes botones mientras hablaba por su radio.

—Control de misión en Tierra —decía— aquí Deadulus, ¿pueden oírme?

Charles se sentó en su puesto al tiempo que preguntaba:

—¿Qué ha ocurrido, Thomas?

—Hemos perdido contacto con la Tierra. ¡Mierda! No sé que pudo pasar.

—¿Has probado el sistema de resguardo?

—¡Sí, ya probé todo!

—Bien, espera un momento —Charles habló con voz tranquila—, vamos a serenarnos y a revisar todo de nuevo, desde un principio. No estamos en peligro y la misión no corre riesgos. Apaguemos el sistema de comunicación y luego volvemos a activarlo, paso a paso, quizás así podamos descubrir la falla. Luego revisaremos todos los otros sistemas a fin de asegurarnos que la situación no empeore.

Thomas asintió. Con manos trémulas fue apagando el instrumental de comunicaciones, para luego esperar unos segundos antes de iniciar la secuencia de encendido.

—Charles, ¿has pensado lo que haríamos si no nos podemos comunicar con la Tierra?

Este estaba revisando mentalmente los pasos a seguir para la reconexión. Miró a su compañero, preocupado al notar angustia en su voz.

—Seguiremos el viaje, nada cambiará.

—Pero estaremos solos.

—Thomas, estamos solos desde que salimos. Procedamos a la secuencia de control y encendido. Paso uno, subsistema de energía.

Thomas asintió, pulsó una serie de comandos y tratando de afirmar la voz dijo:

—Encendido, funcionando.

—Paso dos, prueba de la antena.

La visión de las estrellas desde el puente era sobrecogedora. Charles estaba haciendo su guardia solo. Después de la pérdida del sistema de comunicación ocurrida dos semanas atrás el viaje continuaba. Habían alterado la rutina para estar cada uno menos horas solo, haciendo las guardias más cortas y los períodos de descanso mayores. Sin embargo Charles notaba que su compañero se veía afectado por no tener contacto con el control de la misión. Él sentía también la soledad más angustiante que al principio del viaje. El sistema solar había quedado atrás y por largos años solo tenían por delante la visión de las estrellas y el vacío. Miles y

miles de puntos que cubrían hasta donde los ojos pudieran mirar, cada uno de ellos a cientos de años luz, inalcanzables.

Charles sacudió su cabeza. Era hora de moverse, poner un poco de música y recorrer la nave. Cualquier cosa que no fuese pensar en la distancia y la soledad. Mientras se dirigía hacia la sala de hibernación una melodía sonaba por el sistema de sonido. Era una de sus canciones favoritas:

Cadenet está aquí, detrás de este papel,

O quizás en mi bolsillo, escondida tras el libro que algún día escribiré…

Canturreando llegó donde miles de cámaras de preservación criónicas se encontraban almacenadas, conectadas al sistema central de control de la nave. Caminó entre ellas, observando distraídamente los indicadores que mostraban que todo funcionaba correctamente. Sabía que este recorrido no era necesario, si alguna de ellas fallaba la computadora informaría de la situación anómala. Sin embargo le gustaba pasear, se sentía acompañado por los futuros colonos. No estaba solo. Miles de hombres y mujeres dormían allí y dependían de él. No estaba solo.

Cuando terminara este recorrido iría a despertar a Thomas. La siguiente guardia la harían juntos.

Si no fuera porque la computadora llevaba la cuenta de los días terrestres que duraba el viaje, Charles no sabría decir cuánto tiempo había transcurrido, si semanas, meses o años. La rutina de los controles, las guardias y los descansos marcaban sus vidas, pero cada vez más la monotonía y la soledad se apoderaba de ellos. Thomas le evitaba, prefería pasar horas y horas encerrado en su cuarto, y cuando debían hacer guardia juntos no pronunciaba palabra. Se quedaba mirando fijo por el ventanal hacia las estrellas y sus ojos parecían vacíos.

Charles había terminado su turno. Estaba muy cansado, por más que durmiera las horas programadas, su mente se agitaba en sueños, y cuando estaba despierto su imaginación

volaba, fantaseando con las mil y una formas en que el viaje podía terminar antes de llegar a su destino.

Se dirigía al cuarto de Thomas cuando sintió un sonido en la cubierta de embarque. Era muy raro, ya que sonaba como el indicador de apertura de puertas, lo cual era imposible. Esas puertas solo debían abrirse para hacer algún tipo de control o reparación externa en la nave…

De repente entendió. Echó a correr hacia la cubierta a tiempo de ver como Thomas, enfundado en su traje espacial, abría manualmente la segunda compuerta y se disponía a salir al espacio.

—¡Thomas, no lo hagas! —gritó desesperadamente al tiempo que intentaba revertir la apertura. Sin embargo los sistemas de seguridad le impidieron hacerlo, por lo que solo pudo ver como su compañero daba unos pasos hacia el vacío. Tal vez solo quería salir a hacer algunas comprobaciones.

Entonces vio que el traje no tenía el amarre de seguridad. Si daba ese último paso lo perdería para siempre.

Sabía que no podía escucharlo, pero no pudo evitar golpear la puerta y gritar:

—¡Detente, no salgas!

Thomas se volvió un instante, saludó apenas con su mano y se arrojó de la nave.

—¡Thomas! —gritó.

La compuerta exterior se cerró, y pocos segundos después, cuando se reestableció la atmósfera en la cámara, Charles pudo abrir la puerta e ingresar a ella. A través de una claraboya vio como Thomas se alejaba más y más, dejado atrás por la velocidad de la nave.

Impotente, golpeó repetidamente las paredes del compartimiento, mientras gritaba una y otra vez el nombre de su compañero. Finalmente cayó al piso y mientras las lágrimas corrían por su rostro, descubrió que había quedado irremediablemente solo.

Si la cuenta del tiempo de la computadora era correcta, ya había transcurrido un año de viaje. Debía ser correcto, ya que todo funcionaba a la perfección en la Daedalus. Todo salvo el maldito sistema de comunicación.

Charles se encontraba en el puente, haciendo su revisión habitual. O tal vez ya la había hecho y la estaba volviendo a hacer. Ya nada era claro. Desde la muerte de su compañero cada instante que pasaba se sentía más solo y más angustiado. Temía volverse loco como el pobre de Thomas. Aún quedaba muchos años para llegar al destino, y no creía que podría solo.

Cadenet es mujer, tiene tibia la voz.

Y despierta en la mañana con su cabeza en mi almohada sin ninguna explicación.

La música sonaba en la nave. Se dio cuenta que últimamente ponía muy seguido esa canción. Se levantó de su puesto y se dirigió a la sala de recreación a fin de comer algo. Los alimentos que ingerían eran nutritivos pero insípidos; de todas maneras la comida generaba un momento de distracción.

Recordó las primeras horas luego de la muerte de Thomas. Los intentos desesperados de arreglar el sistema de comunicación. La búsqueda de una manera de despertar a algunos de los colonos con la excusa que necesitaba a alguien que le ayudase, aunque en realidad lo hacía para no sentirse tan solo. Sin embargo era inútil, no tenía a bordo la tecnología para hacerlo. Y después de tantos esfuerzos frenéticos, solo quedó la rutina y la soledad. Tanta soledad.

El espacio y el vacío eran soledad. ¿Cómo pensar en vivir tantos años sin escuchar una voz amiga? Y aunque pudiese hacerlo, llegaría a Echelle y allí también le esperaría la misma sensación de estar solo, aunque lo rodeasen miles de personas, tan frías para él como los colonos que esperaban en hibernación en el interior de la nave.

Y luego qué, ¿otra vez volver a cruzar el espacio para llegar a la Tierra, otra vez el vacío y las estrellas lejanas, como amenazas de olvido y desesperación?

Tal vez tendría que hacer como su compañero y terminar con todo. Pero ¿qué tal si algo ocurría y no se encontraba él para resolverlo? Cinco mil colonos morirían. No, tendría que aguantar. Pero era muy difícil, se encontraba tan solo…

—No estás solo —escuchó una voz en su cabeza. Era una melodiosa voz femenina que volvia a insistir:

—No estás solo, yo estoy contigo. No temas.

Charles saltó de su asiento y mirando alrededor gritó:

—¡Quién es! ¿Dónde está?

Sin embargo no pudo percibir ninguna presencia, salvo la voz que repetía:

—Estoy aquí, contigo, en la nave.

Su primera idea fue que, por alguna razón, alguna de las mujeres en hibernación había despertado. Sin perder un instante corrió a la bodega y comenzó a revisar en el tablero de control el estado de las cámaras. Pero todas estaban cerradas y en funcionamiento.

—Me estoy volviendo loco —murmuró.

Una risa cristalina fue la respuesta que percibió dentro de su mente.

—No es así —le dijo— no estás loco. Yo estoy aquí en la nave, y aunque no puedas verme te haré compañía hasta el final del viaje.

Charles se encontraba más allá de la sorpresa. ¿Como podía alguien aparecer en el medio del vacío interestelar? Seguramente estaba loco, pero igual decidió preguntar.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

La voz susurró a su lado, como si ella y él estuvieses en el mismo lugar:

—Soy Cadenet...

No supo en que momento decidió creer en Cadenet. Luego de esa primera vez Charles buscó razones para entender lo que estaba pasando. Revisó una y otra vez las cámaras criónicas, buscó en todos los posibles escondites de la nave, hasta llegó a pensar que la computadora de a bordo era algo más que una inteligencia artificial. Pero solo quedaban dos posibilidades: o se estaba volviendo loco o la voz que escuchaba era real. Y después de todo, qué importaba, real o no, estaba con él.

Sé que no es verdad, que Cadenet no existe, sé que no es verdad

Sé que no se bebe mi café, sé que solo vive para mí…

Charles sentía que estaba viviendo la canción. El tiempo pasaba y los meses se habían transformado en años. Más de la mitad del viaje había transcurrido, y ya la soledad no pesaba, por qué siempre estaba ella. No importaba que estuviera alucinando, o que hubiese perdido la razón. Él se sentía vivo, Cadenet no estaba siempre presente, pero cuando la opresión o la tristeza hacían mella en su espíritu ella aparecía, su voz y su risa le acompañaban hasta hacer cantar a su corazón. Mantenía largas charlas con Cadenet, hablando de la vida de la tierra, de su infancia, de sus viajes. Y cada vez que miraba alrededor, esperaba verla, aunque sabía que no podría hacerlo. Pero bastaba escucharle decir:

—No estás solo, Charles, yo estoy junto a ti.

Sabía que era absurdo, pero creía en Cadenet. De alguna manera era real, tan real que sentía que se había enamorado. Ella le había salvado la vida, y hacía que sus días tuvieran sentido. Juntos podrían cumplir la misión. Llevarían a la gigantesca nave con su cargamento de colonos a Echelle.

La Daedalus había llegado. Después de ocho años, la tercera migración había alcanzado la colonia. De manera milagrosa, ya que se consideraba perdida, la nave con sus cinco mil colonos ingresó al sistema de Alfa Centauri, orbitó la enana blanca tan parecida al sol de la tierra, y luego aterrizó en Echelle. Un solo astronauta había logrado hacer el viaje, y pronto en el planeta y en el mismo mundo de origen todos hablaban del heroísmo del capitán Charles White. Se transformó en una celebridad; los medios de difusión le entrevistaban una y otra vez para conocer las peripecias que había sufrido la nave y para que revelara como había hecho para soportar el largo y solitario viaje.

Con el éxito de la Daedalus el júbilo invadió a los habitantes de Echelle. Los científicos de la colonia se aprontaron para la tarea de sacar a los hombres y mujeres de su estado de hibernación. La comunidad pronto triplicaría su población y más habitantes de la vieja Tierra estaban registrándose para viajar a Alfa Centauri. Las autoridades estaban exultantes y todo se debía a Charles White. Con solo treinta y cuatro años había logrado fama y reconocimiento, y el programa espacial de colonización se veía fortalecido con ello. Le ofrecieron un ascenso y una recompensa monetaria, pero él solo pidió una licencia indefinida. Quería descansar y

apartarse de todo. Se cambió de alojamiento y comenzó a esquivar a la prensa. Era un héroe, pero no le interesaba. Con el tiempo, la vida en la colonia volvió a la normalidad y la gente se olvidó de él.

Charles se encontraba muy a gusto en ese bar. Luego de varios meses podía salir a tomar una copa sin que nadie se parase a saludarlo ni a felicitarlo. Era uno más de la colonia, y eso era lo que quería.

Nunca se atrevió a contar a nadie sobre Cadenet. Cuando las autoridades analizaron la muerte de Thomas le asignaron un psicólogo para que le ayudase. Nadie podía entender, y menos el psicólogo, como pudo sobreponerse a la soledad y completar el viaje más de siete años sin ninguna compañía. Él tenía la respuesta pero no podía decirlo. No había viajado solo, ella le acompañaba.

Sin embargo, desde el momento que llegó a Echelle Cadenet había desaparecido. No volvió a escuchar su voz ni su risa, y aunque estaba ahora rodeado de personas y acompañado donde quiera que fuese, se sentía solo y abandonado.

¿Qué fue lo que había pasado? ¿Existía realmente Cadenet? No podía dejar de repetir en su cabeza esa canción.

Sin embargo he visto a Cadenet, besarme los labios y llorar.

Sé que se transforma en realidad y hace de mi mundo su ciudad.

Por eso se alejó de todos, ya que si no podía estar con ella, prefería estar solo. Tal vez en su soledad encontraría finalmente a Cadenet.

Al pensar en ella una sonrisa se dibujó en su boca. Qué bueno sería escuchar de nuevo su voz.

—¿Capitán White? —preguntó alguien a su lado.

Se sobresaltó. Quizás fue una asociación de ideas, ya que esa voz parecía…

—¿Es usted el Capitán White? ¿El qué condujo solo la Daedalus a través del espacio?

Levantó la vista. Junto a él una joven rubia, de cómo veinticinco años, le miraba esperando una respuesta.

—Sí, soy yo —respondió- ¿le conozco?

—Oh no, capitán, mi nombre es Sally Montgomery, y soy una de las mujeres que llegaron en la Daedalus. Hemos pasado el período de poshibernación y de aclimatamiento al planeta y antes de ir a la nueva colonia quería agradecerle por habernos salvado.

Él la miró detenidamente. Era la única de los cinco mil colonos que le había buscado para agradecerle. Además había algo en ella que le atraía.

—No hay nada que agradecer señorita… disculpe, no entendí bien su nombre.

Ella se agachó hasta colocar sus labios sobre los suyos y en su mente escuchó:

—Para ti, Charles, soy Cadenet.





Me llevarás contigo

Por Viviana E. Palevsky

Ilustrador: Me llevarás contigo/ Pedro Belushi (España)

Cada vez que el sol se asoma por el este y una nueva hoja le salía a mi vecino de enfrente el volvía

–¿Cómo estás hoy?

–Bien y tú

–Triste — me dijo

–¿Por qué?

–Ella se fue, y yo no quería

–¿Por qué no la detuviste?

–Porque no me dejó

–¿Insististe?

–¡Claro hombre!

–A veces las cosas son así

–¿Así como?

–Son como otro quiere

–¿Y cómo sabes?

–Solo mírame, fiel a la losa, estoico. ¿Crees que alguien me preguntó si quería estar aquí, o en otra plaza?

–No, lo sé

–Pues no, solo pusieron un bloque sobre otro, y luego otro, hasta darme forma

–Una buena forma donde descansar —me dijo y se recostó tan largo era sobre mi

–Si una buena forma para ti, ¿Alguien tuvo en cuenta si quería tener esta forma?

–No lo sé

–¿Alguien me preguntó lo que quería ser? ¿Ssi quería ser un escalón, un banco, un cordón o un cantero?

–No lo se

–No. Nadie, nadie pregunta nada, solo hacen como tú estás hciendo ahora

–¿Yo?, ¿Y qué hecho yo de ti?, tú ya eres un banco

–Tu haz hecho de mí un refugio

–No, no eres mi refugio

–¿Y que soy yo para ti entonces? Si soy donde descansan tus angustias, y quien escucha tus dolencias

–Tu solo eres un banco, donde estoy….meditando

–Meditando que ella se fue

–Sí, sin tener la más mínima cuenta que al hacerlo me ha dejado vacío

–¿Vacío?

–Si

–¿Vacío de qué?

–De amor

–Pero… ¿No sientes amor tú por ella?

–Si

–¿Entonces?

–Entonces ¿Qué? Me ha dejado sin amor

–No, te ha dejado lleno de amor,

–Pero me siento vacío

–Lo que sientes no es vacío sino la falta de él, de ese vacío necesario donde poner el amor

–Y tú ¿Dónde pones tu amor?

No dijo nada por unos instantes, se sentó mirando el horizonte

–Y tu ¿Dónde pones el amor— volvió a decir

–Yo no ubico el amor, lo siento simplemente. El amor para es eso que hace que cada persona elija sentarse sobre mí, que la paloma que apoya sus patas me recorra con sus pasos, que la hoja que vuela me acaricie a su pasar.

No dijo más nada, y como impulsado por una fuerza extraña, se levantó y se fue

Pasaron casi tres semanas hasta que volvió.

Lo sé porque el cuidador del parque viene una vez por semana a sacar las hojas secas de las plantas, y vino tres veces antes que el regresara

Volvió a recostarse con los brazos tras su cabeza, los pies sobre sobre mí, flexionando las rodillas.

–Intenté seguir tu consejo

–¿Consejo?

–Sí, ese de no poner el amor en nadie

–¿Y lo has logrado?

–No, no pude, tu eres de piedra por eso puedes hacerlo, porque no sientes, ni amor, ni odio, ni calor ni frío, no sientes nada, eres solo cemento

–Un cemento al que vuelves

–Porque me resultas cómodo

–Vienes a mí porque me quieres

–¿Quererte? ¿A ti? ¿A un trozo de piedra?

–Ve a otro entonces

–Lo haré, ¿Te crees importante?

–Tú me crees importante

–Engreído

–Victimizado

–Soberbio

–Débil

–¿Débil? ¿Débil yo?

–Ja, ja, si tú

–¿Qué buscas? ¿Quieres ver cómo me voy de ti y no vuelvo más?

–Sí, quiero verlo

–Pues te lo buscaste

Se levantó, parado mirando directamente a mi centro dijo:

–Son las catorce treinta y siete del dieciocho del noviembre, prometo no volver verte, no venir más a estar contigo, porque hay miles como tú, y no sientes nada por mí, y yo no siento nada por ti

Se fue por segunda vez.

El ruido del martillo neumático era ensordecedor, habían cavado mi base del lado derecho casi por completo, a punto de soltarse

–¡Paren!, ¡Paren!, ¡Paren! —gritó

Los obreros de vialidad detuvieron el repiqueteo de la máquina, el cartel de obra en la plaza decía: "Parquización completa, nuevos caminos, repavimentación de espacios y cambio de bancos. Presupuesto integrado por el Gobierno de la Nación"

Se acercó, y volvió a acostarse como entonces, mi base ya no era tan sólida, y su cuerpo se bamboleaba sobre mi superficie.

–Mentí, mentí no hay miles como tú, no hay ninguno como tu

–Si los hay

–No, porque en ti tengo recuerdos

–Los recuerdos no están en mí

–¿Y dónde sino?

–Dentro de ti, llévalos donde vayas, y allí estaremos, nuevamente recostado en mí, y yo, escuchándote

Volví a sentir el martillo neumático, y como mi base, se desprendía definitivamente de la losa de ese parque.





El sueño de la casa propia

Por H.R. Malkiel (seud.)

Ilustrador: London 01/ Phuoc Quan (Vietnan)

Casi podría decirse que soy como cualquier otro vendedor en el difícil negocio inmobiliario. Casi. Cobro la comisión que es usual cada vez que cierro una venta o un alquiler, pero además, me pagan un monto fijo por mes que excede cualquier pretensión de mis colegas y compañeros.

Mi trabajo consiste en vender y alquilar casas y departamentos, pero no cualquier casa o departamento, sino aquellos con un historial que, por lo general, hacen que un inmueble sea problemático. Doy un ejemplo: la semana pasada logré vender un departamento en el cual, hace seis meses, asesinaron a su antigua propietaria, una señora de ochenta y cuatro años. Al parecer, alguien creyó que secretamente ocultaba un dineral. Una noche entraron, la ataron a la cama, revolvieron todo, y cuando no encontraron nada se desquitaron con el perrito de la anciana, un caniche que, sin comerla ni beberla, pasó a mejor vida. La señora lo siguió detrás. Los detalles del caso poco me importan, pero creo que por ese asesinato arrestaron a uno de sus sobrinos. Casi siempre es un familiar.

Algunos dirán que el mío es un logro bastante modesto, pero es que no se dedican a este trabajo. Cualquier persona que haya tenido experiencia en el negocio inmobiliario sabe algo que no dudará en negar: una casa en la que ha ocurrido una tragedia tiene, con respecto a

cualquier otra casa, un ochenta por ciento más de posibilidades de que vuelva a ser centro de otra tragedia. Es algo similar a la gravedad: si algo horrible y violento ocurre en un lugar, ese lugar queda manchado, y su imán para atraer desgracias se incrementa y profundiza misteriosamente. Todos lo saben, pero nadie lo dice. Esas son las propiedades de las que me encargo yo. A mis espaldas, mis compañeros me llaman "El lechuza". Mis jefes me adoran.

Estadísticamente, es altamente probable que en un futuro no muy lejano, tenga que volver a vender el departamento de la anciana, el mismo que vendí la semana pasada, cuando alguna desgracia le ocurra a los dueños actuales. No necesariamente debe ser otro robo violento. Tal vez se trate de una fuga de gas en la noche, tal vez un defecto en la instalación eléctrica. Sólo sé que las desgracias que andan rodando por el mundo tienden a sentirse atraídas por esos lugares. Quizás los dueños actuales tengan suerte, y cuando ocurra la desgracia logren salvarse de ella, pero, en mi experiencia, yo no apostaría a ello.

Siempre supe que las cosas son así, pero sólo recientemente he comprendido porqué son así.

Creo que la denominación de "casa embrujada" no es acorde a la hora de señalar los inmuebles con los que trabajo. Ha habido algunas… no seré yo quien lo niegue, pero fueron apenas dos o tres, de esas en las que entrás y te das cuenta que algo no anda bien: el aire se siente pesado y más frío, las mascotas están siempre alertas y nerviosas, y donde los ruidos y susurros extraños son moneda corriente. En cuanto a la gran mayoría… supongo que las inmobiliarias se justifican alegando que son lugares con "mala suerte". Apoyo esa teoría, sabiendo que la mala suerte crece a medida que el tiempo pasa y que las tragedias ocurren. Quizás, las casas embrujadas no son más que lugares en que la acumulación de tragedias y "mala suerte" ya han pasado todo límite soportable. Siguiendo este razonamiento, podría aventurar que, tarde o temprano, todas las casas que vendo terminarán siendo "casas embrujadas" o "departamentos embrujados", según el caso. Tal vez, de la misma forma en que la gravedad demasiado poderosa y concentrada termina por abrir un agujero en el tejido del espacio y el tiempo ("agujero negro"), las desgracias acumuladas en un lugar determinado terminen abriendo un agujero similar, sólo que de otro tipo, y a otro lugar.

Hasta hace pocos días, todas estas divagaciones no eran más que simples especulaciones. Vuelvo a certificar mi antigua ignorancia: "Siempre supe que las cosas son

así, pero sólo recientemente he comprendido porqué son así". La evidente acumulación de hechos me dio pie para idear varias hipótesis, pero hasta el momento no había tenido forma de contrastarlas.

La culpa es una cosa que no me incumbe, lo mismo que muchos empresarios, me refugio en mi moral Luterana: hacer bien mi trabajo es una forma de servir a Dios. Pero los sucesos últimamente ocurridos me han hecho pensar que tal vez mi "Dios", no sea el Dios que yo creía.

Ahora dejo de lado mi aparatosa presentación y comienzo a narrar hechos.

Hace dos semanas una indigente apareció en la puerta de mi edificio. La vi por primera vez un martes, mientras salía hacia la inmobiliaria. Me detuvo en la puerta de mi edificio y me dijo con extraño fervor: "Vos sos el portero". Traté de ser amable con ella a pesar del susto que me había llevado (no por su condición de indigente, sino por el fervor en su rostro, aclaro este motivo porque a pesar de todo me considero una persona "progresista"), y le dije que el portero del edificio comenzaba a trabajar una hora más tarde, y que yo sólo era un inquilino. La esquivé tan sutilmente como pude, pensando que necesitaba al portero para pedirle algo, y proseguí con mi camino. Ese día logré cerrar el alquiler de un departamento, por supuesto, con un pasado poco menos que horroroso. Por la tarde regresé y pude comprobar que la indigente seguía allí. Peor aún, comprobé que me estaba esperando precisamente a mí.

Hizo poco menos que abalanzarse apenas me vio, sacó de entre sus ropas algo que parecía ser un libro hecho de pedazos de otros libros y volvió a decirme, ya con más seguridad: "Vos sos el portero". Intentó ponerme aquel libro en las manos, del cual logré zafarme sin dejar de ser amable y sin dejar de sonreír. Pensé lo que cualquier persona hubiese pensado: que la mujer estaba loca. A pesar de la evidente incomodidad que me hizo pasar me dio pena. Ya en mi departamento pensé en avisar a la policía, porque no era imposible que tal vez alguien la estuviese buscando, sin embargo, la oportuna transmisión de un partido de fútbol permitió que mi mente se olvidara de cualquier preocupación.

La tercera vez que vi a la mujer ya no pudo decirme nada. Se encontraba sentada en la sombra, en la vereda de enfrente. Salí como de costumbre por la mañana y alcancé a verla desde la entrada de mi edificio. Ella me vio a mí y se puso de pie con rapidez. Experimenté con anticipación la incomodidad de sus incomprensibles reclamos, de su rostro alucinado

mientras me decía: “vos sos el portero” y me acometía nuevamente con su libro hecho de pedazos de libros. Pero nada de eso ocurrió, porque no tuvo la precaución de mirar antes de cruzar la calle. En su desesperación la mujer salió corriendo hacia mí y la fatalidad (o tal vez otra cosa) quiso que se atravesara en el camino de una camioneta Ford F-100, cuyo piloto no era precisamente respetuoso de las velocidades máximas permitidas. Voló por encima del vehículo, con sus brazos y piernas trazando en el aire ángulos imposibles. Pareció un juguete que se lleva el viento, hasta que su cuerpo dio pesadamente contra el asfalto, y tal como cayó, quedó.

Instintivamente me apresuré a correr hacia ella, lo mismo que varios transeúntes ocasionales. La mujer seguía viva, pero no por mucho más. Con un último esfuerzo logró hacer algo imposible: movió su brazo izquierdo y extendiéndolo hacia mí me acercó aquel libro. No conozco a nadie que pueda negarse a la petición de un moribundo; su intención era que me quedara con él, así que lo tomé. Luego ella murió.

No me quedé a esperar la ambulancia, porque no había misterio en el desenlace de su destino. Su muerte no me conmovió. Sólo una cosa me llamó la atención y me produjo una sensación extraña, como si me hubiesen pinchado el corazón con un diminuto alfiler: debajo de sus ropas, sucias de tierra, tiempo, y ahora también de sangre, vestía el hábito de una monja.

Cuando llegué a la inmobiliaria la curiosidad me llevó a leer aquel conjunto de papeles que me había dado. Lo cual me ha llevado a la reciente comprensión de mi propósito y de mi “trabajo”.

Mucho de lo que yo creía que eran pedazos y hojas de otros libros resultaron ser recortes de diarios, todos ellos de la sección policial, y todos tenían que ver conmigo; pues hacían referencia a crímenes y muertes ocurridas en departamentos y casas que he vendido o alquilado. Entre los recortes y las hojas, muchas de ellas escritas en latín, encontré una foto mía. Debajo de esa foto alguien había escrito a mano: “El portero”.

Tuve que indagar en la locura de aquellos papeles para comprender la motivación de esa mujer. Algunos pasajes me resultaron comprensibles debido a que estaban escritos en español. Pero estaba claro que la intención de la mujer era explicármelo ella misma. Voy a contar solamente lo que sé, aquello a lo que pude acceder.

"El portero" es una persona que, como su nombre lo indica, custodia las puertas. Es el encargado de abrirlas a quien, en este caso, desea entrar. El texto me ha ayudado a esclarecer el porqué de mi labor. Volviendo a la analogía de la gravedad, cuantas más desgracias y tragedias ocurren en un determinado lugar, más se profundiza su capacidad de "captar" o "atraer" más tragedias aún. Cuando un lugar ha experimentado una determinada cantidad de malas experiencias ese lugar pasa de categoría: una casa o un departamento con un historial malo, pasan a ser una casa o un departamento "embrujados". Y comienzan también a asumir su destino: el de convertirse en un agujero por el cual algo fuera de este mundo puede ingresar. Las personas que son víctimas en esos lugares son pequeños sacrificios, y su razón es debilitar, con cada muerte, la barrera que separa nuestro mundo de ese otro. El encargado de proveer los sacrificios soy yo, "el portero", el que tiene la facilidad para convencer a la gente de que permanezca allí, donde algo malo va a ocurrirle, dejando de ese modo una huella y una marca más, ayudando a que la secreta "pared" divisoria se debilité y se convierta en un agujero más, una entrada más.

Lejos del remordimiento, considero que la satisfacción de saber que uno hace bien su trabajo es salvífica. Está claro que no estoy obrando para el Dios que yo creía, aunque no sé para quien estoy obrando. Recientemente he comenzado con el estudio del latín, porque es en esos pasajes donde se deja en claro a quien estoy sirviendo al abrir todas esas puertas. Por los apresurados dibujos de la mano de la monja, está claro que no se trata de un ser de apariencia humana, sino que más bien se asemeja a una masa incomprensible de tentáculos y ojos, apropiadamente ajena a cualquier intento de identificación por parte de una consciencia humana. Tampoco puedo asegurar con cuanta fidelidad aquella mujer supo plasmar a ese ser antes de caer en la locura. Sólo estoy seguro de una cosa: soy tan bueno en mi trabajo que, sean quienes sean, mis jefes me adoran.





Niño otra vez

Por Ernesto Antonio Parrilla

Ilustrador: Enigma of Generation/ Michael Cheval (Rusia)

Para Francisco la tarea de ser padre representaba los momentos nefastos del día. Resumía las horas que compartía con sus dos hijos, como caóticas. Por más que se mentalizara durante todo el camino de regreso desde su trabajo, sabía que aquellos dos pequeños que había visto por la mañana descansando en sus camitas como ángeles celestiales estarían transformados para esa altura de la tarde, en dos monstruos inagotables.

A veces solía reprocharle a Mara, su esposa, el hecho de no ponerles límites, y que por esa razón, los niños, Agustín de siete y Malena de nueve, se comportaban de la manera en la que lo hacían, siendo contestatarios, irrespetuosos, haciendo caso omiso de las recomendaciones y órdenes que se les daban.

Mara se defendía recriminándole a él que pasaba mucho tiempo fuera de casa y la imagen de autoridad que debía dar, estaba fallando. Por supuesto, el diálogo se volvía exasperante y ambos terminaban discutiendo y malhumorados.

No quería perder la compostura delante de sus hijos, pero en varias ocasiones había llegado a gritarles bien fuerte. Recordaba Francisco que siendo pequeño, su madre cuando se

portaba mal o cometía alguna travesura que salía de los márgenes de lo permitido, le daba unos cuantos coscorrones y lo mandaba a la cama. También estaba en su memoria la imagen de su padre, amagando con quitarse el cinto, cosa que nunca había llegado a hacer. Al menos para golpearlo.

Pero odiaba la violencia y más si se trataba de sus hijos. No quería repetir lo que consideraba puntos flacos en la relación con sus padres, si bien había momentos en los que creía entender la razón por la que actuaban de aquella manera. Además, Mara también era la idea de evitar todo tipo de corrección por la fuerza.

La tarde en la que casi se salió de los estribos, Agustín y Malena le habían sacado al vecino dos gallinas para encerrarlas dentro de una caja de cartón. Luego la envolvieron con papel de regalo y se la dejaron en la puerta a Doña Cornelia, la antigua peluquera de la cuadra, ahora muy avejentada y con problemas motrices. Cuando Cornelia salió para atender la puerta se encontró con ese regalo. Entusiasmada abrió la caja y una de las gallinas le picoteó la mano. La vecina del otro lado de la calle había visto todo y no tardaron en llegar lo reclamos a casa de Francisco, que hacía cinco minutos había vuelto del trabajo.

Salió del cuarto de los chicos furioso, les había hablado durante media hora y ellos como si nada. No entendía como llegarles y veía que su mujer tampoco. Esa misma noche, en casa de sus padres, donde toda la familia se había reunido a comer, le había confesado a su papá, compartiendo una copa de vino en la terraza que daba al jardín, que por momentos deseaba volver a ser un niño.

Era verdad, por momentos sentía el ferviente deseo de dar vuelta atrás la página y regresar en el tiempo, ser otra vez un chico y olvidarse de toda responsabilidad, del trabajo, de los horarios, incluso de su esposa y sus hijos. Se sentía cruel pensando así. Al menos, se decía, ser niño para entender como pensaban sus hijos y poder, de esa forma, llegar a ellos.

Su padre se quedó en silenció, observando el fondo de su copa vacía. La brisa parecía ser cómplice de sus pensamientos. Francisco estaba ensimismado en aquel deseo, obnubilado un poco por el alcohol. A lo lejos escuchaba las voces de su esposa en diálogo con las cuñadas, el griterío de los niños en alguna parte y el canto de los grillos, que anunciaban altas horas de la noche.

Su papá lo tomó del brazo. Escuchó el "vení conmigo" como saliendo de un sueño. Tanta bebida le había hecho efecto muy rápido. Caminaba con cierto tambaleo, pero seguía de cerca a su padre, que lo llevaba por el jardín hasta el viejo cobertizo. Allí se guardaban antiguos trastos, de la época en la que a su padre le gustaba inventar cosas. Se había ganado la vida así y aún poseía varias patentes a su nombre, aunque ya estaba retirado.

- Nunca supe que hacer con esto - le dijo su padre, tras encender la única luz que había en el interior, que bañaba apenas tenuemente el ambiente. Le señalaba una caja muy alta, sujetada por una cadena que la cruzaba de lado a lado.

Francisco avanzó tratando de no tropezar con nada de lo que estaba desparramado casi al azar por la habitación.

- ¿Qué es? - le preguntó, tratando de poder ver algún detalle, algo, a través de los resquicios de la caja.

- Lo que necesitás para volver a ser un pibe, es una máquina, tiene un funcionamiento muy complejo. No la quise patentar ni mostrar a nadie porque es peligrosa, es decir, es increíble lo que hace y me da miedo pensar que podría llegar a hacerse con algo así.

- ¿Pero qué hace, papá?

- Te convierte en niño, por unas horas.

- ¿Me estás jodiendo?

Su padre metió la mano en el bolsillo y sacó una llave muy pequeña. Buscó a un costado de la caja y encontró un candado. Lo abrió con la llave y la cadena cayó al suelo, levantando un poco de polvo. Le pidió a su hijo que lo ayudara a moverla hacia el centro de la habitación. Una vez allí, abrió la caja y dejó a la vista un receptáculo de madera, con interior metálico. Un sistema de plaquetas y pequeños leds se incrustaban en la parte alta, en tanto una pequeña botonera asomaba de un lateral.

- Funciona con energía - anunció entusiasmado el hombre - Si querés la enchufamos y vemos si todavía funciona.

- Esperá un poco, vos me estás diciendo que esto me puede convertir en un niño. ¿Me estás diciendo eso? ¿O entendí mal?

- Así es.

- Papá, si eso es cierto, cómo crees que reaccionaría Mara si me ve salir de acá como un chico. ¿Funciona en serio, no? ¿Podemos probarla mañana?

A pesar de haber tomado tanto, condujo hasta su casa. Lo hizo con cuidado y soportando los reproches de Mara, que le recordaba que no debía beber si iba a manejar. Mucho no le importó. La imagen de aquella máquina permanecía nítida en su mente, desplazando cualquier otro pensamiento.

La mañana se presentó propicia para embarcarse en algo extraño. Apenas si había dormido pensando en la máquina inventada por su padre. Era domingo y su mujer se había ido a misa con los chicos. Mara se había molestado al enterarse que no iría con ellos. La excusa era que debía conducir hasta lo de su papá, porque se había dejado la billetera con las tarjetas y documentación importante. Y era verdad, salvo que no había sido un descuido, sino adrede, para tener una razón con el fin de volver.

Su padre lo esperaba ansioso, parecía un chiquillo a punto de mostrar su nuevo juguete. La máquina ya no estaba en el cobertizo. La había llevado esa misma mañana hasta el cuarto de invitados de la casa.

- Tu madre preguntó que era y le dije que un viejo invento que quería mostrarte, pero no le dije lo que hacía, porque me creería loco - le advirtió a Francisco mientras le quitaba una manta que le había colocado encima.

- ¿Solo tengo que meterme dentro y vos accionás esa botonera?

- Si, pero recordá que serán unas pocas horas, a lo sumo dos o tres. Lo probé en su momento con uno de mis socios, Edgardo, ya falleció, no se si te acordarás, en fin, y estuvo convertido en niño tres horas. Es algo instantáneo, tanto la conversión como la vuelta a la normalidad. La verdad es que nos asustamos mucho con el resultado y temimos lo que pudiera suceder con el invento. Así que lo abandonamos.

- Papá, vas a tener que llamar a Mara y decirle que me quedo a comer, que el auto tuvo algún problema o algo. No puedo conducir siendo un niño y menos llegar con ese aspecto a casa.

- No te preocupes, yo me encargo de eso. Tu madre también va a estar preguntando por vos, con seguridad. Algo inventaré para cada una. Soy bueno para eso - bromeó - Vení, entrá.

Apenas si cabía en aquel aparato, sus brazos se aprisionaban contra el interior metalizado y debía agachar la cabeza para no golpearla con la parte superior.

Su padre se posicionó en los comandos. Tras asegurarse que estaba alimentada de energía y que los leds parpadeaban como correspondía, procedió a iniciar el proceso. En ningún momento temió por su hijo. Sabía que la máquina haría lo que debía. Y en tan solo una fracción de segundos, Francisco adulto se convirtió en Francisco de ocho años.

- ¡Guau! - dijo Francisco al verse de repente tan pequeño dentro de la máquina - Papá, un espejo por favor.

La voz sonaba aflautada a sus propios oídos. No podía creer lo liviano que se sentía, la agilidad de su cuerpo. Se situó delante del espejo de pared en la misma habitación. Se miró durante cinco minutos casi sin soltar el aire. Estaba tal como se recordaba de pequeño. La máquina funcionaba, el invento de su padre hacía real lo imposible: era niño otra vez.

Ahora su papá parecía su abuelo. Cuando quitó los ojos del espejo y los puso sobre el hombre que había creado esa maravilla, vio que se estaba secando algunas lágrimas de las mejillas. Podía imaginarse lo emotivo de ver a su hijo siendo otra vez un niño. Se estrecharon en un abrazo. Ambos extrañaban esa sensación.

- Papá, esto es increíble, es un invento sensacional, con esto... - quiso seguir, pero no sabía que se podía lograr con eso, porque de repente lo asaltaron un montón de dudas. - Papá, si alguien que está enfermo, ponele de cáncer, quiere volver a ser niño, ¿la enfermedad sigue o qué?

- Si hijo, esta máquina no tiene más fin que devolvernos por unas horas a una etapa de nuestras vidas, pero conserva todo achaque y enfermedad. No hay forma de escaparle al tiempo. Si alguien la perfeccionara, para que en lugar de dos o tres horas, fuesen días o semanas, el cuerpo seguiría muriendo, solo que en otro tamaño. Quizá pueda tener otras funciones, pero como te dije, tuvimos miedo.

- Si tan solo pudiera usarla para entender a mis hijos... mirá papá, estuve pensando, que si acaso me la llevo y uso en forma cuidadosa, podría acercarme con esta forma a Malena y

Agustín y tratar de comprenderlos, de aprender a tratarlos. Siento que se me escapan, que los pierdo. Esta máquina tuya podría ayudarme.

- Es peligroso, pero siempre que tengas cuidado querido Francisco y la uses como decís, podrías obtener algún resultado. ¿Estás seguro de no querer intentar entenderlos como padre?

- ¡Lo he intentado, papá! Una y mil veces. Pero me sacan de mis casillas. Quiero probar de esta forma, ser uno más para ellos y quizá así, aprender a educarlos.

Su padre lo observó un buen rato, sintiendo que el que hablaba era un niño y no un adulto dentro del cuerpo de un chico. La idea no le gustaba. El no había necesitado de artimañas para educarlo, si bien a veces se mostraba enojado para imponer respeto. Pero los tiempos habían cambiado y quizá su invento podría serle útil a Francisco.

Ayudó a cargarlo en el auto. Le enseñó a usarlo y le recomendó mucho cuidado. El niño Francisco volvió a su estado normal de adulto a las dos horas y media. Tomó nota del tiempo que demoraba, porque le sería indispensable para trazar cualquier idea. Tampoco hubo efectos secundarios ni nada que lo persuadiera de lo que tenía en mente. El plan se había puesto en marcha.

La tarde se había puesto gris cuando tomó la ruta para volver a casa. Al llegar comprobó que Mara y los chicos habían salido, con certeza a la plaza. Aprovechó para guardar el artefacto en la cochera, donde solía entrar solamente él.

Mujer e hijos regresaron una hora más tarde. Ella preguntó por sus padres y si el auto ahora funcionaba bien. Los chicos, en cambio, pasaron a su lado sin siquiera saludar. No importa, se dijo mentalmente, ya iba a descifrar como pensaban y las cosas irían cambiando de a poco.

Entre los aspectos positivos de ser jefe en una empresa, estaba el de poder retirarse cuando quisiera. Ese lunes Francisco esperó que terminara la hora del almuerzo y salió del edificio. La idea era regresar a su casa, pero sin avisar.

Sus hijos volvían al mediodía, almorzaban la comida que Mara les tenía preparada y luego de hacer las tareas, salían a jugar al patio o si habían acordado previamente, a la casa de

algún amigo en común. Tenía que ser en común ya que no los dejaban ir a cada uno a un lugar distinto, porque aún eran pequeños.

El plan era estacionar a varias cuadras, caminar hasta la casa sin ser visto y entrar a la cochera sin llamar la atención. A medida que se acercaba se imaginaba diferentes formas de fracaso para su idea: Mara saliendo a la vereda a barrer en el momento que estuviera abriendo la cochera; los niños jugando en la calle y él doblando la esquina quedando cara a cara con ellos; o peor aún, siendo atrapado dentro de la máquina, ya sea por su esposa o por sus hijos.

Pero nada de eso sucedió. Llegó bien hasta su casa y pudo entrar sin que lo vieran. Se imaginaba a Mara en el patio y a los chicos jugando en sus cuartos o en la casa de algún amigo. Esto último no era bueno para su propósito, pero debía arriesgarse. Se acercó a la máquina y respiró profundo. Accionó los controles tal como su padre le había indicado y se metió en el receptáculo.

A los pocos segundos, tenía el cuerpo de un niño. Se volvió a asombrar del resultado. Observó sus manos diminutas y el largo de sus piernas, que lo colocaban tan cerca del piso que podía incluso llegar a marearse. Aquello lo divertía. Era verdad, el dolor de ciática que lo aquejaba en las últimas semanas permanecía a pesar del cambio radical de su cuerpo, pero la sensación de plenitud que embargaba su ser era única. Quizá su padre se equivocaba en algunos puntos y aquella máquina, además de devolver el cuerpo de un niño podía obtener algunas mejoras físicas para la persona.

Pero no era su objetivo comprobar los beneficios del invento de su papá, sino aprovechar al máximo el tiempo que le daba ese milagro tecnológico. Buscó en la bolsa que llevaba consigo ropa acorde a los ocho años y se la puso. Guardó la llave en el bolsillo del pantalón y salió por la misma puerta por la que había entrado.

Sabía que no tenía mucho tiempo. Se quedó merodeando cerca de la casa. Temía que sus hijos no aparecieran, pero finalmente los vio abrir la puerta del frente y salir corriendo. Su esposa salió detrás de ellos, gritándoles porque habían dejado la puerta abierta de par en par.

Malena llevaba el skate que le habían regalado para su cumpleaños. Pero no era su intención, al parecer, utilizarlo como se debía, sino que lo que pretendía era poner a su hermano de espaldas sobre la tabla y hacerlo avanzar a toda velocidad por la bajada del garaje.

Francisco se acercó a ellos, con las manos en los bolsillos y silbando una vieja canción de su infancia. Agustín y Malena lo miraron con recelo.

- Hola - saludó el pequeño Francisco.

Sus hijos no contestaron. En ningún momento sospecharon de la identidad del niño. Para ellos era un desconocido, un extranjero, alguien que no pertenecía al barrio. El silencio era señal de que no era bienvenido. La indiferencia suele ser una pancarta que dictamina un mal recibimiento.

- Hola - volvió a decir Francisco y sin perder tiempo agregó - Yo solía, digo, suelo jugar con una patineta. Tengo una en casa.

- ¿Y dónde vivís? - preguntó con frialdad Agustín.

- Lejos, en otro barrio. Estoy en lo de una tía, por allá - y señaló al azar, del otro lado de los árboles, disfrutando el hecho que sus hijos no lo reconocieran.

- Ajá - acotó Malena.

- Bueno, volate - dijo Agustín.

- ¿Volate? No entiendo.

- ¿Qué no entendés? - preguntó la nena, perdiendo la paciencia - ¿Sos boludo o te hacés? Andate, dale, déjanos en paz.

Francisco estuvo a punto de reprocharles la mala palabra, pero recordó que no estaba haciendo el papel de padre, sino que quería acercarse a sus hijos.

- Si me dejan jugar con ustedes, mañana vuelvo con la bicicleta que me regalaron la semana pasada por mi cumpleaños - mintió.

Los niños mostraron cierto interés en esa promesa y tras cruzar una mirada, dieron el visto bueno.

- Dale, pero un rato nomás.

- ¿Qué les gusta hacer? - preguntó Francisco.

- Que se yo, y a vos que te importa - le respondió Malena.

Francisco se sintió en parte avergonzado. Era su hija la que le había hablado así. Era una mal educada.

- Quería saber. Donde vivo tengo muchos amigos - dijo y como último recurso, sentenció - Y son mucho mejores que ustedes dos.

Eso les dolió a los hermanitos.

- ¿Mejor en qué, si vos no nos conocés? - dijo Agustín, a la defensiva.

- No, pero los veo y me doy cuenta que mis amigos son mejores que ustedes. En todo.

- ¿Si? ¿Ellos hacen esto? - preguntó socarronamente Malena, para luego levantarse la falda del vestido y mostrarle la bombacha rosa que llevaba puesta.

- ¡Pero... qué hacés! - balbuceó consternado Francisco.

- ¿Qué? ¿No te gusta? Che, Agu, es un maricón. Seguro que sus amigos son todos maricones como él.

Agustín se largó a reír, acostado sobre el skate.

- No, lo que te digo es que cómo vas a andar mostrando la bombacha. Está mal eso, tus padres acaso...

- Si querés me puedo levantar el vestido y mostrarte otra cosa y no la bombacha, pero para eso tenés que pagarnos algo, a los dos.

- No puedo creer lo que me estás diciendo - alcanzó a decir Francisco.

- ¿No? Si tenés algo de plata...

Francisco dio dos pasos hasta Malena y le cruzó un sopapo. Fue instintivo. No supo frenarse, no pudo, no quiso. El sonido retumbó en la tarde. Al instante tenía a Agustín viniéndosele encima, con el skate agarrado con las dos manos. Alcanzó a esquivar el primer golpe, pero no el segundo, que le dio de lleno en el brazo. Malena, recuperada del cachetazo y saliendo del asombro, también atacó a Francisco, con una patada en los tobillos.

Francisco acusó los golpes, pero se topó con un árbol al querer retroceder y permitió que el skate lo volviera a impactar, esta vez en el estómago.

Malena chillaba, como poseída:

- ¡Pegale Agustín, pegale al maricón, pegale!

Entonces supo que debía salir corriendo o terminaría todo magullado. Se corrió justo y el skate se estrelló contra la corteza del árbol. Francisco salió huyendo de sus hijos, hacia el lado de la casa. No supo en que momento Mara había salido a la vereda, quizá con los gritos de Malena o por pura coincidencia, pero lo tomó del brazo en plena huída.

- ¡Adonde vas, vos! ¿Qué está pasando acá? ¿Qué es eso de estar peleando con mis hijos?

- Mara, escúchame, me estaban matando a golpes...

Su esposa, sin dejar de apretarle el brazo, se alejó un poco. Se sorprendió de escuchar su nombre.

- ¿Quién sos? No te vi nunca por acá. ¿Cómo sabés mi nombre?

Francisco entendió que estaba en problemas. Malena lo estaba acusando de haberla golpeado y Agustín se justificaba diciendo que era verdad, que por eso "le estaba dando" con el skate. Y por si fuera poco, su esposa lo miraba como un bicho raro.

Forcejeó y logró quedar libre de la mano que lo apresaba de su esposa. Agustín quiso dar un paso adelante para volver a atacarlo, pero Mara lo retuvo. Francisco la miró a los ojos y en una súplica silenciosa, se declaró inocente. Sin perder tiempo, salió corriendo en dirección contraria, buscando la esquina que le permitiera desaparecer de la vista de los tres.

Se sentía agitado y a la vez enfurecido. Hasta tenía ganas de llorar, como un niño. Es que al fin de cuentas, lo era. Se dirigió hasta la plaza y aguardó una hora, lo suficiente como para volver a asomarse a la vereda de su casa y esperar la oportunidad para volver al interior de la cochera, donde quería estar al momento de volver a su cuerpo de adulto, dado que allí había guardado la ropa.

En ese lapso pensó en sus hijos, en cómo se habían comportado. Se repetía una y otra vez que Malena se merecía ese sopapo. Sin dudas que la reprimenda había sido merecida. ¿Pero cómo decirle a Mara lo que había pasado? ¿Cómo enfrentar a una niña de nueve años que tiene esas actitudes? No, ser padre era algo extenuante. Había querido ser niño para dejar de ser padre y no lo había podido lograr.

Se metió en la cochera y se desplomó a un costado del receptáculo. La máquina de su papá era un verdadero logro, pero no tenía sentido. Un adulto no puede volver a ser un niño, porque la visión es otra. Solo cuando se es niño se disfruta de la vida en toda su dimensión. Por eso lloraba, porque sus hijos no lo estaban haciendo.

O lo que era peor, lloraba porque quizá si estuvieran disfrutando, pero a su manera, de un modo más moderno, actual.

La máquina valdría la pena si además de convertirlo en niño, pudiera llevarlo a su época, a transitar esas cuadras de su niñez donde convivía con sus amigos, donde compartían una pelota en la plaza, o se perseguían jugando a la mancha venenosa.

En cambio, convirtiéndolo en niño pero dejándolo en el presente, lo único que lograba era depositarlo en un mundo hostil, donde se sentía un ser extraño, ingenuo. Los tiempos cambian muy rápidamente, se dijo mentalmente, mientras se despojaba de la ropa de niño que llevaba puesta. A los pocos minutos, ya era otra vez un hombre. Se vistió y salió de la cochera, en busca de su vehículo, estacionado a varias cuadras.

Una duda lo asaltaba. ¿Se animaría a volver? ¿Podría mirar a los ojos a sus hijos? ¿Encontraría en los ojos de su mujer la súplica silenciosa que le había hecho esa misma tarde? Caminó resignado, con sabor a derrota en los labios.

Si tan solo jamás hubiese deseado volver a ser un niño...





La ciencia ficción argentina

Por Pablo Capanna[22]

Ilustrador: Ángel & Demonio/ Rafa Castelló (España)

En la corta historia de la literatura argentina lo fantástico ha tenido una persistente presencia. Su exponente más reconocido en el ámbito internacional es Jorge Luis Borges (1899-1986), un autor admirado por escritores de ciencia ficción como Lem, Ballard y Dick. Adolfo Bioy Casares (1914-1999), otro de sus maestros, incursionó a menudo en el género.

Diferenciándose del "realismo mágico" que floreció en países latinoamericanos con mayor mestizaje cultural, los escritores argentinos fueron siempre más europeizantes. Generalmente, se formaron leyendo libros franceses e ingleses, y en los comienzos su fantasía anduvo al compás del romanticismo y el positivismo europeos.

Se diría que esto debería haber asegurado una buena recepción para un género como la ciencia ficción. Si la política y la economía argentinas no hubiesen sufrido medio siglo de inestabilidad y declinación, la consolidación de la industria editorial no habría dejado de crear las condiciones para una importante escuela local.

Pero a pesar de que esas condiciones no se dieron, Argentina se caracterizó en todo momento por tener un público culto y de buen gusto. Cada vez que nuestro género tuvo su oportunidad, contó con editores inteligentes y lectores fieles que supieron dar a sus escasas y discontinuas publicaciones un nivel de calidad poco común.

El reclutamiento de científicos europeos para las universidades y la introducción de la ideología positivista por obra de la generación de 1880, contribuyeron a despertar cierto interés por la ficción científica en Argentina.

---

[22] *Ciencia ficción. Utopía y mercado* (Buenos Aires, Cántaro 2007).

Se considera que el zoólogo Eduardo L. Holmberg (1852-1937) fue el iniciador del género. Siguiendo la tendencia de la época, en sus cuentos solían abundar el espiritismo y la frenología. Escritores de su misma generación, como “Fray Mocho” y Enrique Méndez Calzada (1898-1940) también hicieron algunos aportes.

Hubo quien escribió utopías al estilo de Verne, como Buenos Aires en el año 2080 (1879) de Achille Sioen, En el Siglo XXX (1891) de Eduardo de Ezcurra y La estrella del sur (1904) de Enrique Vera y González. Otros, como “Pierre Quiroule” (La ciudad anarquista americana, 1914) y Julio Dittrich (Buenos Aires en el 1950, bajo el régimen socialista, 1908) , tomaron por modelos a William Morris y Bellamy,



Las ideas ocultistas y teosóficas, combinadas con una omnívora curiosidad científica, también inspiraron los cuentos de Las fuerzas extrañas de Leopoldo Lugones (1874-1938). Horacio Quiroga (1878-1937), siguiendo modelos franceses e ingleses, tocó temas de ciencia ficción en algunos de sus relatos.

En la etapa siguiente se destacaron las figuras de Santiago Dabove, Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Ciertos cuentos de Borges, como “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” (1940) y “Funes, el memorioso” (1942) que difícilmente alguien hubiese catalogado como ciencia ficción cuando aparecieron, son hoy modelos en su género . La invención de Morel (1940) y “La trama celeste” (1948) de Bioy Casares son quizás las cumbres más altas de una ciencia ficción que muchos se resisten a reconocer como tal. Algunos caprichos de Julio Cortázar, como “La autopista del Sur” tienen un clima que recuerda al género.

No es mi intención demorarme en estos autores, que han sido objeto de serios trabajos críticos. Me ocuparé, en cambio, de la recepción y asimilación de la science fiction, que los argentinos empezaron a conocer en la década del Cincuenta.

“Hombres del Futuro”

La primera revista que se hizo eco de la science fiction en Argentina fue “Hombres del Futuro”, de la cual sólo aparecieron tres números en 1947. La publicaban los editores del diario Crítica, y su director se ocultaba tras el seudónimo “Capitán Tábano”. La revista reconocía que su material procedía de Startling Stories, Thrilling Wonder Stories, Captain Future, Planet Stories y Astounding.

Similar a su colega mejicana Enigmas, surgida una década más tarde, Hombres del Futuro era de gran formato y reproducía las ilustraciones originales. Llegó a publicar textos de Edmond Hamilton, Eric Frank Russell, Henry Kuttner, John W. Campbell y Stanley Weinbaum. Estábamos en el primer gobierno peronista, y los editores acostumbraban a “argentinizar” los nombres: el protagonista de La llama negra de Weinbaum se presentaba como “el ingeniero cordobés José Alberto (Pepe) Quintana”.

La revista también convocó a un concurso de cuentos, con jurados como Helvio Botana y Horacio Rega Molina, pero no pasó del año de vida. Sin embargo, en el tercer número (octubre 1947) se podía leer un cuento de William Tenn sobre el tema de la clonación humana (!)

“Más allá”

La revista argentina que creó un público estable para el género fue Más Allá (1953-1957), que Editorial Abril sostuvo durante cuatro años ininterrumpidos. Hizo notables esfuerzos por incorporar material literario, gráfico y científico local, y mantuvo un recordado correo de lectores.

Más Allá llegó a tirar varias decenas de miles de ejemplares, pero los editores resolvieron dejar de publicarla cuando vendía veinte mil mensuales. Paradójicamente, esto ocurrió tres meses antes del lanzamiento del Sputnik: una posibilidad que se insinuaba en uno de los últimos números (!) y no había aparecido en ninguna otra publicación.

Entre quienes la dirigieron estuvo Héctor G. Oesterheld, entonces guionista de historietas.

Más allá de la ciencia y la fantasía (tal era su título completo) se definía como revista de “ficción científica”: todavía no se hablaba de ciencia ficción. Integraba la familia internacional de revistas subsidiarias de Galaxy, que en Estados Unidos dirigía H. L. Gold. Su difusión, como atestiguaba el correo de lectores, alcanzaba a toda América Latina, pero también recibía cartas de España y la URSS.

Más Allá dio a conocer, antes de que se publicaran como libros, algunos de los textos de ciencia ficción más importantes de esa época: El día de los trífidos de Wyndham, Amos de títeres de Heinlein, Mundo de ocasión de Pohl y Kornbluth, Las cavernas de acero, de Asimov, El hombre aniquilado de Bester y Bajo la luz de la Tierra de Clarke.

Pero también se atrevió a publicar parte de la novela Más que humano de Sturgeon y las Crónicas marcianas de Bradbury, textos que resultaban inquietantes, poco “científicos” y excesivamente “experimentales” para el lector de entonces, incluyendo quien escribe.

La información científica era impecable. Había artículos de Willy Ley, Wernher von Braun, Kenneth Heuer y el físico argentino José Westerkamp. Este último se encargaba además de atender un consultorio de dudas científicas y diseñar el “Espaciotest”, un cuestionario ponía a prueba los conocimientos del lector. Durante un tiempo, sus consultas fueron atendidas por una futura eminencia, el filósofo Mario Bunge.

Los argentinos que probaron suerte en las páginas de Más Allá fueron el propio Héctor G. Oesterheld, “Abel Asquini” (un seudónimo del físico Carlos Varsavsky), el periodista Ignacio Covarrubias, los escritores Adolfo Pérez Zelaschi y Maximiliano Mariotti. Hasta lo hizo este cronista, entonces adolescente.

Quizás una de las causas de la fama de Más Allá fuera su famoso correo de lectores, que creó un verdadero fandom epistolar y envolvió a los “masallistas” en largas polémicas en torno a temas que abarcaban desde la existencia de Dios, el feminismo y los platos voladores, hasta la moda del futuro.

Urania fue una imitación de Más Allá de la cual aparecieron sólo dos números en 1953. Reproducía material de la homónima revista italiana, como lo delataban sus pésimas

traducciones, generalmente de segunda mano. Publicó un texto de Dick y otro de Bradbury, pero con su estilo descuidado no llegó siquiera a hacerle sombra a su modelo.

Cabe notar que Más Allá había acercado al público argentino a la segunda generación de revistas norteamericanas. La ciencia ficción venía depurada de space operas, BEMs y de todos los vicios de los pulps. Sin duda, era un buen punto de partida.

Minotauro

La siguiente etapa de la ciencia ficción argentina estuvo bajo la hegemonía de las ediciones Minotauro, que iba a mantenerse durante el resto del siglo, aun después de que la editorial dejara el país.

Minotauro fue fundada en 1955 por Francisco (Paco) Porrúa. Pese a la presencia de Más Allá, lo que entonces se proponía Porrúa era toda una aventura. Había un público definido que leía Más Allá, un cuerpo estable de estudiantes, radioaficionados, electrotécnicos e ingenieros, pero era sumamente difícil lograr que el público "culto" se interesara por el género.

Minotauro (un nombre que evocaba las simpatías surrealistas de su editor) se atrevió a hacerlo, y lo consiguió. Sus primeros títulos fueron novelas que ya había adelantado Más Allá: Crónicas Marcianas de Bradbury y Más que humano de Sturgeon. Ahora aparecían completas, con cuidadas traducciones y tapas sobrias, armadas con diseños geométricos en lugar de las habituales naves espaciales. Ambos libros iban avalados por prólogos de Jorge Luis Borges y del psicólogo Marcos Victoria, nombres cuya presencia disipaba todas las prevenciones del lector tradicional.

Durante toda esa década, Minotauro ejerció una auténtica docencia entre el público argentino. Sus ediciones superaban en calidad a las francesas de entonces. Dio a conocer lo mejor del género: Bradbury, Sturgeon, Pohl y Kornbluth, Clarke, Bester, Wyndham, Lovecraft, Simak, Stapledon, Fowler Wright, Matheson, Sloane...

Poco después que Minotauro, en 1956 la editorial Jacobo Muchnik había lanzado la colección Fantaciencia. Todavía reinaba cierta libertad en los rótulos; Más Allá se definía como "ficción científica" y Minotauro como "ciencia ficción." La nueva colección optó por el italiano "fantaciencia". Con ese rótulo aparecieron catorce títulos, incluyendo algunos ya conocidos en Más Allá, como La isla del dragón de Jack Williamson. Hubo textos de Hoyle,

Asimov y otros menos conocidos de Kornbluth, Hal Clement, Jerry Sohl y Chad Oliver. En muchos aspectos estos libros no iban en zaga a Minotauro, salvo en el aspecto gráfico y la selección de autores.

Algo muy distinto fueron los libros de Robin Hood del Espacio, que a partir de 1957 ofreció Acme Agency. Eran los llamados juveniles, historias de aventuras de Evan Hunter, Clarke o Heinlein.

Acme también lanzó la revista Pistas del Espacio, dirigida por Alfredo J. Grassi, que alcanzó a publicar catorce números. Con textos algo vetustos, aspecto de folletín, cuentos no firmados y una pésima historieta, estaba muy lejos de Minotauro y de Más Allá.

En 1957 la revista Hora Cero publicó lo que pudo haber sido la primera novela de ciencia ficción argentina: la historieta El Eternauta, con texto de Oesterheld y dibujos de Solano López. Su audacia fue ambientar en el paisaje urbano de Buenos Aires una de esas "invasiones extraterrestres" que eran comunes en las novelas norteamericanas. La huella que dejó en varias generaciones proviene precisamente de esta decisión de instalarse en la realidad cotidiana, sin superhéroes ni superciencia. Sus personajes venían de un barrio porteño, y se parecían a los lectores de Más Allá.

Transcurrieron seis años sin mayores novedades. Minotauro no tenía competencia,



aunque en 1960 la colección Utopía de Editorial Malinca produjo tres títulos, entre ellos El planeta grande de Jack Vance.

Ese mismo año nació el fandom argentino. El responsable fue Héctor Raúl Pessina, que editaba un fanzine en inglés, con noticias locales y corresponsales extranjeros. Los esfuerzos de Pessina llevaron a fundar en 1969 el Club Argentino de Ficción Científica, la primera entidad del fandom.

En 1964 todavía había muchos que añoraban a Más Allá cuando Porrúa, alentado por el sostenido éxito de sus libros, resolvió crear la revista Minotauro.

El director era Ricardo Gosseyn (un alias de Porrúa, tomado de un personaje de A. E. Van Vogt) y la revista se reconocía como edición local de The Magazine of Fantasy and Science Fiction. No había ilustraciones, pero sí información acerca de autores y traductores: el público ya no era un mero consumidor y aspiraba a saber más.

Minotauro era un producto impecable, pero tenía más de antología que de revista. No establecía ese tipo de comunicación con el lector que había hecho famosa a Más Allá. Buscaba atraer al lector culto, pero sacrificaba todo lo exterior. Era una revista pensada por un editor de libros, y terminó sus días como revista-libro.

En sus diez números (1964-1968) había desfilado toda una nueva ola de escritores. Allí comenzó a hablarse de Ballard, Cordwainer Smith, Zelazny, Aldiss o Brunner. El número 9 incluía todo un manifiesto: el artículo de Judith Merril sobre “la escena inglesa” que anunciaba la New Wave.

Sin embargo, un producto tan elitista no conformaba del todo a los nostálgicos de Más Allá. Para complacerlos, Oesterheld se embarcó en el efímero proyecto de Géminis, de la cual aparecieron dos números en 1965.

Géminis aspiraba a reeditar la fórmula de Más Allá: material de Galaxy, notas breves al pie de página, artículos sobre astronáutica, dibujantes locales (las tapas eran de Breccia), pero en conjunto era inferior a Más Allá. Anunciaba una sección de correspondencia (“El Cabo Kennedy de los lectores”), convocaba a los autores argentinos y prometía publicar la novela de El Eternauta. Llegó a publicar un cuento de Lafferty, el guión radial de La guerra de los mundos de Orson Welles y un par de textos del propio Oesterheld. Pero su esquema estaba ya

perimido: la información científica ya no era anticipación, y las noticias de la NASA estaban en los diarios. Los viejos tiempos de Más Allá habían pasado.

Expansión y repliegue

Los años que siguieron parecían prometer algo así como la Edad de Oro de la ciencia ficción argentina, a juzgar por el revuelo que hubo en torno de ella.

El boom de la literatura latinoamericana, que por entonces culminaba, hizo salir a muchos editores en busca de escritores locales, así fuesen tan dudosos como los de ciencia ficción. Aparecieron varios libros de autores argentinos, y se realizaron dos convenciones.

Abrió el fuego un grupo de psicoanalistas, inspirados por la lectura de Sturgeon, con la antología Ecuación Fantástica (Hormé, 1966). Con prólogo de Dalmiro Sáenz, desfilaban figuras tan prestigiosos como Rodrigué, Langer, Grinberg, Usandivaras, Abadi y Rascovsky. Rodrigué insistió luego con los cuentos de Plenipotencia (Minotauro, 1967) y Marie Langer fue coautora, con Eduardo Goligorsky, del ensayo Ciencia ficción: realidad y psicoanálisis (Paidós, 1969).

Minotauro comenzó a incluir libros de autores argentinos. Los primeros fueron Eduardo Goligorsky y Alberto Vanasco, con Memorias del futuro (1966) y Adiós al mañana (1967). Influido por Farmer, Pohl y Kornbluth, Goligorsky hizo sombrías anticipaciones del futuro argentino; uno de sus cuentos llegó a aparecer en The Magazine of Fantasy and Science Fiction.

Angélica Gorodischer, quien con el tiempo sería la figura argentina más prestigiosa del género se dio a conocer en 1967 con Opus Dos.

En 1966 también había aparecido el primer ensayo teórico sobre ciencia ficción escrito en idioma español: la primera versión de este libro.

Se multiplicaron las antologías. Generalmente se componían con la misma fórmula: un par de clásicos para vestirse de prestigio, algún escritor convocado y muchos amigos del antólogo. Aparecieron así los Cuentos argentinos de ciencia ficción (Merlín, 1967), donde junto a Bioy Casares y Marco Denevi escribían Goligorsky, Alfredo J. Grassi y Alejandro Vignati.

Alejo Deautier y J. Davis armaron una antología histórica (Antes que la ciencia fuera ficción, Ediciones de la Flor, 1967), que rescataba a Holmberg, Méndez Calzada, Cervantes y Leopoldo Alas.

Grassi y Vignati también tuvieron su antología (Ciencia ficción: nuevos cuentos argentinos, Calatayud-Dea, 1968), donde junto a Marco Denevi aparecían nombres menos conocidos, como Carlos M. Caron, Eduardo Azcuy, Osvaldo Elliff y Juan Jacobo Bajarlía.

Bajarlía llegó a ser el más prolífico, con sus Historias de monstruos (Ediciones de la Flor, 1969) y su Fórmula al antimundo (Galerna, 1970). Goligorsky, presente en todas estas antologías, compiló la suya propia, Los argentinos en la Luna (Ediciones de la Flor, 1968), por la cual también anduvo este autor.

Otro intento de recuperar el público de Más Allá se frustró pronto. Se trataba de 2001, periodismo de anticipación, dirigida por E. Loiácono, que partió de los ovnis para orientarse hacia la contracultura, con más oportunismo que convicción.

La revista que la Argentina no podía dar apareció en España. Fue Nueva Dimensión, que desde 1968 sería el referente del género para el mundo de habla hispana.

Hubo dos convenciones. En diciembre de 1967 se reunió en Buenos Aires la "Bairescon", convocada por Pessina y el marplatense Fernando Pujadas, con una exposición de libros y algunas mesas redondas.

Al año siguiente Osvaldo Elliff y el Club de Anticipación Científica "Antelae", con la colaboración de Pessina, organizaron la "Mardelcon", que se desarrolló en Mar del Plata en julio de 1968.

Acudieron escritores, editores y distribuidores, pero también "ufólogos" y periodistas de temas aeroespaciales. Hubo exposiciones, ponencias y debates. El concurso de cuentos lo ganó Magdalena Mouján Otaño, quien luego publicó en España y hasta fue perseguida por la censura franquista. También asistió un delegado uruguayo, el joven Marcial Souto, que estaba a punto de viajar a los Estados Unidos para conocer a todos los monstruos sagrados.

Los dorados años Sesenta se estaban terminando, y hasta 1973 no hubo nuevos emprendimientos editoriales dedicados al género. Minotauro dejó de buscar autores

argentinos y a partir de 1971 realizó un viraje temático que incluía la supresión del rótulo "ciencia ficción."

Los últimos tramos de la dictadura de Lanusse (1971-1973) se caracterizaron por un pronunciado "destape" político-ideológico, que se recortaba sobre el fondo de una creciente violencia. Los editores se adecuaron a los tiempos, y comenzaron a producir libros de historia, economía y política de las más diversas claves ideológicas, para abastecer a los militantes.

En este clima no quedaba mucho espacio para el género, a no ser por cierta tendencia a reivindicar las literaturas marginales y rescatar todo lo "nacional", así fuese la ciencia ficción nacional. Luis Gregorich escribió un ensayo para una popular colección de fascículos (Capítulo Universal) y Osvaldo Soriano hizo que La Opinión, el diario de Timmerman, le dedicara varios suplementos al tema.

Entre 1973 y 1975, cuando la literatura política envejecía antes de salir de la imprenta y los cambios del poder eran vertiginosos, algunos editores volvieron a apostar por la ciencia ficción, y produjeron cuatro colecciones de breve vida.

La primera fue la serie Fotón (Grupo Editor de Buenos Aires) que a partir de 1973 produjo trece títulos, en versiones desaliñadas, cuando no abreviadas. En 1974, las dos líderes del mercado editorial, Sudamericana y Emecé, salieron a la palestra con sus propias colecciones. La serie de Emecé siguió criterios erráticos (títulos que iban desde Christopher Priest y Strugatski hasta Clarke, con tapas poco imaginativas) y después de publicar más de veinte títulos desapareció súbitamente.

Sudamericana quiso reeditar algo similar a la colección española Nebulae, y creó la colección Galaxia (a cargo de Marcial Souto), de la cual sólo aparecieron cuatro títulos.

Desde España llegó Dronte, la empresa de Nueva Dimensión, que produjo trece títulos. Más interesante fue la tentativa de Intersea, un sello local que lanzó títulos importantes de Dick, Disch y Farmer, pero desapareció de la escena con la dictadura.

La crisis económica de 1975 (conocida como "el Rodrigazo") hizo estragos en estas iniciativas.

El Péndulo

La instauración en 1976 de un régimen cualitativamente distinto a las dictaduras conocidas, basado en la “doctrina de la seguridad nacional”, la “guerra sucia” y el terror, también significó la desaparición de buena parte de las ediciones argentinas. Muchos editores debieron marchar al exilio, y los que optaron por quedarse tuvieron que enfrentar a la censura. El miedo, y algo de pereza, empujaron a otros por el camino más cómodo: el best seller.

Paradójicamente, el hecho de que se considerara a la ciencia ficción como evasión contribuyó a preservarla de la censura. Muchos lectores hartos del best seller descubrieron los libros del género, pero tuvieron que hacerlo en las ediciones españolas, pues hasta Minotauro acababa de irse a Barcelona.

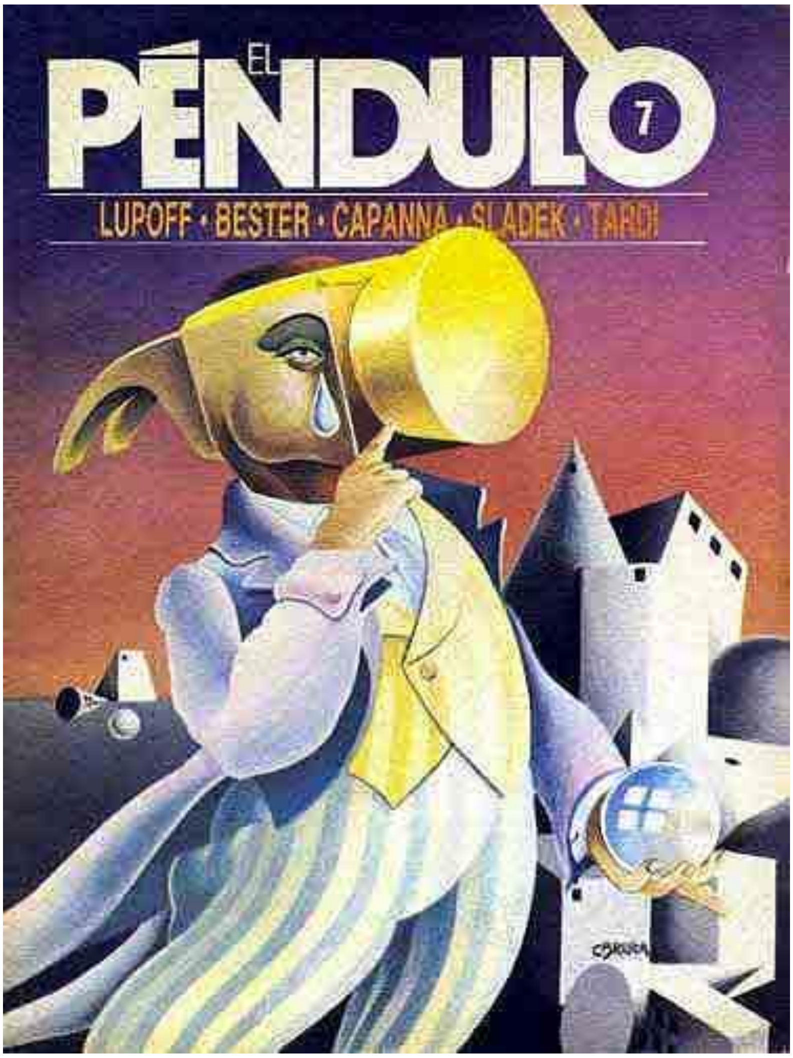
Pese a todo, había comenzado a surgir una nueva generación de lectores, en la cual había menos electrotécnicos, más empleados de compañías financieras y muchos adictos al rock. Los suplementos de los grandes diarios como Clarín y La Opinión descubrieron en 1977 la existencia de un vasto mercado de libros usados de ciencia ficción. A los nombres conocidos que escribían sobre el tema, vino a sumarse el crítico de cine Aníbal Vinelli, cuya Guía para el lector de ciencia ficción (Convergencia, 1977) dio cuenta de un creciente interés.

Nuevamente fue Marcial Souto quien intentó abrir una brecha. En 1976 produjo su Revista de Ciencia Ficción y Fantasía para Orión, el sello de Poldy Bird, una exitosa autora de novelas del corazón. La revista retomaba el formato y la diagramación de Minotauro, pero ya no estaba atada a una sola fuente. Tradujo lo mejor de Cordwainer Smith, incluyó una sección científica de Asimov y publicó a autores rioplatenses como Levrero, Díaz y Viti. Pero la historia se repitió; aquejada por problemas financieros, la editora suspendió la publicación en febrero de 1977, cuando apenas habían salido tres números.

En 1976 también surgió una editorial especializada, Andrómeda, asesorada por Sánchez y Pessina. Su ambicioso lanzamiento incluía tres colecciones, pero cierta improvisación y una pésima distribución la hicieron fracasar. Lo más rescatable de Andrómeda fue la publicación de la primera “antología” propiamente dicha, Los universos vislumbrados, preparada por Sánchez, Gandolfo y Pessina. Más tarde, Sánchez fue asesor de El Cid, (que editó Trafalgar de Gorodischer) y de Adiax, que reeditó títulos producidos por Andrómeda.

A mediados de 1978, Souto produjo el primero y único número de Entropía, una versión enriquecida de la publicación de Orión. Con el mismo sello, aparecieron varios libros, entre ellos La ciudad de Mario Levrero.

Fue entonces cuando Souto se acercó a Andrés Cascioli, el editor de la exitosa revista Humor, para rescatar un proyecto del cual habían hablado años antes: la revista El Péndulo, entre la ficción y la realidad.



El Péndulo (Ediciones de la Urraca) vio la luz en 1979, en plena dictadura. Era un extraño compromiso entre la revista de historietas que soñaba Cascioli y la revista literaria que imaginaba Souto. Como experiencia piloto, se lanzó un "Suplemento de Humor

y ciencia ficción" con algunos cuentos, chistes e historietas. El temor de que la gente hubiese perdido definitivamente el hábito de la lectura hacía que los textos aparecieran mechados de viñetas e ilustraciones.

El segundo suplemento tuvo un despliegue de color y virtuosismo gráfico poco habitual. A partir del tercero, la revista pasó a llamarse El Péndulo e incluyó, además de ciencia ficción, notas sobre música, plástica, cine e historietas de Breccia o Altuna. Al parecer la experiencia era muy costosa, porque los editores decidieron su desaparición.

Hubo otro año sin libros ni revistas, pero en 1981 el boom comercial de Humor (convertida ahora en la única revista que se atrevía a criticar a los militares) hizo que sus editores se atrevieran a financiar una nueva aventura del Péndulo. Esta vez hubo una mejor

división de poderes: las historietas fueron a parar a la legendaria Fierro y El Péndulo se definió como una revista literaria ilustrada.

La segunda etapa de El Péndulo (1981-82) tuvo diez números con formato de revista-libro y características gráficas lujosas. Esta vez se logró una fórmula difícil de repetir: una revista definidamente “culta” —tan distinta de Más Allá como de Minotauro— que no dejaba de ser “popular” y se vendía en los quioscos. Demostró que algo podía hacerse aun en condiciones económicamente adversas, políticamente duras y culturalmente estériles.

En El Péndulo surgieron prácticamente todos los nombres de los cuales se seguiría hablando por años. Su estilo modeló el gusto del público que recién accedía a la ciencia ficción y a la fantasía no tradicional, y en adelante todos soñaron con igualarla.

Una carta de Sergio Gaut vel Hartman aparecida en El Péndulo en 1982 lanzó una convocatoria que dio origen a la fundación del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía. Mientras duró, el Círculo nucleó al fandom argentino y se propuso discernir anualmente los premios “Más Allá”, que aspiraban a ser los Hugo argentinos.

El nuevo Péndulo también desapareció prematuramente, no por falta de lectores, sino por haber sobreestimado sus reales posibilidades comerciales. Ilusionados por las ventas de Humor, los editores habían lanzado tiradas enormes, que el mercado local era incapaz de absorber, e interrumpieron abruptamente su publicación cuando no obtuvieron las ventas que esperaban.

Pero la onda expansiva iniciada por El Péndulo no se detuvo aquí. Sinergia (1983) y Parsec (1984), dos revistas de Sergio Hartman de una línea más tradicional, siguieron sus huellas. La revista literaria Clepsidra, dirigida por Daniel Mourelle (1984) también se ocupó de ciencia ficción. Una antología editada en España por Augusto Uribe, (Latinoamérica fantástica, Ed. Ultramar 1986) recogió muchos nombres argentinos.

El fandom desplegó una cantidad de publicaciones (Cuasar, Nuevomundo, Unicornio Azul, Gurbo, Vórtice, etc.) que nadie hubiese podido imaginar unos años antes; generalmente efímeras, solían distinguirse más por la personalidad de sus editores que por su línea editorial.

Desaparecido El Péndulo, Marcial Souto logró que Sudamericana le diera nueva vida a la revista fundada por Porrúa. La nueva Minotauro, de la cual aparecieron once entregas entre 1983 y 1986, difería tanto de aquella como de El Péndulo.

Un presupuesto más modesto había obligado a reducir el formato, el color y el despliegue gráfico. El equipo de redacción era prácticamente el mismo, aunque la revista tenía un perfil más cultural. Los artículos, la crítica de libros y de cine, a cargo de Elvio Gandolfo, Ángel Faretta y este cronista, eran casi académicos, pero los lectores parecían soportarlos.

Minotauro, que se distribuía en librerías, también sucumbió por problemas de comercialización. Muchos seguidores de El Péndulo no llegaron siquiera a enterarse de su existencia. Los editores optaron por dejar de publicarla y terminaron regalando los ejemplares sobrantes en una campaña de promoción callejera.

Pero justo cuando Minotauro llegaba a su fin, intervino un providencial deus ex machina. El crítico y escritor sueco Sam Lundwall, un despiadado revisionista de la ciencia ficción norteamericana, publicó en Foundation, una revista académica británica, un artículo donde reseñaba las revistas de ciencia ficción de todos los tiempos y lugares.

En su primera versión, incluida en el libro SF. An Illustrated History (1978) Lundwall señalaba como las tres mejores revistas de toda la historia del género a The Magazine of F&SF, Galaktika y Nueva Dimensión. En la versión revisada, en lugar de la revista española figuraba El Péndulo, a la que Lundwall caracterizaba "sin duda, [como] la mejor revista de ciencia ficción en contenido, presentación y diseño que se haya publicado jamás en cualquier lugar."

Halagados por este reconocimiento internacional, los editores volvieron a prestar oídos a Souto y El Péndulo tuvo su segundo renacimiento. Fue su canto de cisne, aun cuando llegó a superarse a sí mismo en cuanto a calidad gráfica. Anunciada como una publicación mensual, pronto se hizo bimestral y acabó en trimestral. En total sólo alcanzó a publicar cinco números entre 1986 y 1987. La suspensión llegó mientras se estaba componiendo el sexto.

Un tercer —y todavía más efímero— renacimiento produjo dos números más en 1990-1991, pero ya la revista se parecía demasiado a un libro, y pasó casi inadvertida.

Supervivencia

La ciencia ficción tiene hoy en la Argentina más prestigio que en los Cincuenta, pero se lee menos y casi no se publica. Los Premios Konex la incluyeron por un tiempo entre sus veinte rubros de literatura, aunque costaba encontrar cinco autores a quienes adjudicar los premios de cada década.

Algunas cifras bastan para indicar la magnitud de la caída del mercado editorial argentino. En 1956, Más Allá cerró porque “apenas” vendía 20.000 ejemplares. En 1982, el segundo Péndulo desapareció porque había bajado a 8.000. En 1987, su tercera etapa concluyó cuando vendía algo más de 3.000.

La colección de autores argentinos de Ediciones Minotauro desapareció a los pocos números y la antología que Souto compiló para la editorial universitaria EUDEBA (La ciencia ficción en la Argentina, 1985) no tuvo la difusión que hubiese tenido en otros tiempos. A pesar de todo, en 1991 pudo hacerse en Buenos Aires una convención latinoamericana.

El saldo de todas estas vicisitudes no es totalmente negativo. Autores vinculados desde sus comienzos con la ciencia ficción, como Angélica Gorodischer, Juan Jacobo Bajarlía y Carlos Gardini obtuvieron importantes premios literarios en certámenes abiertos.

Angélica Gorodischer, con Bajo las jubeas en flor (1973), Casta luna electrónica (1977), Trafalgar (1979) y Kalpa Imperial (1983) desarrolló un estilo inconfundible, en la zona imprecisa que separa la ciencia ficción de la fantasía. Obtuvo amplio reconocimiento internacional y se incorporó al canon literario argentino.

Carlos Gardini, con los cuentos de Mi cerebro animal (1983), Primera línea (1983), Juegos malabares (1984) y las novelas Sinfonía Cero (1984) El Libro de la Tierra Negra (1993) y Fábulas invernales (2004) es el escritor argentino más plenamente volcado al género.

Otras figuras consagradas en las últimas décadas son Elvio Gandolfo, con cuentos como “Llano del Sol” (1979) y un libro como La reina de las nieves (1982); Eduardo Abel Jiménez, Rogelio Ramos Signes y Leonardo Moledo.

En general, estos autores cultivan una literatura fantástica no tradicional, que linda con la ciencia ficción, la atraviesa y sale de su ámbito, con escasa presencia de elementos tecnológicos. La obra de Gorodischer, quien no deja de reclamar su afiliación al género, difícilmente podría encuadrarse en sus normas más ortodoxas.

Quizás el rasgo más común de los autores argentinos sea que no hacen ciencia ficción a partir de la ciencia, como ocurre en países donde ésta es una actividad socialmente prestigiosa. Son escritores que se han formado leyendo ciencia ficción, y en cuyo universo simbólico pesan las convenciones del género.

Superada la etapa de recepción, podría decirse que la madurez ha llegado, y los prejuicios han quedado atrás.

El cine argentino, que tampoco es una próspera industria, no ha dejado de reflejar estos cambios, y en los últimos años ha producido dos títulos de ciencia ficción de la mayor calidad: Moebius y La Sonámbula.

En la década del Noventa, aparecieron algunas antologías del género dirigidas al gran público. En la mayoría de los casos tuvieron que dar cuenta de más de un siglo de narrativa, lo cual explica la persistencia de ciertos nombres.

Quien esto escribe compiló Ciencia ficción argentina 1990) y El cuento argentino de ciencia ficción (1995). Algunos nombres nuevos aparecieron en la selección de Horacio Moreno (Más Allá. Ciencia ficción argentina, 1992) y en la antología Al Sur del tiempo (1996).

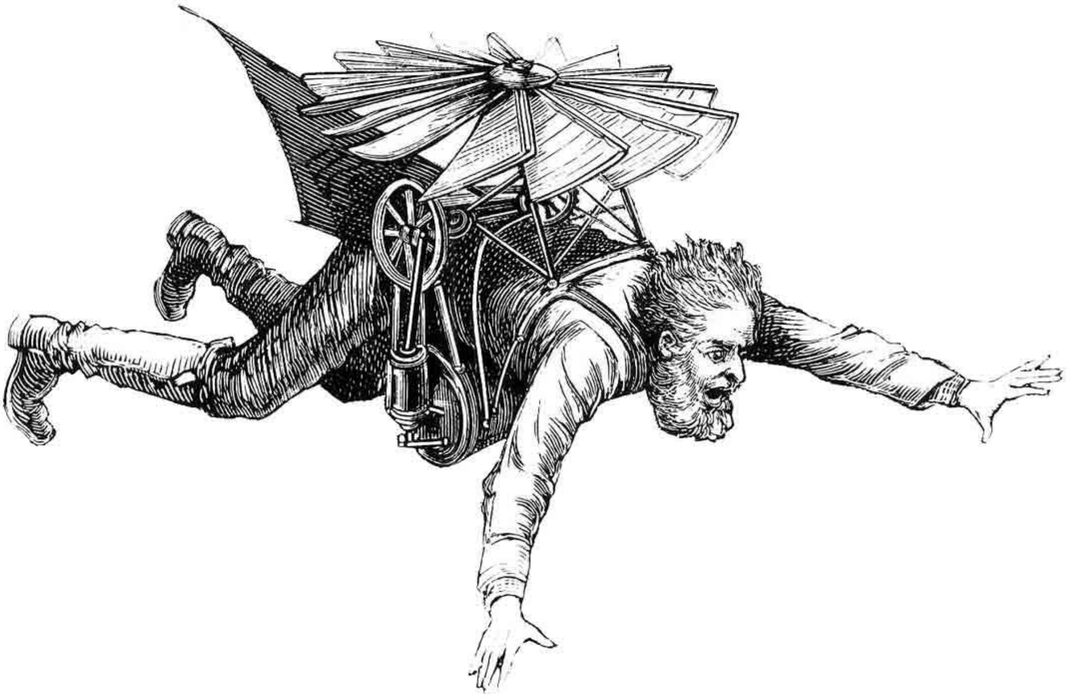
Otro hecho auspicioso fue la inserción de la ciencia ficción a las lecturas estudiantiles. José María Ferrero compiló dos antologías (Fantasía y ciencia ficción. Cuentos argentinos (1994) y Ciencia ficción. Cuentos hispanoamericanos (1994). Elena Braceras hizo Cuentos con humanos, androides y robots (2000). Adriana Fernández y Edgardo Pígoli editaron Historias futuras. Antología de la ciencia ficción argentina (Emecé, 2000).

También hubo un fugaz movimiento ciberpunk argentino, nucleado en la revista Neuromante de Moreno y Bugallo.

Pasada la armonía inicial, el fandom argentino no hizo más que dividirse y puede decirse que produjo más pleitos que textos literarios. A pesar de eso, cada tanto las facciones suspenden las hostilidades para otorgar algunos premios.

Lo único que perduró, a pesar de todos los avatares, fueron dos excelentes publicaciones con textos e información. Axxón (dirigida por Eduardo Carletti), logró durar más que Más Allá y El Péndulo juntas, y Cuásar (dirigida por Luis Pestarini) ha perdurado casi otro tanto.

Esta superficial reseña seguramente peca de omisión. De todos modos, es un poco más amplia que la que se puede encontrar en la Enciclopedia de la Ciencia Ficción de Clute y MacNicholls, por obra y gracia de su informante argentino.



Biografías:

Directores:

Acevedo Esplugas, Ricardo (Ciudad de La Habana, 1969) poeta, antologador, editor y escritor de Ciencia ficción cubana. Graduado en Construcción Naval y Civil, realizó estudios de periodismo, marketing y publicidad y ejerció de profesor en construcción civil en el Palacio de Pioneros Ernesto Guevara de La Habana. Actualmente reside en España. Su trayectoria literaria incluye haber formado parte de los siguientes talleres literarios: Óscar Hurtado, Negro Hueco, Taller literario Leonor Pérez Cabrera y Espiral. Ha sido miembro del Grupo de Creación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Pertenece al staff de la revista Amazing Stories



Es director (junto a Carmen Rosa Signes) de la Revista Digital miNatura publicación ésta, que promueve las microficciones del genero fantásticos desde el año 1999. Esta publicación es bimestral y se distribuye vía e-mail, también se puede descargar desde su blog oficial. Anualmente y desde el año 2002 promueve el Certamen Internacional de microcuento Fantástico miNatura, que este año celebra su VII edición. Y desde este mismo año (2009), y también anualmente lanza el Certamen Internacional de Poesía Fantástica miNatura. Actualmente radica en España. Colaborador para la revista Amazing Stories.

Signes Urrea, Carmen Rosa (Castellón-España, 1963) ceramista, fotógrafa e ilustradora. Lleva escribiendo desde niña, tiene publicadas obras en páginas web, revistas digitales y blogs (Revista Red Ciencia Ficción, Axxón, NGC3660, Portal Cifi, Revista Digital miNatura, Breves no tan breves, Químicamente impuro, Ráfagas parpadeos, Letras para soñar, Predicado.com, La Gran Calabaza, Cuentanet, Blog Contemos cuentos, El libro de



Monelle, 365 contes, etc.). Ha escrito bajo el seudónimo de Monelle. Actualmente gestiona varios blogs, dos de ellos relacionados con la Revista Digital miNatura que co-dirige con su

esposo Ricardo Acevedo, publicación especializada en microcuento y cuento breve del género fantástico.

Ha sido finalista de algunos certámenes de relato breve y microcuento: las dos primeras ediciones del concurso anual Grupo Búho; en ambas ediciones del certamen de cuento fantástico Letras para soñar; I Certamen de relato corto de terror el niño cuadrado; Certamen Literatura móvil 2010, Revista Eñe. Ha ejercido de jurado en concursos tanto literarios como de cerámica, e impartiendo talleres de fotografía, cerámica y literarios.

Equipo Editorial:

Jurado Marcos, Cristina (Madrid, España, 1972)



Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad de Sevilla. Cuenta con un Master en Retórica de Northwestern University (USA). Actualmente realiza estudios de Filosofía por la UNED. Ha vivido en Edimburgo (Reino Unido), Chicago (USA) y Paris (Francia). Su relato breve “Papel” fue seleccionado en el 1o Concurso de Relatos Breves de la Editorial GEEP para dar título a la antología que recoge las obras ganadoras. Su cuento “Vidas Superiores” fue finalista en la 1ª Convocatoria miNatura Ediciones. Ha publicado sus relatos en “Papeles Perdidos” (el blog de Babelia, el suplemento literario de El País) y en la revista Letralia y colabora regularmente con publicaciones del género. Escribe un blog sobre ciencia-ficción en la web Libros.com http://blogs.libros.com/literatura-ciencia-ficcion/ y acaba de publicar su primera novela “Del Naranja al Azul” en la editorial United-PC http://es.united-pc.eu/libros/narrativa-novela/sciencia-ficcion-fantasia.html

Martínez Burkett, Pablo (Santa Fe, Argentina, 1965) abogado (Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe) y Magister en Derecho Empresario (Universidad Austral, Buenos Aires). Tiene estudios de postgrado en la Universidad de Navarra (España), la Universidad Adolfo Ibañez (Santiago de Chile) y la Louisiana State University (Estados Unidos). Enseña en la Universidad Austral. Es autor de los libros de relatos Forjador de penumbras (2011) y Los ojos de la Divinidad (2013). Escribe para revistas del país y el extranjero. Ha recibido premios en una docena de



concursos literarios. Ha escrito los ensayos Un solo autor en tres personas: presencia de Cervantes, el Quijote y Alonso Quijano en la obra de Jorge Luis Borges (2011) y Cervantes, el baciyelmo y Borges: una ética de lectura (de próxima aparición), ambos para las Jornadas Cervantinas Internacionales de Azul (Argentina). Está preparando un libro sobre Cervantes y Borges y una novela (Pozo del Diablo).

Escritores: [23]

Amodeo, Claudio Alejandro (Buenos Aires, 1977) analista de Sistemas de Información y vivo de ello, estoy casado y tengo dos hijas. Mi hermano mayor me enseñó a leer y mi padre a qué leer.

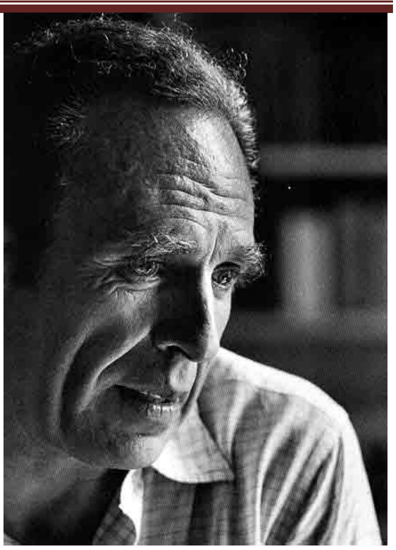


Desde pequeño me sentí atraído por la literatura fantástica y por crear mis propios relatos.

Desde el 2004 pude hacer realidad mis sueños y comencé a escribir, principalmente ciencia ficción y fantasía. Me publicaron unos cuantos relatos en diferentes revistas y antologías y fui finalista en diversos concursos. Entre ellos se destacan el III Certamen OcioJoven, el premio Domingo Santos 2009, el certamen Alberto Magno 2011 y el premio Avalón 2012.

Bioy Casares, Adolfo (Buenos Aires, Argentina; 15 de septiembre de 1914 – ibídem, 8 de marzo de 1999) frecuentó las literaturas fantástica, policial y de ciencia ficción. Debe, además, parte de su reconocimiento a su gran amistad con Jorge Luis Borges, con quien colaboró literariamente en varias ocasiones. Éste lo consideró incluso uno de los más notables escritores argentinos. La crítica profesional también ha compartido la opinión: Bioy Casares recibió, en 1990, el Premio Miguel de Cervantes.

[23] Algunas biografías se han obtenido de Wikipedia: . http://es.wikipedia.org/wiki/Wikipedia:Portada Al final de ellas se pondrá la dirección web para más información.



Algunas obras publicadas:

La invención de Morel (1940)

Plan de evasión (1945)

El sueño de los héroes (1954)

Diario de la guerra del cerdo (1969)

Dormir al sol (1973)

La aventura de un fotógrafo en La Plata (1985)

http://es.wikipedia.org/wiki/Adolfo_Bioy_Casares

Borges, Jorge Luis (Buenos Aires, 24 de agosto de 1899 – Ginebra, 14 de junio de 1986) Uno de los autores más destacados de la literatura del siglo XX. Publicó ensayos breves, cuentos y poemas. Su obra, fundamental en la literatura y en el pensamiento universal, y que además, ha sido objeto de minuciosos análisis y de múltiples interpretaciones, trasciende cualquier clasificación y excluye todo tipo de dogmatismo.

Es considerado uno de los eruditos más reconocidos del siglo XX. Ontologías fantásticas, genealogías sincrónicas, gramáticas utópicas, geografías novelescas, múltiples historias universales, bestiarios lógicos, éticas narrativas, matemáticas imaginarias, dramas teológicos, invenciones geométricas y recuerdos inventados son parte del inmenso paisaje que las obras de Borges ofrecen tanto a los estudiosos como al lector casual. Y sobre todas las cosas, la filosofía, concebida como perplejidad, el pensamiento como conjetura, y la poesía, la forma suprema de la racionalidad. Siendo un literato puro pero, paradójicamente, preferido por los semióticos, matemáticos, filólogos, filósofos y mitólogos, Borges ofrece —a través de la perfección de su lenguaje, de sus conocimientos, del universalismo de sus ideas, de la originalidad de sus ficciones y de la belleza de su poesía— una obra que hace honor a la lengua española y la mente universal.



Ciego desde los 55 años, personaje polémico, con posturas políticas que le impidieron ganar el Premio Nobel de Literatura4

5 al que fue candidato durante casi treinta años.

Falleció el 14 de junio de 1986 a los 86 años víctima de un cáncer hepático y un enfisema pulmonar. Obedeciendo su última voluntad, sus restos yacen en el cementerio de Plain Palais. La lápida, realizada por el escultor argentino Eduardo Longato, es de una piedra blanca y áspera. En lo alto de su cara anterior se lee Jorge Luis Borges y, debajo, «And ne forhtedon na», junto a un grabado circular con siete guerreros, una pequeña cruz de Gales y los años "1899/1986".

Algunas obras publicadas:

Historia universal de la infamia (1935)

Ficciones (1944)

Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)

El informe de Brodie (1970)

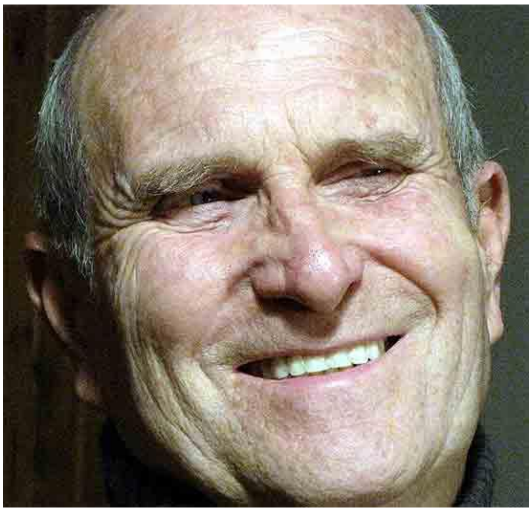
El libro de arena (1975)

La memoria de Shakespeare (1983)

http://es.wikipedia.org/wiki/Jorge_Luis_Borges

Capanna, Pablo (16 de febrero de 1939- Florencia, Italia) filósofo, docente, periodista y ensayista nacido en Italia y radicado en Argentina a la edad de diez años.

Gran parte de su obra explora temas y autores de la ciencia ficción. En 1965 publicó El sentido de la ciencia ficción, un ensayo sobre el género que fue pionero en el idioma castellano, reeditado en una versión actualizada y ampliada en 2007. También escribió ensayos sobre Philip K. Dick, J. G. Ballard y Andréi Tarkovski y es el autor del primer y tal vez único libro dedicado al escritor estadounidense Cordwainer Smith.



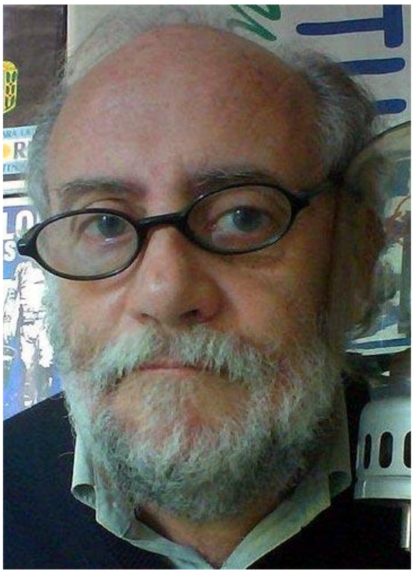
Ha colaborado en diversas publicaciones, Criterio, El Péndulo, Minotauro, Axxón, El Cronista, El País y Revista Ñ, entre otros.

En el 2003 la Cordwainer Smith Foundation le otorgó el título de Señor de la Instrumentalidad, por ser

"un prominente académico argentino y una autoridad en Cordwainer Smith". Como debía elegir un título dentro de la obra del autor, optó por Lord Issan Olascoaga, debido a un personaje cuyo nombre deriva casualmente de una localidad de la provincia de Buenos Aires. Es el segundo miembro no estadounidense y el primero hispanohablante. Entre otros miembros pueden encontrarse a Robert Silverberg, John Clute, Gardner Dozois, Pat Cadigan y Michael Dobson.

http://es.wikipedia.org/wiki/Pablo_Capanna

Carletti, Eduardo J. (Buenos Aires, Argentina) Desde 1956 vive en Ituzaingó, provincia de Buenos Aires. Se recibió de Ingeniero en Electrónica Digital y Hardware de Computadoras, y trabaja actualmente en desarrollo de software. Adquirió notoriedad (en Argentina primero, e Hispanoamérica luego) como escritor y editor de ciencia ficción.



En efecto, Carletti es uno de los fundadores de la legendaria revista electrónica de ciencia ficción Axxón, pionera no sólo en este género, sino también en el mundo de habla castellana: Nacida en marzo de 1989, fue la primera publicación electrónica (esto es, realizada en formato digital; en inglés ezine) en este idioma. En un principio se distribuía en diskettes, y en el 2001 pasó a tener un sitio propio en internet.

Algunas obras publicadas:

Instante de máximo quebranto (novela, 1988)

Por media eternidad, cayendo (relatos, 1991)

Un largo camino (relatos, 1992)

Además, ha ganado el premio Más Allá en numerosas ocasiones entre 1985 y 1994.

http://es.wikipedia.org/wiki/Eduardo_J._Carletti

Cortázar, Julio (Ixelles, Bruselas, 26 de agosto de 1914 - París, 12 de febrero de 1984) escritor, traductor e intelectual de nacionalidad argentina nacido en Bélgica. Optó por la nacionalidad francesa en 1981, en protesta contra el gobierno argentino.



Se le considera uno de los autores más innovadores y originales de su tiempo, maestro del relato corto, la prosa poética y la narración breve en general, y creador de importantes novelas que inauguraron una nueva forma de hacer literatura en el mundo hispano, rompiendo los moldes clásicos mediante narraciones que escapan de la linealidad temporal. Debido a que los contenidos de su obra transitan en la frontera entre lo real y lo fantástico, suele ser puesto en relación con el realismo mágico e incluso con el surrealismo.

Vivió casi toda su vida en Argentina y buena parte en Europa. Residió en Italia, España, Suiza y París, ciudad en la que se estableció en 1951, en la que ambientó algunas de sus obras, y donde finalmente murió.

Algunas obras publicadas:

Los premios (1960)

Rayuela (1963)

62 Modelo para armar (1968)

Libro de Manuel (1973)

Divertimento (escrita en 1949).

El examen (escrita en 1950).

Diario de Andrés Fava (capítulo desprendido de El examen, 1986).

http://es.wikipedia.org/wiki/Julio_Cort%C3%A1zar

Doti, Luciano Sebastián (Buenos Aires, 1977) Autor de obras narrativas y poemas. Desde 2003 publica en antologías colectivas de sellos editores como De los Cuatro Vientos, Dunken, Ediciones Irreverentes, Latin Heritage Foundation, Pasión de Escritores y Literando's; y también en revistas digitales y blogs, entre los que se destacan miNatura (ganadora del premio SciFiWorld 2012 al Mejor Fanzine), Literarte (declarada de interés



cultural por la Secretaría de Cultura de la Nación Argentina), Gaceta Virtual (ganadora del premio Puma de Plata 2012), NM, Qu, Insomnia, Los Otros Vampiros y Heliconia.

Ha obtenido los premios Kapasulino a la Inspiración 2009 (otorgado por el taller literario “Los Kapasulinos”), Sexto Continente de Relato Erótico 2011 (otorgado por “Sexto Continente” -audición de Radio Exterior de España-) y Microrrelato de Miedo 2013 (otorgado por un grupo de estudiantes de la Universidad de Navarra).

Destacado como “Autor del Mes” por Xinxii – agosto 2012.

Fantin, Gustavo Fernando (Argentina) Escritor

Figueiras, Néstor Darío (Buenos Aires, 18 de noviembre de 1973) es un escritor, músico, productor musical e ilustrador aficionado argentino. Su producción literaria se enmarca principalmente dentro del género de la ciencia ficción, aunque también ha escrito obras de terror y fantasía.

Luego de más de una década abocada enteramente a la música, en la cual formó varias bandas y produjo y editó discos de música gospel y rock cristiano, volvió a la literatura, publicando en varias revistas virtuales. Sus cuentos pueden leerse en algunas de las más prestigiosas publicaciones digitales dedicadas a la ciencia ficción, la fantasía y el terror: Necronomicrón, Axxón, NGC 3660, NM, Aurora Bitzine, Alfa Eridiani, miNatura, Crónicas de la Forja, Papirando; así como en varias publicaciones en papel: Ópera galáctica, Sensación!, Présences d’esprits (fanzine francés de reconocida trayectoria), Próxima, entre otras. Editorial Dunken publicó en su antología 2005 “Los rostros y las tramas” su minicuento “La caverna”. También ha sido seleccionado su relato “Bendita” para formar parte de la antología de autores argentinos contemporáneos de ciencia ficción que ha publicado la revista virtual Alfa-Eridiani.



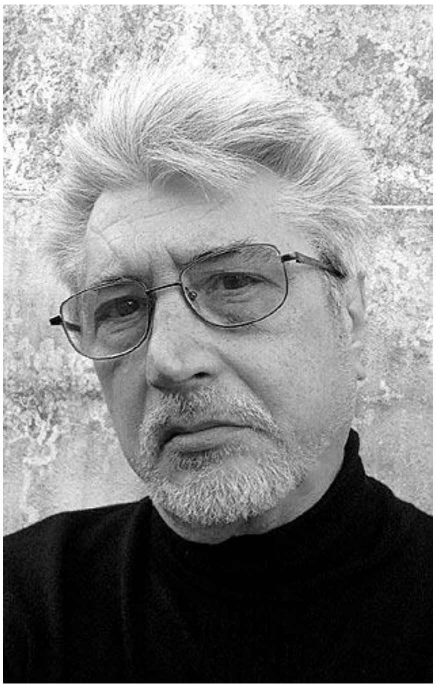
http://es.wikipedia.org/wiki/N%C3%A9stor_Dar%C3%ADo_Figueiras

Fontanarrosa, Sebastián Ariel (Buenos Aires) escritor de cuentos, microcuentos y novelas en género fantástico y terror. Colaborador en Revista Minatura n125 , 126 , 127 y 128 Colaborador en Revista Avalon enigmas y misterios. Guionista de historieta propia "Filosofia Pediculosa". Creador de "T- Imagino Leyendo" Blog literario. "Juan", (Justicia Anónima) , obra premiada con mención honorífica y publicación de 3000 ejemplares por editorial Argentina Zona. Misma obra seleccionada por editorial Novel Arte para integrar su antología. "Una fosa" obra premiada con mención especial por autor meritorio en certamen de editorial Décima Musa, más otras obras en narrativa breve seleccionadas en diversos concursos internacionales. Cuento con tres novelas inéditas y un catálogo de más de treinta cuentos.



Gai, Adam (14 de diciembre de 1941- Buenos Aires) Vive en Israel desde 1972. Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Letras por la Universidad Hebrea de Jerusalén. Su tesis de doctorado: Ironía y lirismo en la obra narrativa de Juan Rulfo recibió el premio Rosario Castellanos 1980-1981. Ha escrito artículos sobre la narrativa de Anderson Imbert, Bioy Casares, Borges, Carpentier, Cortázar, Cervantes y Piñera. Enseñó Literatura hispanoamericana y española en la Universidad Hebrea de Jerusalén, en la Universidad de Tel Aviv y en el Instituto Cervantes de Tel Aviv. Fue profesor de español en la Universidad Abierta de Jerusalén. Ha publicado cuentos en revistas digitales y antologías. Es crítico de cine y ha escrito notas y comentarios sobre cine en Axxon, Cinecritic.biz, Letra Celuloide, IMDb, FilmsdeFrance.com, etc. Sus traducciones de poesía al español pueden verse en la sección de miscelánea en adamgai.com

Gardini, Carlos (Buenos Aires, 1948) es autor de varios libros de narrativa, entre ellos Primera línea (1983), Juegos malabares (1984), El Libro de la Tierra Negra (1991), El Libro de la Tribu (2001), El Libro de las Voces (2004), Fábulas invernales (2004), Tríptico de Trinidad (2010) y La Ciudad de los Césares (2013).

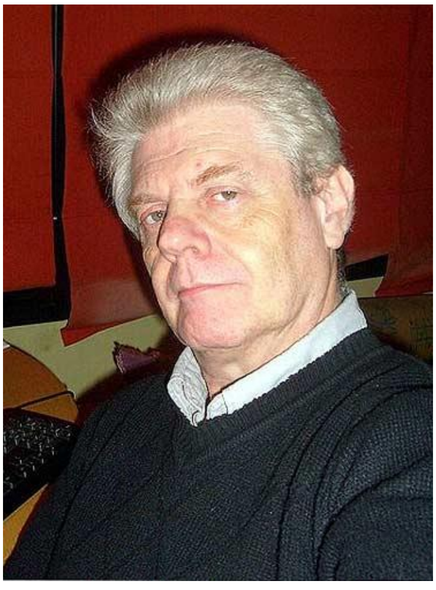


Con su cuento “Primera línea” fue ganador del premio Círculo de Lectores (1982). En España obtuvo tres veces el UPC con las novelas cortas “Los ojos de un Dios en celo” (1996), “El Libro de las Voces” (2001) y “Belcebú en llamas” (2007). Su novela Fábulas invernales fue finalista del premio Minotauro.

El sitio Literatura Fantástica definió Fábulas invernales como “una novela tan exigente como fascinante” (http://literfan.cyberdark.net/2004/FabulasInvernales.htm). Locus OnLine destacó Tríptico de Trinidad como mejor novela de fantasía de 2010 (http://www.locusmag.com/Reviews/2011/02/larry-nolens-best-heroic-fantasy-of-2010/).

Gaut vel Hartman, Sergio (Bueno Aire, 1947) Tras terminar sus estudios secundarios inició la carrera de derecho en la Universidad de Buenos Aires que abandonó un año y medio después.1 A inicios de la década de 1970 empezó a publicar en la revista española Nueva Dimensión y en diversos fanzines españoles de la época como Kandama, Tránsito y Máser. En 1982, mientras era parte del equipo de la revista El Péndulo, dio impulso al movimiento que fundaría el Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía. Al año siguiente creó y dirigió el fanzine Sinergia. Durante 1984 fue director editorial de la revista Parsec.

Cuando Marcial Souto relanza la revista Minotauro ve publicadas varias de sus ficciones como "Islas", "En el depósito" y "Carteles". Esto sería el preludio a su primer libro de cuentos, Cuerpos descartables, que Ediciones Minotauro publicara en 1985. En 1995 su relato "Náufrago de sí mismo", fue seleccionado por Pablo Capanna para la antología El cuento argentino de ciencia ficción, de Editorial Nuevo Siglo. Tiempo después su novela El juego del tiempo quedó finalista del Premio Minotauro 2005.2 En noviembre de 2009 salió su segundo libro de cuentos, Espejos en fuga y en 2011 el tercero Vuelos.



Durante algo más de tres años fue el director literario

del e-zine Axxón, actividad que abandonó en mayo del 2007 para retomar el proyecto Sinergia, ahora en formato web.

Fue el fundador y coordinador de Comunidad CF y del Taller 7, aula virtual de escritura creativa. Más tarde creó Planeta SF, un espacio multilingüe de encuentro para escritores, lectores y editores de ficción especulativa de todo el mundo. Actualmente coordina talleres de escritura personalizados que se dicta a la vez en forma presencial y por Internet, para escritores que viven fuera de Buenos Aires. Sus cuentos han sido traducidos al inglés, francés, portugués, italiano, ruso, griego, búlgaro, japonés y árabe. También está a cargo de la dirección editorial de cuatro colecciones (novelas, cuantos, antologías y poesía) destinadas a publicar la obra de jóvenes narradores hispanoamericanos que Editorial Andrómeda de Buenos Aires y lidera el grupo Heliconia Literaria, destinado a manejar blogs de ficciones breves como Químicamente impuro, Breves no tan breves y Ráfagas, parpadeos.

http://es.wikipedia.org/wiki/Sergio_Gaut_vel_Hartman

Giorno, Ricardo Germán (Núñez, ciudad de Buenos Aires, 1952) casado con dos hijos. Empezó a escribir a los 48 años, pero recién a los 52 decidió dedicarse a la literatura.



Es miembro activo de varios talleres literarios. Ha publicado cuentos de fantasía oscura y de ciencia ficción en AXXÓN, ALFA ERIDIANI, NGC 3660, LA IDEA FIJA, NM, Aurota Bitzine y un libro propio de relatos: Subyacente Inesperado y otros cuentos (Alunni, Buenos Aires, 2004).

Su cuento Pulsante apareció en la antología Desde el Taller. Títeres sin hilos en Grageas. Parábola de la Yarará en Cuentos de la Abadía de Carfax 2. El regreso de Mané en Cuentos de la Abadía de Carfax 3. Es antólogo de Cuentos de la Abadía de Carfax 4, de próxima aparición

Guinot, Juan (5 de abril de 1969, en Mercedes, BsAs) nací detrás del mostrador de un negocio de fotocopias, donde, nueve meses antes, me concibieron. Pisé el planeta Tierra tres meses y once días antes que el hombre pise la Luna. En mi pueblo trabajé en radio y prensa escrita. Me vine a la Capital a estudiar. En diez años me recibí de Lic. Administración, Psicólogo Social y Master en Dirección de Empresa. Nunca me gustó ser empleado. Practiqué



esa experiencia en el Estado como Inspector de la DGI y, después, en Arcor como Gerente de Trade Marketing. Me dediqué cinco años a recaudar dinero y seis años más a que la gente lo gaste en golosinas. En el 2001 recuperé mi independencia y me reencontré con la escritura. A finales del 2002 entré al taller de Alberto Laiseca. Desde entonces escribí relatos y novelas. Publiqué cuentos en Argentina, Brasil, Bolivia, Francia y España, en revistas y antologías. Mi novela 2022 La Guerra del Gallo fue publicada en España en el 2011 y al año siguiente fue elegida entre las mejores cuatro novelas de CF por la Semana Negra de Gijón. A pedido del director Mauro Yakimiuk, la adapté al teatro. El unipersonal está en cartel desde el 2012 y es representado por Mauro Yakimiuk. Mi próxima obra de teatro saldrá del laburo que estoy haciendo en el taller de dramaturgia de Alejandro Tantanián.

H.R. Malkiel –seud.- (Buenos Aires) he escrito el libro de relatos “Otras vidas, Otras muertes”, la novela corta “La parte secreta”, el libro de poesía: “Nocturna y extranjera” y el libro de relatos “La casa sin ángulos rectos y otros relatos”, obra esta última dirigida al público infantil y juvenil. He publicado las siguientes obras: “En el agua” (relato) en la revista “Próxima”, editada en Buenos Aires, “Tierra baldía” (relato) también en la revista “Próxima”, “La otra distancia” (relato) en la revista Pélago, editada en Madrid, “El traidor” (relato) también en la revista “Pélago”, acompañado de poemas de mi autoría. “La adopción” (relato) en la revista “Esto no es una revista literaria”, editada en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires. Además de colaboraciones con blogs de literatura.

Lugones, Leopoldo (Villa de María del Río Seco, Córdoba, Argentina, 13 de junio de 1874 - Tigre, Buenos Aires, Argentina, 18 de febrero de 1938) poeta, ensayista, periodista y político argentino.

Algunas obras publicadas:

La guerra gaucha (1905)

Las fuerzas extrañas (1906)

Cuentos fatales (1926)

El Hombre Muerto (1907) publicado por la revista Caras y Caretas.



El Ángel de la Sombra (su única novela, 1926)

En 1898 Mariano de Vedia le presentó al presidente Julio Argentino Roca, quien en ese momento iniciaba su segundo mandato al frente del Poder Ejecutivo Nacional. En 1906 y 1911 realizó viajes a Europa, travesías entonces consideradas imprescindibles en la élite intelectual porteña. Mientras tanto, en Buenos Aires, generó constante polémica no tanto por su obra literaria sino por su protagonismo político, que sufrió fuertes virajes ideológicos a lo largo de su vida, pasando por el socialismo, el liberalismo, el conservadurismo y el fascismo. Decepcionado por las circunstancias políticas de la década de 1930 y quizás por su propia militancia, se suicidó el 18 de febrero de 1938 en el hotel "El Tropezón" de Tigre (Buenos Aires) al ingerir una mezcla de cianuro y whisky.

http://es.wikipedia.org/wiki/Leopoldo_Lugones

Martínez Burkett, Pablo (Santa Fe, Argentina, 1965) *Ver Equipo Editorial*



Martín, Mario Daniel (Argentina) catedrático de lengua y cultura hispanoamericana en la Universidad Nacional de Australia en Canberra. Además de artículos académicos, ha publicado libros de poesía, cuento y teatro en Argentina, país de donde es originario. En el ámbito de la ciencia ficción, ha sido declarado finalista en el Premio Andrómeda 2008, y ha publicado también cuentos y poesías en las revistas Axxón, Próxima, MiNatura, Alfa Eridiani y Cosmocápsula.

Mira de Echeverría, Teresa Pilar (Pilar Provincia de Bs. As., Argentina, 1971)

Es Doctora en Filosofía, trabaja como docente universitaria e investiga acerca de la relación entre ciencia ficción, filosofía y mitología.



Junto a su marido, Guillermo Echeverría, dirige el Centro de Ciencia Ficción y Filosofía, dependiente de la Fundación Vocación Humana.

Es miembro fundador del taller literario "Los clanes de luna Dickeana".

Sus cuentos han aparecido en las revistas: Axxón, PRÓXIMA y NM, entre otras publicaciones. También ha publicado artículos y ensayos en diversos medios especializados como Signos Universitarios y El hilo de Ariadna, así como en las revistas: PRÓXIMA, NM y Cuasar, entre otros.

Con "La trama del vacío" obtuvo el 2do. accésit en la categoría Ensayo del III Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (el ganador del primer premio fue Pablo Capanna).

Su cuento: "Memoria" (candidato al Premio Ignotus 2013), integra la antología de ciencia ficción Terra Nova: antología de ciencia ficción contemporánea, de la editorial Sportula, editada por Mariano Villarreal y Luis Pestarini, publicada en España y Argentina (tanto en la versión castellana, como en la inglesa).

Su cuento: "La tenue lluvia sobre los arces", integra la antología erótica de fantasía y ciencia ficción Psychopomp II: Bunny Love, de la editorial Riot of the Lambs, editado por Paula Andrade y Lucila Quintana, y publicada en Argentina.

Su cuento: "Dextrógiro", fue traducido al francés dentro del proyecto que integran traductores de diversas universidades francesas, encabezados por profesores de la universidad de Poitiers, Francia.



Palevsky, Viviana E. (Buenos Aire) novelista y cuentista.

Cruce a nado del Rio de la Plata (crónica) Prologado por El Intendente de la Ciudad de Avellaneda Ing. Jorge Ferraresi

Talleres:

Participante del taller de narrativa de Luciana de Mello (crítica literaria de Pagina 12)

Columnista del diario digital: Redcolonia (R. Oriental del Uruguay)

Conducción del programa literario "Una lectura diferente" en radio Undav 90.3 Universidad de Avellaneda.

Parrilla, Ernesto Antonio (Villa Constitución) Periodista y escritor argentino. Ha sido publicado en antologías del municipio de Villa Constitución (Argentina), en los años 2002, 2008, 2009, 2010 y 2011. En 2009, 2010 y 2011 fue seleccionado por Editorial Dunken (Argentina) para sus antologías "Cantares de la Incordura", "Los vuelos del tintero" y "Sendero con historias".

Participó en tres volúmenes de la antología de relatos de terror "Mundos en Tinieblas" (2008, 2009 y 2010) de Ediciones Galmort (Argentina), recibiendo una mención de honor en el tercer certamen homónimo.

En 2009 obtuvo el primer premio en el certamen "Cuentos para Cuervos" de la revista El Puñal (Chile); en el mismo año, una mención especial en el concurso provincial de cuentos de la Mutual Médica de Rosario (Argentina) y en 2010 una mención de honor en el 2º Concurso de Jóvenes Escritores de Ediciones Mis Escritos (Argentina).

En 2011, primer premio de microrrelato en el certamen de Latin Heritage International (USA) y primer premio de historieta (guion) en el concurso de la Biblioteca Nacional Argentina HGO 2011.

En 2012 obtuvo el primer premio del certamen de cuentos organizado por Proyecto Sherezade (Universidad de Manitoba, Canadá).

Pestarini, Luis (Buenos Aire, 1962) trabaja como bibliotecólogo en la Biblioteca del Congreso de la República Argentina, además de ser asesor del director de la Biblioteca Nacional. Desde 1984 es editor de la revista Cuásar, la más longeva publicación en activo en lengua castellana dedicada a la ciencia ficción, la fantasía y el terror. También es director y promotor de la editorial Ediciones Cuásar, que hasta el momento ha publicado 5 libros de Greg Egan, Algis Budrys,



Thomas Burnett Swann, Ian R. MacLeod y Paula Ruggeri.

Ponce, Laura (Buenos Aires, 1972) Es escritora y editora de ciencia ficción y género fantástico.

Sus relatos han aparecido en antologías argentinas y españolas, y ha colaborado con revistas digitales y de papel. Tiene una serie de cuentos de ciencia ficción llamada "Relatos de la Confederación" algunos de los cuales han aparecido en las revistas Cuásar, Axxón, Alfa Eridani, NGC 3660 y Velero 25.Su relato "La Ciudad del Domo" recibió una mención en el Concurso Coyllur 2006 y "Sidgrid", una mención especial en el VII Concurso de Relatos El Melocotón Mecánico. "La Mancha" fue seleccionada en el Fabricantes de Sueños 2008 y "Paulina", fue nominado para el IV Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas.



Formó parte del grupo de dirección editorial de la revista Axxón, y a principios de 2009 fundó el sello Ediciones Ayarmanot, con el que sacó la revistas "SENSACIÓN!" (CF pulp, homenaje a la época de oro) y PRÓXIMA (CF más moderna y elaborada). Ambas revistas son publicaciones trimestrales dedicadas a la difusión de la CF y el género fantástico producidos actualmente en el mundo hispanohablante; de "SENSACIÓN!" salieron 5 números y PROXIMA está a punto de completar su quinto año.

Actualmente, organiza las Tertulias de Ciencia Ficción y Fantasía de Buenos Aires, reuniones mensuales que en octubre acaban de celebrar su encuentro número 100.

Colabora con el Centro de Ciencia Ficción y Filosofía, dirigido por la Dra. Teresa Pilar Mira, con quien ha organizado varias charlas, talleres y actividades sobre el género.

Escribe una columna mensual en el sitio de Amazing Stories, sobre Mujeres y Ciencia Ficción (la mujer como autora, lectora, temática y mirada dentro de la CF).

Participa del programa de radio Contragolpe con una columna semanal: "Escribir CF y Género Fantástico hoy: Autogestionando el futuro".

Quiroga, Horacio (Salto, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento

latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos breves, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

Vivió en su país natal hasta la edad de 23 años, momento en el cual, luego de matar accidentalmente a su mejor amigo, decidió emigrar a Argentina, país donde vivió 35 años —hasta su muerte—, donde se casó dos veces, tuvo sus tres hijos, y en donde además desarrolló la mayor parte de su obra. Mostró una eterna pasión por el territorio de Misiones y su selva, empleando a esta y sus habitantes en la trama de muchos de sus cuentos más reconocidos. La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.



Algunas obras publicadas:

Diario de viaje a París (1900)

Los arrecifes de coral (1901)

Historia de un amor turbio (1908)

Cuentos de amor de locura y de muerte (1917)

Cuentos de la selva (1918)

La gallina degollada y otros cuentos (1925)

Más allá (1935)

http://es.wikipedia.org/wiki/Horacio_Quiroga

Robles Avalos, Candela (Argentina) De momento sólo tengo publicada a través de la red Bubok una antología de cuentos homoeróticos llamada “Ilusiones.” También he participado en la antología de microcuentos “Porciones del alma” editada por el grupo Diversidad Literaria. Estoy en proceso de escribir mi primera novela, “Voces huecas”, una historia cyberpunk que sucede en el Buenos Aires del 2300. Publico todo mi material, tanto cuentos, microcuentos y fanfictions en mi blog personal, Oda a la Ironía.



Toledo, Néstor (Sarandí, en la zona sur del Gran Buenos Aires, 1980) paleontólogo en el Museo de La Plata, es ayudante de cátedra en la Universidad de La Plata y becario postodoctoral del CONICET. Sus conocimientos científicos y su capacidad para extrapolarlos, unidos a las cualidades literarias de sus obras, lo posicionan como una de las voces más interesantes de la actual ciencia ficción hard de su país.

Ha publicado sus cuentos en:

revista PROXIMA; El túmulo, Genev y el dragón, Encallado y Umbral y océano.

Revista Axxón; Encallado y Umbral y el océano.



Valitutti, Juan Manuel (1971) es docente y escritor. Ha publicado cuentos en los principales medios digitales y de papel de ciencia ficción y fantasía. Finalista en el concurso “Mundos en tinieblas” en sus ediciones 2009 y 2010, también ha sido seleccionado durante 2012 en los contextos de la primera Convocatoria de Relatos de Horror y Ciencia Ficción organizada por Exégesis/Nocte y del Premio Ictineu entregado a las mejores obras traducidas al catalán. Las aventuras de su personaje Narhitorek se publican con regularidad en la Revista Axxón.

Puede consultar su blog en: http://caminante-cronicasdelcaminante.blogspot.com/

Ilustradores:

Pág. 23 Bazán Lazcano, Ignacio (20 de noviembre de 1980- Buenos Aires, Argentina) Ilustrador y Artista Conceptual, estudió Publicidad y trabaja hace más de 10 años en la industria del entretenimiento.

Es uno de los pioneros en la Industria de Video Juegos en Argentina, y fue parte del primer juego realizado en su país en 1997 llamado "Malvinas 2032". Formó parte de importantes empresas de todo el mundo (Sabarasa, NGD, Global Fun, Gameloft, Time Gate)

logrando numerosos títulos publicados y más de 4 años de experiencia en juegos AAA para consolas PS3, XBOX y PC (Section 8, Section 8 Prejudice, Alien Colonial Marines).

Tiene numerosas publicaciones en revistas y libros de reconocido renombre mundial como Digital Painting Techniques, 2dartist Magazine, 3dtotal, Digital Art Masters, destacándose por sus tutoriales.

También realiza cartas para juegos de roll (Leyend of the Cryptids, Galaxy Saga, Star Wars, Lord of the Rings, Warhammer, Call of Cthulhu) y campañas publicitarias.

Además de su trabajo digital, Ignacio es un ferviente admirador del Dibujo y la Pintura tradicional, y dicta clases particulares.

http://neisbeis.deviantart.com/

Pág. 257 **Belushi, Pedro (Madrid, España, 1965)** Ilustrador de portadas de libros, comic y dibujos animados y fanzines tales como: Bucanero o miNatura. Su trabajo se ha exhibido en festivales internacionales tales como: The Great Challenge: Amnesty International, The Cartoon Art Trust and Index on Censorship. South Bank, Londres (1998) o Eurohumor; biennale del sorriso (Borgo San dalmazzo, Cuneo. Italia); XIII exhibición Internacional de Humor Gráfico: Fundación de la Universidad de Alcalá de Henares. Madrid. España; Rivas com.arteRivasVaciamdrid. Madrid, España. (2006). Premio: Melocotón Mecánico (2006).



Pág. 1 **Carper, Mario César (San Fernando, Buenos Aires, Argentina)** escritor, ilustrador, guionista y dibujante de cómics.

Su formación incluye guion y dibujo de historietas, Plástica y

Diseño de Interiores. Participa en los talleres literarios Los Forjadores y Taller Siete y colabora como ilustrador de portadas y relatos con las revistas Alfa Eridiani, Axxón, miNatura (cuya portada gano el Iº Premio de Ilustración del IIº PIEE 2009), La Biblioteca Fosca, NGC 3660, Aurora Bitzine, Crónicas de la Forja, NM, Próxima, editada en papel por Ediciones Ayarmanot.



http://carpermc.blogspot.com.es/?zx=fb0f025a1969212f

Pág. 280 **Castelló Escrig, Rafa (Castellón de La Plana, España, 1969)** graduado en la Escuela de Artes y Oficios de Castellón en la especialidad de Diseño Gráfico (1993). Cartelista, ilustrador y artista plástico, en la actualidad compagina su trabajo en la administración local en un pequeño ayuntamiento de la provincia de Castellón con su trabajo creativo. Recientemente ha participado con la exposición de sus dibujos y pinturas en la Iª Mostra Tradicional de Sant Joan de Moró (Castellón) y en la 16ª Edición de la Feria de Arte "PASEARTE" en Castellón de la Plana.

http://lafabricaonirica.blogspot.com/

Pág. 268 **Cheval, Michael (Kotelnikovo, Rusia, 1966)** Creció entre pinturas y pinceles, lienzos y caballetes. Su abuelo, un artista profesional y escultor, desarrollaron el amor de Michael por el dibujo en su primera infancia. Un niño de tres años de edad, ya podía dibujar complejas composiciones muchas figuras, que ilustran sus fantasías e impresiones.

En 1980, Michael y su familia se mudaron a Alemania. Su nueva configuración causó una gran impresión en el joven artista. Los museos y castillos, antiguas calles y maravillosos paisajes del sur de Alemania definen de forma permanente los gustos y predilecciones de Michael. Siempre interesado en la historia y la literatura, Michael quedó absorto en la música. Organizó una banda y dedicó varios años al rock 'n ' roll. Compuso canciones y escribió poesía.

Después de graduarse de la escuela y servir en un ejército soviético, Michael se mudó a Nebit -Dag, una ciudad de Turkmenistán en el medio del desierto de Kara Kum, cerca de la frontera con Irán. Absorbiendo la filosofía oriental y el carácter de Asia Central, comenzó a trabajar como artista profesional independiente, dando forma a su estilo y la dirección surrealista. Michael colaboró con varios teatros y editoriales en Nebit -Dag y Ashgabad. En 1992, se graduó en la escuela de Bellas Artes de Ashjabad.

En 1990, Michael realizó su primera exposición personal en el Museo Nacional de Bellas Artes de Turkmenistán. Este fue un evento significativo para el joven de 24 años de edad, artista que mostró una alta apreciación de comunidad de artistas de la república. En 1994, Michael se trasladó a Rusia y trabajó en Moscú como un artista independiente y un ilustrador para varias editoriales, entre ellas la famosa casa de libros editorial "Planeta".

Su decisión de emigrar en 1997 a EE.UU. comenzó una nueva época para el artista. Volvió a la cultura occidental que le inspiró en gran medida en su juventud, pero ahora se trajo a su propia experiencia, su filosofía y visión. En 1998, se convirtió en miembro de la prestigiosa National Arts Club de Nueva York, donde en 2000 fue distinguido con el Premio del Comité de Exposiciones en la exposición anual del club.

Desde 1998, Michael expone regularmente en diversas galerías de Nueva York. Es miembro de la Sociedad para el Arte de la Imaginación (Londres, Reino Unido) desde 2002, y participa en exposiciones europeas anuales celebradas por la Asociación.

En 2003, Michael fue aceptado como participante en la famosa exposición "Brave Destiny", celebrada en Williamsburg Art and Historical Center en Brooklyn. Entre otros participantes eran artistas tan célebres como HR Giger y Ernst Fuchs.

Desde 2001, Michael exhibe en el Salón Internacional, Art Expo , que se celebra anualmente en el Jacob K. Javits Convention Center, de Nueva York.

2006: las obras de Michael fueron aceptadas por "Fiesta de la Imaginación " exposición en HR Giger Museum Gallery, Suiza.

En el año 2008 - fue aceptado como participante en la exposición " Dreamscape 2009 " en Amsterdam y publicado en el libro "Dreamscape"

2009: Michael Cheval fue elegido como el mejor de todo el mundo del aceite Artistas por la " mejor de todo el mundo Artistas " Volumen I Serie de Libros (Kennedy Publishing, EE.UU.)

2009: Arte de Palm Premio del Jurado y la galería de arte de dominio (Leipzig) certifican que Michael Cheval es el ganador del Primer Premio del "Premio de Arte de Palm "

2010: obras de arte de Michael han sido publicados en el libro "Dreamscape 2010" entre de 50 artistas surrealistas Worldwide famosos.

2010: las obras de arte de Michael han sido publicados en el libro "Imaginario" en Dinamarca y participado "Día de los inocentes", exposición organizada por "Art Fantasmus"

2011: la famosa actriz y artista Gina Lollobrigida encargó su retrato oficial a Michael Cheval - en julio de 2011 se completó el cuadro.

Primer disco monográfico de Michael " Lullabies ", fue publicado en colaboración con Interart Gallery en 2003. En 2007, publicó su segundo álbum, "La naturaleza de lo absurdo " , que define su estilo único y la visión. El absurdo es un punto de partida de sus creaciones. Michael identifica su arte con Becket y teatro del absurdo de Ionesco y Greenaway y películas de Buñuel.

http://www.chevalfineart.com/



Pág. 115 Choo Youjin, (Jinju, Corea del Sur) Artista Freelance/ Ilustradora

Graduada en la Universidad de Seúl y Diseño de Pasadena.

Actualmente vive en Los Ángeles.

http://www.pinterest.com/holdsilly/pins/

https://www.facebook.com/youjin.choo.5?hc_location=stream

http://choochoo-youjin.blogspot.com.es/

Pág. 128, 181 Cleavenger, Dorian (Massachusetts, EE.UU.) Ilustrador freelance.



Dibujante americano nacido en que combina de forma admirable el erotismo de sus imágenes con la fantasía, dando a su obra un marcado carácter siniestro y un halo de ciencia ficción y dibujo gótico a veces extremo. En su etapa como mecánico, utilizó el aerógrafo en dibujos por encargo sobre coches, motos y furgonetas. También fue guitarrista en diversos grupos, lo que influiría en algunas de sus obras. Dorian es un artista que ha huido del trabajo fijo en editoriales y ha buscado la libertad en sus creaciones, trabajando como como ilustrador freelance. Actualmente enseña ilustración con acrílicos y aerógrafo en el Douglas Education Center de Pittsburgh, además de seguir trabajando como ilustrador.

Creador del termino artístico “Pseudo-Realism”.

http://www.dorianart.com/

Pág. 57 **Felix, Jason (Wisconsin, EE.UU.)** criado en un entorno protegido de otras mentes creativas y artísticas. La única salida para la inspiración era de juegos de rol, cómics y videojuegos que Jason disfrutaba con avidez. Después de graduarse de la escuela secundaria, comenzó a trabajar freelance para la creación de ilustraciones de vampiro Juegos de White Wolf que conducen a una carrera artística en ciernes en el sector de la impresión editorial. Años progresaron y pronto descubrió su interés hacia la elaboración de arte para la industria del cine y los videojuegos. Se trasladó a San Francisco en la esperanza de hacer un sueño realidad: para trabajar profesionalmente en la industria del entretenimiento y de convertirse en un nombre reconocido en el mundo del arte.

Ha continuado con sus proyectos personales: Salvaged series, Abyss Slayers Graphic Novel, Mail Order Monsters, and MWM: The Field Guide series.

http://www.jasonfelix.com/

Pág. 26, 41 **Gámez Cuevas, Miguel (Español, 44 años)** autor del cuento infantil "Clara Parrot y el Misterio en el Aeropuerto", publicado por Aena en 2011. Autor del relato corto "Northern Travellers", premiado en la Semana Cultural de Nairn (Escocia), 2012. Autor del relato hiperbreve "Lágrimas", recogido en la antología publicada por Diversidad Literaria, 2013. Autor de varias obras premiadas en el ámbito del cómic y la novela gráfica (tanto guiones como dibujos).

Pág. 221 **Gionis, Anastasios (Sofikón, Korinthia, Grecia, 1979)** Animación, Modelaje, escultura 3D e ilustración. Graduado en Gnomon School of Visual Effects (2005). Actualmente reside en San Pedro (Los Ángeles, EE.UU.).

Colaboraciones: Hero creatures and environments on "The Seventh Son"; Creatures and extras on "RIPD"; Sculpting, modeling and design on the bridge troll and fairies for "Snow White and The Huntsman"; Dragonbat in "Cabin in The Woods"; Characters on "X-men: First Class"; Easter Bunny and EB Dad on "Hop".



http://stillenacht.deviantart.com/

Pág. 35 **González Gómez, Jonathan (Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias, España, 1985)** Ilustrador freelance, artista conceptual.

http://brotherostavia.deviantart.com/

Pág. 123 Guan Yu Chen (Taipéi, República de China) ilustrador freelance.

http://kyzylhum.deviantart.com/

http://kyzylhum.cghub.com/

Pág. 99 Inshoo (Mokpo, Jeollanam-do, Corea del Sur, 1985) Concept artista y creador de juegos.

http://shaonav.blog.me/

Pág. 135 Jaramillo Escobar Andrés Felipe (Medellín, Colombia) Ilustrador freelance.

"Soy un hombre de pocas palabras…" es una frase que el ilustrador Colombiano dice de frecuentemente. Fue un chico bastante curioso y le encantaba explorar maneras de pintar. Luego Andrés comenzó ver que el arte/ ilustración era su mundo entero, nada le puede dar más gusto en hacer que dibujar, crear, o diseñar ya sea un vehículo o un personaje. Siendo así él comenzaba ubicarse en tendencias artísticas de la época y como todos… empezamos con el manga (comic japonés) que según Andrés fue algo que lo impulsó pero no es el estilo que más le gusta. Andrés tuvo un tiempo que dejo el arte y empezó a estudiar en el área de medicina cuando empezó la universidad en EE.UU y veía el arte como un hobby. Cuando regreso a Colombia, su país natal él quiso volver al mundo del arte y retomar el tiempo perdido, obtuvo la posibilidad de entrar a estudiar Diseño Gráfico en la Universidad Pontificia Bolivariana. Ahora es un ilustrador/artista digital independiente especializado en arte de ambientes y de concepto de personajes.

http://www.gootastic.tumblr.com

http://vimeo.com/32244303

http://mrg00.blogspot.com/

https://vimeo.com/67872638

Pág. 210 Kuczek, Adam (Cracovia, Polonia) Artista freelance/ Ilustrador.

Actualmente vive en Shangai (República Popular China).

http://adamkuczek.cgsociety.org/

Pág. 74 **Lorenzetti, Francesco (Italia)** Ilustrador freelance, artista conceptual.

Ha estudiado en Scuola del Fumetto Milano (Milán) y Gnomon School of Visual Effects (Los Ángeles). Ha publicado en *ImagineFX magazine*.

http://www.francescolorenzetti.blogspot.com.es/

Pág. 8 **Monreal, Jorge (Castellón, España)** Ilustrador.

Ha trabajado también como profesor de dibujo y se ha ido especializando en el mundo del color, tratando siempre de dar un toque personal a todo lo que hace, tanto por técnicas tradicionales como digitales. Quedó segundo en el concurso de cómic de Castellón 2010 con el cómic Dos mil anys després, del que es coautor junto a José "Easy" Ramos.

Es coautor del guion y se ha encargado del color de KEIH.

Es autor de numerosas ilustraciones, algunas de las cuales han sido recopiladas en el libro Duality.

http://cocoaspen.deviantart.com/

Pág. 86 **Montero, Edison (Barahona, República Dominicana)** Ilustrador, historietista y escritor, egresado de la Escuela de Artes de la Universidad Autónoma de Santo Domingo [UASD], presidente de la compañía de cómics e ilustración MORO STUDIO y miembro del COLEACTIVO [Movimiento de Artistas Multidisciplinarios].

Ha trabajado como ilustrador para diferentes productoras cinematográficas, publicitarias y casas editoriales nacionales e internacionales. En el ámbito editorial, ha ilustrado los libros «Caperucita de Ida y Vuelta» [2008]; «El Diario de Ana Frank» [2009]; «Hamlet» [2009]; etc. Ha colaborado en cómics y revistas como «Dos Amigos» [2009]; «Súper Brush» [2012]; «Distorsión X» [2012]; «Revista Digital miNatura» [2013]: entre otras. Como escritor e ilustrador publicó «El manual del coleccionista», junto a Leorián Ricardo y Welinthon Nommo, [2010].



Ha participado en diversas exposiciones colectivas como: Manga y Cómic en Dominicana [2007-2011,

UASD]; Pabellón del Cómic [XII Feria Internacional del Libro Santo Domingo 2009]; Equipaje Compartido [Galería Guatíbiri, Puerto Rico y Galería de Bellas Artes, Rep. Dom. 2012]; y Moebius Infinitum, homenaje al gran maestro de la novela gráfica francesa «Moebius» [Alianza Francesa de Santo Domingo 2013], etc.

Ha sido galardonado con los premios: mejor diseño de Pabellón [Feria Internacional del Libro Santo Domingo 2009] y el 2do lugar en el V Concurso de Creatividad Universitaria [Campañas y Agencias de Forcadell 2011].

Actualmente se encuentra desarrollando varios proyectos, entre los que están: «Historias de Papá Tingó», nacido en su tesis: «El uso de mitos y leyendas dominicanas para la realización de historietas como suplemento periodístico»; y la adaptación e ilustración del cuento corto «Los Gatos de Ulthar» de H.P. Lovecraft.

http://eddaviel.tumblr.com/

Pág. 145 **Nakamura, Kazuhiko (Japón, 1961)** Ilustrador.



Gratamente influenciado por el surrealismo y cyberpunk de joven. Desde muy temprano comenzó a vivir como diseñador y aprender diseño digital 3D. Algunas reseñas le consideran "Un artista surrealista hibrido entre el hombre y la máquina, duro matrimonio entre la carne y el metal."

Su arte ha aparecido en portadas de discos y libros más allá de su tierra. Y ha sido invitado a diferentes exposiciones de arte visionario.

Premios:

2004: 5º Bit d'oro /2004 - Third Prize

2005: The Donnie 2005 - Honorable Mention; animago 2005 - Rank 3

2006: MODA Museum of Digital Arts Surrealism today - Seconde Place; The Donnie 2006 - Third Prize; animago 2006 - Rank 1

CG Choice Awards - 2005, 2006, 2009

http://www.mechanicalmirage.com/

http://visionaryartgallery.weebly.com/ka...

http://almacan.deviantart.com/

http://almacan.cgsociety.org/gallery/

Pág. 154 **Ntousakis, Vaggelis (Creta, Grecia)** Vive y trabaja en la isla de Creta. En 1990 tuvo un accidente buceando y se quedó cuadripléjico.

Desde una edad muy temprana, quedo fascinando con todo lo relacionado con el horror, lo raro y extraño. Y gastaba horas enteras entre las pinturas del Bosco, Goya y Brugel.

A los once años cayó entre sus manos un libro de terror y así descubrió a Robert E. Howard, Arthur Machen, Derleth entre otros, pero su mayor y más asombroso hallazgo fue la obra de H. P. Lovecraft.

http://vaggelisntousakis2.see.me/atm2012

Pág. 17 **Ortiz Ballester, Margarita (España)** Ilustradora.

Empecé a dibujar a temprana edad y desde siempre me ha acompañado un interés por todo lo relacionado con la creatividad y la imaginación

.Después de acabar el bachillerato artístico, cursé un módulo de diseño gráfico en Barrería Escuela de Diseño, Pero no fue hasta después de acabar la carrera de Bellas Artes y cursar el posgrado de Ilustración profesional en la Escuela Superior de Arte y Tecnología de Valencia (ESAT), que decidí ser ilustradora freelance. Aunque preferencia es la ilustración tradicional, a veces también me defiendo con la ilustración digital.

En mis trabajos uso técnicas tradicionales mixtas: desde grafitos a acuarelas, tizas, pasteles, ceras, tintas, etc. En ocasiones, también uso otros materiales menos convencionales.

También he hecho cómic, diseño gráfico y animación.

Pág. 263 **Quan, Phuoc (Ciudad Ho Chi Minh, Vietnam, 1986)** Concept Design, Visual Development e Ilustrador para video juegos y filmes.

http://phuocquan.blogspot.com

Pág. 245 **Semenov, Anton (Rusia)** artista digital y diseñador gráfico

http://gloom82.deviantart.com/

Pág. 104 Seryl Tahmassebi, Cyril (Cergy, Val d'Oise, París, Francia, 1985) Artista conceptual y diseñador visual.

Desde muy temprana edad sintió pasión por la pintura, dibujo y los video juegos.

Luego de terminar sus estudios en Instituto Superior de Artes Decorativas trabajo en varis proyectos de video juego y se traslada a Londres, donde encuentra trabajo como artista conceptual e ilustrador.

En sus ratos libres continua dibujando y viajando.

Actualmente viven en París donde se dedica a la industria del ocio.

http://serylconcept.com/index.php/

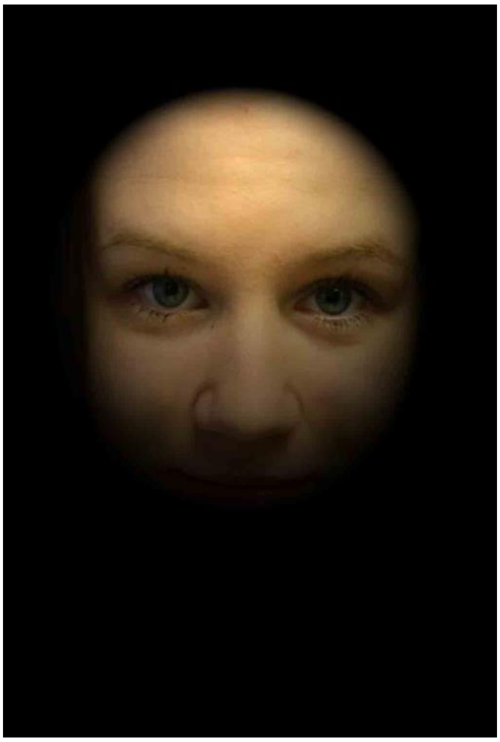
http://conceptualbrush.blogspot.fr/

http://seryl.cghub.com/

Pág. 235 Siejeński, Andrzej (Polonia) Artista digital.

http://andrzejsiejenski.deviantart.com/

Pág. 192 Uccelli, Valeria (Italia/ Argentina, 29 años) casada, tengo dos hijos, nací en Italia pero me trajeron a Argentina muy pequeña (meses de edad). Mis padres murieron cuando yo tenía 9 años. Viví con mis abuelos, que son argentinos. Trabajo en una panadería y repostería. Comencé a dibujar en computadora, usando fotos y procesos digitales... y sigo dibujando en computadora; a mano intenté, pero no me sale nada bueno. Me gusta mucho la naturaleza, vivo en un barrio con mucho verde y plantas y jardines y me moriría viviendo dentro de paredes de cemento. Estudié hasta la mitad del secundario, nada más, y ahora estoy terminándolo gracias a un plan del gobierno. Me gusta la música variada, aunque disfruto más la cumbia que el rock.



Pág. 327 YongSub-Noh (Buan, Jeollabuk-do, Corea del Sur) ilustrador, concept artista, creador de juegos.

http://yong.cghub.com/

Pág. 166 Vergara García, Judith (Lima Perú) Ilustradora

http://wwwjudithvergara.blogspot.com.es/

Sobre copyright de las imágenes:

Pág. 1 Tango Zombie/ M. C. Carper (Argentina); **Pág. 4** El sueño de la razón produce monstruos (grabado #43 de la serie de los caprichos, 1799)/ Francisco de Goya (España); **Pág. 8** Nuez germinada/ Jorge Monreal (España); **Pág. 17** Vampiro/ Margarita Ortiz Ballester (España); **Pág. 22** Odín (Legend of the Cryptids, Applibot Inc.)/ Ignacio Bazan Lazcano (Argentina); **Pág. 26** Noche boca arriba/ Miguel Gómez Cuevas (España); **Pág. 35** The Scrib/ Jonathan González Gómez (España); **Pág. 41** Primera Línea/ Miguel Gómez Cuevas (España); **Pág. 57** Queen of the Dammed/ Jason Felix (EE.UU.); **Pág. 74** Alien kraken/ Francesco Lorenzetti (Italia); **Pág. 86** La noche reina/ Edison Montero (República Dominicana); **Pág. 99** Starcraft marine/ Inshoo (Corea del Sur); **Pág. 103** A Game Of Thrones The RPG/ Cyril Seryl Tahmassebi (Francia); **Pág. 115** St/ Youjin Choo (Corea del Sur); **Pág. 123** Sorrowful death/ Guan-Yu Chen (República de China); **Pág. 127** Steel/ Dorian Cleavenger (EE.UU.): **Pág. 135** Victory Plaza/ Andrés Felipe Jaramillo Escobar (Colombia); **Pág. 144** Brain Tower (portada de Brebajes, Editorial Germinal, 2011)/ Kazuhiko Nakamura (Japón); **Pág. 153** Harvesters/ Vaggelis Ntousakis (Grecia); **Pág. 166** Flores de muerte tapizan los muros de mi cárcel. Isla perdida-marhcita de tanto llorar el verde de la resignación/ Judith Vergara García (Perú); **Pág. 181** Witch/ Dorian Cleavenger (USA); **Pág. 192** St/ Valeria Uccelli (Argentina); **Pág. 209** Hunter/ Adam Kuczek (Polonia); **Pág. 221** St/ Anastasios Gionis (Grecia); **Pág. 235** Helmet/ Andrzej Siejeński (Polonia); **Pág. 245** Children of the war/ Anton Semenov (Rusia); **Pág. 256** Me llevarás contigo/ Pedro Belushi (España); **Pág. 262** London 01/ Phuoc Quan (Vietnan); **Pág. 268** Enigma of Generation/ Maurice Cheval (Rusia); **Pág. 280** Ángel & Demonio/ Rafa Castelló (España); **Pág. 327** Robot Hunting/ YongSub Noh (Corea del Sur)

